

MIS GLORIOSOS HERMANOS

Howard Fast

© Howard Fast
Mayo 2017

**Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y
Óscar de Pablo.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

Éste es un magnífico canto a la libertad del pueblo judío, protagonizado por los hijos de Matatías, adón del pueblo de Modín. Los cinco «gloriosos hermanos» encabezan la rebelión contra las tropas asirio-griegas a las órdenes de Antíoco IV (175-164 a. C.), un monarca que pretendía gobernar Judea según los esquemas helenísticos, y que había abolido la tradicional teocracia que permitía a los judíos gozar de una relativa autonomía. Una lucha larga y dura que pondrá a prueba la unidad de todo un pueblo, y que por primera vez en su larga historia estará a punto de provocar la desaparición del judaísmo.

*A todos los judíos y gentiles que han dado la vida en la
antigua e inconclusa lucha por la libertad y la dignidad
humanas.*

Poco más de un siglo y medio antes del nacimiento de Cristo, un puñado de labradores judíos se levantó contra los conquistadores asirio-griegos que habían ocupado su país.

Por espacio de tres décadas libraron una batalla que, como esfuerzo de resistencia y liberación, casi no tiene paralelo en la historia de la humanidad. Fue, en cierto sentido, la primera lucha moderna por la libertad y estableció una pauta que siguieron muchos movimientos posteriores.

Esa historia, celebrada aún ahora por los judíos de todo el mundo con la festividad de Jánuca, o Fiesta de las Luces, es la que he tratado de narrar aquí, pues considero que en esta época problemática y amarga es útil y necesario recordar la antigua entereza del género humano.

Todo el valor que pueda tener este relato lo debo al pueblo que recorre sus páginas, ese maravilloso pueblo de la antigüedad que con su religión, sus normas de vida y su amor a la patria, forjó esa espléndida máxima de que la resistencia a la tiranía es la forma más genuina de la obediencia a Dios.

PRÓLOGO

EN EL QUE YO, SIMÓN, JUZGO AL PUEBLO

Una tarde del mes de *nisan*, que es la época más hermosa del año, tañeron las campanas y yo, Simón, el último, el más indigno de todos mis gloriosos hermanos, me senté a juzgar. Hablaré de ello, escribiéndolo aquí, porque el juicio se compone de justicia —o al menos eso dicen—, y todavía me parece oír la voz de mi padre, el *adón*, que decía:

«En tres cosas reposa la vida: en el derecho, expresado por la ley; en la verdad, manifestada en el mundo; y en el amor de los hombres, que reside en el corazón».

Pero eso fue hace mucho tiempo, según el cómputo de los hombres, y mi padre, el viejo, el *adón*, ha muerto, y todos mis gloriosos hermanos también murieron, y lo que era claro entonces dista mucho de serlo ahora. De modo que si anoto aquí todo lo que sucedió (o casi todo, ya que la memoria del hombre no es como la guarida de una bestia, sino un tejido débilmente entrelazado), lo hago para que yo mismo pueda saber y comprender; si es que existe eso que llaman el conocimiento y la comprensión. Judas sabía; pero a Judas no le tocó, como a mí, juzgar al país entero; un país en paz, con sus caminos abiertos al norte y al sur, al este y al oeste, con la tierra labrada y los campos llenos

de niños que juegan y ríen. Judas no vio las vides agobiadas por el peso de una carga abundante, los granos de cebada brotando como perlas, los graneros colmados hasta reventar; Judas no oyó cantar a las mujeres, alegres y libres de temor.

Y a Judas nunca lo visitó un enviado de Roma, como fue a verme a mí aquel día, haciendo el largo viaje, según él (y juzguemos nosotros mismos si un romano miente o dice la verdad), guiado por el único objeto de hablar con un hombre y estrecharle la mano.

—¿Acaso no hay hombres en Roma? —pregunté, después de ofrecerle pan, vino y fruta, y de ocuparme de que le proporcionaran un baño y una habitación para descansar.

—Sí, los hay —repuso el romano, y sonrió, moviendo el labio superior, delgado y sin bigote, con la misma circunspección con que hacía todos sus movimientos—; hay hombres, pero no son Macabeos. Por eso el Senado me dio un mandato, ordenándome que fuera al país donde gobierna el Macabeo, que lo encontrara...

Vaciló durante unos instantes; de sus labios desapareció la sonrisa y una expresión casi tétrica cubrió su rostro oscuro.

—Y que le diera la mano —concluyó—, que es la mano de Roma, si él me ofrecía la suya.

—Yo no gobierno —dije—. Los judíos no tenemos gobernantes ni reyes.

—¿Pero tú eres el Macabeo?

—En efecto.

—¿Y tú guías a este pueblo?

—Yo lo juzgo, actualmente. Cuando tenga que ser guiado, podré ser yo quien lo guíe, como podrá ser algún otro. No tiene importancia. Ellos sabrán hallar a su conductor, como supieron hacerlo antes.

—Pero tuvieron ustedes reyes, si mal no recuerdo —dijo el romano, pensativo.

—Los tuvimos y fueron como ponzoña para nosotros. Nosotros los destruimos a ellos, o ellos nos destruían a nosotros. Ya sea el rey judío, o griego, o...

—O romano —intervino el legado sonriendo con esa peculiar sonrisa, lenta e intencionada.

—O romano.

Hubo un silencio prolongado, mientras el romano y yo nos mirábamos, y yo adivinaba sus pensamientos. Finalmente, con gran calma, una calma fingida, me dijo:

—Hubo un hombre en Cartago que dijo lo mismo. Tenía todas las peculiaridades de un... judío, podría decirse. Y Cartago está cubierta de sal, y no crece allí ni una brizna de hierba. Hubo un griego... Bueno, Atenas es uno de nuestros mercados de esclavos. Hace unos treinta años, quizá lo recuerdes, Antíoco invadió Egipto con sus tropas mercenarias. Fue una guerra que no agradó al Senado, por lo que envió a Pompilio Laneo con una orden; no llevó tropas, sino una simple manifestación de disgusto del Senado. Antíoco pidió veinticuatro horas para considerar la cuestión, y Pompilio le respondió que podía darle veinticuatro minutos. Creo que Antíoco no tardó más de dieciocho minutos en decidirse.

—Nosotros no somos ni griegos ni egipcios —dije al romano—. Somos judíos. Si vienes en son de paz te daré la mano pacíficamente. Guarda tus amenazas para cuando vengas en son de guerra.

—Tú eres el Macabeo —asintió el romano y, sonriendo, me estrechó la mano.

Aquella misma tarde fue testigo de cómo juzgaba a mi pueblo.

Estábamos, como he dicho, en el mes de *nisan*; a principios de mes, cuando todo el país se cubre de flores, cuyo aroma se difunde por el Mediterráneo hasta a veinte millas de distancia; en las colinas y en las faldas de las montañas las siemprevivas se desprenden de la escarcha y de la nieve y se bañan en sus propios aceites olorosos, los cedros se guarnecen de un verde rutilante y los delicados abedules ondean como doncellas en una boda. Las abejas acuden para elaborar miel y la gente entona canciones de alegría. Porque no hay en todo el mundo (¿cuántos viajeros no lo han constatado?) un país como el nuestro, tan fértil, tan fragante, tan generoso.

Yo, Simón, me instalé en mi cámara; decían que «el Macabeo estaba en su sitial, juzgando». Entre los concurrentes figuraban un curtidor y un esclavo beduino, un muchacho de unos catorce o quince años. En un extremo de la sala había tomado asiento el romano, moreno, de baja estatura y complexión robusta, piernas desnudas cubiertas de vello negro, y una nariz voluminosa, en forma de pico, destacándose en un rostro ancho. Era una figura extraña, exótica entre nosotros, que somos de miembros largos y de barbas rojas o castañas. Como los gentiles que nos rodean, el romano no llevaba barba. Con las piernas cruzadas, había apoyado en un puño su bien afeitado mentón y observaba y escuchaba, siempre con su cínica mueca en los labios; el largo brazo de la *Pax Romana* tocaba por un instante el duro puño de la *Pax Judea*, y hallándolo tosco, no civilizado, se preguntaba, quizá, cuándo lo catarían y ablandarían las legiones... Pero estoy divagando. He dicho que se había presentado un muchacho beduino con su amo, un curtidor de pieles de cabra.

Hombre rudo el amo, como suelen serlo los curtidores; tenía la piel del color del tinte del abeto y una mirada fría en los ojos.

—Paz, Simón — me dijo—. ¿Qué harías tú con una rata del desierto que se escapa?

Mirando de soslayo al romano, me di cuenta, de pronto, de que yo era judío y aquel curtidor era judío; y de que yo era Simón, el Macabeo y etnarca de todo el pueblo; y que el curtidor era un ciudadano y nada más, y de que en todo el mundo sólo un judío sabría comprender por qué me había hablado de ese modo.

—¿Por qué se escapa? — pregunté, mirando al muchacho.

Era delgado y esbelto como una gacela, de piel negra y miembros bien formados, como la mayoría de los beduinos; tenía abundantes greñas negras y un cutis suave que no sabía de barbas ni de navajas.

—Cinco veces —dijo el curtidor—. Dos veces lo traje yo mismo de vuelta. Otras dos veces fue recogido por caravanas que pasaban, a las que tuve que pagar fuertes sumas de dinero. Y ahora mi hijo lo ha encontrado en el desierto, medio muerto. Tenía que servir dos años más; ahora con lo que me ha costado tiene que servirme nueve.

—Lo cual es la justicia cabal —dije—. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero marcarlo, Simón.

El romano sonreía, y el muchacho temblaba de miedo. Le mandé que se adelantara y se arrodilló.

—¡Levántate! —exclamó el curtidor con aspereza—. ¿Es eso lo que te he enseñado? ¿A arrodillarte ante un hombre porque es el Macabeo? ¡Arrodíllate ante Dios, si te es preciso hacerlo!

—¿Por qué te escapas? —le pregunté.

—Para ir a mi casa —lloriqueó el muchacho.

—¿Dónde está su casa? —reclamó el curtidor—. Tenía diez años cuando lo compré a un egipcio. ¿Acaso tienen hogar los beduinos? Van rodando como maleza suelta; hoy están en un lado,

mañana en otro. Le estoy enseñando un oficio, preparándolo para ser libre; ¡pero él prefiere una sucia tienda de piel de cabra!

— ¿Para qué quieres irte a tu casa? — pregunté al muchacho.

Viejo ya, roído por los años como por los dientes de un peine, pensaba, como lo había hecho tantas veces en los últimos tiempos, por qué tenían que tocarme a mí, y sólo a mí, de todos mis gloriosos hermanos.

— Para ser libre — gimió el chico —. Para ser libre...

Guardé silencio entonces, mirando a la muchedumbre que se apiñaba en el fondo de la sala. Todos ellos aguardaban turno para ser juzgados, ¿y quién era yo para juzgar, y con qué, y por qué?

— Quedará libre dentro de dos años — dije —, como lo expresa la ley; y no lo marques.

— ¿Y el dinero que pagué a la caravana?

— Cárgalo en la cuenta de tu propia libertad, curtidor.

— Simón ben Matatías... — comenzó a decir con el rostro rojo de ira.

Pero yo lo interrumpí.

— ¡He dado mi fallo, curtidor! — bramé —. ¿Cuánto hace que dejaste tú mismo de dormir en una sucia tienda de piel de cabra? ¿O es que ya lo has olvidado? ¿La libertad es acaso algo que se pueda poner y quitar, como una capa?

— Dice la ley que...

— ¡Yo sé lo que dice la ley, curtidor! ¡La ley dice que si lo castigas puede reclamar su libertad! Puede reclamármela a mí, aquí. ¿Me entiendes, muchacho?

Así fue que juzgué y perdí la calma; yo, un hombre viejo, ahuyentando espectros; yo, Simón. Y aquella tarde, cuando concluyeron los servicios religiosos en el Templo, me envolví en mi capa y recé la oración por los muertos; y sentí que mis ojos se

llenaban de lágrimas, las lágrimas seniles, tristes, de un judío viejo y cansado.

Luego me senté a la mesa, donde me acompañó el enviado de Roma, el traficante en naciones, conocedor de veinte lenguas, siempre con la misma sonrisa cínica y de superioridad en sus labios delgados.

— ¿Te pareció divertido? — le pregunté.

— La vida es divertida, Simón Macabeo.

— Para los romanos.

— Para los romanos..., y quizá algún día se lo enseñemos a los judíos.

— Los griegos trataron de enseñarnos todo lo divertida que era la vida; y antes que ellos los persas; y antes los caldeos, y antes los asirios. Y hubo un tiempo, según nuestras leyendas, en que los egipcios nos enseñaron su clase particular de diversión.

— ¡Y siguen ustedes siendo sombríos! Es difícil querer a los judíos, pero los romanos sabemos admirar ciertas cualidades.

— Nosotros no pedimos que nos quieran, sino que nos respeten.

— Como Roma. Quisiera preguntarte, Simón, ¿todos vuestros esclavos quedan libres?

— A los siete años.

— ¿Sin pagarles nada a los dueños?

— Sin pagarles nada.

— De ese modo se empobrecen. ¿Y es cierto que el séptimo día no trabajan y que cada séptimo año dejan la tierra en barbecho?

— Ésa es nuestra ley.

— ¿Y es cierto — prosiguió el romano —, que en el Templo, aquí en la colina, no hay Dios que pueda ser visto por ojos humanos?

— Es cierto.

— ¿Y qué es lo que adoran?

El romano ya no sonreía. Formulaba una pregunta que yo no podía contestar, al menos no de forma que él pudiera entender; era imposible que comprendiera por qué descansamos el séptimo día, por qué dejamos reposar la tierra, por qué precisamente nosotros, de todos los pueblos del mundo, debemos liberar a todos los hombres, judíos o gentiles, al cabo de siete años.

Incluso pensar en ello producía un vacío en mi interior; lo único que veía eran los ojos muy abiertos del muchacho beduino que quería ir a su casa, a vivir en una sucia tienda de piel de cabra, en las cálidas y remolinantes arenas del desierto...

— ¿Qué adoran ustedes, Simón Macabeo? ¿Qué respetan? — me aguijoneó el romano—. ¿No hay en todo el mundo otros hombres dignos más que los judíos?

— Todos los hombres son dignos — murmuré—. Igualmente dignos.

— Sin embargo, ustedes son el pueblo elegido, como dicen tan a menudo. ¿Elegido para qué, Simón? Si los hombres son todos igualmente dignos, ¿cómo pueden ser ustedes los elegidos? ¿Nunca se han hecho esa pregunta los judíos, Simón?

Sacudí la cabeza sombríamente.

— ¿Te perturbo, Simón Macabeo? — ironizó el romano—. Creo que eres demasiado orgulloso. Nosotros también somos un pueblo orgulloso, pero no despreciamos lo que hacen los demás. No despreciamos la manera de ser o de actuar de los demás. Tú odias la esclavitud, Simón, pero tu pueblo tiene esclavos. ¿Y entonces? ¿Por qué tanta prisa en calificar las cosas de buenas o de malas, como si este minúsculo país fuera el centro del Universo?

Yo no sabía qué contestar. Él era el tratante en naciones, y yo era etnarca de un país minúsculo y de un pueblo pequeño; y como un espeso acceso de náuseas, surgió en mi interior la

sensación de que me movían corrientes superiores a mí, ajenas a mi conocimiento.

Es por eso que esta noche he empezado a escribir este relato sobre mis gloriosos hermanos. Lo escribo para que lo lean todos los hombres, judíos, romanos, griegos o persas; lo escribo con la esperanza de que de mis recuerdos surja algo que permita comprender de dónde venimos y adónde vamos, nosotros que somos judíos y que no somos como otros pueblos, nosotros que hacemos frente a todas las adversidades y todos los males de la vida con esa máxima extraña y sagrada: «En un tiempo fuimos esclavos en la tierra de Egipto».

PRIMERA PARTE

EL VIEJO, EL ADÓN

Ni siquiera del viejo, de mi padre, el adón, puedo decir nada sin hablar antes de Judas. Yo era tres años mayor que él, pero entre todos los recuerdos de mi infancia no hay ninguno en el que no esté presente Judas. Mi hermano mayor, Juan, era amable, gentil y bueno, pero poco indicado para lidiar con los cuatro diablos que éramos nosotros; por lo que de los cinco el viejo me consideraba a mí, Simón, como responsable, y siempre me pedía razones a mí. No era oportuno que yo dijera: «¿Soy acaso el guardián de mi hermano?». Porque lo era; y yo era siempre el que pagaba la cuenta.

Sin embargo, era Judas el que realmente nos dirigía, y yo recurría a él como mis demás hermanos.

¿Cómo describir a Judas, que fue el primero de los hermanos en ser llamado Macabeo, de modo que recibió lo que le correspondía por derecho propio y nosotros solamente las sobras? Sin embargo, lo curioso es que hay otras imágenes que perduran en mi memoria con mayor nitidez, después de tanto tiempo: la de Eleazar, corpulento como un toro, con su ancho rostro sonriente; la de Jonatán, pequeño, delgado y vigoroso, garboso como una niña, pero tan brillante y calculador como Eleazar era honesto y sencillo; y hasta la de Ruth, tal como era entonces, alta y flexible, con sus pómulos salientes y su abundante cabellera roja, aunque no era simplemente roja como acabo de decir, sino

que refulgía como el sol. Con Judas no pasa lo mismo; no tengo ningún recuerdo en el que no se encuentre Judas, y a la vez ningún recuerdo exclusivo de él, y sobre el particular hablé una vez con un viejo, un rabí que sabía muchas cosas pero ignoraba su propia edad, perdida en el pasado. La gente, me dijo, la especie humana, es la encarnación del mal, de modo que cuando en un hombre brilla el bien es como un destello engeguecedor de Dios mismo. Eso no lo sé; tendría algo que decir antes de estar de acuerdo con él; pero sin duda sería más fácil describir a Judas si hubiese sido como los otros hombres.

Judas no era como los demás. Alto y esbelto, más alto que todos nosotros, excepto yo, tenía ese cabello castaño tan frecuente en nuestro linaje, que es el de los *kohanim*, aunque la mayoría somos pelirrojos, como yo, y como era Ruth; hubo sin embargo *kohanim* que fueron altos y de ojos azules, y tan esbeltos y hermosos como Judas. Pero hay hombres hechos de flaquezas, como decía el rabí, y es por las flaquezas por las que se conoce a los hombres, como veremos.

En aquel entonces vivíamos en Modín, una pequeña aldea situada junto al camino que va de la ciudad al mar; no es el camino principal, que corre de sur a norte y que es más antiguo que la memoria del hombre, sino una de esas pequeñas sendas que serpentean por las colinas, parten de los bosques de cedros y abetos doblados por el viento, atraviesan el valle y vuelven a entrar en la ancha faja boscosa que corre junto a la costa. La aldea estaba a un día de camino de la ciudad, y había en ella, en total, unas cuatrocientas almas que vivían en humildes casas de adobe. No tenía nada de particular, Modín; era una aldea como hay mil en todo el país, algunas más grandes, otras más pequeñas, pero todas muy parecidas entre sí.

Somos un pueblo de aldeas, con la sola excepción de esta ciudad en la que escribo ahora estas líneas; y en eso, como en centenares de cosas más, somos diferentes de todos los demás pueblos. Porque en otros países hay dos categorías, y solamente dos: amos y esclavos. Los amos, con el número de esclavos que necesitan para servirles, viven en ciudades amuralladas; los esclavos viven en el campo, en chozas de barro y zarzas apenas más grandes que hormigueros. Cuando los amos tienen que hacer la guerra, contratan grandes ejércitos de mercenarios, y luego puede suceder que los esclavos de las chozas de barro cambien de amos; no tiene mayor importancia, porque fuera de las ciudades los hombres son como animales, o ni siquiera eso; semidesnudos, escarban la tierra para que los amos puedan nutrirse; no leen ni escriben; no sueñan, no tienen esperanzas, mueren y procrean...

No digo esto porque esté orgulloso de que seamos diferentes, de que seamos el único pueblo que no vive en ciudades amuralladas.

No lo digo por orgullo... ¿cómo podría sentir orgullo y decir la bendición: «Nosotros fuimos esclavos en Egipto»? No lo digo por orgullo, sino para que los no judíos que lean estas líneas comprendan cómo somos nosotros los judíos. ¡Y aun así hay tanto que no puedo explicar!

Lo único que puedo hacer es contar la historia de mis gloriosos hermanos y esperar que surja algo del relato. Puedo decir que en aquel entonces en Modín el camino discurría por entre dos hileras de casas de adobe, desde la casa, situada en un extremo, de Rubén el herrero (aunque muy poco hierro conseguía trabajar), hasta la casa de Melek, el *mohel*, padre de nueve niños, en el otro extremo.

Entre una y otra había veintitantas casas a cada lado del camino, viejas, venerables y asoleadas en invierno; cubiertas, en primavera y verano, de estupendas rosas y madresevas, con cestas de pan caliente en los umbrales, y queso fresco colgado junto a las puertas; y luego, en otoño, festoneadas de frutas secas, como doncellas que van a bailar adornadas de collares. La calle estaba llena de pollos y cabras, y también de niños (pero eso cambió, como veremos); las madres que criaban charlaban sentadas junto a las puertas de sus casas, mientras aguardaban a que se enfriara el pan y a que regresaran los maridos de los campos.

En Modín éramos labradores, como lo somos en otras mil aldeas de todo el país; la nuestra reposaba como una pepita de oro en medio de los viñedos, los trigales, las higueras y los sembrados de cebada.

No hay en ninguna parte del mundo una tierra tan rica como la nuestra, pero no hay tampoco en ninguna parte del mundo otro pueblo cuyos integrantes labren sus propios campos como hombres libres. No es de extrañar, por lo tanto, que de las muchas cosas que hablábamos en Modín, habláramos más que nada de libertad.

Mi padre era Matatías ben Juan ben Simón, el adón. Siempre fue adón; en algunas aldeas uno es adón durante un año y al año siguiente lo es otro. Pero mi padre era adón desde tiempo inmemorial. Aun cuando pasaba gran parte del año en la ciudad, al servicio del Templo (porque, como he dicho antes, nosotros somos *kohanim*, de la tribu de Leví y de la estirpe de Aarón), seguía siendo adón en Modín.

Nosotros lo sabíamos. Era nuestro padre, pero era el adón; y después de la muerte de mi madre, que falleció cuando yo tenía doce años, fue cada vez menos nuestro padre y cada vez más el adón.

Recuerdo que poco tiempo después realizó uno de sus periódicos viajes al Templo, llevándonos a los cinco consigo por primera vez.

No guardo recuerdo alguno del Templo, ni de la ciudad, ni de la gente de la ciudad, anterior a esa visita; sin embargo, han quedado grabados en mi memoria todos los detalles de ese viaje; y también, por cierto, de la última excursión que hicimos al Templo, los seis, pocos años más tarde.

Nos despertó antes del alba, cuando todavía era noche cerrada, arrancándonos de los jergones mientras nosotros gemíamos, protestábamos y pedíamos que nos dejara dormir un poco más. Era alto, serio, de mirada sombría, la barba roja salpicada de gris, con alguna que otra pincelada totalmente blanca, los brazos imponentes por su robustez. Estaba completamente vestido, con un largo pantalón y un chaleco blancos y una hermosa chaqueta azul claro, que llevaba ajustada en la cintura con un ceñidor de seda y con las anchas mangas recogidas hacia arriba. La abundante cabellera le caía por detrás casi hasta la cintura, y la barba, descuidada, se le desplegaba sobre el pecho como un espléndido abanico. Jamás en mi vida he visto o conocido a un hombre como mi padre, como Matatías. En mis primeras imágenes de Dios su figura lo sustituía. Matatías era adón, Dios era *Adonaí*; yo los reunía, y a veces, que Dios me perdone, todavía lo hago.

Somnolientos, excitados y aterrados por la perspectiva del viaje, nos vestimos apresuradamente, salimos al frío del patio a lavarnos, volvimos y engullimos los pasteles calientes que Juan había preparado.

Nos peinamos, nos envolvimos en nuestras largas capas de lana rayadas, como había hecho el adón, y salimos tras él; cinco enanos listados de negro, y un gigante. La aldea comenzaba apenas a despertarse cuando el adón la atravesó majestuosamente,

seguido uno a uno por nosotros; primero Juan, después yo, Simón; después Judas, Eleazar y, finalmente, la pequeña y jadeante figura de Jonatán, que sólo tenía ocho años de edad.

De ese modo yo y mis hermanos marchamos con el adón cuesta arriba y cuesta abajo, por lomas y por valles, y recorrimos trece millas, largas, duras y pesadas, para llegar hasta las puertas de la ciudad santa, la única ciudad que llamamos nuestra: Jerusalén.

¿Cómo podría explicar ese momento en que un judío ve por primera vez Jerusalén? Hay otros pueblos que viven en ciudades y observan desde ellas el campo; nosotros contemplamos nuestra ciudad desde el campo. En aquel entonces éramos, además, un pueblo conquistado; aunque no como lo fuimos más tarde, con el fundamento de que los judíos y todo lo que significaban debían ser barridos para siempre de la superficie de la tierra. Estábamos bajo el talón de los macedonios; nos tenían sojuzgados y nos despreciaban, pero nos permitían vivir tranquilamente mientras no perturbáramos la paz. No nos querían como esclavos. «Si tomas a un judío como esclavo — dicen los gentiles —, no tardará en ser tu amo».

Querían nuestras riquezas: el vidrio que hacemos en nuestros hornos de la costa del Mar Muerto; el cuero del Líbano, blando como manteca pero muy resistente; la madera de cedro, fragante y roja; las grandes cisternas de aceite de oliva; las tinturas; el papel y el pergamino; las telas de lino, finamente tejidas, y las interminables cosechas, tan feraces, que en nuestro país nadie pasa hambre ni siquiera en los séptimos años, cuando toda la tierra reposa. Por lo tanto, nos impusieron gravámenes, nos exprimieron, nos robaron, pero nos dejaron, al menos momentáneamente, una ilusión de tranquilidad y libertad.

Eso ocurrió en las aldeas. En la ciudad era distinto, y en aquella ocasión, niño aún, mientras marchaba con mis hermanos

detrás del adón, pude ver las primeras señales de lo que llaman la helenización. La ciudad parecía una blanca gema, o al menos, ésa es la impresión que tengo ahora, después de tanto tiempo. Era elevada, arrogante, hermosa, con sus calles limpias, lavadas con agua de los grandes acueductos, que llevaban agua al Templo mucho antes de que los romanos los soñaran siquiera, con sus torres altas y briosas, y el Templo coronando grandiosamente todo el conjunto. Pero sus habitantes eran algo nuevo; afeitados, con las piernas desnudas, a la manera de los griegos, muchos de ellos desnudos hasta la cintura, nos miraban con mofa y desprecio.

— ¿Son judíos? — pregunté a mi padre.

— *Eran* judíos — respondió con voz vibrante, suficientemente alta como para ser oída a varias yardas de distancia —. ¡Hoy son escoria!

Seguimos andando, el adón con el mismo paso firme y regular con que había salido de Modín, nosotros los chicos rendidos de cansancio. Siempre subiendo, cada vez más arriba, fuimos dejando atrás las hermosas casas blancas de la ciudad, el estadio griego donde los judíos desnudos lanzaban el disco y corrían, los cafés, los restaurantes y los fumaderos de hachís. Nos cruzamos con una animada y sorprendente mezcolanza de mujeres pintarrajeadas que llevaban un seno al descubierto, mercaderes beduinos, rufianes, prostitutas, árabes del desierto, griegos, sirios, egipcios y fenicios; y, por supuesto, en todas partes, los altaneros y jactanciosos mercenarios de las tropas macedonias, asalariados de todos los colores y todas las razas, unidos por la simple y única circunstancia de que su oficio común era el crimen, por el cual recibían paga, armadura y alimentos.

Nosotros los chicos veíamos únicamente un suntuoso tapiz; sólo más tarde se diversificaron sus partes. Éramos capaces de

distinguir uno solo de sus elementos: los mercenarios. A estos los conocíamos y los interpretábamos. El resto era el desconcertante resultado de lo que había acontecido, en el transcurso de una generación, a los judíos que quisieron ser griegos y transformaron su santa ciudad en una mancebía idólatra.

Finalmente, y siempre subiendo, llegamos hasta el Templo. Allí nos detuvimos, mientras el adón pronunciaba las bendiciones.

Levitas de túnicas blancas, barbados como el adón, lo saludaron y abrieron las pesadas puertas de madera.

—Y amarás al Señor, tu Dios —dijo el adón, con su voz profunda y vibrante—, porque nosotros fuimos esclavos en Egipto, y él nos salvó de la esclavitud para que levantáramos un Templo a su eterna gloria.

No es de la infancia de lo que quiero hablar, penetrando en el pasado, por aquí y por allá, casi al azar, para reunir suficientes elementos de juicio que me permitan llegar finalmente a comprender —y quizá también el lector— por qué los judíos son judíos, benditos o malditos, según se mire, pero judíos; no es de la infancia, que carece eternamente del sentido del tiempo o del paso del tiempo, sino de la breve adultez, tan terriblemente breve, de mis gloriosos hermanos. Pero nosotros decimos que la primera engendra a la segunda. Fui al Templo por primera vez cuando era un niño: volví luego muchas veces más; y finalmente, cuando acudí por última vez, ya era un hombre.

Si hay algo que caracteriza a la adultez, ese algo es el fin de la ilusión. Esa vez la ciudad ya no era un mágico conjunto de piedras blancas, sino un burdel. El Templo ya era solamente un edificio, y no muy bien construido, por cierto. Los levitas de blancas túnicas ya no eran ungidos mensajeros de Dios, sino escoria, infame y cobarde. La adultez tiene su precio; hay que

abandonar un mundo, y adquirir otro, y luego apreciar su valor punto por punto, parte por parte.

Ruth fue lo único que quedó intacto. Lo que sentí por ella y hacia ella a los doce años fue lo mismo que sentí a los dieciocho y a los veintiocho. He dicho que habíamos vuelto al Templo una y otra vez, y que luego fuimos una vez más, que fue la última; pero en los intervalos sucedieron varias cosas. Crecimos; cambiamos; adquirimos valor; matamos a un hombre, nosotros, los muchachos.

Y estaba Ruth. Ruth era hija de Moisés ben Aarón ben Simón, un judío menudo, sencillo, trabajador, que vivía en la casa contigua a la nuestra; era vinatero, y tenía diecinueve filas de vides en la ladera de la colina. Pero también era filósofo, un filósofo vulgar, como todos los vinateros. Y en cierto modo nosotros somos una nación de vinateros, somos el pueblo de la *sorek*, como nos llaman los egipcios con su ignorancia esclavista, envidiosos de todo lo que no tienen. La *sorek* es una uva negra, grande como una ciruela, carnosa y rebosante de mosto. En primavera nos da el *tairesh*, en verano el embriagador *iaín* y durante el invierno el *shikar*, la mezcla de color rojo oscuro que rejuvenece a los viejos y despabila a los tontos. Los romanos y los griegos los llamarán «vinos», pero ¿qué saben ellos del exquisito Kerujim, oro líquido, o Frigia, rojo como la sangre, o del rosado Sharón, o del *iaín* Kushi, claro y dulce como el agua, o del *aluntit*, o del *inomilin*, o del *roglit*? Treinta y dos combinaciones hacía Moisés ben Aarón en nuestra pequeña aldea de Modín, en sus dos profundas cisternas de piedra, y cuando alguna salía muy buena, enviaba con Ruth una jarra al adón. Ruth se quedaba junto a la mesa, con la boca abierta y los ojos, azules, con una expresión de ansiedad y preocupación, mientras el adón se servía la primera copa.

Nosotros, los cinco, compartíamos la ansiedad de Ruth: permanecíamos quietos y silenciosos, observándolos a ella y al adón.

El vino es la otra sangre de Israel, decimos con bastante frecuencia; bebida sagrada, ya sea que la saboreemos en el *ceder* o que nos bañemos en ella, como solía hacer Lebel el tejedor. El adón nunca prescindía de las formalidades, cuando eran indicadas.

— ¿Lo envía tu padre, Moisés ben Aarón ben Simón ben Enoch?

Mi padre se enorgullecía de conocer al dedillo por lo menos siete generaciones de cada uno de los habitantes de Modín.

Ruth asentía; más tarde, muchos años más tarde, me confesó todo el temor que le inspiraba el adón.

— ¿De la nueva vendimia?

Si por casualidad se trataba de una mezcla, de una mixtura de miel o de una maceración, Ruth retrocedía avergonzada y compungida.

— Para que el adón juzgue y saboree — acostumbraba decir, forzando las palabras una por una y echando miradas furtivas a la puerta; pero estaba hermosa, tan hermosa con su cabello rojo y su maravilloso cutis cobrizo. Me destrozaba el corazón y me hacía imaginar el día en que desafiaría al adón para honrarla y hacer su voluntad.

Luego el adón lavaba la copa de cristal que había sido de su abuelo y de su tatarabuelo. La llenaba; examinaba el contenido al trasluz; pronunciaba la bendición:... *boré pri hagofen*, y se la bebía.

Luego daba su veredicto.

— Felicito a Moisés ben Aarón ben Simón ben Enoch ben Ley — decía, agregando una generación más cuando el vino le satisfacía mucho —. Es un vino noble, agradable. Puedes decir a tu padre que no los servían mejores en la mesa del bendito rey David ben Isai.

Luego Ruth salía corriendo.

Pero Ruth era nuestra. Lloraba por nuestros dolores; sufría por nuestras penas. Cuando dominaron el temor al adón, ella y su madre nos ayudaron en todo: cocinaban, limpiaban, cosían; como otras mujeres de Modín. Nosotros somos un pueblo que goza de la bendición de la fecundidad; sólo Moisés ben Aarón sufrió la maldición de tener un solo vástago, y niña además. Por eso para la madre de Ruth los cinco hijos de Matatías eran una especie de compensación. Pero para mí no había sido una maldición. Yo la amaba, y nunca amé a ninguna otra mujer.

Vivíamos, pues, en la perpetuidad de nuestra infancia, bajo la mano férrea y la inflexible dignidad del viejo, el adón, nuestro padre.

Hasta que de pronto la infancia concluyó y desapareció. Cuando nos portábamos mal nos castigaban como a ningún otro niño de la aldea. Y el adón sabía castigar. Una vez, cuando Judas tenía nueve años de edad —y ya poseía esa increíble belleza y esa dignidad que lo acompañó toda la vida, y ya era tan distinto a mí, y ya lo adoraban todos cuando pasaba por las calles de la aldea, y le ofrecían las mejores golosinas, los más selectos bocados—, una vez, decía, jugando con la copa de cristal de mi padre, la dejó caer al suelo y la rompió.

Sólo estábamos en la casa él y yo. El adón había ido a arar junto con Juan; Jonatán y Eleazar se hallaban en otra parte, no recuerdo dónde. Y frente al hogar de la chimenea se hallaban los fragmentos de la magnífica pieza antigua, que había sido traída de Babilonia cuando nuestro pueblo regresó del destierro. Jamás olvidaré el terror abismal que vi en el rostro de Judas cuando levantó la cabeza y me miró.

— ¡Simón, Simón! — gimió —. ¡Me va a matar! ¡Simón! ¿Qué hago? ¿Qué hago?

— ¡No llores!

Pero no pudo dejar de llorar; sollozaba desesperadamente y cuando llegó el adón le dije, con toda calma, que yo la había roto.

El adón me dio un golpe, uno solo, pero que me lanzó contra la pared atravesando toda la habitación; por primera vez pude apreciar la poderosa fuerza que tenía el viejo en el brazo. Judas, que de algún modo tenía que desahogarse, se lo contó a Ruth. Yo estaba tumbado al sol, en el patio posterior de la casa, cuando Ruth vino a verme, se inclinó sobre mí y me besó.

— Buen Simón Matatías — susurró —. Bueno y dulce Simón...

No sé por qué escribo esto, porque Judas era un niño y yo era un hombre, de acuerdo con nuestro concepto de la hombría, aunque no me separaban muchos años de él. De todas maneras, en nuestra infancia no eran frecuentes ese tipo de cosas, sino que transcurría de una forma más lenta y más dulce.

Nos tumbábamos en las laderas de las colinas, contemplando las cabras y contando las lanudas nubes del cielo; pescábamos en los fríos arroyos; salíamos a caminar, y una vez llegamos hasta el gran camino principal que corre de norte a sur, y nos ocultamos entre las malezas para ver pasar a veinte mil mercenarios macedonios, arrogantes en sus relucientes armaduras, que iban a luchar contra los egipcios; y, protegidos por los sobresalientes riscos, los apedreamos cuando, convencidos por los consejos tranquilizadores de Roma, volvieron prudentemente sobre sus pasos. Otra vez marchamos durante toda una mañana hacia el oeste, los cinco, hasta que llegamos a ver, desde la cima de una alta roca, la infinita y brillante extensión del mar, el Mediterráneo, en el que una sola nave blanca quebraba la clara y apacible superficie azul.

Fue Jonatán el que dijo entonces:

— Algún día iré hacia allí, hacia el oeste...

— ¿Cómo?

— En barco — contestó.

— ¿Conoces algún barco judío?

— Los fenicios tienen barcos — repuso pensativo Jonatán —; y también los griegos. Podemos utilizarlos.

Los tres restantes reímos; pero Judas no lo hizo. Permaneció mirando fijamente al mar; en su rostro bien cincelado aparecía la primera sombra de una barba rubia, y tenía una expresión en los ojos que nunca había visto hasta entonces.

Jonatán era el más bajo de todos, aunque había alcanzado su máximo desarrollo y era vigoroso y veloz como una gacela. Un día cazó un cerdo silvestre, lo derribó ágilmente y le cortó el pescuezo.

Judas, en un acceso de ira, le asestó un golpe en el brazo que lo paralizó y que hizo que su cuchillo cayera al suelo. Jonatán quiso lanzarse sobre Judas, pero yo los cogí a los dos de un brazo y los separé.

— ¡Mata por el placer de matar! — gritó Judas —. Aunque la carne es impura y no le sirve a nadie.

— No se le pega a un hermano — dije yo, lenta y deliberadamente.

Pero estos episodios los extraigo de un pasado que fue como una época dorada. Éramos cinco y siempre estábamos juntos, los cinco hijos de Matatías, el adón; creciendo primero como cachorros, luego, siempre juntos, trabajando, edificando, jugando, riendo, llorando a veces y tostándonos bajo el dorado sol del país.

Y entonces matamos a un hombre, y terminó nuestra infancia; esa larga infancia saturada de sol en la vieja, viejísima tierra de Israel, la tierra de leche y miel, de viñedos e higueras, de trigales y campos de cebada; la tierra donde los arados exhuman continuamente los huesos de algún judío; la tierra de valles cuyo suelo no tiene fondo, y de bancales en las laderas de las colinas

que la transforman en un jardín tan maravilloso como nunca lo fueron los famosos jardines colgantes de Babilonia. Terminaron nuestras diversiones, nuestras carreras alocadas e irreflexivas, nuestros juegos en las calles de la aldea, nuestras horas de ocio, tumbados en el pasto, nuestras hoscas clases con Lebel, el maestro, y sus gruñidos de «¿Quieren ustedes ser como los gentiles y que el santo verbo de Dios resuene en sus oídos, pero sin poder verlo nunca con los ojos?». Concluyeron para nosotros los paseos por los bosques de pinos, las cuevas en la nieve, las trampas para cazar perdices silvestres.

Derramamos sangre y terminó esa época que no tiene principio, y comenzó la breve y gloriosa adultez de mis hermanos. Pero es eso precisamente lo que me dispongo a narrar en estas líneas, para ofrecer tanto un relato como una respuesta al enigma de mi pueblo; para que nos comprendan todos, hasta los romanos; a nosotros que somos los únicos, de todos los pueblos del mundo, que vivimos sin murallas que nos resguarden, sin mercenarios que luchen por nosotros, y sin un Dios que pueda ser visto por ojos humanos.

Todo el territorio montañoso que va de Modín a Betel y a Jericó estaba al cuidado de un alcaide, que tenía en sus manos trescientas veinte aldeas para desangrar, ordeñar y exprimir. Se llamaba Pericles y tenía algo de griego y mucho de otras cosas. Esos son los peores griegos, los que tienen apenas vestigios, o nada, de griegos, porque los domina la pasión de ser más griegos que los griegos.

Entre otras cosas también tenía algo de judío, y por esa razón, para expurgarse bien a fondo, su mano era más dura de lo que debía ser; y era bastante dura, por cierto.

Todo eso fue antes de que resolvieran que nuestro país y el mundo entero estarían mucho mejor sin judíos, y la misión de

Pericles era solamente la de esquilmarlos. Tenía el compromiso de entregar a Antíoco Epifanes, el rey de reyes, como le gustaba hacerse llamar, cien talentos de plata por año, obtenidos de las trescientas veinte aldeas. Era mucho dinero para un minúsculo distrito de un minúsculo país, pese a lo cual Pericles estaba decidido a sacar un talento para sí por cada dos que entregara al rey. Para eso hacía falta exprimir bien, y Pericles exprimía bien, y sus cuatrocientos mercenarios mestizos exprimían además cada cual por su cuenta.

Pericles era un hombre voluminoso, grueso, fuerte; de su rostro redondo, bien afeitado, colgaba una papada de carne rosada. Y si no tenía mucho de hombre, tenía en cambio bastante de mujer. Cuando el hijo de Rubén ben Gad, Asher, un niño de cuatro años, fue hallado en un matorral con las vísceras desgarradas, corrió la voz, con o sin fundamento, de que había sido Pericles el culpable.

Sea como fuere, cometió otros actos de los que nosotros nos enteramos, y Jonatán nos contó algo nada agradable de recordar.

Fue también Jonatán a quien oímos gritar, Judas y yo, cuando nos dirigíamos al pequeño valle donde pastaban las cabras.

Echamos a correr, y pocos minutos después llegábamos al extremo del valle. Las cabras pacían tranquilamente y en medio de ellas Jonatán luchaba por librarse de Pericles. Dos mercenarios sirios observaban sonriendo la escena, tendidos en el pasto, con las armas tiradas descuidadamente en el suelo.

Lo que sucedió después fue todo muy rápido. Cuando nos vio, Pericles soltó a Jonatán y dio un paso atrás; Judas le saltó inmediatamente encima, cuchillo en mano. El griego llevaba un peto de bronce, pero Judas le asestó dos profundas cuchilladas por debajo de la armadura; recuerdo todavía el estupor que sentí cuando vi brotar la sangre roja de las heridas. Los mercenarios pa-

recían moverse con asombrosa lentitud; el primero de ellos aún no se había puesto en pie, cuando le asesté un golpe en la mandíbula con una piedra del tamaño de su cabeza. El otro se levantó tambaleándose, trató de recoger la lanza, tropezó, recobró el equilibrio y echó a correr; en ese momento apareció Eleazar, abarcó la escena de una sola ojeada y se lanzó en pos del fugitivo. Lo alcanzó con unas cuantas zancadas, lo alzó en el aire cogiéndolo con una mano del cuello y con la otra del borde inferior del peto, lo hizo girar y lo arrojó como a una pelota. Eleazar no tenía a la sazón más que dieciséis años, pero ya era más alto y más fuerte que todos los demás hombres de Modín. El sirio cayó al suelo dando un golpe impresionante. Tras recoger la lanza del suelo, Eleazar corrió enseguida a su lado. Pero todo había terminado. La cabeza del otro mercenario estaba aplastada, con los sesos desparramados. Pericles yacía inmóvil en un charco de sangre.

Había tres hombres muertos, y nosotros los habíamos matado; nuestra infancia había concluido.

Encontramos al adón y a mi hermano Juan terraplenando. Así es como se ha ido desarrollando el país desde tiempo inmemorial.

Levantamos una pared en la ladera de una colina y la cubrimos con cestos de tierra de los terrenos bajos. En un extremo construimos una cisterna, y en una parcela de tierra trabajada de ese modo se pueden obtener cinco cosechas por año. El viejo y mi hermano Juan trabajaban al sol, con los largos pantalones de lino manchados de tierra y arremangados hasta la rodilla y las espaldas relucientes de sudor. El adón manejaba su pesado martillo de piedra y con hábiles golpes aquí y allá iba perfilando las rocas de la pared.

Cuando nos vio se incorporó, dejando que el martillo colgara de su musculoso brazo.

Jonatán seguía llorando. Judas estaba pálido como un muerto y Eleazar había vuelto a ser un niño, un niño asustado que había matado por primera vez a un hombre, que había cometido el pecado absoluto e imperdonable de matar. Comunicué al adón lo que había sucedido.

— ¿Estás seguro de que estaban muertos? — dijo serenamente, frotando el martillo con la palma de la mano; la gran barba roja relucía sobre su pecho desnudo.

— Seguro.

— Jonatán ben Matatías — dijo el adón, y Jonatán lo miró —. Sécate los ojos. ¿Eres una niña para sollozar de ese modo? ¿Hay motivo para llorar porque haya muerto un perro? ¿Dónde están los cuerpos?

— Allí donde cayeron — contesté.

— ¿Los dejaste allí? ¡Qué tonto, Simón, qué tonto!

— Un *kohan*... — comencé a decir.

Quería referirme a la ley que prohíbe a los *kohanim* tocar a los muertos, pero el adón ya se había puesto en marcha. Lo seguimos hasta el pequeño valle y allí, sin decir una sola palabra, alzó a Pericles y se lo echó al hombro. Nosotros levantamos los otros dos cadáveres y, siguiendo al adón, regresamos al sitio donde habían estado trabajando. Con sus propias manos, el adón despojó al griego y a los mercenarios de sus armas y corazas.

— Vete a cuidar las cabras — dijo a Jonatán —. Y deja de llorar.

Súbitamente lo abrazó, lo oprimió fuertemente contra su pecho, lo meció un instante entre sus brazos, y luego lo besó en la frente. Jonatán comenzó a llorar de nuevo, y el adón le dijo, volviéndose repentinamente áspero:

— No vuelvas a llorar. Basta. Basta.

Seguíamos sin ser vistos, y sin ser vistos arrimamos los tres cuerpos a la nueva pared, los cubrimos con barro y seguimos luego trabajando todo el día, hasta que el terraplén quedó concluido.

Cuando echamos el último cesto de tierra, dijo el adón:

– Duerman para siempre profundamente. Que Dios perdone a los judíos que derramaron sangre, y a los *kohanim* que tocaron a los muertos; que les arranque a ellos del corazón la codicia que los trajo a nuestra tierra... y que limpie nuestro país de todos los seres inmundos como ellos. – Y volviéndose hacia nosotros, añadió – : Digan amén.

– Amén – dijimos.

– Amén – repitió el adón.

Nos pusimos las camisas. Jonatán volvió con las cabras y todos juntos nos pusimos en marcha hacia Modín; Judas llevaba las armaduras y las armas envueltas en hojas y matojos.

Aquella noche, después de la cena, el adón nos habló; estábamos sentados a la mesa con una sola lámpara encendida. Nos habló con una formalidad intensa, anticuada, dirigiéndose a cada uno de nosotros por turno y nombrándonos con cuatro generaciones a cada uno. Nos dijo lo siguiente:

– A ustedes, hijos míos, me dirijo; a ti, Juan ben Matatías ben Juan ben Simón; a ti, Simón ben Matatías ben Juan ben Simón; a ti, Judas ben Matatías ben Juan ben Simón; a ti, Eleazar ben Matatías ben Juan ben Simón; a ti, Jonatán ben Matatías ben Juan ben Simón; a ustedes, mis cinco hijos que me han sostenido en mi infortunio y mi soledad, que han sido el consuelo de mi vejez, que conocen el peso de mi mano y el latigazo de mi cólera; les hablo como un hombre a otros hombres, porque ya no pueden retroceder los que han violado el mandamiento de Dios. Nosotros, que éramos puros, ya no lo somos. No matarás, dice el mandamiento, y nosotros hemos matado. Hemos fijado el precio de la libertad, que siempre se calcula en sangre; como hizo Moisés, como hizo Josué, y como hizo Gedeón. De hoy en adelante no pediremos perdón, sino solamente fuerza... fuerza.

Calló, y entonces las profundas arrugas de su rostro denunciaron súbitamente su edad, y la pena que nublaban sus ojos de color gris claro reveló la presencia de un judío anciano que sólo había querido lo que querían los demás judíos: envejecer de forma tranquila y apacible en la tierra donde yacían sus antepasados. Paseó de rostro en rostro una mirada ansiosa, cargada de incertidumbre.

Me pregunto qué habrá visto en su recorrido. Ante sus ojos estaba la cara triste, alargada y huesuda de Juan, el mayor; la mía, de rasgos vulgares, casi feos; la de Judas, alto y bello, cuyo límpido cutis moreno se internaba en una rizada barba castaña; el rostro ancho de Eleazar, infantil, bonachón, fuerte como un Sansón y más sencillito aún, que no deseaba otra cosa que cumplir mis encargos, o los de Judas, o los de Jonatán; y el de Jonatán, tan pequeño en comparación con los demás, pero agudo como el filo de una navaja, acorralado, inquieto, impregnado del deseo infinito de un destino desconocido. Cinco hijos, cinco hermanos...

— ¡Pongan las manos sobre las mías! — exclamó de pronto el adón, colocando en la mesa sus manos grandes, descarnadas, con las palmas hacia arriba.

Pusimos las nuestras encima, inclinándonos hacia adelante.

Jamás olvidaré aquella escena, en la que las caras de mis hermanos rozaban la mía y el aliento de ellos se mezclaba con mi aliento.

— Hagamos un pacto — prosiguió mi padre, en tono casi suplicante —. Desde que Caín mató a Abel siempre ha habido odios, envidias y enconos en las relaciones entre hermanos. ¡Pacten conmigo que sus manos estarán siempre unidas, y que cada uno de ustedes dará la vida por los demás!

— Amén — murmuramos nosotros —. Así sea.

— Así sea — repitió el adón.

Mi hermano Juan contrajo matrimonio. Lo recuerdo porque fue el último día de gracia, el día anterior a aquél en que Apelles llegó a hacerse cargo de la alcaldía vacante por la muerte de Pericles. Se casó con una muchacha amable y sencilla, Sara, la hija de Melek ben Aarón, el que practicaba circuncisiones y cultivaba los higos más grandes y más dulces de Modín. «Es un fruto del árbol de su padre», decían de Sara, y fue tan grande la satisfacción de la aldea que libertaron a ocho de sus doce esclavos, anticipándose bastante al año sabático en que podían pedir la liberación. Ese día Modín se llenó de parientes nuestros, que habían llegado hasta Jericó. ¿Hay alguien en Judea que no tenga parientes en todo el país? Cuarenta corderos fueron degollados y puestos a cocinar. El *zalaj* llenaba todo el valle con su aroma, y el *mercajá*, esa sabrosa salsa, hervía en las ollas de todos los fogones. Mataron todo un gallinero de pollos, los desplumaron, los rellenaron con pan, carne y tres clases de vino añejo y los pusieron a asar en el horno común. Lo recuerdo ahora porque significó el fin de algo, el fin de toda una vida. Aquello era un cuerno de la abundancia, del que manaban uvas, higos, manzanas, pepinos, melones, repollos, nabos. El pan fresco, redondas hogazas doradas como los discos que lanzan los griegos, fue apilado en columnas, luego partido durante todo el día, empapado en sabroso aceite de oliva y consumido. Cuatro veces en el transcurso del día danzaron los levitas, mientras las jóvenes solteras tocaban el caramillo y cantaban: «¿Cuándo me cortejará un hermoso galán? ¿Cuándo me seguirá un osado pretendiente?». Luego, en la pradera común, en un extremo de la aldea, se tomaron de las manos y bailaron la danza matrimonial, girando en círculo y riendo alegremente, mientras los hombres marcaban el compás con manos y pies.

Encontré a Ruth después del baile. Yo era dos años más joven que Juan, pero ya había pensado lo que iba a decirle a Ruth. La encontré en el patio de su casa, en los brazos de Judas.

Puede parecer que trato desesperadamente de buscarle un defecto a Judas, a quien nadie le encontró nunca ninguno. Pero la falta fue mía, pues la incertidumbre, la confusión, el miedo y el temor los sentía yo, y no Judas. Yo, Simón, de brazos largos, de rostro ancho y feo, que perdía el cabello ya a los veinte años, torpe de movimientos y casi tan torpe de raciocinio; yo, Simón, sólo consideré y admití el hecho de que habíamos sellado un pacto juntando nuestras manos.

Ninguno de ellos lo supo. Pero, con todo —y que Dios me perdone—, estaba tan lleno de odio que me fui de Modín, me alejé de los que bailaban, bebían y cantaban. Caminé durante horas. Tenía la impresión, y eso seguramente no me será perdonado, de que podía haber matado al que era de mi propia sangre. Por último regresé, cuando ya había pasado la mitad de la noche. Frente a la casa de Matatías se hallaba el viejo, el adón.

—¿Dónde has estado, Simón? —me dijo.

—Caminando.

—Cuando un judío camina solo en una noche como ésta, es porque no reina la paz en su alma.

—En la mía por cierto que no, Matatías —repuse con amargura, llamándolo por su nombre por primera vez en mi vida.

Pero él no reaccionó. El venerable judío continuó en su sitio, iluminado por la luz de la luna más allá de la pasión y del odio. Las negras rayas de su capa, que lo envolvía de pies a cabeza, formaban un dibujo inquietante: caían primero en línea recta desde la cabeza, ceñían después el cuerpo en círculos y terminaban finalmente en el suelo, donde parecían arraigarse en la tierra.

—Ya no eres, pues, un niño, sino un hombre, y te encaras frente a frente con tu padre —dijo.

—No sé si soy un hombre. Tengo mis dudas.

—Yo no tengo dudas, Simón —concluyó él.

Quise pasar por su lado para entrar en la casa, pero me detuvo con un brazo que parecía de hierro.

—No entres lleno de odio —dijo quedamente.

—¿Qué sabes tú de mi odio?

—Yo te conozco, Simón. Te he visto llegar al mundo. Te he visto mamar de los pechos de tu madre. Te conozco a ti, y los conozco a ellos.

—¡Malditos sean!

Hubo un gran silencio; y luego con una voz que casi temblaba de pena, dijo el adón:

—Ahora pregúntame si eres el guardián de tu hermano.

No pude hablar. Me quedé inmóvil, desamparado, interiormente vacío. Luego el adón me tomó entre sus brazos y me mantuvo un instante abrazado. Finalmente entré en la casa, dejándolo fuera, a la luz de la luna.

Se puede explicar mucho, y no aclarar nada; porque cuanto más avanzo en este relato de mis gloriosos hermanos, tanto menos me parece comprender. Y lo único que permanece inmutable, inalterable, claro, es la figura del viejo, el adón, mi padre, en pie a la luz de la luna, en nuestra antiquísima tierra. Lo estoy viendo como lo vi entonces, envuelto en su gran mantón que lo cubría de la cabeza a los pies. Era el único judío de todos los pueblos y todas las naciones capaz de afirmar categóricamente: «Fuimos esclavos en Egipto, y jamás olvidaremos que fuimos esclavos en Egipto». Así debió de haber sido entonces en la remota antigüedad, cuando nuestro pueblo, las doce tribus que lo formaban,

cansadas de errar y ansiando descanso, salieron del desierto y vieron las colinas boscosas y los fértiles valles de Palestina.

Pericles había muerto, y nos enviaron a Apeles. Pericles había sido un lobo; Apeles era un lobo y un cerdo al mismo tiempo. Pericles tenía algo de griego; Apeles nada absolutamente.

Deben ustedes entender lo que significan los griegos, ustedes que habrán de leer estas líneas cuando yo esté muerto, y estén muertos mis hijos, y los hijos de mis hijos. No son un pueblo, ellos a quienes llamamos griegos; no son una cultura; no son Atenas. No es el recuerdo dorado, perdido en algún rincón de nuestra memoria, de la gloria que irradiaron en un tiempo los griegos. Las viejas historias nos hablan de un pueblo hermoso que vivía lejos, hacia el oeste, y que había descubierto muchas cosas desconocidas. ¿Quién puede vivir en Judea empleando tal o cual cosa, un jarrón, una prenda, una herramienta, hasta una forma de hablar, sin saber que la crearon los griegos? A esos griegos no los conocimos nunca; sólo conocimos a los amos del imperio sirio del norte, bastardos borrachos de poder que elaboraron su propia definición de lo helénico y nos la enseñaron mediante el sufrimiento. Nos «helenizaron», no con belleza y sabiduría, sino con miedo, terror y odio.

Apeles era el resultado final, el orgullo máximo de la helenización. Era sirio, fenicio y egipcio, y varias otras cosas más. Llegó a Modín al día siguiente del casamiento de Juan, en una litera que conducían veinte esclavos. Cuarenta mercenarios marchaban delante de la litera y otros cuarenta detrás. Evidentemente, Apeles no quería arriesgarse a compartir la suerte de Pericles.

La litera fue depositada en el suelo en el mismo centro de la aldea, donde se encuentran los quioscos del mercado. Al hacerlo, uno de los esclavos se torció un pie y cayó. Apeles salió de un salto de la litera y miró en derredor. Llevaba un latiguito

de alambre de plata tejido y, cuando vio al esclavo en el suelo frotándose el pie, se lanzó sobre él y le abrió la espalda en dos sitios. Era Apeles un hombre bajo pero activo; gordo como un cerdo, con rollos de carne rosada de la cabeza a los pies; no era hermoso, pero exhibía públicamente su desnudez, llevando una pequeña y delicada falda y una pequeña y delicada túnica, y desafiando al mundo a que viera lo poco que tenía debajo de la falda.

Cuando bajaron la litera, casi todo Modín — hombres, mujeres y niños —, se había congregado para ver al nuevo alcalde. La aldea había gozado de varias benditas semanas sin Pericles; su ausencia, que era inexplicable, fue muy bien recibida, pero todo el mundo sabía que algún día tendría que terminar, como todas las cosas buenas.

Reunidos todos en la plaza, observamos a Apeles y vimos cómo azotaba al esclavo.

En nuestra lengua la palabra «esclavo» es la misma que «sirviente». No podemos retener a un esclavo durante más de siete años; y debido a que esa norma sabática de la libertad figura en nuestra ley escrita desde tiempo inmemorial, para recordarnos que nosotros mismos fuimos esclavos en Egipto, hemos llegado a ser un pueblo casi sin esclavos, en un mundo en el que hay muchos más esclavos que hombres libres. En un mundo en el que toda la sociedad y todas y cada una de las ciudades se apoyan en la espalda de los esclavos, nosotros somos los únicos que no tenemos mercados de esclavos, y a quienes les está prohibido instalar tablados para la venta de hombres o mujeres. Nuestras leyes dicen que cuando un amo golpea a un esclavo, éste puede reclamar su libertad. En los pueblos civilizados es distinto, y por eso observamos con interés la primera manifestación del carácter del nuevo alcaide.

Los mercenarios nos hicieron retroceder empujándonos con las lanzas, y en el espacio circular que se formó. Apeles caminó un instante contoneándose y luego se detuvo adoptando una postura rebuscada. Contrajo el mentón, adelantó el abdomen y separó las piernas, cruzando las manos en la espalda. Luego se pasó la lengua por los labios y habló por fin, ceceando en la lengua aramea y con la voz aguda de un capón.

—¿Qué aldea es ésta? —preguntó—. ¿A qué sitio asqueroso...? ¿Qué aldea es?

Nadie respondió. El alcaide sacó un pañuelo de encaje y se lo pasó delicadamente por debajo de la nariz.

—Judíos... —ceceó—. Detesto el olor de los judíos, su aspecto, el aire que respiran... y el orgullo que tienen esas bestias sucias y barbudas. Repito, para que se entienda bien: no me gustan los judíos. Tú... —añadió, señalando con su grueso índice a David, el hijo de Moisés ben Simón, un niño de doce años de edad—. ¿Cómo se llama este pueblo?

—Modín —respondió el chico.

—¿Quién es el adón? —inquirió Apeles.

Mi padre dio un paso adelante y permaneció silencioso, envuelto en su capa listada y en su enorme dignidad, los brazos cruzados, el rostro aguileño completamente inexpresivo.

—¿Tú eres el adón? —dijo el alcaide, con acento mordaz—. ¡Centenares de aldeas nauseabundas y centenares de jefes! ¡Adones! ¡Señores de esto y señores de aquello!

Su sarcasmo casi desembocó en un sollozo.

—¿Cómo te llamas? ¡Porque supongo que tendrás nombre!

—Me llamo Matatías ben Juan ben Simón —respondió el adón con su voz profunda, vibrante, que hizo más grave aún para acentuar el contraste con el chillido del capón.

—Tres generaciones —asintió Apeles—. ¿Hay algún judío, así sea el esclavo o mendigo más sucio y miserable, que no pueda desentrañar tres, seis o veinte generaciones de antepasados?

—A diferencia de cierto pueblo —repuso suavemente el adón—, nosotros sabemos quiénes son nuestros padres.

Apeles se adelantó y le dio una bofetada en pleno rostro.

El adón no se movió, pero del pueblo se elevó un clamor de angustia, y Judas, que estaba a mi lado, se movió para avanzar. Yo lo detuve, y las lanzas detuvieron a los demás. Aquél no fue más que mi primer contacto con Apeles, pero me bastó para advertir esa sed enfermiza y perversa de sangre por la que tantos alcaides convertían en mataderos tantas aldeas judías.

—No me gustan la insolencia ni la desobediencia —dijo Apeles—. Yo soy el alcaide, y mi deber es difundir entre vuestro pueblo descarriado cierta comprensión y cierta apreciación de esa noble y libre cultura que hizo del nombre de Grecia sinónimo de civilización. Es poco probable que occidente llegue nunca a comprender a oriente, ni oriente a occidente, pero por consideración a la humanidad en general debe hacerse alguna que otra tentativa. Eso, naturalmente, cuesta dinero, y el dinero se obtendrá. No quiero ser un gobernante severo. Yo soy un hombre justo, y la justicia ha de ser la norma imperante. Sin embargo, los representantes del rey deben gozar de seguridad; no puede ser de otro modo. Pericles no desapareció en una nube. Pericles fue asesinado, y ese crimen no puede quedar impune. Todas las aldeas tendrán que compartir su grado de responsabilidad. De este modo se establecerá la ley y el orden en todo el país, habrá paz y reinará la seguridad.

Hizo una pausa, se pasó el pañuelo por debajo de la nariz y gritó de repente:

—¡Jasón!

El capitán de los mercenarios, sucio y sudoroso dentro de su armadura de bronce, avanzó contoneándose.

— Cualquiera de ellos — ceceó Apeles.

El capitán de los mercenarios recorrió la fila de aldeanos. Se detuvo frente a Débora, la hija de Lebel, el maestro de escuela.

Era una niña de ocho años de edad, despierta, hermosa, con dos largas trenzas negras en la espalda; estaba en aquel momento pálida y alerta. Con un solo movimiento, rápido y medido, el capitán de los mercenarios sacó la espada y la clavó en el cuello de la niña; brotó la sangre y la pequeña cayó sin emitir un solo grito.

Nadie se movió. Sólo se oyó el gemido angustioso de la madre, y el grito del padre; pero nadie se movió. Lo que Apeles quería era demasiado evidente. Se levantó un sordo rumor en el pueblo. Apeles subió a la litera y los mercenarios, lanzas y espadas en mano, la rodearon. Los esclavos levantaron la litera y Apeles se retiró de Modín.

Le siguieron los gritos de la madre de Débora, cada vez más altos y más agudos.

Impresionaba ver a Lebel en la casa mortuoria, balanceándose y gimiendo frente al lugar donde yacía el cadáver de su hija. Aquel hombre menudo, de rostro enjuto, que durante tanto tiempo me había enseñado el *alef*, el *bet* y el *guimel*, que impartía sus lecciones con la ayuda de una vara (que caía con tanta frecuencia sobre Eleazar que éste, cuando transcurría una mañana sin que sucediera, salía sonriendo, perplejo), aquel hombre aparecía ahora desprovisto de toda su dignidad y todo su poder, retorcido y mutilado de dolor. Su esposa lloraba en otro cuarto, y las mujeres lloraban con ella; pero Lebel se hallaba con sus hijos; con las ropas rasgadas, y la cara y la barba salpicadas de cenizas, se balanceaba y sollozaba...

— El adón vendrá a la hora de la *minja* — dije.

— El Señor nos ha abandonado, a mí y a Israel.

— Haremos entonces el servicio.

— ¿El servicio resucitará a mi hija? ¿El adón le insuflará vida?

— A la puesta del sol, Lebel — dije.

¿Qué otra cosa podía decir?

— Mi Dios me ha abandonado...

Me fui a la casa de Matatías. Lo encontré sentado a la mesa, la gran mesa de cedro que siempre, hasta donde llegaban mis recuerdos, había sido el centro de nuestra vida familiar. Allí comíamos el pan de la mañana y bebíamos leche caliente por la noche; allí celebrábamos la pascua y quebrábamos el ayuno de expiación. El adón estaba allí, con la cabeza entre las manos, envuelto aún en su larga capa listada. Eleazar y Jonatán se habían sentado en cuclillas junto a la chimenea, y Judas iba y venía por la habitación, atormentándose amargamente.

— Aquí viene Simón — dijo mi padre.

— ¡Y Simón lo sabe! — gritó Judas, volviéndose hacia mí y tendiendo ambas manos—. ¿Hay sangre en mis manos, o están limpias?

Me senté, me serví leche de la jarra y partí un trozo de pan.

— ¡Pero tú me contuviste! — gritó Judas, colocándose a mi lado—. ¡Cuando ese perro abofeteó a mi padre, tú me contuviste! Y cuando la niña... — ¿Qué hubiéramos ganado con que te mataran? — ¡Es mejor morir luchando!

— Sí — convine yo, comiendo con apetito voraz—. Ellos eran ochenta, armados y acorazados, y en Modín no hay ochenta hombres, ni tienen lanzas o espadas; ni armaduras, excepto las que les quitamos a los mercenarios. Así que habría sido breve y fácil, y habría suficiente sangre para cubrir toda la aldea. Tenemos cuchillos, arcos y flechas... — Mastiqué y sorbí un trago de

leche, pero la amargura me dominó—. Aunque los arcos y las flechas estén enterrados, porque nosotros, que hasta hace poco éramos conocidos como el pueblo del arco, pagamos con la vida si nos encuentran alguno.

—Y así seguiremos viviendo —dijo Judas.

—No lo sé. Yo soy Simón ben Matatías, campesino, labrador; no soy vidente, ni profeta, ni rabí. No lo sé...

Apoyando las manos en la mesa, Judas me miró fijamente.

—¿Tienes miedo?

—Lo he tenido... Hoy he tenido miedo. Y volveré a tenerlo.

—Algún día —dijo Judas lentamente, muy lentamente, y yo comencé a comprender que aquel hermano mío de diecinueve años de edad era distinto de otros hombres—, algún día invitaré a que me sigan a aquellos que no tengan miedo. ¿Dónde estarás tú entonces?

—Basta —interrumpió el adón—. ¿No pueden dejar de discutir continuamente? No faltan penas en nuestra patria. Nuestras manos están manchadas de sangre. Vayan esta noche a la casa de Lebel, y rueguen por su perdón y el de Dios, como haré yo.

Yo continué comiendo y Judas volvió a recorrer la habitación.

De pronto se detuvo, se volvió hacia el adón y exclamó:

—¡De hoy en adelante no pediré perdón a ningún hombre!

El tiempo pasa, y nuestro país, que goza de un sol saludable, tiene virtudes curativas. Un día, poco después de aquel episodio, encontré a Judas tendido en la ladera, cuidando las cabras. Alzó la vista, me miró y sonrió. La sonrisa la recuerdo muy bien, porque la sonrisa de Judas, mi hermano, no era algo que se pudiera olvidar o resistir tan fácilmente.

—Ven a sentarte a mi lado, Simón, como un hermano —dijo.

—Soy tu hermano —repuse, sentándome a su lado.

—Lo sé, lo sé; y yo te ofendo, y no sé por qué. Toda la vida te he estado ofendiendo, Simón. ¿No es cierto?

—No es cierto —dije, ya cautivado por él, por esa manera con que sabía conquistar a quien quería.

—Y sin embargo, cuando a mí me ofendían y necesitaba alivio, cuando lloraba y mis lágrimas tenían que ser enjugadas, cuando sentía hambre y quería pan, no me dirigía al adón, ni a mi madre que estaba muerta, ni a Juan, sino a ti, Simón, hermano mío.

Yo no podía mirarlo; no quería hacerlo, no quería mirar esos rasgos vigorosos y puros que parecían tallados en piedra, esos ojos grandes, azules.

—Y cuando tenía miedo, me echaba en tus brazos para que calmaras mis temores.

—¿Cuándo se casarán tú y Ruth? —pregunté.

—Algún día. ¿Cómo lo sabes, Simón? Pero tú lo sabes todo, es verdad. Algún día; cuando mejoren las cosas.

—No van a mejorar.

—Sí, van a mejorar, Simón; van a mejorar. Ya lo verás.

Permanecimos un instante en silencio, tumbados en la hierba, yo con la mirada perdida, pero Judas con los ojos fijos en la encrucijada de caminos que desde el otro lado del valle conducían a la llanura de la costa.

—¿Cómo se hace la guerra? —preguntó de pronto.

—¿Qué?

—¿Cómo se hace la guerra?

—Qué pregunta tan rara...

—Es lo único que me he estado preguntando —murmuró Judas—. Me lo estoy preguntando todos los días y todas las noches. ¿Cómo se hace la guerra? ¿Por qué no me contestas? ¿Cómo se hace la guerra?

Había que contestarle. Ya fueran sus hermanos, sus sirvientes, o sus partidarios, nadie podía mantener con él las

mismas relaciones que otros hombres mantienen entre sí. Judas los absorbía, se apoderaba de ellos, los dejaba pendientes de sus palabras como si las palabras mismas fueran seres.

— ¿Cómo se hace la guerra? — repetí —. Con armas, con ejércitos...

— Con ejércitos — asintió Judas —. Y los ejércitos son de mercenarios, siempre mercenarios. Hombres alquilados... La humanidad, en todo el mundo, está dividida en tres grupos.

Se tendió de espaldas, con los brazos separados, y fijó la vista en el cielo, en ese cielo azul de Judea en el que las nubes, tenues y vaporosas, avanzan y retroceden desmenuzándose como el lino fresco del telar.

— Tres grupos — continuó Judas suavemente —: los esclavos, los que poseen los esclavos y los mercenarios, los que se alquilan para matar, para asesinar; se ofrecen a Grecia, a Egipto o a Siria; o a Roma, ese nuevo amo de occidente. A Roma, Simón, ya lo has oído; y Roma los hace ciudadanos y les paga menos. Pero siempre han sido lo mismo: mercenarios...

Guardó silencio un instante.

— ¿Recuerdas, cuando éramos pequeños, aquel día en que vimos marchar hacia el sur a los mercenarios sirios para atacar Egipto? Guerra entre *nokrim*; siempre igual. Un rey recluta a diez, o veinte, o cuarenta mil mercenarios, y marcha contra una ciudad. Si el rey de la ciudad puede contratar a un número suficiente de mercenarios, les sale al encuentro en alguna llanura y se acuchillan mutuamente hasta que se decide la batalla. Si no, cierra las puertas y se inicia un asedio. Hay lucro en las guerras, y nada más. Sólo que... Simón, ¿nunca se te ha ocurrido preguntarte por qué liberamos nosotros a los esclavos a los siete años?

— Lo estipula la ley — dije —, y siempre ha sido así. Porque nosotros mismos fuimos esclavos en Egipto. ¿Lo has olvidado, acaso?

—La misma respuesta que me daría el adón —dijo Judas sonriendo—. Lo de Egipto fue hace mucho tiempo. Pero fíjate, en lugar de tres, hay cuatro clases de personas en el mundo: los esclavos, los dueños de los esclavos, los mercenarios... y los judíos.

—Nosotros tenemos esclavos —dije.

—Y los liberamos, nos casamos con ellos, los incorporamos a nuestra vida. ¿Por qué no tenemos mercenarios?

—No lo sé —repuse—. Nunca había pensado en ello.

—Pero no los tenemos. Y cuando llegan tiempos de guerra, cuando los sirios o los griegos o los egipcios vienen a nuestro país, empuñamos los cuchillos y los arcos y les salimos al encuentro; somos una muchedumbre desordenada luchando contra asesinos amaestrados y acorazados, contra hombres que nacieron para la guerra, fueron criados para la guerra y viven sólo para la guerra. Y nos despedazan, como nos hubieran despedazado en Modín el otro día.

—Nosotros no podemos mantener mercenarios —dije al cabo de un rato—. Si contratamos mercenarios, tenemos que guerrear. Porque si no, ¿de dónde saldría el dinero para pagarles? Nosotros luchamos solamente para defender nuestro país. Si lo hiciéramos como los *nokrim*, como los extranjeros, para obtener un botín de oro y esclavos, seríamos como ellos.

—Yo podría partir a Apeles en dos —murmuró Judas—. Podría aplastarlo como a un melón maduro. Nunca ha trabajado, ni utilizado los músculos. Cuando se baña, un esclavo le levanta las partes, suponiendo que las tenga, para secarle debajo. Pero viene con ochenta mercenarios, y respaldado por la fuerza de otros ochenta mil.

—Es cierto.

—Y él me llama a mí judío roñoso; y abofetea a mi padre; y degüella a una criatura. Y repite lo mismo en trescientas aldeas, y yo tengo que callarme.

— Es cierto.

— Hasta que no aguantamos más, y salimos a atacarlos como una muchedumbre desordenada... y ellos nos aniquilan.

¿Qué podía decir o hacer sino contemplar a aquel hermano mío que veía las cosas como yo no las había visto nunca?

— Nosotros no tenemos esclavos — prosiguió Judas serenamente —, porque hacen falta mercenarios para dominarlos, y hace falta oro para pagar a los mercenarios; y hay que hacer la guerra continuamente, porque nunca alcanza el oro; hasta que aparece un contrincante más fuerte. Para eso se requieren los muros de una ciudad que sirvan de protección. Y nosotros no tenemos nada de eso, ni ciudades, ni esclavos, ni oro, ni mercenarios.

— Nosotros no tenemos nada de eso — reconocí yo.

— No tenemos más que nuestra tierra. Pero debe de haber algún modo; algún modo de luchar sin ser aniquilados, de transformar el país en muros. Debe de haber algún modo...

Una mañana, temprano, me desperté de madrugada, en esa pausa gris que hay entre el día y la noche y que, como dicen los rabíes, sirve para recordarnos perpetuamente aquel tiempo en que sólo existía el vacío, un vacío uniforme, unido; ni día ni noche, ni mes ni año. Nosotros dormíamos, como siempre, en la única y espaciosa habitación de la casa, en jergones colocados en el suelo. Mis hermanos, yo y el adón, cinco solamente desde que se casara Juan.

Me di la vuelta en mi lecho y vi la oscura silueta del adón, en pie frente a la ventana. Tenía en la mano la espada de Pericles, que debió de haber sacado de su escondrijo, formado por las vigas del techo. Mientras lo observaba, casi sin hacer ruido sacó la espada de la vaina y la mantuvo en la mano; pero no como un hombre que observa un objeto curioso. Pasaban los minutos y él

seguía allí, en su lugar, empuñando la espada desnuda. Yo, sin embargo, no sentí temor ni aprensión; solamente una profunda curiosidad por saber qué pasaba por su mente, tan vieja, tan íntimamente ligada con la mente de todos los ancianos, de todos los venerables antepasados del antiguo Israel.

Sopesó la espada, como si quisiera calibrar el peso, el tacto y el equilibrio, para recordarlos cuando llegara el momento. Luego, siempre moviéndose silenciosamente, se dirigió hasta un compartimiento donde guardábamos las grandes tinajas de aceite de oliva.

Destapó una de ellas e introdujo la espada dentro del aceite. Luego repuso la tapa. Allí estaría segura y al alcance de la mano.

Me di la vuelta y me dormí.

Fue unas dos semanas más tarde, quizá algo menos o algo más, cuando llegaron a Modín tres mujeres, tambaleantes, semidesnudas, desgañadas y con los pies sangrando. Una de ellas llevaba a un niño muerto, apretado contra su pecho; la otra era muy joven y la tercera muy vieja. Fueron las primeras de una corriente de refugiados que durante un período de cuatro o cinco días se volcó en Modín y en las aldeas vecinas.

Todos relataron la misma historia, breve y trágica. Eran de Jerusalén; gente de la ciudad. Muchos de ellos habían dejado de considerarse judíos. Estaban preparados para convertirse en griegos, cada vez más griegos. Eran gente civilizada. Gente culta. Habían abandonado las barbas, los pantalones de lino y las capas listadas.

Llevaban túnicas y las piernas desnudas. Muchos de ellos se sometieron a dolorosas operaciones para borrar los signos de la circuncisión. Hablaban en griego y pretendían sentirse incómodos con el hebreo o el arameo. Por eso lo que sucedió fue tan terrible para ellos; mucho más que para otros.

Antíoco Epifanes, el rey de reyes, que gobernaba todo el país desde Antioquía, había nombrado un nuevo general para Jerusalén.

Se llamaba Apolonio y en mayor escala era para Jerusalén lo que Apeles para Modín. Llegó a la ciudad con diez mil mercenarios, en lugar de ochenta, y no supo apreciar demasiado la cultura de los nuevos judíos. Al menos, cuando llegó el sábado ordenó a los mercenarios que salieran a la calle a cobrarse la paga por sí mismos, con sus espadas; precisamente el sábado, el día de Dios, en el que ningún judío levantaría la mano para defenderse. Los mercenarios mataron durante todo el día; mataron hasta que ya no pudieron mover los brazos. Cortaban dedos para sacar anillos, brazos para quitar brazaletes. Convirtieron la ciudad en una carnicería y los supervivientes, medio enloquecidos, nos dijeron que las calles se habían anegado en sangre hasta el tobillo. Luego irrumpieron en el Templo y sacrificaron un cerdo en el altar.

— ¿Y Menelao, el sumo sacerdote, dónde estaba? — preguntó mi padre a uno de los refugiados.

— Apolonio lo compró.

Mi padre odiaba y siempre había odiado al sumo sacerdote, que llevaba un nombre griego y ropas griegas, pero aquello no lo quiso creer.

— ¡Mientes!

— ¡Pongo a Dios por testigo! Lo compró por tres talentos; y Menelao rezó sobre la sangre del cerdo.

— Es verdad — confirmaron otros.

Mi padre se fue a su casa. Se inclinó ante la chimenea, tomó un puñado de cenizas y se refregó con ellas la cara y el cabello.

Luego, y mientras le corrían las lágrimas, rezó la oración por los difuntos.

— Báñate y vístete — me dijo Judas —. El adón va al Templo y nosotros iremos con él.

— ¿Está loco?

— Pregúntaselo a él. Nunca lo he visto como ahora.

Fui a ver a mi padre dispuesto a decirle: «¿Estás loco? ¿Quieres arriesgar tu vida y las nuestras? ¿Qué ganamos con meter la cabeza en la boca del lobo?». Éstas y muchas otras palabras llevaba preparadas; pero cuando vi su expresión, no dije ni una sola.

— Báñate, Simón — me dijo amablemente —, y úntate con aceite y especias, porque vamos al Templo de Dios.

De nuevo, pues, y por última vez, fuimos Matatías y sus cinco hijos al Templo de Jerusalén. Como tantas otras veces anteriores, marchamos en fila; primero el viejo, el adón, luego mi hermano Juan, luego yo, Simón, luego mi hermano Judas, luego mi hermano Eleazar y finalmente Jonatán.

Pero ya éramos hombres, y los viejos tiempos habían quedado atrás. Hasta Jonatán había dejado de ser un niño. Pocas semanas fueron suficientes para que su gracia y su fragilidad se transformaran en algo recio, resistente y elástico. Ya no lloraba. Recordé en aquel momento, mientras los contemplaba a los dos, aquella vez que Jonatán había mentido y Judas lo castigó. Ambos habían cambiado; eran otros ahora. La recatada arrogancia, la humilde arrogancia de Judas (la peor clase de arrogancia, la del tímido que conoce muy bien su belleza y su encanto), comenzaba a transformarse en otra cosa, en la particularidad de un propósito único, de un designio singular, que en aquel momento pude vislumbrar solamente. Si yo había odiado a Judas, si siempre lo había odiado, el odio comenzaba por fin a desvanecerse. Con respecto a él, la edad ya no significaba nada; Judas no tenía edad; ni la tendría nunca, hasta el día de su muerte. Juan y Eleazar eran sencillos, claros, inteligibles, pero Judas ya estaba fuera de mi comprensión, y Jonatán era mutable, cambiante, y seguiría cambiando siempre.

Atravesamos tierras sombrías. Poca alegría había en las aldeas que cruzábamos, y menos aún cuando se enteraban del lugar adonde nos dirigíamos. Los que reconocían a Matatías le preguntaban:

— ¿Adónde vas, adón?

Y sacudían la cabeza con inquietud cuando les respondía:

— Al santo Templo.

A medida que nos acercábamos a la ciudad, se veía cada vez mayor número de mercenarios. Los veíamos bebiendo en las tabernas del camino. Los veíamos con sus mujeres — siempre hay mujeres para los mercenarios —, y los veíamos marchando en cohortes.

Llegamos finalmente. El adón se había desgarrado las ropas y había rezado la oración por los muertos; no reveló, por lo tanto, ninguna emoción ni redujo el paso al entrar en la fantástica e increíble ruina en que se había convertido Jerusalén.

Los muros no habían sido simplemente derribados, sino destrozados, furiosa y brutalmente desmenuzados, y coronados luego con una fila al parecer interminable de estacas, cada una de las cuales sostenía la cabeza de un judío. El hedor de la carne en putrefacción llenaba toda la ciudad. Nadie había lavado la sangre seca de las calles. Los muebles habían sido arrojados por las ventanas y balcones, y se veían por todas partes trozos de sillas, mesas, camas y vasijas. Los esqueletos de las casas quemadas daban una fisonomía especial a la ciudad, y de tanto en tanto se veían brazos o piernas, sueltos, putrefactos y cubiertos de moscas, pasados por alto por los destacamentos enterradores. En las calles deambulaban los perros y ocasionalmente alguno que otro grupo de mercenarios que pasaba con gran estrépito; nos miraban con suspicacia pero no trataban de atacarnos. Fuera de eso, la ciudad estaba desierta.

Lo mismo que en aquella lejana ocasión, cuando, niños aún, fuimos por primera vez a la gloriosa ciudad de David, también esta vez marchamos cuesta arriba en dirección al Templo. Seguía en pie, podíamos verlo; y detrás del Templo veíamos también el acra, la enorme ciudadela de piedra que los macedonios habían construido para alojar a la guarnición. El acra estaba intacta; aún más, numerosos grupos que trabajaban activamente la estaban reforzando con nuevas murallas y contrafuertes. Pero al Templo lo habían tratado con la misma furia insana que a los muros de la ciudad. Quemaron las fuertes puertas de madera y desgarraron los ricos cortinajes. Las pulidas paredes aparecían cubiertas de obscenidades, símbolos fálicos y desagradables dibujos de hombres y mujeres copulando con animales. Se trataba de nuevos elementos de juicio de que disponíamos para conocer, comprender y apreciar la cultura de la civilización.

Junto a la puerta había, como siempre, levitas apostados; o al menos la ropa que llevaban era de levitas. Cuando entramos avanzaron para detenernos, pero cuando vieron a Matatías, cuando vieron la expresión de su rostro, se hicieron a un lado y nos dejaron pasar.

Entramos en el sanctasanctórum, la casa interna de Dios, donde se encuentran el pan de la proposición y el candelabro. Apeataba como un puesto de carnicero. En el altar, cubierto de sangre seca, había una cabeza de puerco cuyos ojos abiertos nos miraban fijamente. A un lado, una urna con carne de cerdo, y en el suelo diversos despojos.

Al llegar a la puerta, Matatías se detuvo un instante; luego entró, y por primera vez en mi vida pude apreciar toda la talla del viejo, el adón. El Templo era él, y él era el Templo. Los judíos de Roma, Alejandría, Atenas o Babilonia, se vuelven hacia el Templo cuando rezan; pero el Templo es para ellos solamente

una palabra o una imagen; la mayoría muere sin haberlo visto jamás. ¿Pero cuándo había dejado el adón de verlo, de entrar en él, de rezar en él? Mi padre era kohan; hacerle un rasguño al Templo era cortarle a él la carne. ¿De qué modo podría expresar lo que significaba para él ver una cabeza de cerdo en el altar?

Sin embargo no vaciló; se dirigió hacia el altar y se detuvo ante él, en medio de la basura. Nosotros lo seguimos, y Judas alzó al brazo para arrojar al suelo la cabeza.

—Déjala —dijo fríamente el adón.

Juan comenzó a pronunciar, suavemente, la oración por los muertos, pero el adón lo interrumpió bruscamente.

—¡Aquí no! ¿Rezas la oración por los muertos aquí?

Pasaban los minutos y él seguía allí, de espaldas a nosotros. Finalmente se volvió, con mucha lentitud. La impasibilidad de su rostro me llenó de asombro. Echó hacia atrás la capa, y la brillante luz del sol, que entraba por el techo, refulgió en su clara chaqueta de seda. Su barba era completamente blanca, así como sus largos cabellos. Nos miró con serenidad, paseando la vista de un rostro al otro, como si buscara tranquilamente cierta cualidad que estaba seguro de encontrar. Por último fijó la mirada en Judas.

—Hijo mío —dijo suavemente.

—Di, padre —respondió Judas.

—Cuando purifiques este sitio, hazlo bien.

—Sí, padre —murmuró Judas.

—Tres veces con lejía, como dice la ley. Tres veces con ceniza. Y tres veces con arena fría, limpia del río Jordán.

—Si, padre —dijo Judas, con voz apenas audible, los ojos húmedos de lágrimas.

—Y otras tres veces con agua fría, con amoroso desvelo.

—Sí, padre.

Luego el adón se aproximó a Juan y lo besó en la boca; luego me besó a mí; después a Judas, a Eleazar y a Jonatán.

—No tenemos nada más que hacer aquí —dijo enseguida—. Volvamos a casa.

Salimos del Templo, pero en la puerta el adón se detuvo, aferró del brazo a uno de los levitas y le dijo:

—¿Dónde viven ustedes?

—En el acra —respondió el hombre retrocediendo.

—¿Hay otros judíos allí?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Unos dos mil.

—¿Hombres ricos? —prosiguió el adón—. ¿Propietarios? ¿Cultos?

—Sí..., cultos —asintió el levita.

—Una isla de la cultura occidental —dijo el adón suavemente—. Un trozo de Atenas en la tierra de los judíos, ¿no es así?

El levita asintió, sin saber de qué modo interpretar la actitud amable del adón.

—¿Son amigos del rey de reyes?

—Sí —dijo el levita—, son amigos del rey de reyes.

—Muy bien. Allí están a salvo, dentro de muros seguros y con diez mil mercenarios para protegerlos de las mal alimentadas iras de su pueblo. Menelao, el gran sacerdote, ¿está con ellos?

—Sí.

—Dile a Menelao que Matatías ben Juan ben Simón vino de Modín a saborear la gloria de la civilización, y que trajo consigo a sus cinco hijos. Dile que algún día volveremos.

Y regresamos a Modín.

SEGUNDA PARTE

EL JOVEN, EL MACABEO

¿Cómo podría explicar a los que no son judíos, sino foráneos, extranjeros, o como decimos nosotros, *nokrim*, todo lo que significa para nosotros la expresión «el Macabeo»?

Macabeo es una palabra antigua, muy antigua; una palabra de un pueblo que profesa una curiosa veneración a las palabras. Nosotros somos el pueblo de la Biblia, del Verbo y de la Ley; y la Ley dice: «No mantendrás a tu esclavo en la ignorancia». Vivimos en un mundo en el que muy poca gente sabe leer y escribir; pero en nuestro pueblo lee y escribe el más vulgar de los aguadores. Para nosotros las palabras no son algo que se pueda pronunciar disparatadamente o al azar. *Macabeo* es una palabra antigua, muy antigua; una palabra extraña. No obstante, aunque leamos los cinco libros de Moisés y todos los demás escritos de la antigüedad, buscaremos en vano en ellos la palabra *Macabeo*; no figura en ninguna parte.

Es por la naturaleza de la palabra. No se trata de un título que pueda asumir una persona, sino de un don que sólo puede conceder el pueblo. En los tiempos de mi padre no había Macabeos, ni en los tiempos de mis abuelos, ni en los de mis bisabuelos. Pero hablando con los viejos, con los rabíes, de Gedeón, nadie dice Gedeón ben Joas, que era su nombre; lo llaman en cambio, amable y cariñosamente, «el Macabeo». Pero, ¿cuántos hubo

como Gedeón? No llamaban por ese nombre a David, y ni siquiera a Moisés, que estuvo delante de Dios; pero se lo dan a Ezequías ben Acáz, y quizá a uno o dos más. Hablando de ellos, dicen: «Fueron Macabeos».

No es un vocablo como *melek* o *adón*; ni siquiera como rabí, que significa «mi señor», aunque de una manera extraña y venerable que es difícil de explicar. El Macabeo no es el señor de ningún hombre, y ningún hombre es su esclavo o su sirviente. A veces, pero muy de tarde en tarde, surge en el pueblo un hombre que es del pueblo y para el pueblo; a ese hombre lo llaman Macabeo, porque lo aman. Según algunos, esa palabra era originalmente *makabet*, que significa «el martillo», y un hombre así era como un martillo que empuñara el pueblo. Según otros, el vocablo significaba antiguamente «destruir», porque el que llevaba aquel nombre destruía a los enemigos de su pueblo. Yo sólo sé que es una palabra única en nuestra lengua, un título, ostentado por muy pocos hombres; y yo conocí a muy pocos hombres que merecieron llevarlo.

El rabí Ragesh dijo por su parte que sólo había uno; y a él se lo confirió.

Regresamos de Jerusalén a Modín, donde los muros de nuestro valle nos apartaban del mundo. En las colinas, cada valle es un oasis capaz de dejar al margen quejidos y sufrimientos, y en el que el tiempo pasa en oleadas rítmicas, medidas por las salidas y las puestas del sol, por las cinco cosechas anuales que extraemos del suelo, y por la maduración, la siega, la siembra y la plantación. Sin embargo, aquella vez fue diferente, y cada día podía ser el último.

Un día que volvía del campo, con la azada en la mano, sucio y sudoroso, descalzo, las piernas desnudas y el pantalón arremangado hasta la rodilla, vi al adón sacando la espada de la tinaja de aceite.

Judas estaba junto a la ventana, vestido como para viajar, como para hacer un viaje largo y pesado por las colinas; llevaba gruesas sandalias y pantalones ajustados y se había echado hacia atrás la capa rayada, por encima de los hombros, ajustándola en la cintura. En la mesa había un paquete con pan, higos secos y pasas de uva. Miré interrogativamente a mi padre y a mi hermano, primero a uno y luego al otro, pero ninguno de los dos habló. Me lavé la cara y las manos en la palangana, y cuando me estaba secando, entró Eleazar trayendo el arco de asta de Judas, que había estado enterrado en el patio posterior de la casa, y un puñado de flechas.

— Toma — dijo, dándoselos a Judas —. Y una vez más te pregunto: ¿puedo ir contigo?

— No — respondió brevemente Judas.

— Te va a pesar mucho — dijo el adón, secando el arma —. No estás acostumbrado a llevar espada, hijo mío.

— Tengo que aprender muchas cosas. Creo que llevar la espada no es de las más difíciles — respondió Judas, y añadió, dirigiéndose a Eleazar —: ¿Quieres traerme la vaina?

— ¿Adónde vas? — pregunté.

— No lo sé.

— ¿Adónde va? — repetí, dirigiéndome a mi padre.

El viejo sacudió la cabeza. Judas recorrió con los dedos un cordel de arco, lo enrolló y lo guardó en la bolsa. Luego introdujo el arco y las flechas en el cinto que llevaba debajo de la chaqueta.

— ¡Respóndeme! — exclamé enojado —. ¡Te he preguntado adónde vas!

— Y yo te he contestado que no lo sabía.

— ¿Quién lo sabe?

— Voy a las colinas — dijo Judas, después de vacilar largo rato —. Voy a recorrer las aldeas. Voy a ver a la gente y a hablar con ellos.

— ¿Para qué?

— Para averiguar qué es lo que piensan hacer.

— ¿Qué quieres tú que hagan?

— No lo sé. Por eso voy.

Me senté en el banco junto a la mesa. Eleazar volvió con la vaina. Judas enfundó la espada y se la colgó en el hombro, debajo de la capa. Había una increíble falta de afectación en todos sus actos, lo que me irritaba más aún; pero no podía menos que encontrarlo magnífico, con su gran capa echada hacia atrás, su amplia y vigorosa figura, el soberbio porte de su cabeza, su espesa barba rojiza y su cabello, que le caía sobre los hombros desde el ajustado birrete redondo. Mientras yo lo observaba, cavilando acerca de cuáles serían sus propósitos, llegó Jonatán con Ruth. Judas y Ruth salieron juntos al patio posterior de la casa, y volvieron a entrar al cabo de un rato.

— Voy contigo — dije finalmente a Judas.

— Quiero ir solo — replicó él.

Con Judas no se podía discutir; poseía ese poder especial de neutralizar toda discusión. En ese momento entró Juan, y con su llegada nos encontramos todos reunidos. Judas besó a los demás y luego me hizo señas de que lo siguiera.

Salimos. Judas me miró un instante y luego me abrazó. Como siempre, mi cólera, violenta y amarga, se esfumó.

— No dejes que pase nada — dijo.

— ¿Qué crees tú que puede pasar?

— No lo sé, Simón, no lo sé. Estoy tratando de ver en las tinieblas. Cuídalos.

Pasaron los días, y cada día fue un poco peor. Las cosas no empeoraron en gran escala, sino poco a poco. En la pequeña aldea de Gumad, que está a sólo una hora de camino de Modín, los mercenarios de Apeles dieron muerte a una familia entera,

porque detrás de una viga de la casa descubrieron tres flechas. El padre de la familia, Benjamín ben Caleb, fue crucificado. Eso era algo nuevo en el país, una novedad importada de occidente por Antíoco, el rey de reyes. Benjamín ben Caleb fue clavado vivo en la puerta de su casa y durante todo el día lo rodearon los mercenarios, escuchando sus gemidos y sonriendo apreciativamente. Luego, uno o dos días más tarde, fueron violadas cuatro jóvenes en Zorá, una aldea situada al sur de la nuestra. Un aldeano que trató de defenderlas fue muerto. En Galilea, Samaria y Fenicia, donde los judíos vivían en las ciudades junto con los gentiles, la situación era peor. Terribles relatos de penas y sufrimientos llegaban hasta Judea. En Modín, sin embargo, y aunque parezca extraño, la vida siguió desarrollándose casi como de costumbre. Recogimos la cosecha, trillamos el trigo y desecamos la fruta; nacieron niños y fallecieron ancianos, y llenamos las prensas con aceite fresco de oliva. Por la noche, después de la cena, nos sentábamos a hablar de los tiempos mejores que habían pasado y de los peores que podrían venir, entonábamos nuestras antiquísimas canciones y escuchábamos las historias que nos contaban los viejos.

Cuatro días después de la partida de Judas, al caer la tarde, diez o doce aldeanos se hallaban sentados a la mesa de Matatías, bebiendo vino, masticando nueces y pasas de uva y discutiendo sobre aquel tema que siempre surgía solo, el de la amargura de vivir bajo el talón de un invasor extranjero. Nosotros somos un pueblo al que le ha tocado quizá, en uno u otro sitio, una porción demasiado grande de dolores, y hemos aprendido a transformarlos en risas.

Tenía que ser así; de lo contrario habríamos perecido hace mucho tiempo. Recuerdo claramente que Simón ben Lázaro contaba aquella historia, ya tan sabida, de Antíoco y los tres tontos

sabios, uno de esos cuentos tristes y mordaces que se infiltran con tanta frecuencia en la literatura de los pueblos oprimidos; y recuerdo que yo desatendía las palabras del relato para poder contemplar a Ruth con los dos ojos y con toda el alma. Sentada junto a su madre, mantenía la cabeza como siempre, erguida y atenta, como si escuchara (y a mí me pareció, lo juro, que trataba de escuchar si venía Judas).

La luz de la lámpara incidía en su rostro confiriéndole reflejos de bronce pulido. ¡Con qué precisión recuerdo su figura! La cabeza inclinada, la sombra de las mejillas, debajo de los pómulos, las trenzas enrolladas, el cabello rojo. Nunca, ni antes ni después, conocí a una mujer como ella. ¿Y para quién sería, si no para Judas? ¿Quién más podía emparejarse con ella, si no el que poseía como ella el rostro, la talla y el corazón de la antigua estirpe de los *kohanim*?

En aquel momento baló una cabra; temiendo que se hubiese introducido en el corral un chacal de las colinas, me escurrí disimuladamente para no interrumpir la alegre velada, salí por la puerta posterior, atravesé el patio y subí por la loma hasta el cercado de piedra donde encerrábamos los animales. No era una cabra, sino dos carneros que se habían enredado por los cuernos, y uno de ellos gemía de dolor. Los separé y luego, como la noche era fresca y agradable, y la luna redonda y brillante, no quise volver a casa y me senté al pie de un olivo, desde donde podía contemplar la luna y aspirar la pura brisa que venía del mar.

Habría transcurrido una media hora cuando oí que alguien pronunciaba mi nombre.

— ¿Simón...? ¿Simón...?

— ¿Quién llama a Simón? — pregunté, aunque bien lo sabía, por las palpitaciones de mi corazón y el sudor que me humedeció repentinamente las manos.

— *Un muchacho lunático* — dijo Ruth, apareciendo en el extremo del corral y canturreando la letra de la canción —, *que sueña con una hermosa doncella*. ¿Te aburrías, Simón?

— Creí que había entrado un chacal. No deberías estar aquí, conmigo.

— ¿Por qué? — replicó Ruth, jugando con mis sandalias con los dedos desnudos del pie y sonriendo burlescamente —. ¿Por qué no debería estar aquí contigo, Simón, contigo que has venido a proteger a las cabras de la amenaza de un chacal? ¿Y si en lugar de un chacal hubiese sido un león, como el que encontró David?

— Hace trescientos años que no hay un solo león en Judea — respondí con tono sombrío.

— Tú nunca sonríes, Simón ben Matatías, ni encuentras nada divertido. Eres el hombre más desdichado de Modín; más aún, de toda Judea; o hasta del mundo entero, diría. Creo que daría años de mi vida si apareciera un león detrás de mí y te engullera.

— Es muy poco probable — comenté.

— Extiende la capa, ¿quieres?, me voy a sentar — dijo ella riendo.

Sacudiendo la cabeza, extendí la capa y Ruth tomó asiento a mi lado. Ella esperaba, al parecer, que yo hablara; pero yo no sabía qué decirle. Permanecemos, por lo tanto, en silencio, mientras la luna se elevaba en el cielo y su luz se derramaba como plata fundida sobre las colinas de Judea. Por último dijo Ruth:

— Hubo un tiempo en que me quisiste, Simón... al menos, es lo que yo creía.

La miré.

— Yo lo creía — murmuró ella —, y durante mucho tiempo, cada vez que iba a la casa de Matatías me preguntaba: ¿Estará Simón? ¿Me mirará? ¿Me sonreirá? ¿Me hablará? ¿Me cogerá la mano?

Dominado por la ira y la frustración, sólo pude decir estas palabras:

— ¡Y hace apenas cuatro días que se fue Judas!

— ¿Qué? — exclamó ella, mirándome con incredulidad.

— Lo que has oído.

— ¿Qué tengo que ver con Judas, Simón? ¿Qué te pasa, Simón? ¿Qué te he hecho? ¡Me has estado tratando como si fueras de piedra, de hielo! Y no solamente a mí, sino también a tu padre, y a Judas.

— ¿No tenía razón?

— Yo no sé cuáles son tus razones, Simón.

— Y cuando saliste con Judas antes de que se fuera...

— No amo a Judas — dijo ella con cansancio.

— ¿Lo sabe él?

— Sí, lo sabe.

Sacudí la cabeza desanimado.

— Él te ama — dije —. Lo sé. Conozco a Judas; conozco todos sus gestos, todas sus miradas, todos sus pensamientos. Siempre ha conseguido todo lo que quería. Conozco esa condenada, esa maldita humildad suya...

— ¿Es por eso que le odias?

— No le odio.

Me cogió ambas manos entre las suyas, acariciándolas en su regazo.

— Simón, Simón... — dijo —. Simón ben Matatías. Simón de Modín. ¡Tengo tantos nombres para ti! Simón mío, mi extraño Simón, bello, maravilloso, sabio y tonto. Siempre te he querido a ti; a nadie más. No hubo nunca ningún otro; sólo Simón. Y siempre he soñado que algún día me amarías... No, que me amarías no, que estarías a mi lado, para mirarme, a veces para hablarme. Pero ni siquiera eso, ¿verdad, Simón?

— Judas te ama.

— ¿No vives más que para Judas, Simón? ¿No existe nadie más que Jonatán, Eleazar y Juan? ¿Qué culpa asumes tú por ellos? Judas me abrazó, y yo le tuve lástima. No soy suya. No soy de nadie, Simón ben Matatías. Sólo puedo ser de una persona.

— ¿Tú le tuviste lástima? —susurré—. ¿Sentiste lástima de Judas?

— Le tuve lástima, Simón. ¿No lo entiendes?

— No — dije —, no...

Imposible describirla, imposible explicar cómo era Ruth, allí a la luz de la luna. La abracé, luego la cubrí con los pliegues de mi capa y allí nos quedamos, tumbados, al pie del olivo...

Después, anduvimos cogidos de la mano, subiendo la cuesta de terraplén en terraplén, hasta que llegamos a la cumbre desierta, donde el viento susurraba en las siemprevivas y donde el aire era fresco, fragante, perfumado. Yo, Simón, y aquella mujer que me hizo olvidar el miedo a la muerte, al porvenir, a la miseria y al dolor; que me hizo saber que yo, el hijo de Matatías, podía vivir como nunca había vivido, sintiéndome joven, fuerte y orgulloso, embargado interiormente de una mezcla de lágrimas y risas.

— Y yo he tenido que cortejarte a ti — dijo Ruth —. He tenido que rogarte, que pedirte que me abrazaras.

— No, no.

— Sí, he tenido que pedirte.

— No, querida mía, no; porque yo recuerdo. Recuerdo cuando me hice daño una vez en una rodilla, y tú me la lavaste y la vendaste. Yo me dije entonces que conquistaría el mundo entero para ti y te lo traería...

— ¿A Modín?

— Sí, a Modín. Y cuando tú llevabas vino al adón...

— Una vez lo derramé.

—Se me partió el alma por ti. Y cuando lloraste, yo también lloré, todo mi ser lloró, interiormente, por ti.

—Y cuando a ti te castigaron porque Judas rompió la copa grande, yo lloré de esa misma manera por mi Simón, por mi bueno, hermoso y afectuoso Simón.

—¡No digas eso!

—¿Por qué? ¿Por qué no? Simón, yo te amo. Amo a un hombre. Simón. Amo a un hombre. Antes amaba a un niño, ahora amo a un hombre... Sin embargo, cuando nos separamos, un solo pensamiento me dominaba: ¿Cómo se lo digo a Judas?

Transcurrieron cuatro semanas de punzante felicidad. No era ningún secreto. En un lugar como Modín, donde la mitad de la población está emparentada de algún modo con la otra mitad, no hay secretos, y cualquiera que viese a Ruth mirarme a mí, o que me viese a mí cuando miraba a Ruth, quedaba enterado de todo.

Es difícil escribir sobre esas cuatro semanas, pero debo hacerlo, para que se entienda lo que nos sucedió después a mí, Simón, y a mis hermanos; sobre todo al que fue llamado el Macabeo. A veces pienso que los judíos somos forasteros en el mundo, que residimos en él sólo un instante y debemos considerar forzosamente cada día como si fuera el último. Nosotros nos atamos con lazos más fuertes que el acero y consideramos sagradas muchas cosas que no lo son para otros pueblos. Pero lo más sagrado de todo es la vida misma y nuestro crimen más terrible es un acto corriente en otros pueblos: el suicidio. Por esa extraña santidad de la vida, el amor se convierte casi en un acto de adoración. Nosotros, cuando abrimos el corazón, lo abrimos de par en par.

Así fue para Ruth; y así fue para mí. Cada uno se convirtió en una parte integrante del otro. Ignoro lo que habrá pensado el adón; yo vivía y mi corazón cantaba al son de su propia música,

y no sé si el adón me habrá condenado, pensando, como yo mismo pensé tan a menudo, que había asestado una puñalada a Judas. Yo poseía a Ruth y era dueño del mundo. Ascendíamos las colinas y nos tumbábamos en la fragante hierba, a la sombra de los cedros. Vadeábamos con las piernas desnudas el fresco arroyo de Tubal, o nos tendíamos en el pasto a vigilar las cabras. Era una época de poco trabajo; la cosecha ya había sido recogida y todavía no estábamos preparados para la siembra; esa tarea, por lo tanto, que en ausencia de Judas me hubiera agobiado a mí de trabajo, podía ser postergada. Juan y Jonatán pasaban gran parte del tiempo en la sinagoga, antiguo edificio de piedra que era escuela de día, sala de reuniones por la noche y lugar de oración a la salida y la puesta del sol; se dedicaban a estudiar y escudriñar en los rollos, pero yo no estaba tan dispuesto a hacerlo cuando brillaba el sol y cantaban los pájaros y mi corazón cantaba con ellos. Yo estaba enamorado, y las horas sin Ruth eran sombrías e interminables.

Nos estudiábamos mutuamente. Ruth me hizo sondearme, me hizo penetrar en mi interior para averiguar qué era, qué significaba, ese algo sutil y amargo que había entre Judas y yo. ¡Qué bien me conocía, aquella mujer alta y hermosa! ¡Qué poco la conocía yo! Recuerdo que una vez, cuando le hablé de Judas — y no volví a hacerlo —, me contestó casi enfurecida:

— ¡Tú dices que conoces a Judas! ¡Pero no lo conoces! Y tampoco me conoces a mí. ¡Yo no soy para ti un ser humano, una persona viviente!

La miré; miré sus piernas largas, sus pechos altos, su figura regia; era más humana que ninguna persona de las que había conocido.

— Los tiempos han cambiado — dijo —. Antes los hombres tenían diez esposas y diez concubinas, y cuando nacía una niña ni siquiera la registraban. Si yo tuviera una hija...

— ¿Tú?

— Si yo tuviera una hija — continuó —, ¿aceptarías el hecho como bueno ypreciado?

— Si tuvieras una hija — dije.

— ¡Simón, Simón! ¿Qué temes? Judas es un gran hombre, un hombre hermoso, lo mismo que tú. Siempre lo supe. Cuando llegué a tu casa, llegué a la casa de Matatías y sus hijos, que era una casa distinta de todas las demás; de todas las demás. ¿Quieres que me arrodille ante ti, Simón?

— Querida mía, querida mía...

— Cuando me conozcas, Simón, no volverás a tener miedo jamás. Te lo prometo. Seré fuerte para ti, Simón. Se avecinan malos tiempos, lo sé. Y sé dónde estarán los hijos del adón; pero seré fuerte, Simón, para ti. Tenemos tantos años por delante... Muchos; toda una vida... Y algún día las cosas volverán a ser como antes. La tierra será tranquila y apacible, acariciada por el sol...

Amaba la tierra como lo hago yo, como aman los judíos la tierra y sus frutos. Ruth era fecunda y yo tendría hijos e hijas que me sucederían. Y la vieja simiente volvería a sembrarse una y otra vez.

Dije al adón que al cabo de un mes contraeríamos matrimonio.

— Tú eres hombre — me respondió —, y estás en edad de casarte. ¿Por qué me lo dices a mí?

— Porque eres mi padre y quiero tu bendición.

— Sin embargo, no pediste mi opinión.

— Yo la amo y ella me ama.

— ¿Dónde está tu hermano? — preguntó el adón.

— ¿Le dije yo que se fuera? ¿Me dijo él adónde iba? ¿A eso se reduce toda mi vida? ¿Dónde está mi hermano, siempre dónde está mi hermano?

—¿Es tu vida acaso? —dijo el adón, con acento sombrío—. Tu vida es de Dios; no es mía, ni tuya. Todo Israel gime de dolor, pero tú sólo piensas en tu felicidad.

—¿Hago mal?

—¿Tú me hablas del bien y del mal, Simón ben Matatías, o de lo que es justo y lo que es injusto? ¿Tan mal te he engendrado que no saliste judío, que no te obliga la alianza de la Biblia? ¿Has olvidado que fuimos esclavos de Egipto?

—¡Hace mil años! —grité.

—¿Fue hace mil años —prosiguió el adón fríamente—, cuando fuiste al Templo y viste lo que vimos?

Se lo dije a Ruth.

—Es un viejo, Simón —repuso ella—. ¿Qué quieres? El Templo le destrozó el corazón.

Sus ojos buscaron los míos.

—Simón.

—¡Que Dios me ayude!

—¿Me amas, Simón?

—¡Como jamás he amado nada en el mundo!

—Todo saldrá bien, entonces, Simón. Te lo prometo.

Evitaba el techo de Matatías todo lo que podía. Me sentaba en la casa de Moisés ben Aarón, que me había amado desde niño y escuchaba sus divagantes relatos. Era el hogar de Ruth y ella estaba conmigo, las manos prestas a tomar mis manos, los ojos buscando siempre los míos. Moisés ben Aarón había viajado y visto muchas cosas, lo que era raro entre nosotros que echamos raíces profundas en nuestro suelo y no somos un pueblo de comerciantes como los griegos o los fenicios. Moisés había acudido a las grandes ferias de vinos de Gebel y de Tiro, y hasta a las de Alejandría, donde pagaban cualquier precio por las vendimias de Judea. Había visto a los esclavos de la costa mediterránea y a

los rubios mercenarios germánicos de los romanos. Había visto hombres negros y mestizos, y le gustaba hablar de todo eso. Sin embargo, decía siempre:

—Se puede viajar hasta cierto límite, Simón ben Matatías, y nada más, porque cuando uno se harta de ver esclavitud y crueldad, tiene que alejarse de los *nokrim* y regresar al seno de los suyos. De lo contrario, el mundo se trastoca, como si el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob le hubiese vuelto la espalda. No queda más que codicia de dinero y más dinero, de poder y más poder...

Con Ruth hablábamos de nuestra criatura. Se llamaría Débora si fuera niña, y David si fuera varón. Antes había sido hermosa, pero en ese entonces la belleza de Ruth resplandecía con un nuevo fulgor.

Hasta en Modín, donde la habían visto en pañales, donde la habían visto crecer y desarrollarse, hasta allí, en nuestra aldea, era una mujer distinta, nueva, y todo el mundo se volvía para mirarla.

—Es como una reina de Israel de antaño —decían—, una *kohanet* pelirroja de la antigüedad.

Y cuando los viejos se cruzaban conmigo en la calle, además del *shalom* de rigor, me decían:

—Dios quiera que engendres una raza de reyes.

Cuando estábamos solos en la ladera de la colina, cantaba con su profunda y armoniosa voz esa canción de amor de antigüedad inmemorial:

El amor es firme como la muerte...

No hay agua que pueda saciarlo

y ante el mismo diluvio es fuerte;

el que con bienes quisiera comprarlo

el desprecio sería su suerte.

Así fue y así terminó; ocurrió hace mucho tiempo y las lágrimas se secan como cualquier otra cosa. Ya he dicho antes que las cosas empeoraron, no de golpe, sino poco a poco, de tal modo que en las dos o tres semanas que transcurrían entre una y otra visita del alcaide Apeles, o de alguno de sus hombres, podíamos olvidar y reanudar nuestra existencia habitual. A Modín le dieron un respiro mayor que a otras aldeas. Los impuestos aumentaron; éramos insultados con mayor frecuencia y con insultos un poco peores cada vez, y una vez el rabí Enoch fue azotado casi hasta la muerte. Pero no era nada que no pudiéramos sobrellevar. Y entonces, cuando hacía cinco semanas que se había ido Judas, volvió Apeles con cien hombres y ordenó que todos los habitantes de la aldea se congregaran en la plaza.

Hombre extraño, ese Apeles; disfrutaba con la crueldad como las personas normales disfrutaban con el amor y la amabilidad. No es que fuera simplemente pervertido; además, la perversión le sentaba bien. Había engordado desde que era alcaide; se había vuelto más jovial; era imagen de un hombre pleno y satisfecho. La matanza de judíos, la flagelación de judíos, la tortura de judíos, eran alimentos para él. Fue fácil advertirlo en su aspecto cuando saltó de la litera, se echó hacia atrás el manto amarillo y se sacudió ligeramente la pequeña faldita rosada. Era un hombre feliz, y nos sonrió antes de explicarnos el motivo de su visita.

— Hermosa aldea, Modín — ceceó —, pero demasiado fecunda, demasiado fecunda. Tendremos que ocuparnos de eso. ¡Mi amigo el adón!

Mi padre se adelantó. Los últimos meses habían impreso un cambio profundo en su fisonomía. Tenía la barba blanca. Sus ojos grises estaban más claros que nunca y le cubría todo el rostro una red de profundas arrugas. Tampoco estaba tan erguido

como antes su cuerpo gigantesco; había perdido estatura y tenía una pátina de frustración y derrota que se había acentuado lenta pero constantemente durante la ausencia de Judas. Envuelto en su capa listada, permaneció impasible y en silencio.

— Les alegrará a ustedes saber — dijo Apeles, con voz alta y vehemente —, que el rey de reyes ha dedicado mucha atención a los judíos. En la última reunión del consejo, en la que tengo el orgullo de comunicaros que participé, se resolvió apresurar y completar la helenización de la provincia. Habrá que tomar ciertas medidas para imponer las decisiones; legalmente, con justicia, por supuesto, pero serán impuestas. Los rebeldes, como es natural, serán castigados.

Apeles aspiró profundamente, arrugó la nariz y se arregló y alisó los pliegues de su manto amarillo. Con una mano regordeta sacó un pañuelo de la manga y se tocó delicadamente las fosas nasales, primero una y después la otra.

— Pero no habrá rebeldes — prosiguió sonriendo —. Reconocerán ustedes que las viles supersticiones de su religión y lo que llaman la ley, ponen una insuperable barrera a la civilización. Las reglas alimenticias, sobre todo, constituyen un ultraje a todos los griegos; no las aplicarán más. La lectura y la escritura sólo sirven para extender e intensificar todas las demás prácticas viles de los judíos; sus escuelas se cerrarán definitivamente. Y como la fuente de superstición e ignorancia se encuentra en los cinco libros de Moisés, esos libros no han de ser leídos ni entonados. Para imponer esta última disposición mis hombres penetrarán en la sinagoga, retirarán los rollos y los quemarán públicamente. Por orden del rey.

Concluyó dando una delicada sacudida al pañuelo.

Ruth estaba a mi lado, y recuerdo que sentí en mi brazo la presión de sus dedos cuando Apeles terminó de hablar. Pero yo

observaba al adón; no le quitaba los ojos de encima, y yo sabía que allí entre la multitud Eleazar, Jonatán y Juan también lo observaban, como todos los demás, pendientes de que decidiera si aquello era o no el fin. Y lo mismo que la vez anterior, el adón no se movió. No se le movió ni un músculo, ni una pestaña; nada traicionó sus sentimientos. Los mercenarios rodearon al pueblo; uno de ellos se situó junto al adón. Veinte mercenarios montados vigilaban desde el lomo de los caballos, con los arcos tendidos y las flechas entre los dedos.

Cuatro hombres de Apeles entraron en la sinagoga, rasgaron los cortinajes que pendían detrás del púlpito y sacaron los diecisiete rollos de la Biblia que pertenecían a Moisés. ¡Qué bien conocía yo esos rollos! ¡Qué bien los conocían todos los hombres, mujeres y niños de la aldea! Yo los había leído desde que aprendí a leer; había aplicado mis labios en ellos; había recorrido con los dedos el viejo pergamino delineando las negras palabras hebreas. Ocho de los rollos habían sido traídos de Babilonia centenares de años atrás, cuando los judíos retornaron de su largo destierro. Según decían, tres de ellos databan del reino de David, y uno de ellos había sido del mismo David ben Isaí, anotado de su puño y letra. ¡Con qué cariñoso desvelo fueron resguardados! Cada siete años les cambiaban las fundas de finísima seda, cosidas con puntadas tan minúsculas que no se podían ver a simple vista y cubiertas totalmente de bordados. ¡Qué bien los ocultaban para protegerlos de catástrofes y llamas! Y ahora iban a ser quemados por el pervertido sirviente de un pervertido, ¡en nombre de la civilización!

Un gemido de agonía surgió del pueblo congregado en la plaza cuando los rollos fueron arrojados descuidadamente en una pila de paja. Un mercenario entró en una casa y volvió a salir llevando una tinaja de aceite de oliva, que destapó de un

golpe y derramó su contenido sobre los rollos; otro mercenario halló un carbón en una chimenea, avivó las llamas y comunicó fuego a la pila.

Apeles ya se había ido, conducido por sus esclavos, pero el pueblo continuaba mirando al adón. Creo que aquél habría sido el fin de la aldea, de todos los seres vivientes que la habitaban si mi padre no hubiese sido el hombre que era. No sé lo que pasaba en su interior, pero lo supongo. Yo lo observaba atentamente y vi que su cuerpo tenso se ponía rígido y se estremecía ligeramente; pero no lo suficiente como para que pudiera notarlo la gente; todos afirmaron, más tarde, que Matatías había quedado inmóvil como una piedra. No era una piedra, no, sino un hombre cuyo corazón sangraba. Apeles y sus mercenarios se retiraron y quedaron jinetes, vigilando la pila de rollos encendidos y vigilando al pueblo, con las flechas dentadas puestas en los arcos. Hombres sucios montados en animales mal cuidados, hombres que nunca se bañaban, nunca soñaban, no tenían ilusiones, ni esperanzas, ni amores; hombres ignorantes, brutales, cuyo oficio era matar, cuyo placer era pasar una noche con una prostituta o embriagarse con hachís y cuyo solaz era sumirse en una borrachera; hombres degenerados, deshumanizados, que sentían un odio especial a los judíos, ya que sucediera lo que sucediera los judíos nunca los contratarían. Esos eran los hombres que aguardaban, vigilantes, montados en sus cabalgaduras.

Uno de los rollos se había desplazado ligeramente en la hoguera; no se había encendido aún, pero ya había comenzado a ponerse amarillo, a tostarse en los bordes. Y en presencia de los jinetes que aguardaban, un niño de nueve años, Rubén ben José, hijo de un simple labrador, corrió hacia la pira, veloz como una ardilla, se apoderó del rollo y se volvió para huir.

Una flecha se le clavó en un muslo y el niño rodó como una piedra. Ruth, entonces, mi valiente y maravillosa Ruth, lo

alcanzó en tres zancadas y lo alzó en sus brazos. Los mercenarios dispararon el resto de las flechas, volvieron grupas y se alejaron a la carrera; y yo sólo recuerdo que corrí tras ellos, gritando como un loco, cuchillo en mano, hasta que Eleazar me alcanzó, luchó conmigo y me contuvo. Solté el cuchillo, que cayó al suelo.

Ruth estaba muerta, pero el muchacho vivía; lo había protegido con sus brazos y su cuerpo, convirtiéndose en una coraza contra las flechas. No pudo haber sufrido mucho, porque dos flechas le atravesaron el corazón. Yo lo sé; yo se las arranqué. La alcé del suelo y la lleve a la casa de su padre y me quedé toda la noche sentado junto a ella. A la mañana siguiente volvió Judas.

Hay algunas cosas de las que no soy capaz de hablar, pero que no tienen tampoco especial importancia en esta historia de mis gloriosos hermanos. No puedo hablar de lo que sentí aquella noche, noche sin fin que de algún modo terminó finalmente. La gente se fue entonces de la casa y Moisés ben Aarón y su esposa se durmieron vencidos por el cansancio. Me quedé solo. No creo haber dormido, pero pasé por un intervalo de duermevela. Me había apoyado en la mesa, con la cabeza entre los brazos, cuando oí pasos. Levanté la cabeza; había amanecido y a la luz del alba, que inundaba la habitación, vi a Judas.

No era el mismo Judas que se había ido cinco semanas atrás.

Había una diferencia que no vi de inmediato; la sentí más bien.

Tuve la sensación de que era un muchacho el que había partido y un hombre el que había vuelto. Era como si hubiera perdido la humildad, y sin embargo seguía siendo humilde. Tenía arrugas en el rostro y una franja de color gris en el castaño rojizo del cabello.

Y en una mejilla se veían los bordes en carne viva de una herida a medio cicatrizar. Llevaba la barba descuidada y el

cabello hirsuto, y estaba cubierto del polvo y la suciedad del viaje. Pero todo eso era en la superficie; en su interior también algo había cambiado. Su aspecto, sin embargo, le hacía parecer mucho más viejo y más voluminoso; una especie de gigante sombrío, no exactamente hermoso como lo fuera alguna vez, sino espléndido, aunque de distinta manera.

Nos miramos durante un rato que me pareció largo, muy largo.

Luego me preguntó Judas:

— ¿Dónde está, Simón?

Lo llevé hasta donde se hallaba el cuerpo y destapó el rostro. Parecía estar durmiendo. Volví a cubrirlo.

— ¿No sufrió? — preguntó con sencillez.

— Creo que no. Yo le arranqué dos fechas del corazón.

— ¿Apeles?

— Sí, Apeles — confirmé.

— Debes de haberla amado mucho, Simón — dijo Judas.

— Llevaba a mi hijo en su seno, y cuando murió todo lo que en mí ser tenía capacidad de querer murió con ella.

— Volverá a vivir — dijo con llaneza —. Ésta es una casa de muerte, Simón ben Matatías. Salgamos al sol.

Salimos a la calle. La aldea despertaba, con lo que daba su prueba diaria de la tenacidad de la vida. En alguna parte rió un niño. Tres polluelos pasaron batiendo las alas a ras del suelo. Jonatán y Eleazar salieron de la casa de Matatías y se reunieron con nosotros.

— ¿Dónde está el adón? — les preguntó Judas.

— Ha ido a la sinagoga con Juan y el rabí Ragesh.

— Tráeme agua — dijo Judas a Jonatán — para lavarme antes de ir a rezar.

Jonatán le trajo una palangana con agua y una toalla, y Judas se lavó allí mismo, delante de la casa de Moisés ben Aarón. Los hombres de la aldea que pasaban para ir a la sinagoga saludaban a Judas silenciosamente, y las mujeres se detenían en las puertas de las casas, algunas de ellas llorando y otras mirándonos compasivamente.

— Vayan ustedes delante — dijo Judas a mis hermanos.

Nosotros los seguimos y Judas me rodeó los hombros con el brazo.

— ¿Quién te dijo lo de Ruth? — pregunté.

— El adón.

— ¿Todo?

— Lo demás me lo imagino. Sólo te pido una cosa, Simón: que, cuando llegue el momento, Apeles sea mío, no tuyo.

A mí no me importaba. Ruth estaba muerta y nada podía resucitarla.

— Prométemelo, Simón.

— Como tú quieras. No tiene importancia.

— Sí la tiene. Esto es el fin de algo, y también el principio.

Llegamos a la sinagoga y entramos. El arca seguía descubierta y profanada; nadie había vuelto a colgar los cortinajes rasgados. Los hombres de la aldea rodearon al adón y a otra persona. Cuando se aproximó Judas se abrió el círculo y pude ver junto al adón a un hombre menudo, increíblemente feo, de mirada penetrante y alerta. Tendría algo más de cincuenta años, probablemente.

— El rabí Ragesh — dijo Judas —; y éste es mi otro hermano, Simón ben Matatías.

Ragesh se volvió. Era extraordinariamente ágil y vivaz, con unos pequeños ojos azules que parecían relampaguear continuamente.

Tomándome las dos manos, respondí:

– *Shalom*. Saludo con placer a un hijo de Matatías. Que seas un amparo para Israel.

– La paz sea contigo – contesté con voz opaca.

– Funesto día éste, de un año funesto – prosiguió Ragesh –. Pero que tu corazón rebose odio, Simón ben Matatías, y no desesperación.

Odio, pensé; no tenían que enseñarme lo que era. Hubo un tiempo en que supe lo que era el amor, la esperanza y la paz; ahora sólo conocía el odio; era lo único que quedaba.

El rabí Ragesh, en su calidad de huésped, dirigió las oraciones.

Los hombres se envolvieron de pies a cabeza en las capas listadas y permanecieron en pie, inmóviles, con el rostro cubierto, mientras Ragesh entonaba:

Shéma Israel, Adonái Elohéinu, Adonái Ejad...

(Oye, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno).

Busqué con la mirada a Moisés ben Aarón y lo encontré; luego salió el sol e inundó la vieja sinagoga de luz. Oramos por los muertos.

Yo también estaba muerto; vivía, pero estaba muerto. Cuando concluimos casi toda la aldea estaba en la sinagoga, tanto los hombres como las mujeres y los niños.

– ¿Qué pide el Señor? – preguntó el rabí Ragesh, declamando como si entonara una oración –. Pide obediencia.

– Amén. Así sea – dijeron todos.

– La resistencia a la tiranía, ¿no es obediencia a Dios? – preguntó amablemente el diminuto forastero.

– Así sea – contestaron todos.

– ¿Si una serpiente me ataca el talón, no debo aplastarla con el pie?

— Así sea — dijeron las mujeres llorando suavemente.

— ¿Y si Israel es atacado, no debe levantarse?

— Así sea — repitieron.

— ¿Y si no hay ningún hombre que juzgue a Israel, debe creer que Dios la ha abandonado?

— Así sea — dijeron los presentes.

— ¿O debe surgir del pueblo un Macabeo?

— Amén — contestaron.

— Amén. Así sea — concluyó Ragesh.

Avanzó por entre los presentes hasta donde estaba Judas, le puso las manos en los hombros, y lo besó en los labios.

— Háblales — le dijo.

He dicho que Judas era humilde, pero ahora la humildad había desaparecido. Se dirigió al frente de la sinagoga y allí se detuvo, bañado por la luz del sol, la capa manchada del viaje, colgando de sus anchos hombros, la cabeza inclinada, la barba rojiza refulgiendo como si fuera de fuego. Miré a mi padre, el adón; el viejo lloraba sin avergonzarse.

— He recorrido el país — empezó Judas en voz muy baja, tanto que la gente tuvo que apretujarse para poder oírlo —, y he visto el sufrimiento del pueblo. En todas partes ha ocurrido lo mismo que en Modín; no hay felicidad en Judea. Y en todas partes pregunté a los pobladores: ¿Qué piensan hacer? ¿Qué piensan hacer?

Judas hizo una pausa. En la profunda quietud de la sinagoga se oyó un solo sonido, el llanto de la madre de Ruth. En un tono de voz más alto, más profundo, más sonoro, dijo Judas:

— ¿Por qué lloras, madre mía? ¿No hay más que lágrimas para nosotros? No he venido aquí a buscar lágrimas; bastante he llorado ya y bastante lo ha hecho Israel. He visto la fortaleza del pueblo, de sus millares de personas. Pero un solo hombre sabía

lo que debía hacer: el rabí Ragesh, a quien llama padre todo el pueblo del sur. En la aldea de Dan preguntó al pueblo:

»— ¿Qué prefieren ustedes, que son judíos y han hecho la antigua promesa de no arrodillarse ante nadie, ni siquiera ante Dios; qué prefieren, morir de pie o vivir de rodillas?

»Y cuando llegaron los mercenarios, condujo al pueblo a los cerros, y yo fui con él. Durante diez días vivimos en cavernas. Teníamos solamente cuchillos y unos cuantos arcos; eran nuestras únicas armas, pero podíamos haber luchado. Pero Filipino fue con sus mercenarios un sábado, el pueblo no quiso luchar porque era el día de Dios, y los mercenarios lo segaron. Yo, sin embargo, luché, y Ragesh también lo hizo; y seguimos viviendo para volver a luchar. Yo pregunto entonces a mi padre, a Matatías, el adón, ¿qué manda Dios? ¿Debemos dejarnos matar, o debemos luchar?

La asamblea volvió sus ojos hacia el adón, que miraba a Judas.

Pasaron los minutos, hasta que al cabo de mucho rato, dijo el adón:

— El sábado es sagrado, pero la vida es más sagrada.

— ¡Escuchen a mi padre! — gritó Judas, con voz vibrante.

Las mujeres seguían llorando, pero los hombres miraban a Judas como si lo vieran por primera vez.

¿Cómo explicar lo que sentí, el cambio que experimenté cuando murió aquella mujer, que fue la síntesis de todas las mujeres? ¿Cómo podría expresarlo yo, Simón, el hijo de Matatías? Los escribas que registran esas cosas dejaron constancia escrita de que contraje matrimonio. Pero eso fue después, mucho después.

En aquel entonces sólo había un implacable odio en mi alma, y una mutación en la de Judas. Tampoco Eleazar seguía siendo el mismo de antes; Eleazar el afable, el coloso, el más fuerte y el más tranquilo de todos los hombres de Modín. Ni mi hermano

Jonatán, apenas algo más que un muchacho. Hasta Juan era extrañamente diferente, Juan el amable, el pasivo, casi santo; Juan, que ya había caído en la antigua rutina de tantos judíos: trabajar todo el día en el campo, darse un baño, cenar con la familia e ir luego a la sinagoga a estudiar los rollos, los rollos sagrados, los rollos que nos hicieron el pueblo de la Biblia, del Verbo y de las palabras, allí donde dice:

¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh, Jacob, tus tabernáculos, oh, Israel!

Qué vibración tan cálida, envolvente la de esta frase: «Tus tiendas, oh, Jacob; tus tabernáculos, oh, Israel». Nosotros somos un pueblo de paz. Tenemos un saludo tan viejo como el mundo, en el que decimos: *shalom*, y contestamos: *aleikem shalom*. «Paz» y «La paz sea contigo». No sé lo que dirán en otros países, pero nosotros cuando alzamos una copa de vino, es uno solo el brindis que pronunciamos: *lejaim*, que significa «vida». ¿No dicen acaso los textos que hay tres cosas más sagradas que otras: la paz, la vida y la justicia?

Somos un pueblo pacífico y paciente y tenemos mucha memoria, tanta que llega perpetuamente hasta la época en que éramos esclavos, en que fuimos cautivos en Egipto. Para nosotros la guerra no significa gloria, y nosotros somos los únicos que no tenemos mercenarios. Pero nuestra paciencia no es interminable.

Debo relatar el retorno de Apeles, y la causa de que su nombre haya sido registrado por nuestros escribas, para que los judíos lo recuerden siempre. Antes de que regresara Apeles a la aldea, los hijos de Matatías nos reunimos bajo el techo del viejo, nosotros cinco y el adón. También estaban el rabí Ragesh y Rubén ben Tubel, el herrero. Hombre extraño ese Rubén; era de baja estatura, ancho de espaldas y tan fuerte que doblaba una barra

de hierro con las manos; moreno, de piel y cabello oscuros, tenía los ojos negros y estaba completamente cubierto, de la cabeza a los pies, de vello negro y duro como el alambre. Pertenecía a una familia muy antigua, de la tribu de Benjamín; desde cien años antes del destierro sus antepasados fueron todos forjadores de hierro, hombres de fragua y martillo. Durante el destierro su familia fue una de las que no salieron de Judea, y por espacio de tres generaciones vivieron en cuevas, como bestias. Rubén sabía trabajar todos los metales, y como tantos judíos forjadores de hierro conocía el secreto del silicato del Mar Muerto, sabía combinarlo, fundirlo y soplarlo para hacer vidrio. No era un hombre instruido, y siendo niño más de una vez me burlé de su dificultad para leer la Torá.

Pero cuando una vez me reí de él abiertamente, el adón me propinó un fuerte golpe en la oreja.

—Guarda tus risas para mofarte de los tontos — me dijo —, y no de un hombre que posee secretos que tú ni siquiera sueñas.

Aquella tarde el adón le pidió que fuera a reunirse con nosotros. No eran frecuentes sus visitas a nuestra casa. Su mujer le había lavado la ropa, dejándola reluciente, blanca como la nieve. Entró, sin embargo, cautelosamente, y cuando el adón le hizo una seña invitándolo a sentarse a la mesa, sacudió la cabeza.

—Me quedaré en pie, si le parece bien al adón.

Mi padre, que era tan notablemente discreto con todo el mundo, no insistió, y Rubén permaneció de pie durante todo el tiempo que duró nuestra conversación. Su tranquilidad, su calma profunda e implacable, contrastaban curiosamente con la nerviosa vitalidad del rabí Ragesh, que no podía quedarse quieto en su asiento, que recorría continuamente la habitación de un lado para otro y que se lanzaba de pronto sobre nosotros como una flecha, subrayando las palabras con repetidos golpes de puño que se asestaba en la palma de la mano. Como cuando dijo:

— ¡Resistir, resistir, resistir! Ésa debe ser la consigna; debe ser como un faro para todo el país, para todos los lugares donde haya judíos. ¡Resistir! Hay que golpear al conquistador...

— Y él contesta los golpes — dijo suavemente el adón.

— ¡Oh, ya estoy harto de esas frases! — gritó Ragesh.

— A mí me hierve la sangre tanto como a ti — repuso fríamente mi padre—. Apeles me abofeteó cuando estaba delante de todo mi pueblo, y yo no me moví para que el pueblo pudiera seguir viviendo y contemplar una nueva aurora. Y cuando fui al Templo y vi una cabeza de cerdo en el altar, me tragué el dolor y la cólera. ¡Es fácil morir, rabí! ¡Dime cómo se puede luchar y seguir viviendo!

— Ya no podríamos retroceder — asintió Juan, con una expresión de tristeza y preocupación en su rostro alargado—. No ha de ser como en el sur, rabí Ragesh, donde unas cuantas personas fueron a los cerros y allí murieron. Todo el país se levantará cuando sepa que el adón Matatías ben Juan se ha sublevado contra los griegos. Y cuando vengan con veinte, treinta o cien mil mercenarios, ¿quién quedará en Israel para llorar?

— ¡Lucharemos! — gritó Ragesh—. ¿Qué dices tú, Simón?

Sacudí la cabeza.

— Haces mal en preguntarle eso a un hombre a quien le interesa menos la vida que la muerte. Pero sería una carnicería, como cuando lucharon nuestros padres y nuestros abuelos. Los mercenarios son adiestrados desde los seis años de edad; los mantienen en cuarteles, donde viven y crecen y practican día y noche el arte de matar. Es lo único que saben y viven solamente para eso, para llevar encima una armadura de cuarenta libras, para luchar en falanges con sus grandes escudos, y para esgrimir un hacha de combate o una espada. Contra todo eso nosotros sólo disponemos de cuchillos y arcos. Y en cuanto a corazas o ar-

mas, Rubén, ¿a cuántos hombres podrías armar, con el metal que tenemos aquí en Modín, de lanzas, espadas, petos y escudos? Nada más que eso; ni grebas, ni cascos ni brazales.

— ¿De hierro? — preguntó el herrero.

— Sí, de hierro.

Rubén reflexionó, calculó con los dedos, y luego dijo:

— Empleando las hojas de los arados, las hoces y las azadas, veinte hombres con armadura liviana. Pero llevaría mucho tiempo — añadió suspirando —. ¿Y cómo haríamos la siembra si usamos los arados?

— Y aun en el caso — dijo — de que Dios nos diera hierro como nos dio maná, cuando éramos un pueblo sin tierra y estábamos en el desierto, ¿de dónde sacaríamos los hombres? ¿Podríamos reclutar en Israel a cien mil hombres? ¿Y quién los alimentaría? ¿Quién trabajaría la tierra? ¿Quién quedaría? Y si reclutamos a cien mil hombres, ¿cuántos años harían falta para adiestrarlos?

— Nosotros sabemos luchar — intervino Judas.

— ¿En falanges?

— ¿Es ésa la única forma de luchar? ¿Qué sucedió hace dos años cuando los griegos lanzaron sus falanges contra los romanos? Los romanos utilizaron sus pilos y destrozaron las falanges. Y algún día alguien adiestrará mercenarios con armas nuevas. Pero no es un arma nueva lo que necesitamos, sino una nueva forma de luchar. ¿Qué clase de tontos somos, que cuando tal o cual rey invade nuestro país con sus mercenarios, les salimos al encuentro en una llanura y nos dejamos matar? ¿Enviamos a una muchedumbre desorganizada a que la despedace una máquina! Eso no es guerra, ¡es una matanza!

El adón se inclinó hacia adelante, con los ojos brillantes.

— ¿En qué piensas, hijo mío?

—En las distintas maneras de guerrear. Durante todo un año no he pensado en otra cosa. Ellos luchan por el botín, por el pillaje, para obtener oro y esclavos. Nosotros luchamos por nuestra tierra. Ellos tienen mercenarios y armas. Nosotros tenemos la tierra y un pueblo libre. Éstas son nuestras armas, la tierra y el pueblo. Nuestras armas y nuestras corazas. Tenemos arcos y cuchillos; no necesitamos nada más. Lanzas, quizá, y Rubén podría forjar cien puntas de lanza en una semana. ¿No, Rubén?

—Puntas de lanza, sí —asintió el herrero—. Una lanza no es un peto ni una espada.

—Lucharemos a nuestra manera, y ellos también tendrán que hacerlo a nuestra manera —gritó Judas, paseando la mirada de rostro en rostro—. Cuando el rabí Ragesh condujo a su pueblo a las cuevas, y yo entonces no lo sabía, rabí, ellos lo siguieron dispuestos a morir. No es eso lo que debemos hacer. Hemos estado muriendo durante demasiado tiempo. ¡Ahora les toca a ellos!

—¿Cómo, Judas, cómo? —quiso saber Juan.

—¡Que nos busquen! ¡Que nos envíen a sus ejércitos! ¡Un ejército no puede trepar como una cabra, pero nosotros sí! ¡Que haya una flecha detrás de cada roca y de cada árbol! ¡Que haya piedras en todos los riscos! No les haremos frente, ni les opondremos batalla, ni trataremos de detenerlos; pero los atacaremos, y volveremos a atacarlos, y volveremos a atacarlos, de tal modo que no podrán dormir de noche sin esperar una lluvia de flechas, y no se atreverán a entrar en un desfiladero, ¡y toda Judea se convertirá en una trampa para ellos! Que recorran el país los ejércitos, ¡nosotros estaremos en las colinas! Que vayan allí, ¡todas las colinas recobrarán vida! Que nos busquen, ¡nosotros nos dispersaremos y nos disiparemos como la niebla! Que hagan pasar a un ejército por una quebrada, ¡lo cortaremos como se corta una serpiente!

—¿Y cuando vengan a las aldeas? —inquirí yo.

— Las encontrarán vacías. ¿Podrán dejar guarniciones en las mil aldeas de Judea?

— ¿Y si las queman?

— Viviremos en las colinas; en cuevas si es preciso. Y la guerra será entonces nuestra fuerza, como lo es la tierra.

— ¿Durante cuánto tiempo? — preguntó Juan.

— Para siempre — replicó Ragesh —. Si es necesario, hasta el día del juicio.

— No ha de ser para siempre — dijo Judas.

Eleazar, entonces, apoyando sus grandes brazos en la mesa, se inclinó hacia adelante, alzó la cabeza y miró sonriendo a Judas. Y Jonatán, con los ojos relucientes y el rostro juvenil iluminado por la luz de la lámpara, sonrió también; no de alegría, sino por algo que debió de haber imaginado.

No podía dormir y salí al exterior. En la ladera de la colina vi la silueta de un hombre. Me aproximé; era mi padre, el adón Matatías. Estaba envuelto en su capa y contemplaba el valle que dormitaba a la luz de la luna.

— Bienvenido, Simón — me dijo —, ven y quédate conmigo, que un viejo se siente mejor cuando tiene un hijo a su lado.

Me acerqué, y él me rodeó los hombros con un brazo.

— ¿Qué buscas, padre? — pregunté.

— Tal vez al ángel de la muerte que viene tan a menudo a Judea — respondió encogiéndose de hombros —; o quizá el espectáculo de esas colinas plateadas, que son parte de mi ser. Ésta, Simón, es la antigua tierra de mis antepasados. Y tú has salido de la casa porque el pesar y el odio te atraviesan el corazón como puñales. ¿Me creerás, Simón, si te digo que una vez amé a una mujer tanto como tú? Murió de parto y mi corazón se endureció como una roca.

»¡Maldito seas, grité al Dios de Israel, porque me diste cinco hijos y te llevaste lo único que quería en el mundo! Un Dios justo contrapesa el dolor de un hombre con su lengua; fíjate, si no, en la singular bendición de que gozo en mi senectud. Mis hijos no se han rebelado contra mí, a pesar de mi frialdad y mi dureza, y ninguno ha alzado una mano contra el otro, lo cual no se puede decir ni de los hijos de Jacob, bendita sea su memoria. ¿Cómo puede endurecerse tu corazón?

— ¿Quieres que ría de júbilo? — pregunté.

El viejo asintió, barriéndose el pecho con la barba.

— Sí, Simón — dijo —. No estamos aquí más que por un día. ¿Cuánto hace que Matatías besó a una mujer al pie de aquel olivo? Cierro los ojos, y me parece que fue ayer. Estamos aquí por un instante, en la tierra del viejo Israel. Dios no quiere lágrimas, sino risas, y los muertos que descansen en paz. Para los vivos la vida debe ser alegre, de lo contrario es inútil seguir luchando, Simón. ¿Cómo puedes luchar, esperar o creer, si te aferras a los muertos?

— Con odio — respondí.

— ¿Odio? El odio es un combustible muy pobre para los judíos, hijo mío. ¿Qué decían los santos rollos que ardieron?: «Y pregonarán la libertad en la tierra a todos sus moradores. Será para ustedes jubileo; y cada uno de ustedes recobrará su propiedad, que volverá a su familia.» ¿Mandó Isaías al pueblo que odiara, o le dijo que dejara brotar la justicia como el agua y la rectitud como una poderosa corriente? Guarda el odio para tus enemigos, hijo mío. Para los tuyos debes albergar amor y esperanza. De lo contrario deja tu arco, aun antes de poner una flecha en la cuerda. Dime, Simón, ¿le otorgó Dios a ese hombrecillo impetuoso, el rabí Ragesh, el derecho exclusivo de señalar al Macabeo? Sólo el pueblo puede crear en su seno a un Macabeo, y erigirlo.

Seguirán a Judas, sí, porque es como una llama. Y yo, que soy su padre, te digo a ti, que eres su hermano, que nunca hubo en Israel un hombre como Judas. No, ni siquiera Gedeón, y que Dios me perdone. Pero la llama se consume, ¿y quién va a recoger las cenizas para que brote en ellas una nueva vida? Simón, Simón...

—Entremos —interrumpí, porque el viejo había apoyado su peso en mi hombro, y temblaba ligeramente—. La noche es fría.

—Sí —dijo—, y yo he estado hablando como un viejo tonto, sin pausa y sin cordura.

Descendimos la ladera, el adón apoyado en mi hombro.

Fui al día siguiente a la casa de Moisés ben Aarón. El vinatero se parecía a sus uvas; estaba seco, exprimido, inservible. Su esposa, con la cabeza envuelta en un chal negro, era una sombra opaca.

—Entra, Simón —dijo Moisés—, entra, hijo mío; quítate los zapatos y siéntate con nosotros. Imaginaremos, por un momento, que mi hija está aquí.

—No imaginaremos nada de eso —dijo su mujer con voz apagada.

—Una copa de vino para el hijo de Matatías —dijo él, sirviéndola—. Quisiera mandar a Ruth a la casa del adón con una jarra de la nueva vendimia. Para que Matatías ben Juan pruebe y juzgue... Qué triste está la casa, Simón.

—Siempre hablando de ella —exclamó la esposa—. ¿Por qué no dejas dormir a los muertos?

—Tranquilízate, mujer. ¿Perturbo su sueño acaso? Éste es el hombre que la amó, es Simón ben Matatías. ¿De qué más iba a hablar con él? Jugó con ella cuando era niña, y la tuvo entre sus brazos cuando se hizo mujer. ¿De qué otra cosa quieres que hable?

—De Apeles —contestó ella.

— ¡Que se pudra en el infierno! ¡Su nombre me ensucia la lengua!

— De Apeles — repitió ella.

— Háblale, Simón — me rogó—. Háblale, porque no toma alimentos, ni vino, ni nada. Está siempre así, sentada como una sombra. Háblale.

— Ya me han hablado bastante — dijo la madre de Ruth—. ¿Hace falta que me hablen los hijos del adón? Fui como una madre para ellos, y yo tuve una sola hija. Simón, ¿qué harás cuando vuelva Apeles a Modín?

Ambos me miraron fijamente; yo moví la cabeza afirmativamente, llené otra copa de vino y se la tendí a la mujer.

— Bebe, madre mía. El duelo ha terminado.

Se levantó, tomó la copa de vino y la vació.

El yunque y la forja de Rubén, el herrero, se hallaban en una pequeña barraca construida con restos de una antigua pared rocosa, y seguía siendo entonces, como en mi infancia, el lugar favorito de los niños. Las madres los mandaban con una olla agujereada, o los padres con la hoja rota de un azadón. Rubén reparaba la pieza, pero los niños no se iban; dejaban pasar las horas, atraídos, atrapados por aquel hombre menudo de anchos hombros, negro de hollín. Sus poderosos brazos eran la personificación del metal que forjaba, su gran martillo una terrible máquina de destrucción y su fuelle la boca viviente de un dragón. Rubén vivía en un mundo de calor y chispas, y el metal inanimado cobraba vida en sus manos.

Le gustaban los niños, y les contaba cuentos, cuentos peregrinos, distintos de todos los demás cuentos. Recuerdo que una vez fui a su choza con Ruth y ella se pegó temerosa a mi lado, mientras Rubén nos contaba el cuento de Caín, el de las cejas

negras y las manos rojas, que fue lanzado al infierno y vio a los diablillos forjar el metal.

Rubén siguió divagando hasta que Ruth se echó a llorar.

—No llores, hijita —dijo enseguida el herrero muy afligido, y la tomó en sus brazos desnudos y pilosos—, no llores, mi niña de oro, mi reina de Israel, mi hermosa.

Pero ella forcejeó hasta lograr que la soltara, y salió corriendo a esconderse en nuestro granero. Allí la encontré y la consolé.

Podría haber sido al día siguiente cuando fui a su taller, porque los niños seguían allí, todo lo cerca que se atrevían, mientras Rubén manejaba el martillo y Judas, desnudo hasta la cintura, le sujetaba la pieza de metal.

—Aquí viene Simón —dijo Rubén, sin dejar de martillar, *clang clang, clang*—. ¿Tú también vienes a enseñarme mi oficio? Yo ya calentaba el hierro cuando ustedes todavía no habían dejado de mamar. Y he visto un par de cosas, porque dos veces fui al norte, a las montañas, con Moisés ben Aarón, a comprar hierro en el mismo lugar en que lo sacan de la tierra. Allí los esclavos se introducen en la tierra arrastrándose como topos, completamente desnudos, y ciegos; y duermen luego cercados, como animales, gimiendo y sollozando. Lo he visto con mis propios ojos en las faldas del Ararat, allí donde el arca atracó, y donde los griegos llevan esclavos de todo el mundo para extraer el metal de las minas. Sin embargo, cuando hago una lanza, no sirve; tiene el asta muy corta, la punta muy gruesa...

—Las armas tienen que servir al hombre y no el hombre a las armas —intervino Judas.

—Escúchale, Simón ben Matatías —dijo Rubén sonriendo, mientras el martillo golpeaba y golpeaba, desprendiendo una lluvia de chispas—; a mí me habla de lanzas y de armas. Cuando tú gateabas, Judas, cuando llevabas pañales, llegó a Tiro, donde

yo me encontraba, una cohorte romana, la primera, te advierto. Pude examinar uno de sus pilos; seis libras de metal y seis libras de madera. ¡Eso es un arma, por todos los diablos! Yo he visto la lanza de los salvajes que viven al otro lado del Ararat, casi tres pies de metal, en forma de hoja; y la lanza repugnante, que parece una serpiente, de los partos; y la de los sirios, que parece una pala para excavar la carne; y el arma de los griegos, de doce pies de largo para ser manejada por tres hombres; y la miserable lanza egipcia, con su punta de bronce; y el venablo de los beduinos. El capitán de los romanos me preguntó:

»— ¿Quién eres tú?

»— Un judío de Judea — respondí —, un herrero, forjador de metales, cuyo nombre es Rubén ben Tubel.

»Yo no conocía su lengua, ni él la mía, pero alguien nos tradujo.

»— Es la primera vez que veo a un judío — dijo el capitán.

»— Y yo es la primera vez que veo a un romano — repuse.

»Él me dijo entonces:

»— ¿Todos los judíos son tan fuertes y tan feos como tú?

»— ¿Y los romanos — contesté —, son todos tan insolentes con los forasteros? Tienes en las manos una porquería de arma y en la boca una porquería de lengua.

»Porque yo era joven entonces, Judas ben Matatías, y no tenía miedo a ningún ser viviente. Pues bien, el romano le quitó de las manos un pilo a uno de sus hombres; pasaba en aquel momento por la calle un asno guiado por un simpático mozalbete.

»— Mira, judío — dijo el capitán romano.

»Y lanzando el pilo con un solo movimiento, atravesó al asno de tal modo que la madera se le clavó en el costado y la pértiga de hierro salió unos dos pies por el otro lado.

»—Ésa es nuestra arma, judío —dijo, mientras el mozallete gritaba de miedo y de dolor—, y en la legión hay buena paga y mejor gloria.

»Ya les he dicho que en aquel entonces yo no tenía miedo a nada. Arrojé una moneda de plata al muchacho del asno, escupí al romano en la cara y me fui. Pudo haberme matado, es cierto, pero ellos eran forasteros allí...

Verídico o no, a los niños les gustó el cuento; miraban extasiados a Rubén. Judas levantó la punta de la lanza, larga y delgada como una caña; todavía fulguraba con un resplandor rojizo.

—¡Téplala! —dijo el herrero, y Judas la sumergió en un balde de agua fría.

A través del vapor oí que el herrero la hacía sonar golpeándola con el martillo.

—Demasiado frágil —dijo—. Demasiado frágil. La armadura la resistirá.

—Pero la carne no —respondió Judas—; y se abrirá camino. Hazlas, Rubén, hazlas.

Y en el mes de *tishri*, cuando el fresco hálito del año nuevo se extendía por todo el país, volvió Apeles. Las cosas tienen, pues, un principio y un fin; Modín también.

Judas preparó sus planes perfectamente. Era incansable. Trabajaba día y noche, planeando y proyectando. Y día a día iba aumentando la provisión de lanzas. Modín era una aldea sentenciada.

Desenterramos los arcos. Fabricamos nuevas flechas. Transformamos los arados en lanzas. Afilamos los cuchillos como navajas.

Y ya era a Judas a quien la gente hacía sus peticiones.

—Tengo seis niños, Judas ben Matatías...

—Llevaremos provisiones para los niños.

—¿Qué hago con mis cabras?

—El ganado va con nosotros.

Lebel, el maestro, abogó por su causa.

—Yo soy un hombre de paz, un hombre de paz.

Fue a ver al adón, con sus ojos azules inyectados en sangre y llenos de lágrimas.

—¿Cuál es hoy en Israel el lugar de un hombre de paz?

Y el adón llamó a Judas, que escuchó y asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Nuestros hijos deberán crecer en el desierto como salvajes?

—No —dijo Lebel.

—¿O es que los judíos no saben leer y escribir?

Lebel meneó la cabeza.

—¡Pon entonces paz en tu alma, Lebel!

Luego dijo Judas al adón que los pocos esclavos de Modín debían ser libertados.

—¿Por qué?

—Porque solamente hombres libres pueden luchar como hombres libres —respondió Judas.

—Díselo al pueblo —dijo entonces el adón.

De ese modo celebramos nuestra primera asamblea en el valle, a cielo abierto. Concurrieron aldeanos de las vecinas poblaciones de Gumad y Demá; la sinagoga era pequeña para contenerlos a todos. Judas subió a lo que quedaba de la antigua pared rocosa para hablar, y se dirigió al pueblo en esos términos:

—¡No quiero que me sigan los medrosos! ¡No quiero a nadie que estime a su mujer y a sus hijos más que a la libertad! ¡No quiero a nadie que regatee lo que debe dar! El camino que yo conozco corre en una sola dirección, y los que lo sigan deben

marchar sin trabas. No quiero esclavos ni cautivos. ¡Hay que despedirlos o ponerles un arma en las manos!

— ¿Quién eres tú para hablar de ese modo? — gritó alguien.

— Un judío de Modín — respondió Judas. Era increíblemente sencillo, pero sabía juzgar con gran sagacidad a los hombres con quienes hablaba —. Y si los judíos no deben hablar, guardaré silencio.

Y comenzó a descender la cuesta. Pero de todos lados le gritaron:

— ¡Habla! ¡Habla!

— No traigo dones — dijo simplemente Judas—. Traigo sangre en las manos, y habrá sangre en las de ustedes, si me escuchan.

— ¡Habla! — exclamaron.

Después, cuando llegaron veinte hombres armados de Gumad que buscaban a Judas, preguntaron en la aldea:

— ¿Dónde está el Macabeo?

Y los aldeanos de Modín les indicaron la casa de Matatías. Todo eso sucedió antes de que regresara Apeles...

He dicho que el camino atravesaba la aldea y el Valle. Judas hizo muchas cosas, pero yo por mi parte me ocupé de apostar todas las mañanas a un muchacho de la aldea en un elevado despeñado desde el que podía ver el camino en una extensión de varias millas. Hacia el este, por cerros y por valles y atravesando una cadena de aldeas, el camino se dirigía hacia Jerusalén; hacia el oeste bajaba paulatinamente hasta el bosque y luego, a través de él, llegaba hasta el Mediterráneo. Un día, Jonatán, otro día otro muchacho, permanecían encaramados en la roca hasta que oscurecía, forzando la vista para descubrir el resplandor de un peto o el centelleo de una lanza. Yo sabía que debía producirse, y sin tardanza; no puede haber secretos en un país como el nuestro, donde la menor noticia viaja por valles y aldeas.

Yo no tenía la sublime fe de Judas. Había débiles y fuertes, pobres y ricos, y no costaba nada hablar del alcaide y sus hombres, pero ¿qué sucedería cuando llegara el momento de enfrentarlos?

Eleazar y Jonatán ya adoraban a Judas; todas sus palabras, todos sus deseos, eran leyes para ellos. ¡No puedo negar que envidié la forma en que lo escuchaban y lo miraban! Volvió a brotar en mí ser el antiguo rencor, la antigua amargura, el antiguo resentimiento. Y me preguntaba continuamente: ¿Por qué no será como los demás hombres? Me empapaba la culpa, porque en el fondo de mi corazón tenía la certeza de que si Judas hubiese estado en la aldea, Ruth estaría viva aún. Y en cierto modo le reprochaba que nunca me hubiese dirigido una sola palabra de censura, ni de condena, ni una palabra de enojo. Sin embargo, cuando Juan acudió en busca de mi apoyo, me volví contra él.

— ¿Tú también estás de acuerdo con todo eso? — inquirió.

Su esposa estaba encinta.

— ¿Con qué?

— ¿Con la guerra, con la muerte? Vive con rectitud, dicen las escrituras; vive en paz. Pero cuando habla Judas, dejamos de pensar.

— ¿En qué quieres pensar, Juan? — pregunté.

— Al menos, de este modo vivimos.

— ¿Y tan cara es la vida? — grité —. ¿Es tan buena, tan dulce, tan justa?

Me contuve de golpear. ¿Ya me estaba volviendo como el adón? ¿Era mi hermano aquél, o un extraño? Sin embargo, y a mi pesar, le dije la cosa más cruel que podía decirle.

— ¿Eres hijo de Matatías, o eres un bastardo? ¿Eres o no judío?

Fue como un latigazo y Juan se humilló visiblemente. De hecho fue peor que un latigazo, porque aquél era un hombre

santo que nunca había levantado la voz a ningún ser viviente; aceptaba la voluntad de Dios con ese amable amén judío: así sea. Me miró un instante con los ojos muy abiertos, luego bajó la cabeza y se alejó...

Y entonces regresó Apeles.

Por la mañana Natán ben Baruj, un muchacho de trece años de edad, ágil como un ciervo, bajó saltando la colina y gritando:

— ¡Simón! ¡Simón!

Pero todos lo oyeron y tuve que salir a su encuentro abriéndome paso por entre la gente apiñada.

— ¿Por dónde? — pregunté.

— Por el oeste.

— ¿A qué distancia?

— A dos o tres millas... No sé a qué distancia. Vi algo que brillaba, como tú me dijiste, luego vi a los hombres y vine corriendo.

— Tenemos tiempo — resolvió Judas, tranquilizando a los que escuchaban —, vayan a sus casas, cierren las puertas y las persianas y corran los cerrojos; y esperen.

Judas tenía un pequeño silbato de plata que Rubén le había hecho.

— Y cuando los llame, vengan — prosiguió —. Los que tengan lanzas, con sus lanzas, los demás con los arcos. Y apunten bien cuando disparen.

— ¿Y los hombres de Gumad?

— Es demasiado tarde — dijo Judas —. Esto le toca solamente a Modín.

— Podríamos ir ahora a las colinas — dijo alguien.

— O podríamos ir a arrodillarnos ante Apeles. Váyanse a sus casas, y los que no tengan valor, que se queden allí.

Hicieron lo que les dijo; se cerraron las puertas y la aldea quedó en silencio. El adón, el rabí Ragesh, Judas, Eleazar y yo

nos quedamos en la plaza, aguardando. Yo tenía el cuchillo en el cinto y Judas llevaba debajo de la capa la larga espada de doble filo de Pericles. Jonatán salió corriendo de la casa y se unió a nosotros. Yo quise mandarlo de vuelta, pero Judas me miró asintiendo con un movimiento de cabeza, y lo dejé. Un instante más tarde vino Juan, acompañado de Rubén ben Tubel, que empuñaba el martillo debajo de la capa. Seguimos esperando los ocho, muy juntos, hasta que oímos al cabo de un rato el redoblar de un tambor y el metálico entrecuchar de armaduras. Aparecieron finalmente los mercenarios; iba delante un cuerpo de veinte hombres, a continuación la litera de Apeles y cerraban la marcha otros sesenta hombres en tres cuerpos de veinte. No había jinetes esta vez, por lo que respiré aliviado, pero en medio de los mercenarios marchaba un judío, un levita de manto blanco, a quien reconocí como uno de los servidores del Templo de Jerusalén.

Los esclavos depositaron la litera en el suelo y Apeles salió de un salto, grotescamente magnífico, con un manto dorado y una pequeña falda de color rosa. ¡Con qué exactitud recuerdo la figura de aquel apóstol de la civilización, tal como apareció allí en la plaza, aquella fresca mañana! Tenía el cabello cuidadosamente peinado y rizado, los labios, que parecían un arco de Cupido, delicadamente pintados de rojo, los rosados carrillos prolijamente afeitados, el cuello realzado con un collar de oro, el pecho de capón abultando el manto dorado, los gruesos muslos levantando la falda adornada con volantes, y los diminutos pies encerrados en altas sandalias de plata que subían hasta la pantorrilla.

— Adón Matatías — dijo a manera de saludo —, noble señor de un noble pueblo.

Mi padre asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Pero qué recepción es ésta? —ceceó Apeles—. Ocho hombres no son una delegación adecuada para darle la bienvenida al alcaide.

—Están todos en sus casas.

—En sus pocilgas —corrigió Apeles sonriendo.

—Si quieres los llamaremos —propuso el adón, amable y respetuosamente.

—Después, después —asintió Apeles—. Me satisfaces. No hay nada que no se pueda hacer de manera civilizada. ¡Jasón! —gritó, llamando al levita con un ademán.

El judío se acercó vacilante. Tenía miedo; su rostro estaba más blanco que el casquete que llevaba en la cabeza, y era visible el temblor de su pequeña barba y su minúsculo bigote.

—Bienvenido, José ben Samuel —dijo amablemente mi padre—, bienvenido a la pobre hospitalidad de Modín.

—*Shalom* —susurró el levita.

—Viejo y cordial saludo —dijo el adón—. La paz sea contigo, José ben Samuel. Nuestra casa se engalana con la presencia de un dignatario de la tribu de Leví.

—Viene al sacrificio —ceceó Apeles sonriendo—. El gran rey le habló de este modo a sus pobres alcaides: «Me acongoja esa gente tenebrosa y su tenebroso culto. Un Dios invisible produce un pueblo vil y reservado». Eso es lo que me dijo el rey, y yo, su pobre alcaide, ¿qué otra cosa podía hacer más que obedecer? Pero he traído conmigo al bueno de Jasón, que es levita, para que puedan ustedes hacer el sacrificio a su manera.

Dio una palmada con las manos regordetas y dos mercenarios alzaron un altar de bronce que habían traído y lo colocaron delante de nosotros. Era un objeto reducido, de unos cuatro pies de alto, coronado con la figura de Atenea.

—Palas Atenea —dijo Apeles, paseando con afectación alrededor del altar—. Yo la elegí. La sabiduría. Primero viene el

conocimiento; después la civilización. ¿No es así? Luego Zeus y el veloz Hermes. Un hombre completo es un hombre cabal, ¿no es así? Haz fuego, Jasón, y quema el incienso. Y luego haremos venir al pueblo para que vea al adón honrar a esta noble dama.

—Sí, haz fuego, José ben Samuel —dijo mi padre—. Palas Atenea... Luego Zeus y el veloz Hermes. Haz fuego, José ben Samuel.

Mirando al adón, sin quitarle los ojos de encima, el levita se aproximó al altar. Dando entonces rápidamente un paso adelante, mi padre estiró su largo brazo, asíó al judío, y con un solo movimiento, tan rápido que apenas pude seguirlo con la mirada, sacó el cuchillo y se lo hundió en el corazón.

—¡Ahí tienes tu sacrificio, Apeles! —gritó, lanzando al levita muerto contra el altar—. ¡A la diosa de la sabiduría!

El agudo sonido del silbato de Judas rasgó el aire. Los dos mercenarios que habían llevado el artefacto avanzaron hacia nosotros apuntando las lanzas, pero Eleazar alzó el altar y lo arrojó contra los dos hombres derribándolos al suelo. Apeles se volvió para echar a correr, pero Judas se lanzó sobre él y le arrancó de un manotazo el manto dorado. Medio desnudo, Apeles tropezó y cayó, rodando por el suelo, y comenzó a gritar desafortadamente cuando vio que Judas se le echaba encima. Judas lo mató con las manos vacías; lo alzó cogiéndolo del cuello y le rompió el pescuezo retorciéndolo de golpe, como se hace con las gallinas. Los salvajes chillidos cesaron y la cabeza quedó colgando.

Fue entonces que vi luchar por primera vez a Judas. Los mercenarios avanzaron con los escudos imbricados y las lanzas horizontales. Judas sacó la espada; yo recogí la lanza de uno de los gimientes mercenarios que había empujado Eleazar, y éste se armó de una maza de vinatero, que había conseguido no sé dónde, una de esas pértigas de ocho pies de largo con veinte

libras de madera en la punta, que sirven para machacar uvas en cisternas profundas. El herrero esgrimió el martillo, pero fue Eleazar el que quebró la primera fila de lanzas, acometiendo y usando la larga y pesada pértiga como un mayal. Judas estaba a su lado, con la espada en una mano y el cuchillo en la otra, y sin detenerse ni interrumpirse, más veloz de lo que jamás pensé que pudiera ser un hombre, daba un golpe aquí, una cuchillada allá, siempre en movimiento, formando constantemente con la espada un círculo de acero alrededor de su cuerpo.

No fue una batalla larga, y mi parte fue bastante reducida. La lanza de un mercenario enloquecido me rasgó la capa y yo lo embestí quebrando mi arma en su escudo. Ambos rodamos por el suelo, él tratando de sacar la espada, yo maldiciendo las placas de su cuello que impedían la presión de mis dedos. Mi contrincante logró desenvainar a medias el hierro; renuncié entonces a tratar de estrangularlo y comencé a asestarle puñetazos en la cara, y seguí golpeando las facciones aplastadas y ensangrentadas hasta después de haber muerto el mercenario. Luego me apoderé de su espada.

Todo esto, que me pareció durar horas, sucedió en un minuto, o como mucho en dos. Pero los habitantes de Modín ya habían salido de las casas, armados algunos de lanzas y otros de arcos. Toda la aldea se llenó de esos alaridos salvajes que acompañan a las batallas. Los mercenarios ya no estaban en formación ordenada, con los escudos imbricados, sino en grupos; había también un buen número en el suelo y algunos que huían.

Pero alrededor de Judas, Eleazar y Rubén habían formado un círculo apretado, como si aquellos tres debieran ser imprescindiblemente destrozados y ofrecidos en holocausto a los dioses de los mercenarios, so pena de que se hundiera el mundo. Allí me dirigí yo, a donde luchaban mis hermanos, y allí fue tam-

bién el adón, cuchillo en mano, la capa rasgada y manchada de sangre. Maté a otro hombre —y aún recuerdo el impío desahogo que me producía matar—, partiéndole el espinazo justo debajo de la armadura; y vi al adón tumbar a otro, viejo lobo, terrible por la fuerza de sus vigorosos brazos. De repente todo terminó; Judas, Eleazar, mi padre, Rubén y yo, jadeantes y tratando de recobrar el aliento, teníamos a nuestros pies a doce hombres, entre muertos y moribundos. Los mercenarios restantes huyeron.

Corrieron por las calles de la aldea y los judíos les dieron caza matándolos a flechazos. Trataron de guarecerse en las casas, donde los acorralaron y los mataron como a lobos. Huyeron por las faldas de las colinas, y allí también fueron derribados, erizados de flechas. No hicimos prisioneros; eran mercenarios a los que combatíamos. Al último lo sacaron, empaado de aceite de oliva, de una cisterna en la que se había acurrucado; una lanza le atravesó el corazón.

Y concluyó la batalla de Modín. Sólo ocho judíos habían muerto, aunque había por lo menos cincuenta heridos, incluido mi padre. Pero los mercenarios habían muerto todos. Apeles estaba muerto, lo mismo que el levita. Los únicos *nokrim* que quedaban eran los esclavos que habían conducido la litera.

Tal como sucedió lo relato, yo Simón, el último de todos mis gloriosos hermanos, y como decía, el combate de Modín terminó y Ruth estaba vengada, huera como es la venganza. La sangre corría por la calle de la aldea y todo el valle parecía un depósito de cadáveres, con noventa cuerpos desparramados por doquier. Fue el fin y el principio; porque después de aquella batalla ningún hombre de Modín volvió a ser el mismo de antes, y hasta hoy dicen de los pocos que hemos quedado, de los pocos desventurados de Modín: «Estuvo en el valle cuando matamos por primera vez a los mercenarios».

En una sola hora nosotros, el pueblo de la Biblia, pueblo de paz, habíamos aprendido a matar; y aprendimos bien. Judas y yo encaramos al grupo de esclavos que habían conducido la litera de Apeles. Judas les dijo fríamente que podían hacer dos cosas: unirse a nosotros, recibir la circuncisión, convertirse en judíos y luchar a nuestro lado, o salir para siempre de Judea. Los esclavos nos miraron sorprendidos, sin comprender, y Judas volvió a repetirles lo mismo; pero ellos siguieron mirándonos, con la boca abierta, y sin entender.

En sus ojos asustados se reflejaba todavía la breve, sangrienta y salvaje batalla en la que no se había dado ni pedido cuartel.

¿A dónde podían ir? Estaban marcados como esclavos en el pecho y en la cara; siempre habían sido esclavos y seguirían siéndolo. Ya no les quedaba ni valor ni esperanza. Llevaban en todo el cuerpo las huellas del látigo de Apeles; pero a Apeles lo conocían, y nosotros éramos unos diablos extraños y barbudos a los que no conocían. Finalmente salieron del valle, y se marcharon con paso lento y pesado hacia el Oeste, en dirección al mar, donde los hallaría algún nuevo amo que volvería a someterlos a cautiverio.

Había mucho que hacer, y aunque parezca curioso, hubo poco duelo; demasiado poco para los judíos, que están tan unidos entre sí, el marido con la mujer, los padres con los hijos, y que hacen un santuario de la familia. Sepultamos a nuestros muertos. Reunimos los cuerpos de los mercenarios, los despojamos de armas y armaduras y los enterramos a todos juntos en una misma tumba. Un solo cuerpo fue profanado: el de Apeles. Moisés ben Aarón, herido y ensangrentado, le cortó la cabeza. Al principio alguien trató de impedirsele, pero el adón dijo austeramente:

—Dejadle que se reconcilie con Dios a su manera.

El vinatero echó a andar como un sonámbulo por la calle de la aldea, llevando la cabeza por los rizos aceitados y dejando en el suelo un reguero de sangre. Su esposa corrió tras él gritando. En otra ocasión su intenso odio a Apeles había dejado impasible al marido; ahora le gritaba:

— ¿Quieres acarrearos una terrible maldición? ¿Qué eres, un hombre o un demonio?

— Un demonio — respondió él con voz opaca —. Apártate de mi lado, mujer.

Finalmente se detuvo en la plaza del mercado, donde se había desarrollado la peor parte de la batalla, y donde se hallaba tirado el altar de bronce. Con el rostro rígido, levantó el altar y aplastó la cabeza de Apeles contra la pequeña estatua de Atenea.

— Éste es el culto que le rindo — dijo, y escupió en la cara de la cabeza muerta.

Luego le volvió la espalda y se alejó, aquel hombre diminuto, apacible y filosófico, que un año antes se hubiera estremecido ante la vista de la sangre. Lo que después le ocurrió, lo contaré a su debido tiempo.

Concluimos los preparativos. Reunimos el ganado, las cabras, las ovejas, los burros. Los burros los cargamos con los enseres domésticos. Llevamos con nosotros todo lo que pudimos, y lo que no pudimos llevar lo destruimos. Llenamos de basuras las cisternas de fragante aceite de oliva. Destrozamos los grandes depósitos de vino. Era el adiós y la despedida a todo lo que habíamos conocido, al absoluto, profundo y honrado curso de nuestras vidas. Era el adiós a Modín, al pequeño valle que nos había nutrido, a los sagrados rollos convertidos en cenizas, a la antigua sinagoga de piedra, a los fértiles campos terraplenados que habíamos laborado, nosotros ahora, y antes que nosotros nuestros padres, y antes que ellos nuestros abuelos. Era la des-

pedida al cementerio donde reposaban judíos desde hacía mil años. Era la despedida, y sin embargo nadie protestó y nadie lloró. Y entonces, cuando ya había transcurrido gran parte de la noche, la caravana se puso en marcha. Y una vez más fuimos los errabundos, los mostrencos.

El pueblo salió de Modín, dirigiéndose hacia el norte. Esta vez íbamos armados. Llevábamos lanzas, espadas y arcos, y formábamos un grupo torvo que marchaba ascendiendo por los terraplenes, subiendo cada vez más arriba. En Gumad, donde nos detuvimos a descansar, nos dieron leche, fruta y vino. Les contamos de la batalla, y cuando proseguimos nuestra marcha, doce familias de la aldea se habían unido a la caravana. Nosotros no reclutábamos, no arengábamos. Cuando nos preguntaban:

— ¿Por cuánto tiempo?

Respondíamos:

— Hasta que seamos libres.

Hasta que el país hubiera sido limpiado tres veces, como decían las escrituras.

Al anoecer acampamos en la solitaria vertiente de una montaña, y a la puesta del sol rezamos y recordamos a los muertos.

A causa de la desacostumbrada fatiga de un día de marcha, algunos niños comenzaron a llorar. Las madres los consolaron cantándoles aquella canción que ya era antigua cuando Moisés la oyó entonada por su madre: «Duerme, corderito mío, mi corderito lanudo; duérmete, niño de Dios. No temas a la oscuridad; tu corazón puro la llena de luz».

Estaba sentado junto al fuego, cuando Judas me tironeó del brazo.

Lo seguí; trepamos por la ladera de la montaña, subiendo cada vez más arriba, hasta que pudimos ver el Mediterráneo,

bañado en el postrer tinte rosado del crepúsculo. Judas señaló hacia Modín, a través de los valles, y vi un resplandor que no era el de la puesta de sol. La aldea estaba en llamas. Durante más de una hora nos quedamos mirando sin hablar, viéndola arder solamente. Por último dijo Judas:

—Lo pagarán; pagarán por todas las llamas, por toda la sangre, por todas las heridas.

—Con eso no resucitará Modín.

—Nosotros resucitaremos Modín.

Ya habíamos planeado adónde iríamos. A dos días al norte de Modín, veinte millas en línea recta, pero dos días de fatigoso viaje a pie para un hombre fuerte y el doble para nuestra aldea, en el mismo confín de Judea, se encuentra el desierto de Efraín. En un tiempo, siglos atrás, antes del destierro, era una zona más poblada y más fértil aún que las terraplenadas colinas y los suaves valles que rodean Jerusalén.

En aquellos tiempos habitaban esa región muchos millares de judíos, porque los terrenos bajos eran más hondos y más ricos que los de cualquier otro lugar de Palestina; pero durante el destierro se despobló y sólo un puñado de hombres intrépidos volvió a sus solitarias cañadas. Judas había estado allí, lo mismo que Ragesh, y años atrás también mi padre y algún otro viejo. Pero yo vi por primera vez, aquella tarde, los grandes y oscuros picos boscosos, dominados por el agreste monte Efraín cuyos cerros amenazadores señalaban al este hacia el monte Gasch; los enmarañados bosques de cedros, pinos y abedules; los pelados riscos, y las profundas y tenebrosas gargantas.

Un angustioso silencio nos envolvió cuando llegamos. Cesaron las conversaciones y se extinguieron hasta las persistentes e invencibles risas de los niños. Entramos en un angosto valle, y

seguimos marchando cuesta abajo, atravesando verdes y lozanos bosques en los que la luz del sol se filtró primero en franjas y luego sólo en manchas. Los ciervos pasaban corriendo a nuestro lado veloces como flechas; oímos los ladridos de un chacal y otros ruidos extraños que procedían de la espesura. Al final del valle había un pantano, del que salieron volando grullas y garzas cuando nosotros entramos en él.

Durante horas enteras chapoteamos en el estiércol del pantano hasta que llegamos a terrenos más altos. Luego seguimos cuesta arriba para internarnos enseguida en un valle resguardado, lleno de hojas secas y piñas; un lugar de quietud impía al que no llegaba casi nunca el sol.

Los que habíamos abandonado el hogar estábamos en nuestro hogar; fue el principio.

TERCERA PARTE

ELEAZAR: EL ESPLENDOR DE LA BATALLA

No era un sitio muy alegre el desierto de Efraín y, a medida que pasaban los días, se fue volviendo cada vez más triste. No se habían enfriado aún las cenizas de Modín cuando otras cien aldeas de Judea se convirtieron en llameantes testimonios de la pasión civilizadora que consumía a los griegos, y al pequeño valle donde nosotros nos ocultábamos comenzaron a afluir refugiados, solos, en parejas, o en grupos de cinco o diez. Alguien bautizó al nuevo poblado con el nombre de «Mará», porque lo habían creado el dolor y la amargura.

Los aldeanos se trasladaban a Mará porque no tenían otro lugar donde ir, y porque sabían que en Mará se encontraban los hijos de Matatías. Apolonio, alcaide principal de Jerusalén y Judea, hizo poner una fila de cabezas en el camino que va de Modín a Hadid, setecientas cabezas de judíos en otras tantas estacas, para borrar el insulto de la cabeza de Apeles que fue hallada en el altar. Recorrió Judea de punta a punta con cinco mil mercenarios, matando, quemando y destruyendo. Y nosotros continuábamos ocultos en las montañas, paralizados al principio, hasta que el pueblo reclamó con amargura a Matatías:

— ¿Qué piensas hacer?

— Lucharemos —repuso Judas.

Pero una cosa era decirlo allí, en la guarida de los cerros, y otra cosa distinta cuando el enemigo llegó a las aldeas. El viejo, el

adón, no dijo nada. ¡Cómo había envejecido en el transcurso del último año! Tenía el cabello blanco como la nieve y las mejillas hundidas; su nariz aguileña era lo único que todavía revelaba su fiera e inmovible voluntad. Permanecía sentado durante horas enteras, con el mentón apoyado en una mano, cavilando, meditando, soñando Dios sabe qué. Y a menudo me pareció que cuando iban los aldeanos a llevarle sus quejas, los escuchaba sin oírlos y los miraba sin verlos.

Un día que fuimos a verlo Judas y yo, nos preguntó:

— ¿A quién de ustedes llamó Ragesh el Macabeo?

— ¿Qué quieres que hagamos? — preguntó Judas, con un ligero tono de perplejidad en la voz.

— ¿Y qué quieres tú que haga yo? Adón del desierto, lo único que hago es soñar con mi juventud. Yo no soy un hombre joven, para que me preguntes lo que debes hacer.

— El pueblo tiene miedo, se siente triste y azorado — dije yo.

— El que tiene miedo eres tú, y no el pueblo — replicó el viejo con desdén.

— ¿Qué podemos hacer?

— Traíganme a sus hermanos y a todos los que no tengan miedo, y les mostraré lo que tienen que hacer — respondió el adón fríamente.

Judas lo miró; luego se volvió y se alejó. Yo lo seguí. No es que Judas hubiese cambiado, ni tampoco yo; yo seguía experimentando el mismo desaliento y el mismo vacío interior. Pero el mundo había cambiado. Nosotros éramos un minúsculo grupo sin hogar de un pueblo pequeño e insignificante. Un puñado de personas que cultivaban los valles de Judea, se hacían llamar judíos, adoraban a un Dios invisible y se diferenciaban de todos los demás pueblos, debían enfrentarse contra el poderío del imperio sirio con sus ciento veinte ciudades amuralladas, su aristocracia

griega y sus incalculables millares de mercenarios. Eso es lo que yo había comprendido, y lo que había comprendido Judas, y todos los que habíamos huido a Efraín; habíamos percibido la maquinaria bélica que estaba respaldada por la fuerza de cien mil talentos, cien mil mercenarios y cien mil más si aquellos morían; y detrás de Siria estaban los demás imperios griegos, y Egipto, que en el sur deliraba por las succulentas riquezas de nuestros valles, y el mundo entero, que suspendía todas sus actividades para eliminar a los judíos, porque para todas las naciones y todos los pueblos los judíos eran los mismos seres abominables de normas y costumbres distintas de las suyas.

Fuimos a buscar a mis hermanos, a Ragesh, a Rubén el herrero, a Moisés ben Aarón y a unos cuantos más que podían sacudirse dolor para seguir al adón. Nos armamos de arcos y cuchillos, y espadas aquellos que deseaban experimentar esa arma extraña, nos presentamos ante el adón. No nos recibió muy bien.

— Veinte solamente, cuando deberían ser ustedes por lo menos cien — dijo.

Después guardó silencio durante horas enteras mientras su figura enjuta, fatigada e iracunda, nos conducía con paso rápido hacia el sur.

Llegamos hasta Shiló, una pequeña y agradable aldea situada junto a un río, que nos laceró el corazón por su gran semejanza con Modín. Famosa, antes y ahora, por su vino de pasas, de color ambarino, y su queso de miel, era una parada en el camino de Jerusalén y tenía una posada. Cuando entramos a grandes zancadas en el pueblo, con aspecto torvo y polvoriento, la gente nos miró con sorpresa y temor. Las capas nos cubrían totalmente, ocultando las armas, pero ¿quién no conocía en Judea, aunque fuera de oídas, la elevada figura del adón Matatías? ¿Y quién ignoraba que él y sus hijos eran proscritos, maldecidos por los macedonios tanto como por el sumo sacerdote Menelao?

La sorpresa se justificaba, pero no el temor, aun cuando aquélla era una localidad en la que Apeles había tenido buen éxito, a pesar de que en la plaza había un altar de Zeus festoneado de frutas y manchado de sangre fresca. Ni aun así debió existir ese temor que reveló la expresión de sus rostros, aunque la cobardía no es rara en épocas como aquélla, y rendirse es más fácil que perder la casa, verla reducida a cenizas, y tener que vivir en cavernas, en los montes de Efraín o en el desierto de Bethaven.

Y entonces vimos a los mercenarios delante de la posada, sentados cómodamente en la hierba, ante hogazas de pan, copas de vino y pollos cocidos que se embutían en la boca mientras la grasa les corría por las sucias mandíbulas. Eran doce, tributo al dulce encanto de arrodillarse ante los demás, y tenían dos esclavos que les llevaban las lanzas y los escudos. Para mayor comodidad se habían despojado de las pesadas corazas pectorales, desatado los justillos de cuero, y alzado las faldas, exponiendo la virilidad, al mismo tiempo que la suciedad. Los mercenarios, esos seres sin tierra, sin nación, sin ciudad, que nacen, se crían y se alquilan únicamente para matar, constituyen, ahora como antes, un perpetuo misterio para los judíos. Como aquéllos trabajaban para los griegos, tenían que cumplir con la obligación de afeitarse, pero llevaban las mejillas sombreadas por una barba de varios días. Para ellos el agua era algo abominable, tanto para la boca como para la piel; preferían el olor que los envolvía y la roña que los cubría como una costra, ambos dignos compañeros de su increíble ignorancia.

Había en Shiló una muchacha de pocas luces que, como averiguamos más tarde, se llamaba Miriam; era una huérfana abandonada de Jerusalén, que había encontrado un techo en la aldea; pero nada más que un techo, al parecer, porque cuando nosotros nos acercábamos por la calle los mercenarios se hallaban jugan-

do con ella, pasándosela de uno a otro, en un exhibicionismo infantil, pervertido y miserable, mientras reían y gritaban en la tosca y vulgar jerga aramea que es el lenguaje corriente de los asalariados macedonios. Así siguieron hasta que llegamos al mesón y nos detuvimos; veinte judíos altos, ceñudos, cubiertos del polvo del camino, envueltos en capas de pies a cabeza, y conducidos por un anciano delgado, de barba blanca y cara de halcón; un anciano sereno, pero con un toque siniestro que subyacía bajo esa calma aparente, algo que los mercenarios no podían menos que advertir, como debieron haber advertido la extensión de esa quietud a la aldea, sumida repentinamente en el silencio y casi desierta.

—Vete, viejo cuervo —dijo uno de ellos.

Los demás rieron, pero la risa era forzada. La muchacha se hizo un ovillo en el suelo y comenzó a llorar. El posadero salió de la posada corriendo y gesticulando. Era un hombre grueso y sin barba, pero se notaba que era judío por su manera de hablar.

—¿Qué pasa? —exclamó—. ¡No quiero tumultos aquí, ni mendigos de los caminos!

—¿Acaso parecemos mendigos? —dijo suavemente el adón—. ¿Quién eres tú, posadero, para llamarnos mendigos? ¿No hay vino para nosotros, que venimos de tierras áridas y tenemos sed?

En aquel momento salió de la posada el jefe de los mercenarios, con una copa en la mano, y se quedó en la puerta, sorbiendo el vino, claramente dispuesto a disfrutar de la escaramuza entre el posadero y los recién llegados.

—Mi establecimiento está lleno —dijo el posadero, pero con menos convicción, mirándonos con atención y claramente molesto.

—¿Es eso lo que dijo Abraham, bendito sea, cuando los tres extranjeros llegaron a su tienda? —prosiguió el adón, con mayor

suavidad aún—. ¿O les salió, al encuentro llevando agua perfumada para lavarles los pies? ¿Y su esposa, Sara, no cocinó con sus propias manos para que pudieran comer? Cierras las puertas de tu casa a los de tu pueblo, si es que aún tienes pueblo, pero las abres para esa inmundicia, para esos seres que matan por una paga.

Los mercenarios y el jefe entendieron sólo parte de lo que había dicho, porque mi padre no había hablado en arameo, sino en el antiguo hebreo. Pero el mesonero palideció, y temblando visiblemente, consiguió decir:

— ¿Quién eres, anciano?

— ¡El adón Matatías! —gritó la muchacha.

Mi padre se quitó la capa, y lo mismo hicimos nosotros, echando mano a las espadas. Todos menos Jonatán, que tenía el arco tendido, y que cuando el capitán de los mercenarios saltó hacia delante gritando, se agachó y disparó. La flecha le atravesó la garganta convirtiendo los gritos en un terrible aullido ahogado por la sangre.

El posadero huyó hacia el interior de la casa. Los mercenarios no se movieron de su lugar, medio borrachos como estaban y paralizados por la repentina y abrumadora aparición de veinte hombres armados, encabezados por un viejo patriarca, bravío e iracundo.

Los matamos allí mismo, sin piedad ni misericordia. Fue una acción terrible, una acción cruel; pero no eran hombres a los que se pudiera hacer prisioneros, a quienes se pudiera hablar, suplicar, conmover, cambiar; eran mercenarios.

Cuando terminamos, y quedaron sólo los dos esclavos, apretados uno contra el otro y gritando de terror, la muchacha se arrastró hacia dónde estaba mi padre y le abrazó las piernas. El adón quedó un momento inmóvil, con la espada ensangrentada en la mano; luego dejó la espada, alzó a la joven y la besó en los labios.

— ¿Cómo te llamas, hija mía? — preguntó.

— Miriam.

— ¿Quiénes eran tus padres?

— No lo sé — sollozó la muchacha.

— ¡Cuántos hay como tú! — suspiró el viejo —. ¿Sabes dónde está el desierto de Efraín?

La joven asintió con la cabeza.

— Pues lávate y vete a Efraín, y cuando encuentres a un judío pídele que te lleve junto a Matatías. Y si te pregunta quién es tu padre, le dirás que tu padre es Matatías.

— Tengo miedo... tengo miedo.

— ¡Ve! — dijo el adón con firmeza —. ¡Vete y no mires atrás!

Volviéndose hacia nosotros, añadió:

— ¡Traíganme al posadero!

Se había reunido la gente; primero los niños; luego los mayores; hasta que se formó en el patio de la posada un semicírculo de judíos, silenciosos y asustados, que miraban con sobresalto el sangriento montón de muertos. Eleazar y Rubén penetraron en la casa; se oyeron resonar sus pisadas y luego volvieron a salir arrastrando al posadero, que lloraba y gemía, trastabillando de miedo. Lo arrojaron a los pies del adón, y el hombre comenzó a arrastrarse boca abajo, poco a poco, hasta que pudo besarle a mi padre las tiras de las sandalias.

— ¡Basta! — rugió mi padre —. ¿Qué eres tú, judío, griego o animal, para arrastrarte de ese modo? ¡Levántate!

El mesonero continuó arrodillado en el suelo, sin responder nada, gimiendo y meciendo su abultado cuerpo de un lado para otro. Mi padre lo empujó con la punta del pie y se alejó, volviéndose hacia los aldeanos.

— Ahora escúchenme ustedes. Podría matarlo con mis propias manos, pero que viva y recuerde que se arrastró por el sue-

lo, y que lo sepa todo el mundo, para que su vida sea un infierno y no pueda mirar a nadie de frente. Nuestro pueblo ha sido asesinado y torturado y en todo el país resuenan sus lamentos, pero él aprecia tanto su miserable vida que es capaz de restregar la cara en la basura para salvarla. Es un hombre valiente cuando lo respalda el conquistador... ¡Como todos ustedes, despreciables infelices! ¡Que caiga sobre ustedes la maldición de Dios!

Las mujeres comenzaron a sollozar. Se oyeron algunos «¡No..., no!» aislados. Los hombres se cubrieron los rostros con las manos.

— ¿No quieren mirarme? — gritó el adón—. ¿Soy peor que los mercenarios?

Un anciano se abrió paso acercándose a mi padre.

— ¡Retira tu maldición, Matatías ben Juan ben Simón! ¿Qué hemos hecho para merecerla?

— Se arrodillaron — dijo mi padre fríamente.

— ¿No me recuerdas, Matatías? — preguntó el viejo—. Soy Jacob ben Gersón. ¿No me recuerdas?

— Te recuerdo — contestó mi padre.

— Yo no me he arrodillado ante nadie, Matatías. Mataron aquí en Shiló a diecinueve personas, de las cuales cuatro eran recién nacidos circuncidados, para que siguiéramos las normas griegas y dejáramos de practicar la circuncisión. Y entonces hicimos la paz con ellos. Retira tu maldición.

— ¿Qué te retiene aquí, anciano? ¿Es tan grata la vida? Yo ya he pasado de los sesenta años, lo mismo que tú. ¿Qué te retiene aquí?

— ¿Adónde podemos ir?

— ¡Vayan a Efraín! — exhortó mi padre, con voz áspera y firme—. ¡Vayan al desierto, donde acampamos en tiendas, como nuestros antepasados, y donde nos hacemos fuertes! Pero no se

dobleguen ante ningún hombre, ni siquiera ante Dios, porque él no lo pide.

Luego, abriéndose paso entre la concurrencia, avanzó hasta el altar, lo derribó y prosiguió su marcha con paso firme. Nosotros lo seguimos sin decir una sola palabra, excepto el breve diálogo que sostuve con Judas cuando susurró en mi oído:

— Está lleno de fuego. Si él fuera joven, Simón, si fuera joven...

— Es joven — repuse con brusquedad —. Es joven, y no hace falta que lo llamen Macabeo.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿No lo sabes, Judas? — murmuré. Me aferró de la capa y exclamó, con acento dolorido:

— ¿Tú también, Simón? En nombre de Dios, ¿qué te he hecho para que me odies tanto?

— Nada.

— ¿Y me odias por nada?

— Nada — repetí —. Nada... Y ven, que el viejo no espera.

Salimos del camino, cruzamos el valle y subimos la colina. Bien arriba, donde podíamos ver hasta varias millas a la redonda, montamos nuestro campamento, comimos pan, bebimos vino y nos tumbamos, con las capas puestas, en torno a un fuego de ramojos, que ardía lentamente. Llegó la noche, pero yo no podía dormir; no se me borraban de la mente los acontecimientos del día, la breve y salvaje matanza de la posada y la terrible imagen del viejo, mi padre. Acudían también a mi memoria recuerdos de otros tiempos; de nuestra grata y placentera infancia en Modín; de Ruth y del amor que me profesó, y del que yo le profesé a ella; recuerdos de lo que ya ni recuerdos eran: tan breve, extraña y misteriosa es la vida. Como suele suceder cuando no existe el consuelo del sueño en ese lapso que separa la noche del día, la

vida se transformó en un ensueño, en un instante, en algo que debe ser asido y explorado. Y yo lo exploré, como ya había hecho y seguiría haciendo siempre, con ese amor que conocí en aquel breve momento en Modín; ese momento, inundado de sol, en el que no había ayer ni mañana, sino solamente ahora. Los recuerdos, el temor y la soledad fueron demasiado para mí; me levanté y me acerqué al moribundo fuego, entibiado por la melancólica frescura de la madrugada. Alguien me tocó del brazo; me volví rápidamente y vi a mi lado a mi padre, que me miraba como un viejo halcón. ¿No había dormido?

— Llama a tu hermano, Simón, y ven conmigo — dijo el adón.

Desperté a Judas y seguimos al adón cuesta arriba hasta llegar a una cima rocosa, donde se detuvo.

— Miren — dijo, señalando el valle más allá de Shiló, hacia Jerusalén.

Seguendo la dirección de su brazo, vimos en medio de las tinieblas unas débiles lucecitas, como unas chispas que se alzaban en el aire y desaparecían.

— ¿Qué creen que sea? — preguntó mi padre.

— Lo que creo es que tenías que haber matado a ese cerdo de posadero — replicó iracundo Judas —, porque ése es un campamento de mercenarios. No han perdido tiempo en traerlos.

— Y sin embargo estuviste bastante callado en la posada — murmuró el viejo.

— Lo estuve.

— Y ahora, Judas, a quien Ragesh llama el Macabeo — dijo irónicamente el adón —, ¿qué hacemos?

Silencioso e impávido, Judas fijó la vista en el valle.

— ¿Qué hacemos ahora, Judas Macabeo? — repitió desdeñosamente mi padre —. Están allí, en el valle, y cuando amanezca irán a Shiló y la reducirán a cenizas. Si hubiese matado al me-

sonero, Judas Macabeo, lo habría hecho con mis propias manos y mi propia espada. Pero dime, tú que hablabas tan bien de la guerra, ¿cuántos niños morirán mañana en Shiló?

Sin contestar, Judas se dirigió al campamento. Yo me volví furioso hacia mi padre.

—¿Quieres destrozar todas las cosas vivientes que te rodean, viejo?

La mano que me aferró el hombro era como un garfio de hierro, y durante varios días quedaron allí sus huellas. Con ese tono suave y terrible que lo caracterizaba, me dijo el viejo, el adón:

—Hónrame, Simón, porque tú saliste de mis entrañas, y aún eres menos que un hombre. ¡Y por todo lo que es sagrado, mis hijos me han de hablar con dulzura! ¡Lo que es fuerte no se destroza!

Y se fue.

Cuando llegué al campamento todos estaban en pie, e instantes después nos pusimos en marcha siguiendo a Judas. Sin mediar palabras, el adón cedió la delantera y Judas la tomó. La noche llegaba a su fin y en el este se veía el primer halo gris del crepúsculo; había suficiente claridad para ver y distinguir el camino. Judas nos condujo hacia el sur, cuesta arriba, hasta el borde pedregoso de la loma, por donde seguimos avanzando. Nos conducía rápidamente, sin detenerse a tomar aliento, con creciente celeridad, casi precipitadamente, hasta que al cabo de no mucho nos encontramos en una cornisa situada justo encima del campamento donde dormían a pierna suelta los mercenarios. De forma rectangular, el campamento estaba a unos seiscientos pies de distancia, en el camino, donde éste se junta con las dos laderas del valle.

Aquella era otra prueba del desprecio que les inspiraba a los griegos ese pueblo bucólico y pacífico de los judíos, que ado-

raban la paz y no sabían luchar ni defenderse. Porque para el relevo de Shiló no había allí más que dos veintenas de hombres, que dormían sin guardias ni centinelas; dormían profundamente, con las armas en pabellón y las armaduras apiladas.

Judas no vaciló; impartió sus órdenes rápidamente, casi con amargura. Envió a un puñado de hombres al norte, a que se ubicaran a unos centenares de pasos de distancia, a las órdenes de Jonatán; de Jonatán, el muchacho, el ágil, vehemente e inquieto Jonatán. Juan fue con ellos, pero los comandaba Jonatán, el muchacho; debían bajar la cuesta y apostarse a un tiro de lanza del camino.

Otro puñado se dirigió hacia el otro lado, hacia el sur, con el adón.

Eleazar, Rubén y yo nos quedamos con Judas, y nos situamos detrás de una enorme roca rodada que se alzaba allí, en el reborde, sin duda desde que Dios formó las colinas en esta antigua y hermosa tierra.

— ¿Podrás moverla, Eleazar? — preguntó Judas.

Eleazar, sonriendo, se acurrucó bajo la piedra, extendió los brazos para hacer palanca y empujó. Despuntaba la aurora, la rosada y maravillosa aurora de Judea, y a su débil y naciente claridad, el poderoso cuerpo de Eleazar se desdobló como el del antiguo Sansón. Eleazar se había quitado la capa, la chaqueta y las sandalias y estaba cubierto únicamente por el pantalón de lino. Pura fuerza humana, los músculos se contrajeron, se pusieron tensos y luego empujaron, en un esfuerzo brutal que desquició a la piedra, moviéndola como no se había movido nunca desde los comienzos del mundo. El peñasco se estremeció, y nosotros agregamos nuestros brazos a los de Eleazar; se agitó, y Eleazar lo apremió como si fuera un ser vivo; se balanceó, giró y cayó. Se detuvo un instante en el borde, y luego se desprendió y rodó

cuesta abajo con un estrépito que sacudió los cerros como un trueno; en el trayecto se partió en dos y dislocó otras cien piedras que saltando y rugiendo se precipitaron sobre los dormidos mercenarios. Pero ya no dormían; despiertos y aterrados, miraban a todos lados, se arrastraban, corrían, recogían cualquier arma que encontraban a mano, y gritaban despavoridos cuando las rocas se desplomaban sobre ellos.

Con las espadas desnudas, los cuatro seguimos a las piedras. Por lo menos diez mercenarios habían muerto o habían quedado mutilados por el derrumbe, y otros quince, quizá, salieron corriendo desesperadamente por el camino, en una u otra dirección, para ser atravesados por las flechas de los dos pequeños grupos apostados a cada lado. Pero los restantes, que nos cuadruplicaban en número, se rehicieron y nos enfrentaron con sus lanzas y escudos. Una vez más vi luchar a mis hermanos; a Judas, veloz, terrible y mortífero y a Eleazar, el dulce y amable Eleazar, que era la batalla misma, que la amaba y luchaba como un demonio. Nosotros no éramos más que cuatro, y no éramos rocas sino hombres de carne y hueso, y ellos eran quince o dieciséis. Que nadie diga que los mercenarios no saben pelear; es lo único que saben hacer, y lo hacen bien. Yo lo averigüé aquella mañana, mientras luchaba por mi vida, teniendo a Judas a un lado y a Rubén al otro. Muchas veces volvimos a pelear en los años que siguieron. Pero aquella vez también estaba Eleazar, que mató a dos hombres y derribó a un tercero; si él no hubiese estado, en esas primeras batallas, cuando todavía no habíamos aprendido a luchar, habríamos sin duda perecido. La refriega parecía eternizarse; el tiempo se había detenido; y las fuerzas se nos escurrían del cuerpo como el agua de una botella agujereada.

Espalda contra espalda, formando cuadro, nos mantuvimos a raya y derribamos a siete, pero yo estaba herido y sangraba

y Rubén había recibido una extensa lanzada. Cuando volvían a atacarnos con las lanzas, llegó Jonatán con sus hombres, y el combate terminó. Dos mercenarios huyeron cuesta arriba y tras ellos salió Eleazar, con las manos vacías, descalzo, saltando de roca en roca como un gato.

Alcanzó a uno y lo mató de un terrible y demoledor puñetazo. El otro, acorralado, se volvió empuñando su larga lanza siria de punta de pala, y embistió. Eleazar eludió el golpe, asíó la lanza con un movimiento rápido, como un relámpago y tiró de ella. El mercenario cayó hacia adelante y Eleazar encima de él. Fue todo muy rápido, tan rápido que nosotros nos quedamos mirando, jadeantes y sangrando, y sin movernos, como si existiese el acuerdo tácito de que debía ser Eleazar ben Matatías, y no otro, el que luchara con él, el que rodara por el suelo una vez para levantarse enseguida, erguido y con el cuello del mercenario entre sus manos; se irguió, lo alzó en el aire, y el hombre quedó colgando, gritando y arañando.

Hasta que murió, y entonces Eleazar lo soltó.

Arrastramos los cadáveres y los apilamos en el camino, después de quitarles todas las armas que podíamos transportar. Casi todos estábamos heridos y sangrábamos, incluso mi padre; y algunos gravemente. Pero vivíamos y podíamos caminar. Y no quedaba ningún mercenario vivo. Cuando apilábamos los cuerpos, Judas dijo:

— Esto es lo que haremos, una y otra vez, hasta que no vengan más a nuestra tierra.

Luego nos lavamos las heridas y nos echamos a descansar.

De ese modo comenzó, y de ese modo aprendimos la nueva forma de luchar, la guerra del pueblo que no se libra con ejércitos ni poderío, sino con fuerzas que surgen del pueblo; porque re-

gresamos a Shiló y narramos lo sucedido, y doce hombres de Shiló se unieron a nosotros. Les dimos armas de las que habíamos tomado de los mercenarios. Luego apostamos centinelas en los cerros que circundan la aldea, para prevenir a los aldeanos si volvían los mercenarios y permitirles recoger a tiempo sus cosas y huir.

Luego, y por espacio de nueve días, realizamos una correría por las colinas y los valles del norte de Judea. En esos nueve días aprendimos a hacer nuestra guerra; aprendimos a luchar de manera diferente de la que hasta entonces se había empleado. Viajábamos de noche, a la luz de la luna y las estrellas, y los días calurosos dormíamos en cuevas o en bosques espesos y resguardados. Nos desplazábamos rápidamente, y Judas comenzó a emplear una táctica que fue luego la base de todas nuestras operaciones: atacar por la retaguardia, y aparecer repentinamente en la zaga de un enemigo que nos perseguía. Actuábamos con un movimiento rítmico, y una vez iniciado Judas no permitió pausas ni descansos. También aprendimos otras cosas. Al principio nos cargábamos con las pesadas lanzas y espadas de los mercenarios, y hasta muchos de nosotros nos poníamos los petos; pero lo que ganábamos con esas armas que no conocíamos muy bien, lo perdíamos en facilidad de movimiento; hacia el final de la incursión abandonamos todas las armaduras.

Los mercenarios no estaban habituados a utilizar arcos, y cuando llevaban destacamentos de arqueros, sus armas consistían en unas pesadas varas de madera curvada, de cinco pies de largo. Atraídos por su mortífero aspecto al principio nos apoderábamos de esos arcos; pero no tardamos en abandonarlos, reemplazándolos con nuestros pequeños y prácticos arcos de cuerno de carnero laminado, que habíamos utilizado toda la vida para cazar liebres, chacales y aves silvestres. Cuando podía-

mos, atacábamos antes del alba; si no, a ciertas horas de la noche. Pero tampoco fueron todo victorias. Las dos batallas de Shiló nos hicieron confiar demasiado y despreciar a los mercenarios; lo pagamos caro, terriblemente caro, porque alentados con nuestros triunfos atacamos una columna de sesenta mercenarios en las afueras de Betel, en pleno día; los mercenarios pudieron engranar los escudos y embestirnos en falange. Para ese entonces nuestro número había ascendido a treinta y nueve; pero habríamos perecido todos si no hubiese sido por la terrible furia combativa de Eleazar y Judas, que rechazaron acometida tras acometida, aun cuando sólo quedábamos nueve en pie. Finalmente los restantes de ambos bandos nos separamos en dos grupos, jadeantes y desfallecientes, demasiado fatigados para seguir luchando. Pudimos recoger a nuestros heridos y llevárnoslos.

Ése fue el fin de la incursión, pero en aquellos nueve días toda Judea se había inflamado, agitada y turbulenta, y no hubo familia, no importa a qué distancia se hubiese trasladado, que no conociese los nombres de Matatías y sus hijos. Y los griegos se lamían las heridas, y ya no consideraban a los judíos como unos mansos y humildes eruditos que los sábados preferían morir antes que levantar una mano para defenderse. Los mercenarios no volvieron a recorrer solos los caminos de nuestro país, ni en grupos de diez ni de veinte; se encerraron en las fortalezas amuralladas, y cuando salían era formando ejércitos enteros; y cuando dormían apostaban centinelas que paseaban ansiosamente de un lado para otro. Pero no todo estaba de nuestro lado, no; ellos se vengaron, matando, quemando, saqueando e iluminando las noches de Judea con las llamas de las aldeas incendiadas. Mas el pueblo contestó luchando; los aldeanos morían entre las llamas con los cuchillos entre las manos, y en todas partes se retiraban a millares a las montañas, a las agrestes y selváticas colinas de

Judá, de Bethaven o de Giled. Y de todas partes, de todos los puntos del país, fueron afluyendo a Efraín oleadas constantes de hombres de los más fuertes, los más enconados y los menos temerosos.

Entre los hombres que condujimos de vuelta figuraba mi padre, el adón Matatías; tenía un profundo sablazo en un muslo y un cruel desgarrón de una lanza de pala en un hombro. Yo le curé las heridas con mis propias manos, sintiendo su dolor en mis dedos, pero sin ver ni la menor señal en su pálido rostro aguileño. Lo llevamos de vuelta a Efraín lo más suavemente que pudimos, cargando la litera únicamente nosotros, sus hijos; pero a pesar de todo, cuando llegamos por fin al pequeño valle donde se hallaban los nuestros, portadores de una historia compuesta de batallas, victorias y derrotas, las heridas se habían infectado y supuraban. Lo acostamos en una tienda levantada especialmente para él, y nos turnamos para atenderlo constantemente. Pero no mejoró, sino que empeoró. El rabí Ragesh, que había estudiado el arte de curar con los sabios de Alejandría, le puso en las heridas drenajes de vidrio, para que no se cerraran y pudieran exudar. Pero el adón le regañó con suavidad.

—Ragesh, no hagas una montaña de un grano de arena. La vida ha sido conmigo demasiado amarga para que me aferre a ella. Como viejo judío que soy, iré a ver a Dios con las rodillas tiesas y el corazón firme, y no tengo miedo.

—No irás a ver a Dios, Matatías —repuso Ragesh sonriendo—, mientras nosotros te necesitemos aquí. Un poco más...

—Ustedes no me necesitan. Tengo cinco hijos fuertes. Quítame, pues, tus diabólicos instrumentos y déjame con mi dolor.

La fiebre fue consumiéndolo día a día, hasta que el adón perdió toda noción de tiempo y lugar, y de lo que había suce-

dido, y rememoraba delirante los años de su juventud, cuando todo el país, inundado de sol, gozaba de paz, y él estudiaba en los rollos de la sinagoga, dirigido por los ancianos eruditos, lo que habían escrito los sabios de Babilonia. Adelgazó y se le estiró la piel del rostro. Hubo un solo momento, breve, en el que cedió la fiebre y recobró la lucidez. Nos mandó llamar a sus hijos, y nos reunimos alrededor de su lecho. Juan le sostenía la cabeza alzada para que pudiera vernos; Judas le acariciaba una mano y Eleazar, arrodillado a su lado, lloraba como un niño. Había poca luz en la tienda y fuera caía la lluvia, pero por entre el ruido del agua me pareció oír el suave murmullo del pueblo; de todo el pueblo de Efraín, que se había congregado alrededor de la tienda donde yacía, moribundo, el adón Matatías.

— ¿Dónde están, hijos míos, mis fuertes e intrépidos hijos?
— susurró, hablando en el antiguo hebreo en lugar del arameo, y formando las frases de esa espléndida y ceremoniosa manera con que están escritos nuestros antiguos rollos —. ¿Dónde están, hijos míos?

— Aquí — contesté —. Aquí estamos, padre mío.

— Entonces, Simón, bésame tú en los labios — dijo —, porque te daré la poca fuerza que me queda. Escúchame ahora, Simón, porque tú eres fuerte, voluntarioso y terrible como fui yo.

Lo besé, y él levantó una mano y me acarició la cara, y palpó mis lágrimas.

— No, no — dijo meneando la cabeza —, ¿eres una mujer para llorar por la muerte de un hombre? Somos de carne, Simón, y nacemos para morir. No llores más.

— No — murmuré.

— ¡Ahora escúchame, Simón, porque te voy a encomendar!
— dijo alzando la voz, en la que se insinuó aquel viejo e imperioso tono del adón —. Somos un pueblo pequeño, un pueblo mi-

núsculo, sin duda; un pueblo arrojado en un desierto de extranjeros. ¿Cómo vamos a sobrevivir si no creamos el bien? Porque nuestras normas no son las normas de los demás, y nuestro Dios es distinto de cualquier otro Dios. Bendito sea el Dios de Israel y el pueblo que cumple su pacto, porque ¿qué dice Él?

Sacudí la cabeza en silencio.

— ¿Qué dice Él, Simón? Está muy claro; dice: «Marcha por los senderos de la rectitud, ama el bien y odia el mal». Él nos eligió a nosotros, que somos un pueblo terco, un pueblo de cerviz dura, y estipuló que no debíamos doblegarnos ante nadie, ¡ante nadie, Simón! Si no podemos mantener erguida la cabeza, ¡que se transforme Judea en un desierto!

El esfuerzo lo agotó; se recostó en los brazos de Juan, con los ojos cerrados y la respiración ronca. Luego dijo:

— A ti, Simón, te confío a tus hermanos. Tú eres el guardián de tus hermanos, tú y nadie más que tú, y a ti te los encomiendo. A ti te los encomiendo. Y si hubiese en Israel un hombre o un niño que necesitara sustento o socorro, que pidiera ayuda o misericordia, no le vuelvas la espalda, Simón ben Matatías, no endurezcas tu corazón, no endurezcas tu corazón...

Luego dijo:

— ¡Judas! ¡Judas, hijo mío!

Judas inclinó la cabeza y mi padre le cogió las manos y se las besó.

— Tú eres el Macabeo — dijo el viejo —; el pueblo volverá los ojos hacia ti, y tú los conducirás, Judas. No me lo niegues.

— Haré como dices — susurró Judas.

— Los conducirás como los condujo Gedeón. Y tú, Juan, mi primogénito, amable y bueno; y tú, Eleazar, modelo del esplendor del combate cuando un hombre lucha por la libertad; y tú, Jonatán, mi niño, mi niño Jonatán. Vengan y dejen que los abrace y los bese. Y entonces diré: «Oye, Israel, el Señor es nuestro Dios...».

Se recostó y de su torvo rostro de halcón desapareció la aspereza, y sirviéndole de mortaja el cabello, blanco como la nieve, y la blanca barba, se durmió. Levanté la cortina de la tienda y salí.

— El adón Matatías ha muerto — dije al pueblo, que aguardaba bajo la lluvia —. Que Dios se apiade de mi padre.

Volví luego a entrar, a llorar con mis hermanos; y por encima del ruido de la lluvia pude oír el llanto del pueblo.

Mis hermanos y yo llevamos el cuerpo a Modín. Con nosotros vino el rabí Ragesh, ese hombrecito singular, vehemente, a quien el pueblo del sur amaba casi tanto como del norte había honrado y respetado al adón; o como lo había amado. No lo sé. Yo era su hijo y no es fácil ser el hijo de un hombre bravío y recto. Pero ellos quizá le conocieron mejor, porque siempre que llegábamos a una aldea y corría la voz de que conducíamos el cuerpo del adón Matatías ben Juan, todos los habitantes del pueblo se acercaron al sencillo ataúd de cedro donde yacía, y lo tocaban o lo besaban, para poder contarle algún día a sus hijos y a sus nietos. Y en todas partes, ya fuera en una aldea semiderruida a la que seguían aferrándose sus pobladores, o en un pequeño valle en el que la gente vivía oculta, nos salían al encuentro ancianos que saludaban al féretro poniéndose las manos en la frente, que es la antiquísima forma con que los judíos saludaban a sus *melekes*, o reyes en los tiempos en que los había, se envolvían en sus capas rayadas, cubriéndose la cabeza y los ojos y balanceándose hacia adelante y hacia atrás, decían cantando, no a mi padre, sino al Dios que había adorado: «Alabado y santificado sea tu glorioso nombre por siempre jamás». En otras partes, los niños arrancaban las flores silvestres, las brillantes y maravillosas flores silvestres que transformaban todo nuestro país en un jardín, y las esparcían sobre el féretro.

Fuimos conduciendo el cuerpo de dos en dos, hasta que llegamos finalmente a una cumbre en la que nos detuvimos a contemplar los hermosos terraplenes de aquel amable y fértil lugar que había sido Modín, pero en el que entonces sólo se veían unas cuantas paredes y algunas chimeneas cubiertas de cenizas. Llevamos el cuerpo a nuestra cripta, abierta en la ladera, y lo depositamos junto a los restos de su padre y de su abuelo.

— Descansa como todos los hombres deben descansar — dijo Ragesh.

Pero yo me sentía abandonado, asustado y solitario en aquel cementerio de Modín, aquel lugar muerto de recuerdos muertos.

El que a hierro mata a hierro muere; incluido el adón, que en un tiempo había sido para mí la representación de un Dios torvo y justo. Fatigado y desamparado, me senté en una ladera con Ragesh y mis hermanos. Compartimos el pan y el vino de un odre. Los terraplenes eran una selva de malezas, y los frutos de los árboles, por falta de poda y cuidados, amenazaban con marchitarse y amargarse. Yo había pensado, cuando nos dirigíamos al cementerio, que el espíritu de Ruth se encontraría en aquel sitio y se reuniría conmigo, pero no había ningún espíritu, fuera de la amarga tortura de los recuerdos. Miré a mis hermanos cara a cara y vi que también los recuerdos de ellos eran tristes y melancólicos. Judas parecía un hombre desolado; sentí una profunda impresión al recordar su extrema juventud.

En su espesa barba y en sus largos cabellos rojizos se veían pinceladas grises, y en sus bellas facciones había comenzado a marcarse una pena extraña, meditabunda. Ragesh también lo observaba.

Con los ojos fijos en el suelo, Judas, escarbaba la tierra con un palo. De pronto preguntó a Ragesh:

— ¿Por qué somos lo que somos?

Sonriendo, el rabí se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Para todos los demás pueblos hay paz, pero para nosotros, que odiamos tanto la guerra y sólo queremos vivir tranquilos, nunca hubo paz. Lo único que se nos ha concedido ha sido regar esa tierra con nuestra sangre durante mil años.

—Es verdad —asintió Ragesh.

—Y yo no puedo gozar de la vida —prosiguió Judas con amargura—, ni yo ni ninguno de los hijos de Matatías, que en paz descansen. Para nosotros no hay paz, ni mujer, ni hogar, ni hijos...

Ragesh volvió a inclinar la cabeza, pero Judas se volvió hacia él. Y le gritó:

—¡Y tú osaste llamarme Macabeo! ¡Estoy maldito, te digo, maldito! Mira mis manos... Llenas de sangre. Y más sangre es lo único que me espera. ¿Alguna vez quise esto? ¿Alguna vez pedí? David quiso ser rey, pero yo no quise la sangre. ¿Es que se me ha concedido alguna vez algo que haya querido?

—La libertad —dijo Ragesh suavemente, y Judas se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar.

No es éste el recuerdo que ha de perdurar, sino el de los hechos que ocurrieron durante los cinco años siguientes. Pero para mí el recuerdo es el de mis gozosos hermanos; el de la gran carga que condujo Eleazar contra la falange, destrozándola como nadie la había destrozado nunca, salvo los romanos; el de la lucha que sostuvo Judas con el griego Apolonio. Apolonio, el que se jactaba de haber matado con sus propias manos a mil ciento cincuenta y nueve judíos. Apolonio, el que había dirigido el gran derramamiento de sangre en Jerusalén cuando profanaron por primera vez el Templo. Apolonio, el que se hizo llevar una noche

a veinte doncellas judías y las violó, para demostrar su propia virilidad y la superioridad de la civilización occidental.

Debo relatar sin embargo la pena y el desaliento que invadieron el país a la muerte del adón Matatías. Regresamos a Efraín y encontramos al pueblo asustado y temeroso, sumido en una frustración bestial, porque vivían verdaderamente como animales, en cuevas o en guaridas abiertas en los matorrales. En nuestro valle y en los estrechos desfiladeros que partían cuesta arriba desde el infecto pantano, cercado de tierra por todos lados y llamado por algunos el pozo de las penas, vivían más de doce mil judíos, que en su mayoría habían llegado cargados solamente con sus pesares y la ropa que llevaban puesta, sin herramientas, ni armas ni alimentos; aunque siempre con niños, esa incontable y alegre muchedumbre de criaturas que en Judea es más densa que los olivares y que antes había sido más robusta también. Arribaban a un lugar seco y boscoso, pero pestilente por la nauseabunda putrefacción del gran pantano. La primavera fundía la nieve del monte Efraín y de las demás montañas y el agua se escurría por las vertientes hacia el pantano sin salida; y allí quedaba estancada durante los diez meses siguientes, en un profundo limo de podredumbre. Ya he dicho antes que en un tiempo, hace mucho de eso, antes del destierro, aquélla había sido una de las regiones más agradables y fértiles de Palestina; el agua que fluía en primavera era recogida en depósitos de piedra y distribuida cuidadosamente, durante los meses siguientes, en diez mil terraplenes; y la tierra florecía como un jardín. Pero ahora los terraplenes habían desaparecido, lo mismo que los depósitos; y toda la zona era uno de los desiertos más inaccesibles y repulsivos de la parte occidental del Jordán. Allí se mezclaban los aullidos de los chacales con los gritos de las garzas silvestres, y aquélla era la diminuta parte del país en la que los hombres eran libres.

Pero no era una tierra libre y tranquila lo que encontramos a nuestro regreso. Después de la primera oleada de desventura común, los campamentos se dividieron en dos grupos, el de los que poseían algo y el de los que no tenían nada. Había gente que se moría de hambre y otros que acumulaban alimentos. Surgieron las mil pequeñas disputas y rivalidades; fue descubierto y muerto un delator, cuya familia juró vengarse; los intrépidos guardaban un sanguinario encono a los derrotistas, que no faltaban, y estos a su vez increpaban a los partidarios de la resistencia. Había en Efraín un pequeño partido de jerosolimitanos, que se mantenía apartado de los aldeanos, que a su vez convertían en un verdadero infierno la vida de los pocos habitantes de la ciudad. El derrumbe de la moral trajo consigo decadencia física, suciedad, miseria y privaciones de todas clases. Este cuadro es el que hallamos mis hermanos y yo a nuestro regreso, pero no fui yo quien supo lo que había que hacer ni qué medidas había que tomar, sino Judas, que convocó un consejo de todos los adanes y rabíes del refugio, pidiéndoles que se reunieran con él en la tienda de Matatías. Concurrieron veintisiete, pero otros nueve desoyeron la invitación. Judas nos encargó a Eleazar y a mí que fuéramos a buscarlos, con un grupo de hombres de Modín y Gumad, hombres que fueron rocas en las que nos apoyamos muy a menudo. La misión no era agradable; no es grato ver pelear a los judíos entre sí, aunque haya ocurrido otras veces.

Los condujimos a la tienda y uno de ellos, Samuel ben Zabulón, adón de Gibé, exclamó dirigiéndose a Judas:

— ¿Quién eres tú para traerme aquí de ese modo, tú que todavía tienes le leche de tu madre en los labios?

Era un hombre altivo y rencoroso, de más de sesenta años de edad. Judas, que estaba en un extremo de la tienda, no le contestó; lo miró fijamente hasta que el adón tuvo que desviar, iracundo, la mirada.

—Elijan entonces a alguien que los conduzca —dijo Judas fríamente—, y yo le seguiré si lucha. Y si él no lucha, otros lo harán. Y sí todos ustedes se reconcilian con los griegos, mis hermanos y yo seguiríamos peleando, para que la palabra judío no signifique para los *nokrim* vergüenza y abominación.

—¿Es ésa la sabiduría de la juventud? —preguntó con sarcasmo Natán ben José, un rabí de Jerusalén.

—Yo no poseo la sabiduría —replicó enojado Judas—, pero sé dos cosas que me enseñó el adón Matatías: amar la libertad y no doblegarme ante los hombres ni ante Dios.

—Paz, Judas, paz —intervino Ragesh.

—Y esas dos cosas que constituyen la sabiduría de Matatías —dijo Samuel ben Zabulón— trajeron la ruina a Judea; el país está desolado y el pueblo llora su agonía. ¡Dios me libre de la sabiduría de Matatías!

No había terminado de pronunciar estas palabras cuando ya Judas estaba junto a él asiéndolo de la capa con los dos puños apretados.

—¡Di lo que quieras de mí, anciano —le dijo con un murmullo ronco y terrible—, pero no digas ni una sola palabra del adón Matatías, ni buena ni mala, porque tú no vales ni lo que la suela de sus sandalias, ni eres digno de haber sido su más bajo sirviente!

—¡Judas! —gritó el rabí Ragesh.

Esa sola palabra fue suficiente; mi hermano soltó al viejo, bajó la cabeza y salió de la tienda.

Nosotros lo seguimos, Eleazar, Juan, Jonatán y yo. Yo me adelanté, lo rodeé con el brazo y lo sacudí con suavidad.

—Tranquilízate, tranquilízate...

—No puedo seguir, Simón. Tú has visto lo que me ha pasado. No puedo...

— ¿Y quién lo hará entonces? Dímelo.

— Tú.

Moví la cabeza.

— No — dije —. No; hay un solo hombre en todo Israel a quien seguirán como si hubieran seguido al mismo adón, que en paz descanse. ¿Quién lo sabe mejor que yo, Judas? ¿No he odiado toda la vida ese algo que tú tienes y de que yo carezco?

— ¿Qué es, Simón? ¿Qué es? — rogó Judas.

— El poder de hacer que la gente te ame más que a la vida misma — respondí.

— Sin embargo — dijo él, triste y desanimado —, lo único que yo quise lo obtuviste tú.

Mis hermanos nos habían alcanzado; nos sentamos al pie de un árbol, y dije a Judas:

— Nosotros somos cinco, los cinco hijos de Matatías, y somos hermanos. Tú tenías razón, Judas, porque si los demás se fueran y se humillaran, nosotros haríamos lo que se debe hacer. No sé si será la bendición o la maldición del viejo, el adón, pero está en nosotros, en todos nosotros, aunque seamos diferentes. Pero no se irán, Judas. Nosotros hemos salido de su seno, lo mismo que el adón, y somos como ellos nos hicieron. Y no puede ser de otro modo. ¿Les fue dado acaso alguna vez a los griegos o a los egipcios erigir a un Macabeo?

Eleazar me interrumpió, porque vio al rabí Ragesh que se aproximaba.

— Basta, Simón — dijo Judas, y vi reflejarse en su rostro el tormento que lo consumía.

No había perdón en los ojos de Ragesh cuando dijo a Judas:

— ¿Es así como se honra a la vejez en Israel? ¡Y fue a ti a quien llamé Macabeo!

— ¿Te lo pedí yo? — preguntó Judas con tono lastimero. ¿Te lo he pedido acaso?

— ¡Pídelo cuando lo merezcas! Y ahora vuelve a la tienda, porque te siguen queriendo a ti.

Nos levantamos y volvimos con Judas.

— Les pido perdón — dijo Judas a los ancianos.

Y ellos respondieron:

— Amén. Así sea.

Judas habló y le escucharon. Aquellos ancianos escucharon la palabra de un muchacho — porque Judas era muy poco más que eso —, sentados en el suelo de la tienda, con las piernas cruzadas y envueltos hasta la cabeza en sus largas capas rayadas, como solían sentarse sus antepasados, hace muchísimo tiempo, en sus tiendas de pieles de cabra. ¡Con qué exactitud recuerdo aquel conjunto, que observé detenidamente mientras Judas hablaba! Aquellas caras aguileñas, rugosas, severas e intolerantes; aquellos rostros curtidos, barbados, tan absolutamente judíos de forma tan extraña y definitiva, no por tal o cual rasgo, sino porque una norma de pensamiento y una forma de vida habían imprimido su huella en ojos, narices, bocas y mejillas. Adones, rabíes, patriarcas venerables. “Honrarás las canas”; ¿pero, no veían acaso que Judas, que era la juventud misma en toda su gloria y belleza, también estaba encaneciendo? Estuvieron en contra de él al principio, pero cuando Judas tomó la palabra los aplacó, y yo que lo observaba pensé una vez más en la increíble simplicidad de mi hermano; y en ese algo más que la acompañaba, porque por debajo de ella y de todo latía una imperiosa facultad de dirección. No sé si ellos lo supieron o no en aquel momento, pero Judas dictó allí la ley de hierro de una nación que invertiría tres décadas en una lucha terrible para conseguir la libertad. Y cuando concluyera ese tiempo, ¿cuántos de aquellos ancianos seguirían con vida? Pero en aquel entonces no pensaron en eso; contemplando a aquel muchacho, que era una síntesis de todas

las leyendas de Israel, David en la forma y Gedeón en la pureza y la sencillez, Jeremías en la pasión e Isaías en la ira, los ásperos ceños de sus rostros se fueron suavizando y repitieron cada vez con mayor frecuencia, suavemente:

— Amén. Así sea...

Pero, con todo, Judas se traicionó al depositar toda la carga sobre sus propios hombros y sobre los nuestros, los de sus hermanos. No me corresponde juzgarlo, pero yo no lo hubiera hecho. Mas Judas lo hizo, para bien o para mal. Él tendría el mando en la lucha y en el entrenamiento de los hombres: ése era su precio. Eleazar y el niño Jonatán estarían a sus órdenes. Los suministros y el abastecimiento quedarían a cargo de Juan. Y yo, Simón, juzgaría al pueblo con mano de hierro, como se juzgaba a los hombres en la guerra; ése era su precio.

— Es duro el precio — replicó uno de los adones.

Pero Judas los había conquistado.

— Yo sé una cosa — dijo —. Sé combatir. Conozco al enemigo, ya sea el judío grueso y opulento, encerrado en el acra de Jerusalén, o el mercenario a sueldo de los griegos. Durante meses mis hermanos y yo hemos vivido solamente para combatir, para matar, para aniquilar. Cuando termine la matanza, haremos lo que ustedes quieran. Cuando el país sea libre, si quieren que nos vayamos, nos iremos, o nos humillaremos y les besaremos el borde de las capas. Pero hasta entonces, he puesto precio a la sangre de Matatías, y es el que han oído.

— ¿Serás rey de Israel? — preguntó alguien.

Quedé entonces maravillado, porque allí, delante de mis ojos, Judas lloró al responder.

— ¡No! — exclamó —. ¡No! ¡Lo juro por Dios!

Su humildad conmovió a todos los presentes.

— Dios te perdone — dijo Ragesh.

Samuel ben Zabulón, tan enconado antes, se levantó, tomó a Judas de los hombros y le besó los labios.

—Macabeo —le dijo suavemente—, lloras por nuestros sufrimientos; los viejos iremos adonde nos conduzca un niño. Sé fuerte, apasionado y temible, y ama la libertad y la rectitud.

Pero Judas seguía llorando; finalmente salimos todos de la tienda y lo dejamos solo.

Transcurrieron seis semanas, durante las cuales Judas formó un ejército; seis semanas durante las cuales aguardamos a que Apolonio, alcaide general de Judea, reaccionara ante el mosquito que le estaba picando desde Efraín. Al comienzo de ese lapso llegó a Efraín un judío de Damasco, llamado Moisés ben Daniel, con veintidós mulas cargadas de fina harina de trigo. Ya para ese entonces Juan y yo habíamos puesto en vigor un decreto que establecía la formación de un fondo común de todos los alimentos, en un depósito central, para que nadie tuviera demasiada comida y nadie se muriera de hambre; y la mano de hierro de Simón Matatías, como llegaron a considerarme, hizo sentir su peso. Mano de hierro que para mí era blanda e inútil, y lo sigue siendo aún hoy. No me quito mérito; me conozco.

Las cuarenta y cuatro bolsas de harina, amable donación de un hombre que vivía tan lejos de Judea, fueron, pues, muy bien recibidas. Moisés ben Daniel era comerciante en trigo; sus antepasados habían vivido en Damasco desde hacía diez generaciones; siguieron, no obstante, siendo judíos, y todas las mañanas y todas las noches se volvían hacia el Templo para rezar. Cuando Moisés ben Daniel supo que en Judea había resistencia, una resistencia que ardía como una llama lenta, resolvió prestar su colaboración. Nos llevó el trigo, y su hija Débora, una niña de diecisiete años, blanca como un nenúfar, fue con él al húme-

do y triste desierto de Efraín. Pero no fue el único, porque ya entonces los judíos de todo el mundo, de Alejandría, de Roma, de Atenas, y hasta de la lejana España, habían alzado la cabeza interesados, al enterarse de que Judea luchaba por su liberación.

Cuando llegó Moisés ben Daniel, Ragesh abrió una botella del exquisito vino amarillo *sema*, y aquella tarde el huésped tomó asiento con su hija en la tienda de Ragesh y habló con mis hermanos, conmigo y con un puñado de ancianos. Todos lo mirábamos; todos menos Eleazar, que sólo tenía ojos para la hija. Y ella ocultaba el rostro para impedir que aquel gigante de barba y mejillas rojas la contemplara.

Moisés ben Daniel era un hombre de mundo, un judío distinto de todos los que había conocido. No sólo por el hecho de que llevase consigo a doce hombres negros que eran sus esclavos y lo adoraban, doce africanos corpulentos, sonrientes, atentos y corteses, aunque, como supe después, terribles en el combate y profundos en el afecto; no solamente por el hecho de que vistiese prendas de una seda diferente de todas las que había visto; no solamente por el hecho de que su espada curva tuviese incrustadas en la empuñadura centenares de minúsculas perlitas; sino porque el hombre mismo era distinto. A diferencia de los helenistas, apóstoles de los griegos, no olvidaba ni por un instante que era judío, más judío que cualquiera de nosotros. Sin embargo, su cultura era mucho más extensa y profunda que la voluble cultura de los helenistas. Moisés ben Daniel había leído mucho y era instruido, de modo que cuando Ragesh le dijo: «Si viene un extranjero para habitar en vuestra tierra, no le opriman...», Moisés pudo proseguir, en correcto hebreo antiguo:

— «...Traten al extranjero entre ustedes como al nativo, ámale como a ti mismo, porque extranjeros fueron ustedes en la tierra de Egipto» Forasteros como tantos de nosotros —añadió—, que olvidamos nuestro viejo país, nuestras viejas normas y nuestra vieja tierra. Pero la palabra libertad viaja rápidamente. Los judíos se encuentran en las encrucijadas del mundo.

—¿Y qué dicen?

—Murmuran un poco —repuso sonriendo. Cruzó las piernas, arregló los pliegues del pantalón, y agregó—: Es dura la vida en el destierro, pero tiene sus compensaciones. Nos sentimos abatidos, aislados. De pronto llega la noticia de que en Israel ha surgido un Macabeo.

—Y Antíoco, ¿qué opina? —preguntó Judas.

—Conoce el nombre de Judas ben Matatías —dijo el comerciante—. Yo he traído obsequios para no venir con las manos vacías, porque es cierto que los extranjeros son bien recibidos, pero un extranjero siempre puede hacer que lo reciban mejor aún, ¿no es así?

—Los judíos no son extranjeros en Judea —dijo Ragesh riendo.

Moisés saboreó el aroma del vino, pronunció suavemente la bendición, y bebió.

—Me honra —suspiró—. ¿Qué debe añorar un judío que vive en el extranjero, el cielo de Judea, sus colinas... o su vino? Escuchen ahora lo que voy a decirles. Apolonio, el alcaide, fue a ver a Antíoco para decirle que unos cuantos judíos miserables se habían sublevado en Judea. Lo sé de la mejor fuente. ¿Conocen ustedes al rey de reyes?

Los miró a todos, uno por uno.

—No tenemos ese honor —contestó Ragesh—. Somos simples campesinos que cultivamos la tierra. Los grandes ju-

díos, los opulentos, los nobles, se han encerrado en el acra de Jerusalén, donde tiene su corte el gran sacerdote Menelao.

—Permítanme entonces que les hable un poco de ese rey de reyes que gobierna medio mundo, según él. Es gordo, fofo, y tiene el labio inferior colgante y continuamente enfurruñado. Pero está convencido de que es muy hermoso. Posee a muchas mujeres y les hace cosas de las que no quiero hablar; también cohabita con animales. Y fuma cáñamo. Y cuando lo fuma hace cosas terribles a casi todos los que lo rodean; hasta hombres como Apolonio le tienen miedo. Sin embargo, Apolonio fue al palacio a pedir tropas.

»—¿Para atacar a quién? —preguntó el rey.

»—A los judíos, mi señor ante quien me humillo —respondió Apolonio.

»—¿A los judíos? —replicó Antíoco—. ¿Quiénes son los judíos?

»—Un pueblo que vive en Palestina, en un país llamado Judea —contestó Apolonio, aunque sabía muy bien que Antíoco llevaba cuenta minuciosa de cada *siclo* que extraía a nuestro país.

»—Judíos... Judea... —dijo Antíoco, mirando a Apolonio de una manera que le hizo sudar copiosamente—. ¿No tienes hombres?

»—Siete mil —respondió Apolonio.

»—Por siete mil hombres —rugió Antíoco—, ¿vienes a fastidiarme con los judíos? ¡Los mercenarios son más caros que los alcaides!

»Después de eso, seguro que vendrá por nosotros.

—¿Quién, Apolonio?

Moisés ben Daniel asintió con gesto sombrío.

—¿Cómo se sirve a los reyes? —le dijo a Judas—. Muy mal, mi joven amigo. Los reyes no son inteligentes, y a veces son com-

pletamente estúpidos. Éste de quien hablo no tiene la suficiente perspicacia para comprender que no encontrará otro alcaide mejor que Apolonio. Lo único que sabe es atormentar terriblemente a Apolonio, si el griego (porque es íntegramente griego, o casi íntegramente, que lo es todo hoy en día), si el griego no atormenta terriblemente a los rebeldes. No comprende, ni le importa demasiado, que Apolonio se vio obligado a extender sus fuerzas hasta dejarlas demasiado ralas, para poder dominar mil aldeas. Pero a Apolonio sí le importa; le importa seguir siendo alcaide de Judea. Por esa razón creo que vendrá a buscarnos, y muy pronto.

Hubo un prolongado silencio. Observé a Judas, y detecté lo que no detectó ninguno de los presentes: el miedo que tenía. Pero su voz conservaba todo su atrayente y sutil encanto cuando respondió al mercader:

—Para mí, que nunca me he alejado más de una docena de millas del límite de Judea, Damasco es realmente un sueño maravilloso. Háblame de ella. Cuéntame algo sobre el rey; cómo vive, cómo gobierna...

Pero aquel día nació el germen del nuevo ejército, de la nueva guerra, de la nueva fuerza que daría a la palabra judío un nuevo significado, un significado distinto en el que la palabra misma tendría connotaciones de amor o de odio, de admiración o de disgusto, según la lengua que la pronunciase.

Y así ha sido hasta hoy; y hoy escribo estas páginas evocando diversos detalles de aquellos días lejanos, para poder presentarlos en un cuadro verídico y comprensible, ahora que el Senado de la poderosa Roma envía a un legado para ver al Macabeo. Pero el Macabeo ha muerto, y yo soy un judío viejo, como mi padre el adón y aquellos que lo precedieron; un judío que remueve sus recuerdos. Y yo me pregunto: ¿debemos remover los recuerdos para escudriñar lo que fue, o para buscar el fulgor

de lo que debió ser? Hace poco recorría las calles que rodean la plaza del mercado, cuando encontré a un cantor, uno de los auténticos cantores de la tribu de Dan, que cantaba la canción de los cinco hijos de Matatías. Me embocé en la capa y escuché sus palabras. Decía el cantor: «Ved ahora a Eleazar, el esplendor del combate; se llamaba Eleazar y el Señor era su arma...».

Y ahora que exploro desde aquí el pasado, veo a Eleazar paseando aquella noche con la muchacha de Damasco; mi hermano, el que no tenía cólera ni malicia, marchaba suavemente, pacientemente, más judío que cualquiera de nosotros. Veo a Judas enfrentando aquella misma noche a Ragesh, quien le había dicho:

—Si vamos hacia el sur, al Néguev...

—El Néguev es muy ancho —respondió Judas—. Yo me quedaría aquí, donde Apolonio pueda encontrarnos; nosotros lo recibiremos.

—¿Sin ejército?

—Formaremos un ejército —dijo Judas.

Ragesh me miró.

—El pueblo formará el ejército y mis hermanos y yo lo entrenaremos.

Era una ilusión, pero no se la podían negar. Vimos entonces a Eleazar, paseando con la muchacha a la luz de la luna.

—Y ustedes son los hijos de Matatías... —dijo Ragesh, con un asombro casi humilde.

Libramos nuestra primera gran batalla —grande en comparación con las minúsculas refriegas anteriores, pero bastante pequeña comparada con las que vendrían después— seis semanas después de la llegada a Efraín del mercader de Damasco, y una semana después de que Eleazar se comprometiera con su hija re-

cibiendo como dote a los doce negros, que le fueron fieles hasta el fin. Los negros se hicieron judíos y vivieron y murieron como judíos. Durante aquellas seis semanas reunimos a mil doscientos hombres bajo la bandera del Macabeo.

Nunca había habido nada parecido en Israel, ni en ningún otro país; porque aquellos hombres no eran mercenarios, bárbaros y salvajes, para los cuales la guerra y la vida se encuentran inseparablemente entremezcladas. No; aquellos eran sencillos agricultores, modestos estudiosos que dedicaban su devoción a la Biblia, a la alianza y a los rollos de nuestro pasado. Algunos de ellos sabían utilizar bastante bien nuestros pequeños arcos laminados, con los que habían cazado perdices y conejos, pero ninguno tenía experiencia en el manejo de lanzas y de espadas. Y había muchos que eran como los alumnos del santo rabí Lázarro ben Simón, que tenía una escuela en Mizpá, y predicaba una doctrina de amor extensivo a los insectos más pequeños; sus discípulos andaban descalzos y con la vista fija en el suelo, para no aplastar a las más bajas de las criaturas de Dios. Esos mismos hombres formaban ahora en las filas, y Ragesh, que había estado en Partia —y los partos son los mejores arqueros del mundo—, les enseñaba a lanzar las delgadas saetas judías en disparos sucesivos y sostenidos; las flechas caían como una lluvia, penetrando en todos los resquicios de las filas enemigas.

También aprendimos otras cosas, mis hermanos y yo, al mismo tiempo que los hombres del pequeño ejército que se estaba organizando en Mará. Los etíopes, los negros que habían llegado con el mercader de Damasco, nos enseñaron a transformar las lanzas en venablos, a arrojarlas, y a guiarlas con unos trozos de cuero delgado que las hacía hendir el viento. Judas nos enseñó a usar la larga espada de los sirios, porque esa arma se había convertido en una prolongación de su puño, de su brazo. Moisés ben

Daniel dejó a su hija con nosotros y viajó a Alejandría, de donde retornó un mes más tarde con cien jóvenes judíos, voluntarios de la comunidad alejandrina, y una donación de diez talentos de oro de la gran sinagoga. Entre los voluntarios figuraban seis ingenieros, dos de los cuales habían vivido en Roma y nos enseñaron a fabricar las catapultas romanas. Recuerdo muy bien la llegada a Efraín de aquellos extranjeros que venían del lejano Egipto, cargados de regalos y vestidos con hermosas ropas que hacían parecer realmente vulgares nuestros tejidos domésticos campesinos. Trajeron un presente para Judas: un estandarte de seda azul con la estrella de David, y la inscripción: «Judas Macabeo. El que resiste a los tiranos obedece a Dios». Recuerdo muy bien cómo se adelantaron todos para ver a Judas, que ya era un personaje de leyenda, y su asombro y sorpresa cuando descubrieron que Judas era tan joven como la mayoría de ellos y más joven que algunos de su grupo.

Pero no todo fue fácil y agradable. Nunca tuvimos suficientes alimentos y cuando Apolonio desahogó su furia en Judea aumentó la población de Efraín. En todas partes donde había griegos o dominación griega sufrieron los judíos, que fueron convergiendo a Efraín desde puntos tan lejanos como Galilea y Gesur, con los pies doloridos y a menudo muertos de hambre; lastimoso flujo de refugiados que repetían sin excepción la misma historia de horrores, violencias y crímenes. A mí y a Juan nos correspondía ocuparnos de ellos. Yo juzgaba desde las primeras horas de la mañana hasta las últimas de la noche; pero no eran juicios como los que practican actualmente los etnarcas, y las porfías y las disputas nunca terminaban. A los mayores les ofendía mi juventud; los jóvenes la desafiaban. De ahí surgió lo que se dio en llamar la mano de hierro de Simón ben Matatías.

¡Con qué frecuencia envidié a mis hermanos Eleazar, Jonatán y Judas, cuya labor de hacer la guerra era comparativamente sencilla!

Pero yo también tuve mi parte de guerra, como veremos luego. Un día abandoné mi tarea de juzgar y fui a ver a Rubén y Eleazar que trabajaban en una fragua abierta que habían instalado en la ladera.

Hierro, martillo y fuego, y dos hombres, los más fuertes de Judea, golpeando el insensato metal y musitando bendiciones; aquellas antiguas bendiciones tan viejas como Caín, que fue el primero en forjar metales. Me saludaron a través de una lluvia de chispas. Eran un par de hombres felices, Rubén, el indómito sobreviviente de aquellos hijos de Esaú, y Eleazar, que no tenía dudas, ni temores, ni siquiera odios, sino solamente amor a todas las cosas y una veneración a Judas y a mí que era casi adoración. No era su función dudar, sino combatir y enseñar a combatir. Se había congregado allí ese grupo de curiosos que siempre se encuentra en una forja; había niños, adultos, mujeres, estas últimas tanto por el fuego como por los dos herreros, y hombres de barba blanca que habían ido para criticar. Y estaban asimismo los negros etíopes que habían acudido a admirar y aplaudir.

—Mira, Simón —gritó Eleazar, alzando por encima de la concurrencia un hierro calentado al rojo—, estos negros nos están haciendo lanzas arrojadizas. ¡Pero no son para mí!

—¿Tú qué prefieres, Eleazar? —preguntó alguien.

Mi hermano sumergió el hierro en un cubo de agua, que desprendió nubes de vapor. Luego levantó del suelo un enorme martillo.

—Esto es lo que prefiero: un martillo.

Era una potente masa de hierro, con un mango hecho de doce varillas, unidas y soldadas. Los hombres lo sopesaron.

Las mujeres trataron de alzarlo, pero no pudieron y celebraron con risas su impotencia. Los niños lo tocaron. Eleazar miraba y resplandecía de orgullo. Levantó el martillo y lo hizo girar por encima de la cabeza, sosteniéndolo por la correa. Finalmente la concurrencia se dispersó, riendo con una mezcla de placer y aprensión. Rubén tenía más del doble de años que Eleazar, pero ambos eran iguales en la cándida admiración con que trataban el hierro, y en el deleite que sentían con la sumisión del metal y con los objetos que salían de sus manos.

Así era mi hermano, mi hermano Eleazar...

Fue a verme una pareja del pueblo de Carmel, del lejano sur.

El marido, Adán ben Lázaro, alto, moreno, aguileño, inflexible, como muchos de los que viven cerca de los beduinos, me dijo:

— ¿Y tú eres el Macabeo?

— No, el Macabeo es mi hermano Judas. ¿Eres tan nuevo en Mará que no conoces a Simón ben Matatías?

— Soy nuevo, y vengo a que me juzgue un niño.

La mujer, que era hermosa y llena, aunque agotada y dolorida, no dijo nada.

— Pues yo soy el que juzga — dije —. Si quieres otro juicio, ve a pedírselo a los griegos.

— Eres áspero, Simón ben Matatías, como lo fue tu padre el adón.

— Soy lo que soy.

— Lo mismo que él — gritó de pronto la mujer, señalando al marido —. A los hombres israelíes les vaciaron el alma para llenársela de odio. Ya no le quiero; sepáranos y haznos extraños.

— ¿Por qué? — pregunté a la mujer.

— ¿Debo decírtelo, cuando todas las palabras están empapadas en sangre?

—Dímelo o no, es lo mismo —repuse—, porque yo no hago ni deshago matrimonios. Vete a ver para eso a los rabinos o a los *kohanim*; a los ancianos, y no a mí.

—¿Sabrán comprender los ancianos? —dijo fríamente el marido—. Escucha, Simón, y luego envíame a donde quieras, al infierno o a los brazos de tu hermano, el Macabeo.

—Hace doce años que estamos casados —dijo la mujer—, y teníamos una hija y tres hijos. —Hablaban con un tono parecido al sonsonete de los que relataban cuentos en los mercados. —Eran brillantes, robustos y hermosos; benditos en mi corazón, en mi hogar y ante los ojos de Dios. Entonces el alcaide, que se llamaba Lampos, instaló un altar griego en la plaza del mercado, y ordenó que el pueblo acudiera a arrodillarse y a quemar incienso. Pero él —se volvió hacia el marido señalándolo acusadoramente con el dedo—, él no quiso doblegarse, y el griego sonrió con placer...

—Con placer —asintió Adán ben Lázaro, sin inmutarse—. Era el hombre indicado para el sur. Porque si hay hombres duros en Judea, más duros son los del sur.

—Mató a mi hijita —prosiguió la esposa—, y colgó el cuerpo en una viga, en la puerta de mi casa, para que la sangre gotease en el umbral. Los mercenarios se quedaron allí todo el día y toda la noche, comiendo, bebiendo y vigilando, para impedir que descolgáramos el cuerpo y le diéramos sepultura...

Lo dijo sin derramar una lágrima. Yo juzgaba al aire libre, sentado en una roca, y a veces la gente se detenía a escuchar. Aquel día se fueron reuniendo cada vez en mayor cantidad, a medida que la mujer proseguía su relato, hasta que se formó una audiencia numerosa y apretada.

—Estuvieron vigilando siete días, y cuando llegó el sábado, Lampos degolló con sus propias manos a mi hijito menor y lo

colgó junto al cuerpo de la niña, que ya estaba descompuesto y fétido. Pero nosotros teníamos que seguir viviendo allí. Los mercenarios rodeaban la casa, y permanecían día y noche con las lanzas entrelazadas, para que no pudiera pasar ni un ratón. Luego, al tercer sábado acudió Apolonio a ver a su alcaide, y hubo entonces gran algazara...

Se le extinguió la voz; no lloró ni reveló emoción. Solamente se le extinguió la voz.

—Hubo gran alboroto —prosiguió el marido—; a los griegos les gusta divertirse. Con sus propias manos Apolonio degolló a otro de mis hijos, porque, decía, el pueblo que no se arrodillaba ni ante Dios ni ante los hombres era una abominación para el mundo.

Matar a los niños, añadió, era misericordioso, porque de ese modo la humanidad vería llegar el momento en que estaría libre para siempre de judíos; entonces todo el mundo se llenaría de risas.

—La semana siguiente —continuó la mujer con su terrible sonsonete—, mataron a mi primogénito y lo colgaron junto a los otros.

Estaban todos en fila, los cuatro cuerpos, y los pájaros los picoteaban. Pero no podíamos bajarlos, no podíamos bajarlos, y la carne que había salido de mis entrañas se pudría. Por eso lo odio, a mi marido, lo odio tanto como a los *nokrim*, porque su excesivo orgullo destruyó todo lo que amaba.

No lloró, pero del grupo que escuchaba se elevó un angustioso suspiro.

—Tiene demasiado orgullo —concluyó la mujer—; demasiado orgullo.

Hubo un silencio que pareció muy largo, roto solamente por el llanto de aquellos a quienes no les preocupaba mucho llorar.

Pero yo no podía juzgar aquel caso y así lo dije, haciéndole una seña a Ragesh que estaba a mi lado, escuchando.

—Ven a juzgar —le dije—. Tú eres un hombre de edad y eres rabí.

Ragesh movió negativamente la cabeza, y los dos esposos permanecieron inmóviles en el centro del grupo, como dos almas perdidas y eternamente atormentadas. Hasta que se adelantó Judas apartando a la concurrencia y se detuvo delante de la mujer. Su joven y bello rostro reflejaba una intensa pena y un gran amor. Toda la muerte y la matanza que la mujer había evocado parecieron esfumarse ante la presencia de aquel hombre, que era la verdadera encarnación de la vida. Judas le tomó las dos manos y las besó.

—Llora —le dijo suavemente—; llora, madre mía, llora.

Ella meneó la cabeza.

—Llora, porque yo te amo.

Pero ella volvió a sacudir la cabeza, desahuciada y maldita.

—Llora, porque perdiste cuatro hijos y ganaste cien. ¿No soy yo tu hijo y tu amante? Llora entonces por mí, de lo contrario, el dolor de tus hijos me pesará en el corazón y me destruirá. Llora por mí y por la sangre de mis manos. Yo también soy orgulloso, y llevo el orgullo colgado del cuello como una piedra.

Llegó lentamente; primero sus largos ojos negros se frunciéron ligeramente, luego se humedecieron y por último brotaron las lágrimas. Enseguida cayó al suelo, emitiendo gemidos prolongados.

El esposo la levantó, llorando junto con ella. Judas se volvió y se marchó, pasando por entre la concurrencia que se apartó para abrirle paso. Se marchó con la cabeza gacha y los hombros caídos.

Tuvieron lugar dos sucesos: mi hermano Eleazar se casó, y llegó la noticia de Jerusalén de que Apolonio había reunido a tres mil mercenarios para marchar contra Efraín. No era un ejército muy grande, pero lo integraban soldados profesionales, adiestrados, disciplinados e implacables; y era enorme comparado con los pocos centenares de que disponíamos nosotros. No se crea que no teníamos miedo; los judíos tenemos una piel curiosamente sensible, y parece que los temores nos penetran más profundamente que a los demás, lo mismo que la vergüenza y ese orgullo por el cual nos odian los *nokrim*. Un velo de tristeza cayó sobre Mará, y a medida que pasaban las horas, después de recibida la noticia, fueron desapareciendo todas las risas de Efraín.

Sin embargo, todavía nos quedaba algún respiro. Nuestro país es pequeño, pero cada valle es un mundo en sí mismo, y al igual que las montañas, son innumerables. Cada milla de extensión considerada en línea recta puede transformarse en diez o veinte millas cuando tiene que ser recorrida por un hombre, caminando, trepando o arrastrándose. Hay una gran ruta que corre de norte a sur, desde las ciudades de Siria hasta las ciudades de Egipto, y otro camino que va de Jerusalén al mar; pero todo lo demás son senderos, tortuosas veredas que corren por las montañas, a veces suficientemente anchas como para que pase un carro y otras tan angostas que apenas puede transitar por ellas un solo hombre a pie.

Los caminos y los senderos serpentean por el fondo de los valles, formando sinuosos recodos. Nosotros que conocemos el país y fuimos criados en él, acortamos camino por las lomas y los cerros, pero los hombres que visten armaduras tienen que ir por el fondo de los valles, tomando el camino más largo. No había, por lo tanto, treinta millas de Jerusalén a Efraín, sino tres días

de viaje, aun a marchas forzadas. Y nosotros aprovechamos al máximo esos tres días.

No bien llegó la información de que Apolonio estaba en marcha, Judas convocó una asamblea de todo el pueblo; hombres y mujeres, niños y ancianos. Fue la primera de las numerosas reuniones que se hicieron durante la resistencia. Judas despachó mensajeros y casi inmediatamente comenzó a afluir la gente a la hondonada, oval y cubierta de cedros, de Mará. Comenzaron a llegar en las primeras horas de la mañana, y al caer la tarde seguían acudiendo al valle, jóvenes, viejos y mujeres con criaturas en los brazos. Las pocas aldeas aisladas de Efraín quedaron completamente vacías y las poblaciones vecinas de Leboná, Karim y Yoshéi cruzaron las montañas y se volcaron íntegramente en Mará. El pueblo fue saliendo de sus cuevas, de sus chozas, de sus tiendas, de sus toscas guaridas, y hora tras hora, fue llenando el valle.

Nunca se había visto nada parecido. Era un flujo, una inundación lenta pero continua de personas. Posteriormente realizamos asambleas de cien mil hombres, pero aquella primera vez se congregaron en Mará quince mil personas para escuchar la palabra de Judas, que les habló desde lo alto de una roca. Parecía realmente una hueste poderosa, aquel conjunto de mujeres de mirada inquieta, de niños silenciosos y de jóvenes impacientes.

La gran masa de gente producía un ruido sordo semejante al que haría una corriente de agua turbulenta pero lejana. Judas alzó los brazos pidiendo silencio y el ruido se apagó; se oía solamente la respiración de los presentes y el silbido del viento en los árboles. Anochecía, y la dorada luz del crepúsculo inundaba el valle; el cielo, blanco, aparecía cruzado de franjas rosadas. Dos gavilanes volaron en círculo, ascendieron y se dejaron caer. Los árboles se doblaban impulsados por la brisa, como si quisieran

rociarnos con su fragancia. La inefable dulzura de Judea derramó su hechizo sobre la muchedumbre y le calmó el ánimo. Las madres, fatigadas por el peso de los niños, se acomodaron en el suelo y toda la concurrencia se aplacó, se suavizó, como si recibiera sustento y apoyo de la dulce tierra y el dulce aire que los había nutrido. Por encima de los congregados, en el borde de la roca, se hallaba Judas, alto, de caderas delgadas, vestido de blanco, pantalón y chaqueta, con su largo cabello castaño rojizo flotando al viento. Hijo y padre, joven y viejo, extraña mezcla de amable y bravío, de humilde y arrogante, de dócil e indómito...

Pronunció aquellas palabras que están escritas:

— Un ejército de mercenarios avanza hacia Efraín para destruirnos. Y nosotros, pequeños como somos, saldremos a aplastarlos hasta raíz, porque es el alcaide de toda Judea el que los guía. Vamos a ajustar cuentas con el rey, y si él nos manda a tres mil hombres vivos, nosotros le devolveremos a tres mil hombres muertos, y quedaremos en paz.

Hablaba en hebreo, la vieja lengua en la que se dicen mejor las mejores cosas.

Todo el mundo tenía los ojos fijos en Judas; nadie se movía, y casi podía decirse que nadie respiraba.

— No sólo se ha colmado nuestra copa — prosiguió Judas —, sino que ya se desborda. ¿Por qué vienen a nuestro país a robarnos? ¿No somos seres humanos, que debemos presenciar el asesinato de nuestros hijos sin derramar una lágrima? Que se vayan de nuestra tierra y que no nos molesten más, de lo contrario nos convertiremos en un pueblo de terrible cólera.

Pero en aquel momento no había cólera en su voz, sino pena, una pena simple y directa.

El pueblo murmuró:

— Amén. Así sea.

— Los que tengan una casa que siga en pie, que se vayan a su casa — dijo Judas—. Quiero solamente a los que no tengan nada que perder, salvo las cadenas que los atan. Los que tengan una bolsa de oro, que se la guarden y que no vengan con nosotros. Los que amen a sus hijos más que a la libertad, que se vayan, que nadie les reprochará su vergüenza, y los que estén comprometidos, que se vayan a reunirse con sus prometidas, que nosotros estamos comprometidos con la libertad. Pero si hay alguno, uno solo, que quiera dar su vida por nuestra causa, y le advierto que con toda seguridad tendrá que darla, porque mi plan es de muerte y nada más que de muerte, que ese hombre vaya a buscarme luego a mi tienda. Necesito uno, solamente uno.

Hizo una pausa, recorriendo a la concurrencia con la mirada, y luego prosiguió:

— Los que vayan a luchar que formen aquí, en Mará. Los demás irán a las colinas, a las cavernas y a los bosques, y se ocultarán hasta que hayamos terminado de pelear.

Fui a nuestra tienda y encontré a cuatro hombres que esperaban a Judas. Cuatro hombres que no temían a la muerte, a la que todos los hombres debieran temer; ellos la recibirían envolviéndose en una capa de odio. Estaba Lebel, el maestro, el que me había enseñado las primeras letras, el que día a día había marcado las setenta y siete páginas de la Biblia con los movimientos rápidos, de pájaro, de su delgada varilla, esa varilla omnipotente que con tanta seguridad y presteza se descargaba en los nudillos de los alumnos cuando cometían la tontería de dormirse o cuchichear; Lebel, el padre de Débora, la niña a la que le había atravesado la garganta la espada de Jasón, el mercenario; Lebel, que iniciaba diariamente sus clases con una variación del primer versículo: «¿Qué le pide Dios a los hombres, sino que vivan humildemente y amen la rectitud?»; Lebel, el que era manso y dócil como un cordero.

Estaba Moisés ben Aarón, el padre de la única mujer que habíamos amado Judas y yo. Estaba Adán ben Lázaro, el rudo y terrible sureño, el que tenía demasiado orgullo. Y estaba Ragesh, ese hombre singular, investigador, curioso, filósofo, para quien la muerte era un problema no menos enigmático que la vida.

Los saludé.

—Paz.

—La paz sea contigo — me respondieron.

Pero mi mente y mi corazón se desgarraban, y no pude hablar; ni tampoco ellos, hasta que llegó Judas.

Ninguno de ellos era joven, pero Judas los besó uno por uno transfiriéndoles más juventud virginal que la que él mismo tenía.

— ¿Están ustedes dispuestos a morir porque yo digo que es necesario? — les dijo, con cierto respetuoso temor.

— Tú eres el Macabeo — repuso Adán ben Lázaro encogiéndose de hombros.

— Y tú, Ragesh — dijo Judas —, que no tienes ni odio ni orgullo, ¿por qué quieres morir?

— Todos los hombres mueren — contestó Ragesh sonriendo.

— Pero yo necesito uno solo, y no puedes ser tú, Ragesh, porque Apolonio te conoce, y él nunca podrá creer que el rabí Ragesh traicione a su pueblo, a su Dios y a su patria. Quiero que alguien los conduzca al infierno; pero ellos quitarán la vida al hombre que los engañe, aunque tenga buen éxito. Quiero que vaya alguien a pactar con ellos por dinero. Luego los conducirá a donde deben ser conducidos, al gran pantano, en la colina de Gersón, en el que hay una sola manera de entrar pero del que no habrá ninguna de salir. Y no puedes ser tú, Adán ben Lázaro, porque, ¿cómo harías tú para andar con paso suave y traicionero, con la mirada gacha? Lebel, ¿he de destruirte a ti, Lebel? Tú me enseñaste todo lo que sé, ¿y te he de pagar de ese modo?

—Vengo a pedir favores, no sacrificios, Judas Macabeo —dijo sencillamente el maestro.

—¿Cómo podrás desempeñar tu papel, cuando Apolonio vea en tus ojos toda la gentil bondad de tu alma? No; un renegado debe ser complejo y no simple, debe ser mundano y sin honor. Tiene que ser un griego el que vaya a ver a los griegos.

Se aproximó a Moisés ben Aarón, tomándolo de ambas manos.

—Que Dios me ayude y me perdone.

—Los años pasan, y si no es ahora será después —dijo el vinatero—. Lo que amaba se fue, y tú eres el Macabeo, Judas. Dime, pues, lo que debo hacer.

Aquella noche Jonatán y yo salimos con cuatrocientos hombres hacia el sur. Avanzamos atravesando cerros, por los estrechos senderos de las montañas, y seguimos marchando hasta que apareció en el cielo la primera claridad rosada de la aurora. Nos internamos entonces en la espesura y allí, entre árboles y matorrales, y por espacio de cinco horas, dormimos el profundo sueño de la extenuación. Viajábamos livianos, armados solamente de cuchillos y pequeños arcos de asta, y llevando cada uno de nosotros una hogaza de pan y un saquito de harina. Las instrucciones que Judas me había dado eran claras y sencillas; teníamos que salir al encuentro de la avanzada de Apolonio y hacerle la vida imposible: matar a los rezagados, descargarles una lluvia de rocas cuando entraran en los desfiladeros, acosarlos continuamente, no darles un momento de reposo, ni de día ni de noche. Únicamente cuando llegara Moisés ben Aarón debíamos permitirles eludirnos, y regresar a Efraín lo más rápidamente que pudiéramos. Entretanto Judas, Eleazar y Juan organizarían la trampa en el pantano.

Ya era de noche cuando alcanzamos a oír las voces de los mercenarios, el ruidoso entrechocar de las armaduras y el ahogado redoblar de los tambores. Nosotros ya habíamos dividido nuestras fuerzas; cien a mis órdenes, cien a las órdenes de Jonatán el muchacho, y diez veintenas como unidades móviles. Nos dispersamos en lo alto de un desfiladero y aguardamos. No tardaron en aparecer, de tres en fondo, formando una columna que se extendía como una larga serpiente por espacio de casi media milla de distancia, los cascos de bronce refulgiendo al sol, las largas y pulidas lanzas relucientes, los estandartes flameando al viento, los petos brillantes. En la columna no había caballería, probablemente porque sabían que les tocaría atravesar montañas; el único caballo que se veía era un espléndido animal blanco montado por el mismo Apolonio. Aquel día lo vi por primera vez; era un hombre enorme, de cejas negras, armadura plateada, manto blanco como la nieve, cabello negro que le caía sobre los hombros. No era un Apeles, sino un conductor de hombres, un individuo aterrador, dominante, salvaje y sanguinario, terrible en el combate y con una acuciante sed de sangre.

Algo habían aprendido de nuestras tácticas, porque marchaban lentamente y con circunspección, magníficos en su pujanza severa y metálica, los arqueros desplegados a la cabeza y los oficiales de los grupos de veinte escudriñando constantemente las colinas que dominaban el camino. Nos vieron cuando me acerqué el silbato a los labios y lo hice sonar. La vibración de los arcos de arriba se mezcló con las órdenes dadas a gritos y las enconadas maldiciones de abajo. Formaron con los escudos un caparazón de tortuga, y en un minuto la larga columna se transformó en una serpiente plateada. Un techo movible de escudos ocultaba a los hombres; a todos, menos a Apolonio que, olvidando el peligro, recorría ida y vuelta la columna, rugía órdenes a

sus hombres y nos lanzaba maldiciones a nosotros. Sin embargo, y aunque fueron rápidos, no lo fueron bastante, y nuestras lluvias de flechas dejaron en el suelo a varios mercenarios, muertos o retorciéndose de dolor. Tiene también sus desventajas el oficio de mercenario, criminalmente hablando, porque a los malheridos les dieron muerte allí mismo sus propios camaradas, cortándoles el pescuezo hábil y rápidamente; y a los heridos que quedaron retrasados los matamos nosotros. Pero la columna no se detuvo ni se desvió en tentativas suicidas de trepar por la escarpada cuesta de la colina, sino que prosiguió avanzando con paso firme y disciplinado, para alcanzar una posición más ventajosa y segura en un espacio abierto. Antes de que lo consiguieran matamos al caballo de Apolonio. El alcaide se había convertido en el blanco de cien arqueros, pero salió ileso; aunque el caballo quedó emplumado de flechas, Apolonio saltó de la silla indemne y echó a andar en la columna protegiéndose con el escudo.

Los seguimos y los hostigamos durante todo el trayecto en que el camino corría paralelo al cerro, pero cuando formaron en un espacio abierto y destacaron a los arqueros ligeros para atacarnos, nos hicimos humo, y con una marcha veloz que ellos no podían imitar debido a sus armaduras, nos adelantamos concentrándonos en los cerros.

Por la noche, cuando acamparon, desparramé a mis hombres alrededor del campamento y durante toda la noche realizamos incursiones dejando caer lluvias de flechas. Dos veces formaron la falange para atacarnos, pero nosotros nos esfumábamos inmediatamente y las formaciones corrían de un lado para otro persiguiendo fantasmas. Luego acampamos más o menos a una milla de distancia y dormimos por turno; pero cinco o seis veintenas se encontraban siempre en actividad para no dejar dormir a los mercenarios. En toda aquella operación nocturna perdimos sola-

mente cuatro hombres. Otros siete resultaron heridos, ninguno de ellos tan gravemente que no pudiera caminar. Pero al día siguiente, cuando los mercenarios se marcharon, encontramos en el lugar de su campamento dieciocho muertos.

Aquella misma mañana Jonatán se arrastró hasta el campamento griego y vio llegar a Moisés ben Aarón. Fue apresado y Jonatán lo vio rogar por su vida. Luego observó cómo hablaba larga y vehementemente con Apolonio, hasta que por último en el rostro del griego se suavizó la expresión de odio y apareció una leve sonrisa.

Cuando Jonatán nos comunicó estos detalles partimos inmediatamente, y regresamos a Efraín casi sin detenernos.

Es difícil relatar una batalla hasta su fin, porque al comienzo se mueve lentamente, abarcando determinada porción de terreno, y sólo podemos ver lo que tenemos delante de los ojos. Yo fui testigo del final de muchas batallas, como veremos luego, pero aquéllas eran distintas; en esta ocasión debo narrar las cosas tal como sucedieron, y lo mejor que pueda. Porque ninguno de mis gloriosos hermanos podrá relatar las cosas como fueron. Ni los hombres de Modín. ¿Dónde están?

Debo relatar la muerte de Moisés ben Aarón, como relaté la de su hija Ruth, que fue mi alma y mi cuerpo. Yo no presencié la muerte de Moisés. Volvimos a Efraín después de dos días y dos noches de marcha, en los que cubrimos más de setenta millas de territorio montañoso, y después de haber luchado y de habernos retirado conduciendo a nuestros heridos. Pero Judas no tuvo para nosotros ni elogios ni conmiseración, y me ordenó que llevara a mis hombres y los apostara, ocultos, a lo largo del desfiladero que conducía al profundo y solitario cenagal de Efraín.

— ¡Pero no hemos dormido!

—Dormirán cuando estén en vuestros puestos —dijo Judas—, ¡y que Dios se apiade del hombre que revele su presencia antes de que hayan pasado los griegos! ¡Lo mataré con mis propias manos!

Abrí la boca para hablar; pero me tragué las palabras. Judas estaba transformado; lo vi, y vi la terrible ferocidad que lo dominaba y que no permitía réplicas ni siquiera de los que eran de su misma sangre.

Estaba en el valle donde se había alojado el pueblo, y que ahora se hallaba desierto. Estaba solo, dueño y señor de la desolación.

—¿Adónde se han ido todos?

—A ocultarse, hasta que ganemos o muramos.

Me cogió de los brazos, y su apretón de garfio me recordó al adón más que cualquiera de sus gestos o de sus miradas.

—Simón —dijo—, hay una sola entrada a Efraín y una sola salida, ¡y allí estarás tú! ¿No me fallarás, verdad, Simón? Tú me odias, Simón, ¡prométemelo!

—No te odio, Judas. ¿Cómo voy a odiar a mi hermano?

—¿Cómo lo vas a amar? —contradijo Judas—. Jonatán está contigo, ¡guárdalo como a un tesoro!

Fuimos al desfiladero, Jonatán y yo y nuestros cuatrocientos hombres, y nos escondimos en la maleza, detrás de las rocas o en agujeros que abrimos en el suelo. No teníamos alimentos ni fuego; mezclamos la harina con agua y la comimos. Dormimos allí mismo, cada cual en su sitio, hasta que finalmente aparecieron los mercenarios, conducidos por Moisés ben Aarón. Marchaban por el desfiladero, debajo de nosotros, en dirección a la ciénaga de Efraín.

Una vez que pasaron bajamos sigilosamente al desfiladero y trabajamos como locos para obstruirlo con rocas y troncos de ár-

boles. Concluida la barricada, nos apostamos junto a ella. Transcurrió una hora antes de que nos atacaran.

Según me informaron luego, los mercenarios avanzaron por la hondonada hasta la húmeda soledad de Efraín. Casi una milla se internaron en aquella triste y aciaga desolación antes de que los apresara el fango y se dieran cuenta que de aquel desierto cañaveral sólo podían salir por donde habían entrado. Fue allí, enterrado en el barro, donde encontramos luego el cuerpo de Moisés ben Aarón, cruelmente mutilado. Después de matarlo hicieron dos nuevas tentativas de cruzar el pantano antes de retroceder. Pero cuando volvieron a terreno firme, se encontraron con que el desfiladero estaba bloqueado, bloqueado por nosotros, mientras que de todos los costados Judas y sus hombres hacían llover flechas sobre ellos.

Poco menos que pánico se apoderó del griego Apolonio. Dos veces condujo a su ejército por el estrecho desfiladero, y otras tantas lo atacamos nosotros desde la barricada. Descargamos las flechas de que disponíamos y luego luchamos con las lanzas. Rompimos las lanzas, y seguimos peleando con palos, piedras y cuchillos, y hasta con las manos vacías. A nosotros, a los cuatrocientos hombres que comandábamos Jonatán, yo y Rubén, Apolonio nos cobró el impuesto más fuerte, porque nos atacó una y otra vez en apretadas falanges; perdimos a la mitad de los hombres, que cayeron muertos o sangrando de abundantes heridas. Pero conseguimos contenerlos, mientras los hombres de Judas continuaban lanzando una lluvia de flechas desde lo alto de las rocas; de esas flechas cortas, devastadoras, agudas como agujas, que llenaban el aire y se introducían en todos los rincones y todos los resquicios de las armaduras.

Aunque nos parecía que estábamos guardando aquella barricada desde hacía una eternidad, no debió de pasar en realidad

mucho tiempo. Allí, sin embargo, en aquel desfiladero, Apolonio perdió por lo menos a la mitad de sus hombres. La mitad de nuestros cuatrocientos contra la mitad de sus tres mil. Tuvo que retroceder hasta campo abierto, y nosotros quedamos en el paso, apoyándonos en nuestras armas, sangrando y jadeantes, muertos de cansancio pero borrachos de triunfo, terriblemente excitados por la victoria, y la cólera y el terror. Nuestros muertos yacían alrededor de nosotros, y los muertos de los mercenarios aparecían desparramados en toda la extensión del desfiladero, cubriéndolo como una alfombra. Por primera vez habían salido los judíos al encuentro de los griegos, cuchillo contra espada, y los habían detenido, destrozado y obligado a retroceder; y pese a nuestro agotamiento avanzamos por el desfiladero.

Apolonio había formado la falange en cuadro. Ellos eran muy superiores en número, y en aquel momento podían haber pasado perforándonos; pero no tenían valor para ello, y no bien habían formado en cuadro cuando Eleazar y Judas, a la cabeza de sus hombres, descendieron gritando de las colinas y cayeron sobre ellos. Eran hombres frescos, en tanto que Apolonio había marchado con sus hombres todo el día, los había arrastrado por un lodazal y los había lanzado en dos ataques costosos. Nosotros no llevábamos armaduras y los mercenarios estaban cargados de casi cien libras de planchas y armas. Nosotros conocíamos el lugar como la palma de la mano, y ellos se encontraban perdidos en un desierto desconocido y aterrador, un lugar que ya comenzaban a invadir las sombras del anochecer, que estaba rodeado por todas partes de montañas y en el que eran evocados todos los espíritus y demonios que más temían.

Eleazar encabezó la carga. Se lanzó contra los mercenarios empuñando su gran martillo, apartó a golpes el muro de lanzas, penetró en la falange y la desgranó como desgrana el trigo una

trilladora; detrás de él avanzaron Judas, Juan, el bueno de Juan, los negros africanos y la masa de aullantes judíos, presas del furor del combate, que habían sufrido aguardando aquel momento. La falange se rompió, y el resto de nuestro exhausto grupo se unió a la acometida. De la batalla desapareció todo resto de orden y los mercenarios se desbandaron y huyeron. La carga se convirtió en una pelea y la pelea en una carnicería. Algunos mercenarios hicieron frente a la embestida, pero la mayor parte se dispersó y se dio a la fuga.

Unos se lanzaron al pantano, chapoteando hasta las rodillas en el lodo, y fueron perseguidos y muertos. Otros corrieron a las colinas; algunos escaparon, muy pocos, porque nosotros luchábamos con una furia tremenda e implacable. Y siempre, dondequiera que los mercenarios se mantuviesen firmes, allí estaba el gigante Eleazar con su terrible martillo y sus lanceros negros. Por mi parte yo también estaba poseído del furor de la batalla como todos los demás. Nunca, en ninguna oportunidad anterior, había perdido de vista a Jonatán; pero aquella vez sólo pensé que tenía delante a los que habían destruido todo lo que yo amaba, y luché como los otros, a veces junto a mi hermano Judas, otras veces solo, derribando a un mercenario que huía, hundiéndole a otro el cuchillo en las costillas, repetidamente, entre las placas de la armadura.

Me erguí; anoecía, y la batalla había concluido. Sólo se oían los lamentos de los heridos y de los fugitivos. Vi entonces a pocos pies de donde yo estaba a dos hombres frente a frente; el griego Apolonio y mi hermano Judas. El sol ya se había ocultado detrás de las montañas, dejando en el cielo un gran abanico púrpura y rojo; sólo un ligero resplandor sanguíneo iluminaba la profunda ciénaga, reflejándose en las charcas y coloreando las altas cañas. La media luz del crepúsculo, la sangre de las heri-

das y la sangrienta claridad del cielo producían destellos rojizos sobre Judas y el griego. Mi cansancio era tan grande que la sola idea de volver a luchar me estremecía y me causaba dolores en todo el cuerpo; pero en aquellos dos hombres no había señales de fatiga; sólo se percibía un odio intenso, tan intenso como nunca lo he visto en seres humanos. Había odio en sus rostros, en su postura, en toda su persona, en todos sus gestos y miradas. Cada uno empuñaba una larga espada griega; Apolonio había arrojado su escudo en la batalla, pero conservaba el peto, las grebas y el casco; un extenso tajo que tenía en la mejilla lo había cubierto de sangre, pero aparte de ese corte no tenía ninguna otra herida; en tanto que Judas presentaba tajos y cuchilladas en una docena de sitios. Tenían los dos la misma estatura, pero el griego era tan grueso como Judas delgado, y tan feo como Judas hermoso.

Judas estaba desnudo hasta la cintura y la sangre le había pegado el pantalón a las piernas. En algún momento de la batalla debió de perder las sandalias, porque estaba descalzo. El griego era un toro, pesado, siniestro y peligroso, y Judas era como ese leopardo, delgado y rápido, que merodea en las colinas de Galilea.

Me acerqué penosamente, acusando mis heridas y sintiendo que el dolor me recorría las piernas. Pero Judas me vio y me apartó con un ademán imperioso. Se acercaron otros hombres y Judas y Apolonio seguían sin moverse. Se formó un círculo y finalmente dijo Judas:

— ¿Lucharás, griego, o huirás y morirás, como han muerto tus hombres?

La respuesta del griego fue lanzar una rápida estocada, que Judas detuvo, y luego los dos hombres lucharon como nunca he visto hacerlo a seres humanos, con la decisión de animales y el furor de demonios. Avanzaban y retrocedían; las espadas llenaban la noche, cada vez más oscura, de música salvaje; la

respiración era jadeante y entrecortada; los pies arrancaban terrones al blando suelo. Un ruedo compacto de judíos circundaba a los contendientes, pero el espacio libre era bastante amplio, y cuando necesitaban más la multitud retrocedía. El que luchaba era el Macabeo, y nadie intervenía; yo lo comprendí. Aunque Judas muriese allí, ni yo ni Juan ni Eleazar ni Jonatán podríamos evitarlo. Yo los vi a todos en aquel momento; pero ellos no me vieron a mí. Sólo veían a los dos hombres que peleaban.

Y entonces el griego descargó un golpe de arriba abajo que habría partido a Judas hasta la cintura si no lo hubiese parado con su propia espada; pero lo paró y se le quebró la hoja, quedándose con sólo un trozo de espada en la mano. La pausa fue de una fracción de segundo y enseguida Judas se lanzó contra el griego, antes de que éste se repusiera, y le hundió el trozo dentado de hierro en la cara. Apolonio cayó al suelo y Judas sobre él, apuñalando una y otra vez el rostro informe, hasta que Eleazar y yo corrimos y lo detuvimos.

Judas se levantó sollozando. Tiró la empuñadura rota, que cayó sobre el cuerpo del griego; luego se inclinó y recogió la espada de Apolonio. Ya era de noche, pero nosotros estábamos demasiado cansados para dar un paso. Nos acostamos a dormir allí mismo, junto a los muertos.

Así fue como nos transformamos en ejército; pero el nuestro no era como los ejércitos corrientes, sino un ejército formado por el pueblo y con la fuerza del pueblo. El único ejército del mundo cuyos hombres no luchaban por dinero ni por poder, sino por las costumbres de sus antepasados y por la tierra de sus antepasados.

Aquella noche dormimos en la acuosa hierba del pantano de Efraín, y al día siguiente despojamos los cuerpos de nuestros enemigos y los enterramos. A todos menos a Apolonio. Un grupo de hombres condujo su cuerpo hasta las puertas de Jerusalén

y ahí lo arrojó en el barro, para que los judíos ricos que defendían la ciudad y residían en ella pudieran ver al loco a quien habían entregado su confianza.

Pero no hubo descanso para nosotros. Nuestra fuerza aumentó.

Ragesh fue con Jonatán a reclutar otro ejército entre los bravos judíos sureños, hombres que durante centenares de años habían defendido su tierra de las interminables oleadas de invasores beduinos vomitados por el desierto. Las aldeas se fueron levantando una tras otra; mataban a la guarnición, daban muerte a los traidores internos y emigraban para reunirse con nosotros en el desierto de Efraín. A medida que pasaban las semanas, nuestro número subió primero a veinte mil personas, luego a treinta mil y finalmente a más de cien mil. Y al aumentar la población crecía la fuerza del ejército. Para mí, la tarea de abastecer a esa muchedumbre de gente, de organizarla y alimentarla, resultó una carga abrumadora. Trabajaba todos los días desde el alba hasta la puesta de sol. Salían patrullas a recorrer el país, vaciaban cisternas y depósitos y llevaban a Efraín alimentos, vino y aceite; nosotros los almacenábamos en nuevos depósitos que construimos. Las aldeas entregaban todo lo que podían ahorrar. Los judíos de Alejandría formaron una fuerza propia de defensa con cuya protección nos enviaban caravanas de alimentos. En Efraín mismo, en los valles más inaccesibles, limpiamos montes y matorrales y reparamos los antiguos terraplenes que no habían sido cultivados en tres siglos.

En esta tarea me ayudó Juan, quien con su infinita paciencia y su amable comprensión lograba buenos resultados allí donde yo me estrellaba contra las barreras que yo mismo me ponía a causa de mi colérica intolerancia. Entretanto Judas, Eleazar y Jonatán enseñaban al pueblo a combatir. La guerra que nosotros

habíamos aprendido a librar, con tan buen éxito hasta entonces, la guerra que convertía en trampas todas las aldeas del país, todas las laderas, todos los valles, proseguía sin pausa. Continuamente recorrían el país uno u otro de mis hermanos, desde el desierto del sur hasta las montañas de Galilea en el norte, realizando batidas e incursiones para informar a griegos y judíos de que sólo estarían seguros detrás de los muros de sus fortalezas. Pero pasaron tres meses antes de que libráramos nuestra segunda gran batalla.

No sé, empero, cómo clasificarla. Durante largos años las batallas se fueron sucediendo sin interrupción, y siempre había nuevos mercenarios, más mercenarios, un número incontable de mercenarios. Eran un pozo sin fondo, del que salían a millares esos asesinos asalariados que tanto abundaban en el mundo; porque el mundo los producía y los vendía a un rey loco, del norte, que vivía obsesionado por un solo propósito: destruir a los judíos.

El nuevo alcaide de Judea, al que tardaron en nombrar, se llamaba Horón, y con cuatro mil mercenarios, entre ellos cuatrocientos de caballería, tomó la gran carretera que va a Egipto, dobló luego hacia el noreste en Ekron, para internarse enseguida en nuestras montañas, como había hecho anteriormente Apolonio. Le salimos al encuentro entre Modín y Gibeón y lo destrozamos, atrapándolo entre las colinas y obligándolo a retroceder. Dejó ochocientos muertos en el campo de batalla. Durante dos días perseguimos a las deshechas falanges en retirada, lanzándoles lluvias de flechas desde todas las vertientes y todos los riscos, hasta que finalmente llegaron a las ciudades fortificadas de la costa.

De ese modo destrozamos, en el término de tres meses, a dos grandes ejércitos, después de lo cual, con excepción de la

ciudadela de Jerusalén, cuya escasa superficie compartían los judíos ricos con una guarnición de griegos, no había en toda Judea camino, ni sendero ni aldea en la que los mercenarios pudieran moverse con menores a mil hombres; y aun así temían a los valles angostos y a las montañas altas como al mismo infierno. La zona liberada se extendía desde Efraín hacia el sur, hasta las murallas mismas de la ciudad, y aún recuerdo perfectamente aquella primera vez en que Judas y yo condujimos a quinientos lanceros judíos a Jerusalén, hasta que tuvimos el Templo a la vista.

Permanecimos horas enteras contemplando silenciosamente la ruina y desolación de nuestra ciudad santa. Luego nos retiramos cuando los mercenarios salieron a atacarnos.

En todo el país brotaba una vida nueva. En Efraín comenzaron a florecer los terraplenes, a los que habíamos transportado en canastos el fértil barro de la ciénaga, apilándolo contra paredes de piedra. Muchos regresaron a sus hogares, hasta aldeas tan lejanas como Modín: se instalaron en las ruinas de sus casas, y sembraron y recogieron las cosechas. Pero más que libertad aquello era un respiro momentáneo, como habríamos de comprobar cuando Moisés ben Daniel volvió de Damasco; era un Moisés ben Daniel distinto, más viejo, con el reflejo de terribles novedades en la mirada.

—Vengo a quedarme —dijo—. Ya no hay ni un solo judío en Damasco. Antíoco está loco; rematada, furiosamente loco. Emitió una orden disponiendo que debía darse muerte a todos los judíos de Siria. Por las calles de la ciudad corrió sangre judía como agua. Fuera de la ciudad y en una extensión de diez millas hay una fila de lanzas con una cabeza judía en cada una de ellas. Yo escapé porque conseguí comprar mi libertad, pero se pueden contar con los dedos los que lograron hacer lo mismo. Mataron a mi mujer y a mi otra hija.

Todo esto lo dijo fría y objetivamente; de la misma manera objetiva con que los judíos saben hablar de las cosas más terribles.

— Tienen que morir todos los judíos — dijo con voz opaca —. Todos los judíos de Damasco, Hamón, Sidón, Apolonia y Jopa; y los de Judea. Va a hacer una montaña de calaveras judías y a llenar los valles de Judea con huesos judíos. Eso es lo que dijo, gritando como un loco, y eso mismo es lo que expresa el decreto que envió a todas las ciudades de Siria. Matar a un judío ya no es un crimen, sino una virtud, dice el decreto.

— ¿Y cómo piensa matar a todos los judíos de Judea? — preguntó Judas con calma.

Eleazar, que escuchaba, abría y cerraba sus dos poderosos puños, mientras le rodaban las lágrimas por las mejillas.

— Vendrá con más hombres de los que jamás marcharon contra Palestina. Cien mil. Aunque no creo que consiga suficiente dinero para un ejército de esa magnitud. Pero de todos modos ha de ser una hueste poderosa. Te prevengo, a ti, joven a quien llaman Macabeo. Aun antes de que yo me fuera de Damasco, la ciudad ya estaba llena de traficantes de esclavos; de Atenas y de Sicilia, y hasta de Roma. Y el tesorero del rey los acosaba pidiéndoles adelantos a cambio de concesiones. En el gran mercado de joyas se pusieron en venta cuatrocientos rubíes del tesoro personal del rey; en todos los alrededores de la ciudad había campamentos de mercenarios, y continuamente iban llegando más...

— Y a nosotros nos transformaron en un pueblo colérico y terrible — susurró Judas.

Y marchó contra nosotros el tercer ejército. No sé cuántos hombres comprendía, pero abarcaba más de siete millas de camino; era una hueste de una magnitud jamás vista en Judea. Imposible contarlos. Unos decían que tenía cincuenta mil hombres; otros ochenta mil. Eleazar, Rubén, yo y tres de los negros

ascendimos hasta la cumbre del monte Gilboa y desde allí los vimos llegar. El espectáculo no era nada confortante. Parecía una nube de langostas que avanzaba; había un sinfín de mercenarios, millas y millas de carretas, traficantes en esclavos, prostitutas y otros acompañantes civiles de diversas actividades. Como si emigrase un país entero. Allí estaban todos los mercenarios que pudieron ser reclutados en Siria, y muchos otros traídos de Egipto, Grecia y Persia. Y contra todos ellos teníamos seis mil hombres.

Lo que nos salvó fue precisamente la gran dimensión del enemigo. Toda aquella masa de hombres, mujeres y animales sólo podía desplazarse por el camino de la costa a razón de unas pocas millas diarias. Nosotros los vigilábamos desde las colinas y cuando destacaban partidas para hacer incursiones en los campos, en procura de botín y alimentos, se encontraban en los desfiladeros con enjambres de flechas judías. Envenenamos todos los pozos y cisternas que estaban en la ruta, y quemamos hasta la última partícula de los alimentos que no podíamos llevarnos. Y todas las noches relampagueaban nuestras señales luminosas alrededor de su extenso campamento. Cuando dormían, Eleazar y sus africanos se internaban en el mismo campamento con pequeñas partidas de hombres, cortaban pescuezos, sembraban la confusión y huían al amparo de su misma enorme vastedad.

Llegaron hasta Hazor. El número de integrantes de la columna había aumentado, porque los tratantes en esclavos habían logrado reunir a dos o tres mil cautivos judíos, y a unos cinco o seis mil *nokrim* que vivían en la llanura costera. Movidos por el acicate del dinero que habían adelantado a Antíoco, no les preocupaba demasiado quiénes eran los que encadenaban, y nuestros espías nos informaron de que había discordias y enconos entre la gavilla de los tratantes de esclavos, los amos de la prostitución y los oficiales griegos de Antíoco.

Además, la hez y la escoria de las ciudades costeras, las miserables y agonizantes ciudades del que fuera en un tiempo el altivo y poderoso país de los filisteos, se había vendido a Gorgias, el comandante griego, para integrar sus filas de mercenarios. Gorgias era un ejemplar inconstante e indeciso del mismo tipo mestizo de Apeles, y tenía un solo temor: el de regresar al norte sin haber reducido a Judea y destruido a los judíos. De ahí que aceptara todo lo que contribuía a engrosar sus fuerzas; el ejército, según nos informaron, llegó a tener más de cien mil hombres. Al mismo tiempo perseguía de forma demente a todos los judíos indefensos que seguían habitando en la llanura costera.

Aquella enorme multitud se detuvo en Hazor, instalando en la llanura un campamento de millas de extensión. Nosotros, por nuestra parte, concentrábamos a los seis mil hombres de nuestras fuerzas al pie de las montañas de Mizpá, a unas diez millas de distancia de Hazor.

Eran unos magníficos combatientes esos seis mil hombres. Judas tenía una memoria extraordinaria; jamás olvidaba un nombre o una proeza. Mientras recorríamos los grupos iba estrechando las manos de todos los hombres, uno por uno, elogiando a algunos, recordando las hazañas de otros y deteniéndose de tanto en tanto en abrazar a los que habían estado con nosotros en los primeros tiempos, en las primeras batallas, cuando hacíamos correrías con grupos de diez o veinte. Judas resplandecía de orgullo ante aquellas filas de hombres altos, delgados, recios; hombres capaces de recorrer treinta millas de camino montañoso con sólo un trozo de pan y un puñado de harina, y enseguida entrar en combate; hombres que vivían y peleaban como lobos furiosos. Judas les habló y todos lo rodearon, atentos y con los ojos relucientes.

—Nos espera una empresa ardua —dijo Judas—, una hazaña que nunca había tenido que afrontar. Es la primera vez

que viene a nuestra vieja y santa tierra una hueste semejante. Ni David ni Salomón tuvieron que arrostrar nunca una fuerza tan poderosa. Pero Dios es nuestra diestra y los vamos a destrozar, a destruir y a echar de aquí. Su situación no es del todo buena. Están furiosos y hambrientos y ya se han producido peleas entre ellos. Nosotros los hemos hostigado un poco —añadió sonriendo—, y volveremos a hostigarlos.

Los hombres respondieron con un rugido que Judas silenció tendiendo los brazos.

—¿Quieren que nos oigan? —dijo sonriendo—. Están allí, en el valle, con la vista fija en estas colinas, y más tarde o temprano tendrán que reunir valor y penetrar en los desfiladeros. Nosotros lucharemos del siguiente modo; yo comando, y cada uno de mis hermanos tendrá mil hombres a sus órdenes. Si fracasamos, moriremos en la acción, para que no nos agobie luego el recuerdo; pero si vivimos y quedamos separados, nos reuniremos en Modín, donde residía mi padre, el adón Matatías, y allí haremos una asamblea y daremos gracias a Dios.

El amén estremeció el aire y sacudió los árboles.

Fueron tantas las batallas que no sé cómo relatar aquella. Lo más sencillo es decir que Gorgias reunió a cinco mil infantes y mil jinetes y se trasladó a Emaus, al norte, a explorar nuestras colinas.

Cuando dejó el campamento de Emaus para avanzar, nosotros caímos sobre éste y lo quemamos. Fue la primera vez, aunque no la última, que desgajamos una fuerza de su grupo principal, quemándole la base. Fueron tantas las batallas, que ahora es difícil separarlas. Pero Gorgias era inferior a Apolonio. Ya se hallaba en las colinas con seis mil hombres, cuando oyó sonar en todos lados el gorgoteo de nuestros silbatos y el vibrante retumbar de nuestros *shofarim*. Cuando vio el resplandor de su campamento incendiado iluminando el cielo del anochecer, ya sabía

lo que era marchar por un desfiladero en medio de una lluvia de flechas judías. Decidió, al parecer, volverse inmediatamente y marchar durante la noche para reunirse con los ochenta o noventa mil hombres que había dejado atrás. Era un idiota y estaba asustado, y aquella noche supo cabalmente lo que era el miedo, al ordenar lo que jamás se hubiera atrevido a hacer ningún comandante griego: internarse de noche en una garganta de Judea. Las tropas tenían que avanzar en filas estiradas. Los caballos, locos de dolor por los flechazos, derribaban y pisoteaban a los hombres. Las flechas siguieron cayendo durante toda la noche. En los pasos angostos los derrumbamientos de rocas aumentaban la angustia del enemigo y cuando llegó a un punto donde el fondo del valle se estrechaba y se reducía a menos de un metro de ancho, Eleazar y Rubén el herrero, al frente de los africanos y de los hombres de Modín, le cortaron el paso. Los africanos, que adoraban a la esposa y a la hija de Moisés ben Daniel, asesinadas en Damasco, tenían una cuenta que saldar. Tres horas seguidas estuvo Gorgias lanzando a sus mercenarios contra el paso; tres horas seguidas los estuvo rechazando el gran martillo de hierro de mi hermano Eleazar. Los montones de muertos llegaban hasta los hombros de los que seguían en pie, y los defensores que cortaban el camino chapoteaban en sangre caliente hasta los tobillos. Hasta que los aterrorizados y aullantes mercenarios se lanzaron a trepar por los riscos, donde los alcanzaron nuestros cuchillos y nuestras saetas. Desde entonces ese paso despide un hedor espantoso, porque lo llenamos con los cadáveres de más de dos mil mercenarios, erigiendo un adecuado monumento a Antíoco, el demente rey de reyes.

Algunos escaparon, pero no muchos. Gorgias y un puñado de hombres lograron llegar hasta la llanura costera, pero a los demás los abatimos persiguiéndolos toda la noche y parte de la

madrugada, casi hasta las mismas puertas del poderoso campamento...

Durante los ocho meses siguientes el enorme y extenso ejército de los griegos acampó en la llanura filistea; en ese lapso intentaron nueve veces penetrar en las colinas de Judea y otras tantas veces nosotros los hicimos pedazos y los obligamos a retroceder trastabillando hasta la protección de la llanura. El hambre, la desmoralización y las epidemias hicieron presa del campamento; en el transcurso de esos ocho meses los griegos saquearon las ciudades de Gaza y Ascalón, que gozaban teóricamente de su protección, y entregaron las poblaciones íntegras de ambas localidades a los traficantes de esclavos, para saldar la deuda atrasada del rey de reyes.

Pero en el interior del país, y a sólo diez o quince millas de distancia, en Mizpá, Gat y otras aldeas semejantes, los judíos se dedicaban a reconstruir terraplenes y a cultivar pacíficamente la tierra.

Muchas cosas aprendimos durante aquellos ocho meses de batallas casi incesantes. Aprendimos definitivamente que un pueblo montañoso no puede ser arrancado de la tierra que lo crió. Aprendimos que los judíos pelean mejor que los mercenarios, porque luchan por Dios y por su tierra mientras que los otros combaten por dinero y por botín. Y aprendimos a usar, cuando era necesario, las armas de los griegos, la espada y la lanza.

Ya no cabían dudas en Judea sobre quién era el conductor del pueblo: Judas era el Macabeo. Desde entonces le quedó ese nombre, que nos dio también a nosotros, sus hermanos. Y el pueblo, que al principio estaba dispuesto a seguirlo porque no había otro que lo condujera, llegó luego a amarlo como nunca en Israel — ni en todo el mundo —, ni antes ni después, fue amado ningún hombre por sus partidarios. Yo seguí siendo lo que era y lo que

soy: Simón Matatías, un judío como cualquier otro. Pero mis hermanos conquistaron una gloria jamás conocida hasta entonces: Juan, a quien el pueblo consideraba como un padre; Jonatán, joven, astuto y sagaz, que realizaba correrías con el empuje de un demonio y la fiereza de un lobo; Eleazar, que era el esplendor y el terror de la batalla; y Judas, el Macabeo, mi hermano Judas, a quien odié y amé; Judas, que fue la encarnación del pueblo y el alma del pueblo, que no tenía vida propia y vivía solamente para el pueblo, que era bondadoso en el juicio y terrible en el combate. Judas, a quien no conocí o no pude conocer, y a quien creo que nadie conoció o pudo conocer jamás. Yo amé a una mujer y la perdí, y me volví frío, amargado y abstraído, como mi padre, el adón. Pero ahora que examino el pasado, dudo de que Judas no la haya amado más que yo. ¿Cómo podría equiparar mi exigua y árida capacidad de amar con la llama siempre ardiente de mi hermano, que amó a tantos y fue amado por millares de personas? Jamás, en toda aquella época que estoy describiendo, lo vi cometer una acción mezquina, sórdida o indigna; jamás lo oí levantar la voz contra nadie, salvo contra el enemigo, y aun en este caso la piedad y el pesar suavizaban su tono iracundo. A muchos de nosotros nos endureció la guerra; aprendimos a matar, y lo hicimos mejor que todo lo que habíamos aprendido antes. Pero Judas jamás se endureció; jamás se desdibujaron los contornos suaves y amables de su carácter.

Una vez fueron descubiertos cuatro traidores, a los que iban a dar muerte en el acto; Judas les salvó la vida y los dejó en libertad. Otra vez se declaró una terrible epidemia que aterrorizó a los más esforzados; Judas cuidó personalmente a los enfermos. Cuando escaseaban los alimentos, Judas comía poco o nada.

Las mujeres lo adoraban, pero para él no hubo otra mujer más que aquella que murió llevando en su seno a mi criatura.

A veces pienso que, después de todo, Judas fue el hombre más triste y desolado del mundo.

Al cabo de los ocho meses, Lisias, regente de Antíoco, acudió personalmente a dirigir el ataque y trajo consigo del norte a cuatro mil jinetes. Nuestras fuerzas también habían aumentado; ya éramos más de diez mil hombres, probados y endurecidos. Pero Lisias reunió a veinte mil infantes y casi siete mil jinetes, los condujo por las tierras secas de Idumea y los llevó luego hacia el sur, hasta Hebrón. Es cierto que allí los valles son más anchos, pero de todas maneras tenía que volver a las colinas de Judea, y lo mismo que Gorgias, cometió el trágico error de confiar en la caballería en una zona donde a veces no pueden pasar dos hombres juntos. Sus mismos caballos fueron sus peores enemigos, pero Lisias siguió aferrado a ellos, aunque las flechas judías los enloquecían de dolor. Nosotros comenzamos a hostigarlos desde el mismo momento en que entraron en las montañas de Judá, y terminamos por bloquearles el camino en Bet Zur. Durante tres días consecutivos trataron de abrirse paso, y durante tres días consecutivos nosotros matamos mercenarios sin cesar, llenando el valle con sus cadáveres. Lisias inició la retirada y la retirada se transformó en derrota; los perseguimos hasta Sefela, seccionando grupo tras grupo, y sin darles pausa ni sosiego, ni dejarlos dormir ni descansar. Sólo cuando llegaron a la llanura, donde Lisias pudo reunir los restos de su falange, suspendimos la matanza; pero los seguimos hasta allí, audazmente, hostigando día y noche con una orgía de arqueros a la masa de escudos. Las flechas de cedro, rectas y delgadas, que recibíamos de Judea en millares de paquetes, llovían como agua sobre el campamento. Cuando Lisias cargaba con la falange, nos evaporábamos, y cuando enviaba contra nosotros lo que le quedaba de la caballería, matábamos los caballos a flechazos.

Un año después de que el gran ejército del rey de reyes se dirigiera a Palestina para destruir a Judea y a los judíos, inició su retirada hacia el norte, de regreso a Siria, dejando en los campos de batalla no menos de treinta mil muertos. Y cuando la monstruosa y pesada masa de mercenarios, tratantes de esclavos, esclavos rufianes y ramerías se puso en marcha hacia el norte, nosotros la seguimos; y en todo el trayecto, desde Filistea hasta Galilea, pasando por la llanura de Shadon, llovieron continuamente sobre ellos las saetas judías. Para que no olvidaran el desprecio que nos causaban y la depravación que nos habían traído.

Y el país quedó liberado. Fue en el mes de *marjeshwan*, en el suave y hermoso otoño de Judea, cuando sopla continuamente la fresca brisa del Mediterráneo y los valles se recubren de amapolas, cuando el primer agujijón del invierno hiere las siemprevivas en las cimas de las montañas, cuando se planta la última siembra del otoño, y cuando se pone a punto el *shekar*, el fuerte vino especiado. El país era libre; pero no por mucho tiempo. Ninguno de nosotros era tan tonto ni tan optimista para creer que no veríamos más a los griegos, o que aquel desequilibrado de Antíoco renunciaría tan fácilmente al rico, hermoso e interminable cofre de tesoros de Judea. Había un millón de mercenarios disponibles y no faltarían ciudades a las que podía desangrar para extraer el oro necesario para pagarles.

Pero de todas maneras pasarían meses, y quizá años, antes de que pudiera recuperarse de los golpes que le habíamos infligido. Y ese lapso sería para nosotros un verdadero respiro.

Fue aquél un otoño magnífico; parecía como si todo el país, desde la roca más grande hasta el último grano de arena, desde la más bella flor hasta la última brizna de hierba, quisieran dar gracias a Dios por el más preciado de los dones, la libertad. Des-

de el desierto de Judá, al sur, y el desierto de Efraín, al norte, millares de familias comenzaron a trasladarse a sus hogares, a las derruidas granjas y aldeas que habían abandonado. A la caída de la tarde se oían, en los profundos valles y en los senderos de las montañas, los cantos de agradecimiento por la liberación. Y millares de personas convergieron hacia Jerusalén, porque había corrido el rumor de que el Macabeo entraría en la ciudad santa y purificaría el Templo.

Judas, nosotros, sus hermanos, sus capitanes y los principales adones y rabíes del país, nos reunimos en consejo y durante dos días enteros deliberamos sobre la acción a seguir con respecto a los últimos residuos del enemigo que quedaban en Judea, los griegos y los judíos ricos que, con sus mercenarios, retenían la ciudadela interior de Jerusalén. Algunos, como Ragesh, propusieron la conciliación; que tratáramos de negociar con ellos con la base de que abandonaran el país. Pero yo me opuse, y mis hermanos me apoyaron.

—Nosotros no negociamos con puercos y traidores — dije.

Judas asintió, añadiendo:

—En el altar había una cabeza de cerdo, y ellos le rindieron culto. Ya decidiremos si deben vivir o morir cuando vengan arrastrándose por el suelo, boca abajo, como vi hacer una vez a un traidor en Shiló.

Otros querían que concentráramos todas nuestras fuerzas y tomáramos la fortaleza por asalto; sobre todo los judíos de Alejandría, quienes contaban con que sus ingenieros vendrían de Egipto trayendo artefactos suficientes para vencer cualquier obstáculo.

Pero Judas se opuso.

—Ya ha corrido demasiada sangre — dijo —. Siempre hemos luchado en los valles, ¿cómo vamos a lanzarnos ahora contra

unas murallas de piedra que tienen veinte pies de espesor? Que se pudran allí, en la fortaleza; y que vean al pueblo purificando el Templo...

Volvimos, pues, al Templo, como lo había predicho el adón.

Fuimos primero a Modín, que resurgía de sus cenizas, y purificamos la sinagoga; el rabí Ragesh dirigió los servicios. Luego iniciamos la procesión al Templo, con dos mil hombres seleccionados, encabezados por los veteranos de Modín y de Gumad, todos con armadura completa, espada, lanza y escudo. Abrían la marcha los *kohanim*, cuatro ancianos de barbas rojas que habían sido expulsados del Templo cinco años atrás. Eran fieles patriotas que habían luchado con nosotros. Con sus vestimentas blancas y azules se parecían extraordinariamente al adón. A continuación marchaban veinte levitas, todos de blanco, con capas también blancas como la nieve; iban descalzos y con las cabezas gachas, de vergüenza, porque muchos traidores y muchos de los que se habían encerrado en la ciudadela eran levitas. Detrás de los levitas iba Judas, también descalzo, y cubierto con un capelo rojo; su hermoso cabello castaño rojizo sobresalía del capelo y caía sobre la capa listada. Lo mismo que los levitas, iba sin armas y sin ornamentos y con la vista fija en el suelo, pese a que en todas las aldeas por las que pasábamos la gente se amontonaba para besarle las manos y aclamar al Macabeo. Detrás de Judas marchábamos nosotros, sus cuatro hermanos; al igual que los combatientes que nos seguían, íbamos revestidos con todo el pesado equipo de guerra. No teníamos lanzas ni escudos, pero llevábamos relucientes petos de bronce, largas espadas griegas y cascos de bronce con penachos azules. Detrás de nosotros desfilaron los dos mil hombres de nuestras fuerzas.

Pero no terminaba ahí la procesión, porque a continuación nos seguía una nutrida masa popular que aumentaba a medida

que nos íbamos acercando a la ciudad; y muchos millares más nos esperaban junto a los derruidos muros de Jerusalén.

Yo no podía menos que sentirme enajenado de orgullo al contemplar a mis gloriosos hermanos. A Judas, tan alto y tan hermoso; a Eleazar, que parecía un gran león bronceado; a Jonatán, flexible, ágil e inquieto como un ciervo menudo, revelando en su porte la primera florescencia de su joven virilidad y en su rostro moreno los primeros rizos de la incipiente barba; y a Juan, siempre con su amable y afectuosa tristeza.

Proseguimos marchando por cerros y por valles, recorriendo el mismo camino que habíamos seguido cuando fuimos por primera vez con mi padre, hacía tanto tiempo. Pero la ciudad a la que llegamos no era la misma de entonces. Era una vesánica ruina, sucia y desolada. El pasto crecía por entre los escombros, y los vanos sin puertas y las calles vacías le daban un aspecto triste y fúnebre. Perros vagabundos huían a nuestro paso a esconderse en las casas, y en todas partes se veían las señales de un vandalismo desenfrenado e insensato; todo lo cual serviría para recordarnos en el futuro a la eminente civilización que había dejado sus huellas durante su breve estadía en la ciudad. Por todos lados se veían huesos humanos, secos y blanqueados por el sol, y de tanto en tanto alguna que otra calavera. A medida que avanzábamos cuesta arriba, acercándonos al Templo, los signos de vandalismo iban aumentando; y cuando llegamos a la cumbre, vimos unas minúsculas figuras que se movían en los muros del acra, observándonos desde la pétreo protección de la fortaleza.

El pueblo también las vio, y al observar la expresión de odio que se reflejó en sus ojos, comprendí que no presagiaban nada bueno para los judíos que se habían recluido en aquel baluarte. Al principio, desbordantes de triunfal alegría por la victoria y el retorno, marchábamos con gritos y algazara; cuando entramos

en la ciudad las voces bajaron de tono, se fueron apagando a medida que ascendíamos la cuesta, y se extinguieron del todo cuando entramos en el Templo; porque lo que habían hecho allí no era humano sino monstruoso.

El local había sido infamado con carne de cerdo; los trozos aparecían tirados por todas partes, pudriéndose y llenando el aire de nauseabundas emanaciones. Las magníficas puertas de madera tallada habían sido quemadas; los valiosos mármoles de las galerías, partidos y saltados; y los antiguos rollos de la Biblia rotos a pedazos y desparramados los trozos por el suelo. Como toque final los mercenarios, o los griegos, degollaron a tres criaturas, arrastraron los cuerpos sangrantes por las cámaras interiores y luego arrojaron los cadáveres en una pila de cortinajes de seda azul que en un tiempo separaban los compartimientos. Destrucción insensata, perversión y locura; la frenética locura que sólo deriva, al parecer, del odio ciego a los judíos.

En el altar había una estatua de mármol de Antíoco, el rey de reyes, apóstol de la civilización y de todas las amables virtudes de la cultura occidental. Ni siquiera el escultor, pese al temor a las represalias o a la perspectiva de recompensas que debieron de haber influido en su ánimo, logró suprimir la impresión de bestialidad que desprendía la imagen del rey de reyes...

Pero aquéllas no eran horas de duelo. Envié a Eleazar con mil hombres a que montara guardia frente al acra, y yo fui con los otros mil a tratar de reparar el acueducto, y de llenar de agua algunas de las grandes cisternas de asedio. Cuando volví, mil judíos, entre ellos Judas, fregaban el Templo con lejía y cenizas.

Tardamos tres semanas, en las que no escaseó el trabajo. De todas partes de Judea acudieron judíos a colaborar en la reconstrucción del Templo. Los picapedreros extrajeron mármoles de la

ciudad baja y los cortaron para reponer las baldosas dañadas. El acueducto fue reparado y el agua volvió a manar en abundancia.

Anillos, brazaletes y broches de todas clases afluyeron a los cofres públicos para que Rubén, el herrero, los fundiera e hiciera una nueva *menorá*. Los mejores ebanistas de Judea construyeron nuevas puertas, y de todas las aldeas llegaron remesas de sedas para los cortinajes. Todo un enjambre de obreros trabajó en el Templo día y noche, de noche con antorchas, hasta que finalmente, el veinticuatro de *kislev*, quedó concluido, reconstruido, purificado y nuevamente hermoso.

En la mañana del veinticuatro de *kislev* fue consagrado el nuevo Templo, y volvió a resonar una vez más en sus salas la antiquísima admonición: «¡Oye, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno!».

Fueron encendidas las velas de la *menorá*, y se prolongaron durante ocho días las ceremonias de la dedicación. En el transcurso de esos ocho días casi todos los habitantes de Judea acudieron a Jerusalén; y mil hombres armados permanecieron alrededor de la ciudadela, noche y día, con los arcos tendidos.

CUARTA PARTE

JUDAS, SIN PAR Y SIN REPROCHE

Llego ahora a la parte más penosa de mi relato: el fin de mis gloriosos hermanos. Los griegos, que poseen muchos dioses y muchas versiones de la verdad, como también numerosas nociones de lo que es la libertad, tienen una diosa a la que llaman la musa de la historia, y se vanaglorian de decir la verdad cuando escriben la historia de su patria. Para nosotros, que somos judíos, hacer historia es escrutar el alma de un pueblo. No estamos obsesionados con la verdad, porque nuestro pasado, lo mismo que nuestro futuro, es un pacto entre nosotros, nuestra alianza y nuestro Dios, y todas aquellas cosas en las que creemos; ¿y qué podríamos decir sino la verdad? ¿Habríamos de ocultar que Caín mató a Abel, presa de terrible cólera, o que David ben Isaí pecó como pocos hombres han pecado? Nosotros no somos como los *nokrim*, porque nosotros fuimos esclavos en Egipto, y eso no lo olvidaremos jamás, por los tiempos de los tiempos, por los tiempos de nuestros hijos y los de nuestros nietos; y jamás nos doblegaremos ante ningún hombre, ni ante Dios. ¿Se puede separar la libertad de la verdad? ¿Qué otro pueblo dice, como decimos nosotros, que la resistencia a los tiranos es la forma más elevada y auténtica de la obediencia a Dios?

Escribo, pues, explorando el pasado, al que a ningún hombre le es dado volver, sino solamente a Dios y a sus fastos in-

mortales; y los recuerdos acuden como nubes impulsadas por el viento, y siento ganas de apartar el pergamino, apoyar la cabeza en la mesa y gritar:

«¡Hermanos míos, mis gloriosos hermanos! ¿Dónde están? ¿Cuándo volverá a ver Israel, o el mundo, otros hombres como ustedes?».

En las sinagogas ya hay un rollo más, el rollo de los Macabeos.

Así lo llaman, ¡como si pudiera haber más de uno, como si pudiera haber otro Macabeo que Judas, mi hermano, el sin par y sin reproche! Dice así el rollo:

«Le sucedió Judas, apellidado Macabeo, a quien apoyaron sus hermanos y cuantos habían seguido a su padre y luchado alegremente por Israel.

»Y dilató la honra de su pueblo, y como héroe se vistió la coraza, y se ciñó sus armas para guerrear, y trabó batallas, protegiendo con su espada al campamento.

»Por sus hazañas se asemejó al león, y al cachorro que ruge en busca de la presa.

»Persiguió en sus escondites a los impíos y entregó a las llamas a los perturbadores de su pueblo.

»Los impíos se sobrecogieron de miedo ante él, los malhechores se turbaron.

»En sus manos llegó a buen término la salud.

»Dio en qué entender a muchos reyes, y fue el regocijo de Jacob con sus hazañas.

»Por los siglos perdurará su memoria en bendición.

»Recorrió las ciudades de Judá, exterminó a los impíos de ellas y alejó de Israel la ira.

Así llegó su nombre a los confines de la tierra y recibió a los que estaban dispuestos a perecer.»

Así dice: «Y recibió a los que estaban dispuestos a perecer». ¡Qué pocos éramos, ay, Judas, qué pocos éramos, al final, los que estábamos dispuestos a perecer! Nosotros nos fatigamos, pero tú no te fatigaste nunca. Nosotros perdimos las esperanzas, pero tú sabías que la fuerza de un pueblo no puede morir. Sí, y recuerdo cuando regresaste a Modín, al derruido hogar de Matatías; depositaste las armas, y te dedicaste a reconstruir la casa y los terraplenes, trabajando conmigo y con Jonatán, hombro con hombro; vino entonces Nicanor, con toda su magnificencia, y te encontró en el campo arando la tierra; a ti, al Macabeo, al *kohan*, al sacerdote del Templo; y recuerdo que mientras hablabas con él, con el primer capitán del rey de reyes, te inclinaste varias veces a recoger un terrón de esa buena tierra de Judea que cultivábamos, y lo desmenuzaste con los dedos dejando caer los terrones...

Pero antes debo narrar la muerte de Eleazar. Soy un viejo que vaga por el pasado tratando de entender las cosas que hacen a los judíos, y se me deben perdonar las divagaciones.

Poco respiro tuvimos después de purificar el Templo. Impulsado por su hambre de dinero, que quería para contratar más mercenarios y conseguir con ellos más dinero, el demente de Antíoco organizó una expedición hacia el este, contra los partos, y allí perdió la vida. Pero su hijo y sus regentes sufrían del mismo apetito insaciable. No podían ir hacia el oeste para tratar de satisfacerlo, porque el torvo poderío de Roma les cortaba el camino, advirtiéndoles: «De aquí no pasarán». Al este estaban los desiertos, y más allá de los desiertos las terribles flechas de los partos. Hacia el sur siempre se encontraban los abundantes tesoros de Judea, las ricas y hermosas colinas del país de los judíos que podían, con su inagotable fertilidad, restaurar toda la antigua gloria de Macedonia; pero a condición de que fuera aplastado el Macabeo.

Cuatro nuevos ejércitos fueron enviados cuatro veces sucesivas a las colinas de Judea, y las cuatro veces los derrotamos, los destrozamos, y llenamos los desfiladeros de cadáveres enemigos erizados de flechas. Pero ¿cuánto tiempo puede un pueblo sostener una guerra? Ya no acampábamos en el desierto de Efraín; habíamos regresado a las granjas y a las aldeas. Cada vez que se producía una invasión, Judas lanzaba un llamamiento pidiendo voluntarios. Al principio acudían a millares a rodear el estandarte del Macabeo, el estandarte que no había conocido la derrota. Pero al repetirse la horrible monotonía y los terribles sufrimientos de las invasiones, el número de voluntarios fue decreciendo. En cada campaña había unos cuantos menos; en cada campaña nos cercenaba un poco más la cuchilla de la guerra. Nosotros no podíamos, como Antíoco, movilizar incontables enjambres de mercenarios. En Judea había una cierta cantidad de judíos, y nada más...

Fue entonces cuando Lisias, el nuevo alcaide, llegó con los elefantes. Luego hablaré de los elefantes, esas bestias enormes y terribles que nunca habíamos visto. Pero antes tengo que explicar por qué tuvimos que enfrentarlos con sólo tres mil hombres. A los mejores de nuestras fuerzas, dos mil combatientes, entre los cuales se contaban los veteranos, cubiertos de cicatrices, de Modín y de Gumad, tuvimos que dejarlos en el Templo, montando una guardia interminable ante el acra, donde se mantenían los judíos traidores y los griegos desafiándonos a que derribáramos sus gruesas murallas. Estaban a las órdenes de Jonatán y de Juan. Otros mil hombres guarnecían la fortaleza de Bet Zur, porque los beduinos, barridos del país los mercenarios, se habían vuelto audaces y venían frecuentemente del desierto, montados en sus camellos, para hacer incursiones en las aldeas. Había que proteger, además, las fronteras de Judea de las innumerables

bandadas de mercenarios que, en el intervalo entre un empleo y otro, buscaban botín por su cuenta atacando a los judíos; de los filisteos, ese pueblo bastardo y corrompido del Oeste; y de los sátrapas griegos de menor cuantía que se habían separado después de la muerte de Antíoco, y que no podían apartar los ojos ni las manos de los ricos tesoros de Judea. La formación de las patrullas fronterizas era para Judas un problema constante y angustioso, porque después de vencer a los griegos era difícil convencer a los hombres de que siguieran en actividad, alejándose de sus granjas y sus familias. Con todos estos obstáculos Judas tuvo que reclutar un ejército para repeler cuatro invasiones separadas; y lo consiguió. Pero los elefantes constituyeron un obstáculo nuevo y aterrador.

De la lucha por el poder que se había trabado en la corte del difunto Antíoco nos llegaron solamente rumores. El rey loco había dejado un hijo idiota, a quien hartaban en la corte de perversiones, drogas y mujeres, como también de animales, prácticas que eran corrientes en Antioquía y en Damasco. Entretanto Filippo, el regente del rey, luchaba por el poder con Lisias, marino griego que había escalado altas posiciones en Siria mediante astucias, engaños y crímenes al por mayor. Consciente de que la conquista de Judea podía inclinar la balanza en su favor, Lisias concibió la idea de emplear tropas de elefantes; envió mensajeros cargados de oro y joyas al valle de los indos, donde alquilaron doscientos elefantes, con sus conductores y los arqueros necesarios para ocupar los castillos instalados en el lomo de las bestias. Si las colinas de Judea eran fortalezas, pensaba el griego, las invadiría con una nueva clase de fortaleza, y de una vez por todas aplastaría el poder del Macabeo y sus partidarios.

Tomó, pues, por el camino de la costa hacia el sur, con los elefantes y diez mil mercenarios para respaldarlos, y se internó

luego por el valle de Escol para abordarnos por los anchos desfiladeros meridionales.

Durante todo el tiempo que duró su marcha hacia el sur recibimos informes acerca de aquellos monstruosos animales desgarrados que se desplazaban pesadamente, como castillos animados, y cargaban en el lomo recintos de madera con ranuras para disparar las flechas; y al difundirse los rumores por toda Judea, los elefantes se hicieron más grandes y más pavorosos. La impresión de lo desconocido pendía sobre nuestras cabezas como una amenaza diabólica, y hombres que habían guerreado largos años contra fuerzas terriblemente superiores, sin temer a nada ni a nadie que fuera mortal, temblaban ante la sola idea de aquellas montañas vivientes.

Ignorando al principio qué ruta tomarían los elefantes, Judas concentró en Belén todas las fuerzas que pudo reunir, y de allí despachó batidores a explorar. Los primeros rumores indicaban que el ataque principal se llevaría a cabo contra Bet Zur. Judas y Eleazar partieron en aquella dirección con dos mil hombres. Los mil restantes se trasladaron, a mis órdenes, al profundo desfiladero que se encuentra cerca de Bet Zacarías. No habíamos marchado más de un par de horas cuando oímos retumbar el siniestro estruendo del tropel de elefantes, un sonido distinto de todos los imaginables. Los hombres se pusieron pálidos y tensos y la incertidumbre y el miedo corrieron como agua helada por las filas. Rubén, el herrero, estaba conmigo, Rubén de Modín, que en cien encuentros jamás demostró miedo ni vacilación; pero allí, ante aquel ruido nuevo, desconocido, perdió el color del rostro y la elasticidad del paso.

—Son animales —le dije—. Dios los hizo y el hombre los puede matar.

—¿Y si no fueran animales?

— ¡Eres un idiota y un cobarde, entonces!

Asiéndome el brazo con una mano de hierro, gritó Rubén:

— ¡Nadie me llama cobarde a mí, Simón ben Matatías!

— ¡Yo te llamo cobarde, maldito seas!

— ¿Por qué me maldices, Simón?

— Porque hemos luchado demasiado tiempo para empezar a tener miedo ahora. Quiero que cojas la mitad de los hombres y que obstruyas el desfiladero. ¡Y que los retengas, como hemos hecho tantas veces! ¡Retenlos contra el mismo infierno hasta que venga Judas! ¡Ay de ti si te retiras antes de que llegue el Macabeo!

— Los retendré, Simón...

Envié entonces al más veloz de nuestros correos a advertir a Judas y Eleazar.

Conduje a la carrera a los mil hombres al cuello del valle, al extremo norte, donde tenía apenas unos siete pies de ancho, y mientras Rubén trabajaba frenéticamente con quinientos hombres para levantar una especie de barricada con rocas y árboles caídos, yo guié a los quinientos restantes cuesta arriba, en busca de una posición ventajosa para disparar las flechas. Casi no tuvimos tiempo; trepábamos todavía por la ladera cuando apareció la primera de las grandes bestias, avanzando por el valle con un paso siniestro, fatal, lento, de una lentitud que lo hacía más aterrador aún. Los elefantes marchaban de tres en tres, y parecía haber un número interminable de animales. Cada elefante llevaba un conductor sentado en la cabeza, y detrás del conductor había un grueso cajón de madera con ranuras por todos lados para los arqueros.

Los conductores eran hombres delgados, morenos; iban completamente desnudos, con las piernas cruzadas, y llevaban una larga vara puntiaguda con un gancho en la punta, con la que agujijoneaban de tanto en tanto al animal. Adán ben Lázaro

era mi teniente; le dije que mataran primero a los conductores, aunque dudaba de que con eso pudiéramos detener o desviar a los animales.

Ya había más de cien elefantes a la vista, y detrás de ellos alcanzábamos a divisar los cascos y lanzas relucientes de los mercenarios que marchaban a continuación. El aterrador estruendo que producían las patas de los animales llenaba todo el valle y se mezclaba con los agudos gritos de los conductores y con los roncros alaridos triunfales de los mercenarios.

Trataré de relatar los sucesos tal como acontecieron; debo relatarlos, como los otros, por más doloroso que sea. No culpo a Rubén.

¿Cómo te voy a culpar a ti, Rubén, camarada mío, que reposas con mis gloriosos hermanos en ese pasado común a todos los hombres? Rubén no temía a nada conocido, y el tiempo lo demostró, pero nuestras pequeñas saetas de cedro sólo sirvieron para enfurecer a las bestias. Matamos a los conductores, pero los elefantes prosiguieron su marcha. Erizamos de flechas los cajones de madera que llevaban en el lomo, pero ellos siguieron adelante, avanzaron contra la barricada y la destrozaron con sus enormes patas. Rubén y sus hombres echaron a correr; fue aquella la primera vez que los griegos veían en un combate la espalda de un judío.

Yo corrí a ayudarlos y, pese al miedo que sentían, mis hombres me siguieron. Bajamos velozmente del cerro, saltando por la ladera; pero no fui yo quien detuvo a los que huían, sino mis hermanos con sus dos mil hombres, que irrumpieron en el valle precedidos por Eleazar, por Eleazar y su poderoso martillo; Eleazar, el esplendor de la batalla, el único hombre que no temía, ni dudaba, ni se mofaba; Eleazar, el sencillo, valiente y maravilloso Eleazar. Lo seguían los ocho negros africanos que habían

quedado de los doce, los ocho hombres de palabra dulce que amaban a mi hermano y habían luchado a su lado durante todos aquellos años.

Yo ya estaba bastante cerca de Eleazar y pude oír su voz.

— ¿Tienen ustedes miedo? — gritó —. ¿De qué? ¡Todavía no han nacido animales que no se puedan matar!

Ante la desenfrenada embestida de los elefantes, los hombres que seguían a Judas se detuvieron, estupefactos y amedrentados; pero Eleazar corrió solo y avanzó al encuentro de un elefante que se había adelantado a los demás. Nunca, ni antes ni después, se vio un espectáculo igual; el gran cuerpo de Eleazar se arqueó, el martillo giró hacia atrás por encima de su cabeza, volvió a girar hacia adelante y se descargó en la cabeza del elefante con un fragoroso estallido que cubrió todos los gritos. El elefante, con el cráneo roto, dobló las rodillas, rodó por el suelo y murió. Pero ya los demás animales habían rodeado a Eleazar y sus africanos. Los negros lucharon con las lanzas; Eleazar con el martillo, hasta que un elefante se lo arrancó con la trompa. Todo aquello sucedió en mucho menos tiempo del que tardó en escribirlo. Eleazar murió antes de que Judas y yo pudiéramos acercarnos a su lado. Desde los cajones de los elefantes los arqueros disparaban flechas sin cesar; mi hermano ya tenía dos flechas clavadas en el cuerpo cuando se apoderó de la lanza de un africano caído, corrió a situarse debajo de un elefante y le hundió el arma íntegramente en las entrañas.

Los elefantes, espantados, se lanzaron a correr en tropel; ya nada podía detenerlos. Y allí, en el fondo del valle, aplastados por centenares de patas demoledoras quedaron mi hermano Eleazar y sus ocho camaradas negros.

Nos dispersamos. Trepamos por las laderas. Yo trataba de estar siempre cerca de Judas, y probablemente lloré como lloraba él.

No lo sé; no lo recuerdo. Sólo sé que Eleazar estaba muerto...

Al anoecer habíamos reunido a mil ochocientos hombres, e iniciado la retirada hacia el norte. Por primera vez había sido derrotado el Macabeo en un combate.

Yo marchaba a veces solo, otras veces entre la masa de mis hombres; pero me era indiferente. Mi desaliento era grande. Al principio sólo me importaba estar cerca de Judas; pero a medida que avanzaba la noche, una noche sombría, hosca, me fui envolviendo en una capa de soledad, de amargura, de desolación, y me separé de Judas. Dejé que se adelantara y lo perdí de vista. No era tanto la ira como una sensación, ardiente y corrosiva, de frustración y miedo, lo que se había apoderado de mí. Todos los hombres eran seres humanos, pero Judas era otra cosa distinta.

Sus lágrimas eran mentiras; su dolor no era dolor; su alma se había extraviado y él era como una espada que tenía un solo propósito y un solo destino.

Lentamente llegó el odio; el antiguo odio, terrible y tenebroso, hacia mi hermano; un odio que se compone de cosas tan revueltas, tan complejas, y tan misteriosas; un odio que es viejo, acerbo e insaciable y que hunde sus raíces en aquella antiquísima historia de Caín que mató a Abel. ¿Y a Eleazar, quién lo había matado? ¿Y quién nos mataría a todos nosotros, uno por uno, sin pausa, sin tregua y sin fin? Eleazar había muerto, pero Judas ya no pensaba más que en los hombres, en el ejército, en la lucha, en la resistencia; la resistencia que le había extraído hasta la última gota de misericordia.

Aquella noche, desesperante y nefasta, mientras iba caminando, lentamente, insensible a la esperanza, indiferente al mañana o a nada que no fuera el pozo de muerte y destrucción en el que sentía que me estaba hundiendo, recordé el día en que

Judas regresó a Modín y se detuvo junto al lecho donde yacía el cuerpo de la hermosa y espléndida mujer que yo había amado; se detuvo sin decir al principio una sola palabra, sin revelar la menor señal o evidencia de dolor; y por último habló solamente de venganza.

Quién la había matado, fue lo que quiso saber...

Yo era el guardián de mi hermano, me había dicho el viejo, el adón.

«Tú, Simón, eres el guardián de tu hermano, tú y nadie más».

Pero Judas, que ya tenía las manos enrojecidas de sangre, enrojecidas y húmedas, sólo pensaba en enrojecerlas más.

La venganza era de él; no era de Dios, ni del pueblo, sino suya y sólo suya...

Me quedé inmóvil; no caminé más. ¿Para qué? ¿Para ir adónde?

El viejo había muerto; Eleazar había muerto. ¿Cuánto tardaríamos en morir todos los demás? ¿Para qué irnos? ¿Para qué huir? Me dejé caer en el suelo; alrededor de mí había otros hombres que renunciaban a la fuga, que abandonaban el objetivo, el impulso que nos había guiado durante tanto tiempo. Y entonces oí la voz de mi hermano.

Que me busque. Lo maldije. Me tendí en el suelo, con la cara en las manos. Escuché sus gritos.

— ¡Simón! ¡Simón!

Lo mismo que el diablo a la caza de un hombre.

— ¡Simón!

Repetidamente, interminablemente, porque él era el Macabeo.

— ¡Simón!

— ¡Que Dios te maldiga! ¡Vete y déjame!

— ¡Simón!

Alcé la cara y lo vi inclinado sobre mí, tratando de ver en la oscuridad.

— ¿Eres tú, Simón? — preguntó.

— ¿Qué quieres?

— Levántate — dijo —. Levántate, Simón ben Matatías.

Me levanté.

— ¿Qué haces tirado en el suelo? — preguntó serenamente —. ¿Estás herido? ¿O es el miedo, ese maldito miedo que siempre albergaste en el corazón?

Saqué instantáneamente el cuchillo y alcé el brazo aproximándolo al cuello de Judas; pero él no se movió y me miró fríamente. Arrojé entonces el cuchillo lejos de mí y me cubrí la cara con las manos.

— ¿Por qué no me has matado? — preguntó Judas —. Habrías satisfecho ese odio infame que te corroe.

— Déjame.

— No te dejaré. ¿Dónde están tus hombres?

— ¿Dónde está Eleazar?

— Está muerto — dijo Judas con calma —. Él era fuerte, pero tú eres más fuerte, Simón ben Matatías. Sólo que tu corazón no es como el suyo. Tú eres bueno para la victoria, ¡pero Dios salve a Israel si tiene que depender de ti en la derrota!

— ¡Cállate!

— ¿Por qué? ¿Porque no sabes admitir la verdad? ¿Dónde estaba la espada de Simón ben Matatías cuando murió Eleazar? ¿Dónde estaba?

Los minutos pasaron lentamente, pesadamente. Por último, después de largo rato, pregunté a mi hermano:

— ¿Qué debo hacer?

— Reúne a tus hombres — dijo él sin emoción —. Eleazar ha muerto y nosotros estamos llenos de dolor. Pero el enemigo no

está dolorido. Reúne a tus hombres, Simón.

Amanecía; nos sentamos en torno de una fogata, Judas a un lado, Rubén al otro y nuestros hombres diseminados alrededor, unos dormidos, otros despiertos y tratando de explicarse lo que había pasado. Rubén lloraba como una criatura.

—Era su hermano —decía—, pero era mi hijo, mi hijo, y yo lo traicioné. Yo huí mientras él se quedaba; yo les volví la espalda mientras él les hacía frente. ¿Por qué vivo yo y él está muerto allí en el valle?

—Paz —le dije—. ¡Por amor de Dios, calla!

Sentía que si seguía escuchando los lamentos de Rubén, perdería indefectiblemente la razón. Pero Judas dijo, suavemente:

—Déjalo, Simón, déjalo que se desahogue, de lo contrario su dolor crecerá como la lepra dentro de su alma y lo matará.

—Le enseñé a forjar el hierro —gimió Rubén—. Le enseñé los secretos del metal, los más antiguos secretos; y él ardió, se consumió, tan puro como el hierro cuando se pone azul en la llama. Dios no me dio hijos, pero me dio a Eleazar, y yo lo traicioné, lo maté. ¡Que mis manos se pudran y se desprendan! ¡Que mi corazón se convierta en plomo! ¡Que caiga la maldición eterna sobre mi cabeza!

Se tapó la cara con la capa y meciéndose hacia adelante y atrás continuó gimiendo y sollozando...

Fue en cierto modo el fin. Aunque postergado, fue en cierto modo el fin de todos mis gloriosos hermanos, los hijos de Matusán, los que habían adquirido en Israel la misma gloria que los héroes de la antigüedad. Por primera vez no pudimos presentar combate al enemigo. Antes Judas lo enfrentaba con quinientos hombres, riéndose de su número; y lo atacaba y hostigaba sin cesar, transformando en infiernos los valles y en carnicerías los desfiladeros. Pero ahora los hombres que nos quedaban no que-

rían afrontar a los elefantes, y no nos quedaba otra alternativa más que regresar a Jerusalén, a reunirnos con nuestros hermanos tras los muros que Judas había hecho elevar para defender el monte del Templo.

La muerte de Eleazar había provocado un cambio en Judas, como si algo se hubiese roto o derrumbado en su alma. Cuando le dije:

— ¿Qué podemos hacer nosotros con las murallas? ¡Las murallas no son para nosotros!

Me respondió:

— Mis hermanos están allí.

— Pues nos reuniremos con ellos, ¿y luego? ¿Esperaremos a que Lisias vaya a buscarnos?

— ¿Qué puedo hacer? ¿De nuevo la guerra? — preguntó Judas con desaliento—. El pueblo está en las aldeas. ¿Tendré que pedirles que peguen fuego a sus casas y se vayan a Efraín? No me prestarán atención.

— Tú eres el Macabeo — dije—. Judas, hermano mío, escúchame. Tú eres el Macabeo, y el pueblo te prestará atención.

Guardó silencio durante mucho rato, y luego sacudió la cabeza.

— No, Simón — dijo —, no. Yo no soy como tú. Tú eres como mi padre, el adón; pero yo no soy ni como él ni como tú. Iré a reunirme con mis hermanos en Jerusalén. Si tú quieres hacer la guerra desde el desierto, llévate a los hombres. Yo iré solo a Jerusalén y lucharé junto con mis hermanos.

— Tú eres el Macabeo — repetí.

Al día siguiente nos reunimos con Jonatán y Juan en el Templo y les comunicamos la muerte de Eleazar...

Judas convocó el consejo y concurrieron Ragesh, Samuel ben Zabulón, Enoch ben Samuel, el de Alejandría, y otros veinte

adones y rabíes, algunos de los cuales habían asistido al primer consejo reunido hacía tanto tiempo. Mientras nosotros nos congregábamos hacían su entrada en la ciudad las tropas de elefantes. El grupo de ancianos escuchó con el ceño fruncido y el ánimo inquieto el breve y penoso informe de la derrota que dio Judas.

—Y así fue —concluyó diciendo—. Mi hermano Eleazar murió, y junto con él muchos otros judíos. Yo regresé a defender el Templo. Los muros del Templo son fuertes, y si así lo quieren ustedes moriré aquí; o si lo prefieren iré a Efraín a librar de nuevo nuestra vieja guerra. No creo que los elefantes sean invencibles. Mi hermano Eleazar mató uno de un solo martillazo. Son animales creados por Dios, y el hombre puede matarlos. Sólo tenemos que descubrir cómo.

Los gritos de los mercenarios que llenaban las calles de la ciudad llegaban hasta el Templo. Pero la ciudad estaba vacía y devastada. ¿Qué mayor destrucción se podía acumular en lo que ya era una tumba derruida?

—¿Qué opina Simón? —preguntó Samuel ben Zabulón.

Miré con curiosidad al colérico y altivo anciano del sur.

—¿Pides opinión a un hijo de Matatías? —dije.

—Te la pido a ti, Simón.

—Yo no soy el Macabeo —respondí—. No soy adón ni rabí. Soy Simón, el más inferior de los hijos de Matatías. Yo juzgué en Efraín; pero aquí no estamos en el desierto, sino en Jerusalén.

—¿Y qué harás tú? —preguntó Ragesh secamente.

—Seguiré a mi hermano Judas.

Ragesh se encogió de hombros.

—Y habrá guerra y más guerra; y siempre guerra. Guerra sin fin —dijo.

—No he conocido otra cosa —repuse—. Y sin embargo todavía no me he doblegado.

—Eres un hombre altivo —dijo Ragesh—. ¿Quieres ponerte al frente de Israel?

Jonatán le contestó, con enfado, casi con furia.

—¿Acaso mi hermano Judas se puso al frente de Israel? —exclamó—. ¿O mi padre? ¿Estamos vestidos de seda, y adornados de oro y diamantes?

Judas lo tomó de un brazo. El muchacho temblaba de indignación; gruesas lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Ahora me reprenden los niños —dijo suavemente Ragesh.

—¿Soy acaso niño? —gritó Jonatán—. A los catorce años ya empuñaba un arco, y a los quince maté a un hombre. ¡Te conozco, viejo!

—¡Basta! —rugió Ragesh.

—Basta —dijo Judas—. Calla, Jonatán; calla.

Levantóse Enoch de Alejandría, un espléndido anciano septuagenario, barbiblanco, alto, benévolo, de mirada amable. Era uno de los viejos *kohanim* y había regresado de Egipto a pasar en el Templo los años que le quedaban de vida. Alzó los brazos pidiendo silencio.

—Así sea, y paz. Yo soy un hombre viejo, Judas Macabeo, pero te rindo honor, y considero que no hay en Israel ningún hombre que valga más que tú. Yo quería ver dos cosas antes de morir, el santo Templo y el rostro del Macabeo. He visto ambas, y ninguna de las dos me ha decepcionado. Pero..., soy judío al fin.

Hizo una pausa y suspiró.

—Soy judío, hijo mío —prosiguió—, y nuestras costumbres no son las de los *nokrim*. ¿Debemos seguir matando sin cesar? ¿No dejaremos de ser criaturas de vida para convertirnos en seres de muerte? Cuando pasé por las aldeas vi al pueblo dedicado pacíficamente a reconstruir sus casas, y vi las vides cargadas de

uvas. ¿Que pide Dios a los hombres sino que hagan justicia y cumplan con la alianza? El orgullo asiste, te lo aseguro. Hemos hecho comprender bastante bien a los griegos que los judíos no somos seres mansos y humildes con los que se puede hacer lo que se quiera. Ahora, en Antioquía, dos partidos luchan por el poder. Yo lo sé, hijo mío, y conozco muy bien las formas de obrar de los reyes y de las cortes. Lisias hará la paz con nosotros si le ofrecemos buenas palabras en lugar de obstinados rencores. Preferirá luchar por el poder en Antioquía y en Damasco y no aquí en Jerusalén. Y si pide tributo, nosotros le pediremos paz y el derecho a vivir a nuestra manera, a aplicar nuestras leyes, y a observar nuestra alianza con nuestro Dios. Eso es lo mejor, hijo mío. No te rechazamos. Por el contrario, te ofrecemos la más alta honra de Israel, el sacerdocio del Templo...

Todas las miradas se volvieron hacia Judas, que permanecía de pie rodeando con un brazo a Jonatán. Judas no respondió enseguida, ni se vio ningún signo de emoción en su hermoso rostro barbirrojo. Alto, fatigado, manchado de sangre y lodo de la reciente batalla, la capa listada colgando de sus anchos hombros, la espada de Apolonio pendiendo al costado, era menos más que un ser humano. ¡Cuántos recuerdos evoco de Judas!, ¡y qué poco logro aprehenderlo, o descubrirlo, o conocerlo! Lo judío era la esencia de Judas; su estructura y su muerte. Sólo un judío podría haber escuchado al viejo, como él lo hizo, pensando entretanto en Eleazar, a quien debió de haber amado tanto, y recordando las innumerables veces que había luchado a su lado. «¿Qué daño puedo sufrir yo, Simón — me dijo una vez —, teniendo ese martillo a un lado y tu espada al otro?». Sólo un judío podría haber escuchado como él lo hizo, para preguntar finalmente con la voz ahogada por la angustia:

— ¿Y todo lo que hemos luchado, todas nuestras batallas, todos nuestros sufrimientos, todos nuestros esfuerzos, todo eso lo pondrán ustedes a la merced de la palabra de un griego?

Hasta Ragesh sintió compasión y dijo con tono insinuante:

— No, Judas, hijo mío; a la merced de la palabra de un griego, no. Hay ahora un equilibrio político de poder que no existía hace cinco años, y que no ha modificado esta pequeña derrota infligida por los elefantes. Nosotros tenemos armas y miles de hombres adiestrados, y los griegos ya han aprendido a no desdeñar a los judíos. Estamos, por lo tanto, en condiciones de negociar, de aprovechar la delicada situación que se planteó con la muerte de Antíoco y de aprovecharla en nuestro favor. No se trata de una decisión improvisada o precipitada, Judas.

— ¿Si hubiese rechazado el ataque de los elefantes — arguyó Judas —, habrías dicho lo mismo? Tú me llamaste Macabeo, ¿es ésta la primera batalla que he librado? Cuando todos estaban desalentados, cuando sólo veíamos por todas partes muerte y destrucción, cuando el Templo, ese mismo Templo, estaba profanado, ¿no salí con mi padre y mis hermanos a hacer la guerra por la libertad de Israel? ¿Y no triunfé? ¿Puede borrar una sola derrota las victorias que obtuvimos? ¿Por qué se vuelven ahora contra mí? ¿Por qué? Me ofrecen el sumo sacerdocio, pero yo no le he pedido; yo no he luchado para obtener recompensas. ¡Esto que ven es todo lo que poseo, mi capa y mi espada! ¿Alguien puede decir que haya visto a un hijo de Matatías saquear a los muertos? ¿Me creen ustedes ambicioso? ¡Pregúntenle a mi hermano Eleazar, que yace allí abajo, aplastado por las patas de cien bestias! No quiero recompensas. Sólo quiero la libertad de mi patria, ¡y me hablan ustedes de venderla, de negociar y confiar nuestras vidas a la palabra de un griego!

— Judas — insistió pacientemente Ragesh —, Judas ben Matatías, no se trata de una sola victoria o una sola derrota. Noso-

tros ya nos habíamos reunido antes de la batalla para discutir las condiciones que le íbamos a pedir a Lisias...

— ¡Antes de la batalla! — dijo Judas —. ¡Mientras mis hermanos y yo luchábamos, ustedes se confabulaban con ellos, a nuestras espaldas! ¡Que Dios se apiade de ti, Ragesh, porque me has vendido y has vendido a mi pueblo!

Yo esperaba que Ragesh se inflamara de ira, pero las tajantes palabras de mi hermano le cayeron como un latigazo en el rostro, y el altivo hombrecito bajó la cabeza y movió silenciosamente los labios.

— Haz lo que quieras — dijo Judas —, haz lo que quieras, viejo. Cuando me llamaste Macabeo por primera vez, dije que depondría la espada cuando me lo ordenaras. La depongo ahora.

Y volviéndose hacia nosotros, añadió suavemente:

— Vengan, hermanos míos, ya no tenemos nada que hacer aquí.

Salimos de la sala del consejo, y más de uno de los ancianos, adones y rabíes que quedaron en ella se taparon la cara con las manos y lloraron...

Y la asamblea de dignatarios hizo la paz con el griego Lisias. El tributo, diez talentos de oro por año, era pequeño comparado con los centenares que extraían a Judea antes. En retribución se concedió a los judíos plena libertad religiosa y el derecho a sostener el Templo contra los helenistas que ocupaban la fortaleza y se negaban a doblegarse ni ante Lisias ni ante el consejo de ancianos. Lisias se comprometió además a no mantener mercenarios en Judea, con la sola excepción de Bet Zur, y a reconocer a los voluntarios judíos el derecho a patrullar los caminos y las fronteras.

Así fue; al cabo de dos días, Lisias y sus tropas de elefantes abandonaron Jerusalén y regresaron a Antioquía.

Por otra puerta, Judas, Jonatán, Juan y yo salimos también de la derruida ciudad. Lo único que poseíamos era la ropa que llevábamos puesta, manchada en las batallas, nuestras espadas, nuestros arcos y nuestros cuchillos. Fuimos a Modín, donde ya estaban la esposa de Juan y sus dos hijos, y aquella misma noche Judas, Jonatán y yo dormimos en la dehesa de la colina, detrás de la casa de Matatías.

A la mañana siguiente nos pusimos a trabajar en la casa. Retiramos los maderos ennegrecidos por el fuego y moldeamos nuevos ladrillos de barro que pusimos a secar al ardiente sol del verano. Y es tan fundamental la vida misma en la existencia del hombre, en esa existencia simple, objetiva, de todos los días, que no tardaron los aldeanos en acostumbrarse a ver al Macabeo trabajando en la casa, con la cara y los brazos sucios de barro, tierra y sudor. ¡Qué rápido había revivido Modín! De nuevo Lebel el maestro daba sus clases en la sinagoga de piedra, paseando arriba y abajo por la fresca sala, vara en mano, y aguzando el oído, atento y crítico, a la menor imperfección de pronunciación o enunciación de sus alumnos. De nuevo la forja de Rubén fulguraba con sus rojos y furiosos resplandores, despidiendo sus lluvias maravillosas de chispas ante los grupos de niños boquiabiertos. Y de nuevo estaban llenas las cisternas de aceite de oliva, y crecía el trigo en los terraplenes, en densas espigas, y maduraban en las vides las uvas cargadas de sol. Las gallinas volvían a corretear por la polvorienta calle de la aldea, y las madres volvían a sentarse, en los umbrales de las puertas, a la caída de la tarde, fresca y umbría, a cuidar a los niños y a charlar con las vecinas.

Y también al caer la tarde Jonatán salía a pasear por los olivares con Raquel, la hija de Jacob ben Gedeón, el curtidor. Y subían luego a las altas dehesas y a los terraplenes para contemplar

el sol poniente hundiéndose en el Mediterráneo, y para extasiarse con la gloria que la vida brinda a un hombre y una doncella...

Judas y yo hacíamos una vida muy simple y tranquila. Trabajábamos hasta que oscurecía, con la imperiosa intensidad de los hombres que no persiguen otro objetivo que el trabajo mismo.

Nos alimentábamos con un poco de pan y vino, una cebolla y un rábano, y de tanto en tanto un trozo de carne. Nos acostábamos temprano y nos levantábamos temprano, y nosotros mismos atendíamos nuestras escasas necesidades. Aunque casi todos los hombres de la aldea eran viejos camaradas de armas, había algo que les impedía intimidar con el Macabeo. No podían equipararse con él.

Judas era el Macabeo y lo sería siempre. Aunque trabajara en las mismas tareas que ellos, estaba en un plano distinto del de ellos.

Lo mismo sucedía con los judíos de otras aldeas que pasaban por Modín. Iban a ver al Macabeo, lo saludaban, y a veces le besaban las manos o la mejilla. Para ellos Judas jamás podía cambiar; nada podía disminuirlo ni menoscabarlo.

Pero él cambió. Siempre fue benévolo, y se volvió más benévolo aún; casi como si lo envolviera un manto de pureza, una pureza que ningún otro hombre podría ostentar con la misma dignidad natural y despojada totalmente de todo egoísmo. Siempre estábamos juntos Judas y yo, más aún después de que Jonatán comenzara a frecuentar la casa de Jacob ben Gedeón. Hablábamos poco, y siempre del pasado; nunca del futuro.

Una tarde fue a vernos Rubén. Nosotros estábamos sentados a la mesa, comiendo pan y bebiendo vino. El herrero entró indeciso, vacilante, mirándonos con los ojos sombreados por esas cejas negras y abundantes que tenía. Avanzó lentamente, paso

a paso, de puntillas, moviendo pesadamente su enorme cuerpo, bajo pero poderoso. Luego se detuvo, como un niño extraviado, acariciándose la barba, negra y dura, y pasándose repetidamente la lengua por los labios.

—Paz —dijo Judas—. La paz sea contigo, Rubén.

—*Aleichem shalom*. La paz sea contigo —respondió Rubén, como si se disculpara.

—Entra —dijo Judas sonriendo.

Se levantó y tomando al herrero de la mano lo condujo hasta la mesa. Yo partí pan y se lo ofrecí, y le serví vino. Comió entonces con nosotros, riendo y llorando alternativamente. Hablamos toda la tarde, de los viejos tiempos, de las viejas glorias, de las antiguas batallas. Hasta que mi sangre, que se había enfriado en mis venas, volvió a correr ardiente y orgullosa...

Fue el día anterior a la llegada de la delegación de levitas que, descalzos y encabezados por Enoch, el anciano rabí de Alejandría, acudieron a decirle a Judas que la asamblea, reunida en el Templo por la presidencia de Ragesh, lo había designado sumo sacerdote de todo Israel.

Judas recibió la noticia en silencio, suspendió su tarea por un instante para darles las gracias, y prosiguió luego trabajando, rodeado por los delegados que lo miraban incómodos.

—Me quedaré en Modín, a cultivar la tierra, como hizo mi padre —dijo al cabo de un rato—. Iré cuando me necesiten...

Y aquel mismo día, por extraña coincidencia, fue cuando supimos lo que había ocurrido allá en el norte. Demetrio, hermano de Antíoco y pretendiente al trono del rey de reyes, había tendido una emboscada a Lisias, lo había matado y había colgado el cuerpo desollado en la puerta de Antioquía. El partido de Lisias fue destruido y dispersado.

Aquella noche me dijo Judas:

— ¿Qué era lo que solía decir el viejo, el adón? ¿Que el precio de la libertad sólo se tasa en sangre?

— Sí, algo así.

— Es lo que pasa con los pactos — dijo Judas encogiéndose de hombros —, en los que la libertad se calcula en *siclos*.

Y como dije antes, Demetrio, el nuevo rey de reyes, envió a Nicanor, su capitán en jefe y alcaide, a que se entrevistara con mi hermano el Macabeo. Antíoco era un loco; pervertido, cruel y loco. Su hijo era idiota. Pero Demetrio, hermano de Antíoco, se había educado en occidente, y en Roma, donde se crió, aprendió la noción de que para esclavizar a un pueblo no hace falta destruirlo. También sus alcaides eran de nueva especie, correctos y cubiertos de un barniz de honestidad. Pero, en definitiva, en el desarrollo concreto de los hechos, Nicanor no fue distinto de Pericles, Apeles y Apolonio. Y al final Judas lo mató con sus propias manos. Pero ya llegaremos a eso.

De todos modos Nicanor nos comprendió mejor que los otros.

Fue solo, a pie y no en litera, y sin esclavos; lo acompañaba únicamente un escudero. Cuando llegó Nicanor, Judas y yo estábamos trabajando en uno de los terraplenes más altos; con su arado tirado por un asno removíamos la tierra que había permanecido inactiva durante los últimos años. Nicanor y su escudero llegaron guiados por Lebel, el maestro, y seguidos de Rubén, Adán ben Ebenézer, Jonatán y Juan, y otros cinco o seis hombres, que los acompañaban por curiosidad, y también por temor, porque nosotros estábamos desarmados ¿y quién nos aseguraba que los griegos no habían enviado a un hombre a matar al Macabeo, sorprendiéndolo en el campo? También estaban allí los niños de Judea, esos niños maravillosamente despiertos y maravillosa-

mente incólumes que habían pasado por la guerra, el destierro y las privaciones y seguían riendo más que llorando. Todo ese grupo subió, en procesión, al terraplén donde nos hallábamos.

Nicanor hizo una profunda reverencia a Judas, y presentó sus saludos al sumo sacerdote, al Macabeo, al conductor cuya fama había penetrado en los mismos confines de la civilización, Judas, que nunca se había alejado de nuestro pequeño país a más de una docena de millas de distancia de sus fronteras, devolvió el saludo con donaire cortesano. Sucio de tierra, la frente cubierta de sudor, la cabellera anudada en la nuca, descalzo, hundido hasta el tobillo en la tierra recién removida, no dejaba sin embargo de ser el Macabeo; sobrepasando a todos los demás en estatura, lucía su elevada talla y sus anchos hombros con la misma sencillez que caracterizaban sus modales, amables y cautivantes. Yo conservo su imagen en mil lugares y mil ocasiones distintas, pero la que más me gusta evocar es su apariencia de aquella tarde, en aquel terraplén; iluminado por el sol estival, el cutis tostado, moteado de pecas, la barba corta reluciendo como oro rojo, amasaba y desmenuzaba un puñadito de tierra que había recogido del suelo.

Tenía menos de treinta años, muchos menos; estaba en la flor de la juventud. Era tan alto, tan erguido y tan hermoso que Nicanor, el griego, no pudo menos que ofrendarle la misma deferencia que todos le rendían.

Muchos habitantes de Modín comentaron después aquella entrevista. Para ellos, como para mí, el de aquel día era el mejor recuerdo que guardaban de Judas. Y cuando hablaban de él, sus ojos llenos de lágrimas proclamaban el orgullo que sentían de pertenecer al mismo pueblo que aquel hombre sin igual.

Nicanor era un soldado profesional con experiencia mundana, de mediana estatura. No era un degenerado como Apeles ni

una bestia como Apolonio, sino más bien un cortesano ambicioso, astuto y calculador, que deseaba dinero y no se detenía ante nada para conseguirlo. Tanto él como su amo Demetrio sabían muy bien que los millares de mercenarios, cuyos huesos yacían en nuestros valles de Judea, representaban una fortuna que haría honor a las arcas de cualquier rey; y sabían también que no lograrían dominar a Israel mientras tuviesen en contra al Macabeo. Por lo que Nicanor, sacando una deducción no muy acertada, observó que si había otros reyes que seguían tranquilamente en sus tronos subordinados al rey de reyes, ¿por qué no podía ocupar el trono de Israel un hijo de Matatías?

Judas sonrió ligeramente, estudiando la tierra que deshacía con los dedos, y se encogió de hombros.

— ¿Por qué he de ser rey? — preguntó.

Y allí, en aquella simple pregunta, estaba todo contenido. Creo que Nicanor hubiera preferido hablarle a solas, pero el griego sabía instintivamente que Judas no lo consentiría, y que debía ser entonces o nunca, pese a la cantidad de personas que se habían reunido.

— Todos los hombres desean la gloria — dijo Nicanor.

— ¿No he tenido bastante gloria? — murmuró Judas.

— Y poder... y riqueza.

El griego, plantado con las piernas separadas, se frotaba el mentón y observaba burlonamente al judío de elevada estatura que tenía delante. Y debía de estar preguntándose, probablemente desconcertado, cuál sería la mejor manera de abordarlo; como si se encontrara en presencia de una forma de ser y de pensar peculiar y distinta de todas las que conocía.

— Muchas cosas, Judas — repuso Nicanor con sinceridad —. Son ustedes un pueblo terco, pero la vida es algo más que un arado y una parcela de campo. Han hecho una religión del odio

a los griegos y a todo lo que sea griego. ¿Pero quién ha igualado jamás la belleza y la sabiduría que hemos dado al mundo? Poseer eso, saborearlo...

— ¿Cómo lo hemos saboreado aquí, en Judea?

— De manos de esos puercos de los sirios. Ese mismo sueño de libertad por el que tú luchas, Judas, nació en Grecia hace tres siglos. No puedes negarlo.

— ¿Cuánto duraron esos sueños después de que conocieron ustedes el poder, la riqueza y la conquista? — dijo Judas pensativo—. ¿Acaso eran ustedes en aquel entonces como nosotros? ¿No tenían esclavos ni mercenarios? Si es así, saludo la desaparecida gloria de Grecia; hoy no veo gloria, y no quiero ninguno de esos dones. No sabría usarlos.

El griego comenzó a enojarse.

— ¡No he venido a que te mofes de mí! — dijo.

— No te entiendo... — dijo Judas.

Y el griego comprendió que decía la verdad, que no lo entendía.

Observé a Nicanor y advertí en sus ojos una visión fugaz de lo que era Judas, una sombra de aflicción, un esfuerzo por asir lo inasible; luego la mirada de Nicanor se apartó de la figura de mi hermano y se paseó por las hermosas y ondeantes colinas de Judea, por los verdes cuadros de los bancales y por la azul extensión del cielo moteado de nubecillas.

— ¿Eres casado? — preguntó de pronto.

Judas sacudió la cabeza, sonriendo.

— Debieras casarte — dijo lentamente el griego—. De lo contrario cuando mueras no habrá más hombres como tú.

Judas movió la cabeza. Estaba, creo, desconcertado y perturbado.

—Yo no sabía cómo eras —prosiguió Nicanor—. Quizá sería mejor que fueras rey, y quizá no. Creo que sería inútil discutir contigo.

—En Judea no tenemos reyes —dijo Judas—. Los tuvimos en un tiempo, y nos acarrearón sufrimientos; fue una época penosa por la que todavía seguimos llorando en las sinagogas.

Nicanor guardó silencio durante un rato. Cuando volvió a hablar lo hizo casi con brusquedad.

—Y dicen, en Antioquía y en Damasco, que si el Macabeo estuviese muerto habría paz.

—No comprenden —respondió Judas suavemente—. El Macabeo no es nada. El Macabeo surge del pueblo, y lo que hace es porque el pueblo lo quiere. Cuando ya no hace falta, es igual que cualquier otro hombre.

Judas se restregó la tierra de las manos, y añadió pensativo:

—Nosotros sostenemos, creo que porque fuimos esclavos en Egipto, que la resistencia a los tiranos es la forma principal de la obediencia a Dios. Cuando pases por Modín, yendo de regreso, y si conoces el antiguo hebreo, podrás verlo grabado en el dintel de la sinagoga, y la sinagoga es un edificio muy viejo. Yo fui obediente; eso es todo. Si me matan el pueblo buscará otro Macabeo. Y no habrá ninguna diferencia.

—Yo creo que habrá una gran diferencia —repuso Nicanor—. Y creo que volveremos a encontrarnos.

—Puede ser —asintió Judas.

El griego se fue, y Judas y yo seguimos arando.

En la derruida ciudad de Jerusalén se habían ido instalando, poco a poco, reducidos grupos de personas que ocupaban los restos de las casas, vacías y ennegrecidas por el fuego, y los transformaban lo mejor que podían en hogares. Eran en su mayor parte

judíos que habían vivido en las ciudades de los países vecinos, y que habían sido expulsados de sus hogares por los vesánicos decretos de Antíoco, el demente rey de reyes. Entre ellos estaba Moisés ben Daniel que, con su hija, único familiar que le quedaba, se alojó en una casa de la ciudad alta. Débora, que seguía siendo hermosa, vivía recluida en el dolor por la muerte de Eleazar, que perduraba y la consumía. Jonatán y yo fuimos una vez a visitarlos, pero luego pasaron semanas sin que los viésemos.

Se acercaban las grandes festividades, entre ellas el día de la expiación, durante las cuales Judas encabezaría las ceremonias del Templo. Así que suspendimos nuestras habituales visitas a Jerusalén. Por eso fue mayor nuestra sorpresa cuando apareció un día en Modín, Moisés ben Daniel, agitado y polvoriento y rendido por un viaje apresurado. Siempre nos alegrábamos de verlo, porque su experiencia mundana y su amable ingenio tenían una categoría difícil de hallar en una pequeña aldea como la nuestra. Pero aquel día era muy poco mundana su actitud, y mucho menos alegre.

— ¡Llama a todos tus hermanos! — me dijo.

— Primero pan y vino — repuse —, y déjame que te lave los pies, Moisés, mi buen camarada, y que te dé ropa limpia, y luego, mientras comemos, hablaremos de los viejos tiempos.

— ¡No hay tiempo! ¡Llámalos enseguida!

Tan demudado y ansioso estaba su rostro, y tanta angustia había en su tono de voz, que obedecí; y pocos instantes después Juan, Jonatán y Judas se habían reunido conmigo en la casa de Matatías, a escuchar las palabras que llenas de congoja y atropelladamente salían de la boca del mercader. Comenzó por rogar-nos que le creyéramos...

— Cómo voy a dudar de ti, Moisés — dijo Judas tratando de tranquilizarlo —. Paz, mi buen amigo, que éste es el viejo hogar

de Matatías y aquí no hay nada que temer. ¿No se tratará de Débora?

—Débora está bien, gracias a Dios —dijo el mercader.

—Y aquí tienes a todos tus parientes —dijo Judas sonriendo—. ¿No somos tus hijos nosotros? Porque nosotros somos lo que era Eleazar, aunque inferiores. Bebe el vino y queda en paz.

—No puedo quedar en paz —dijo él desconsolado—, porque lo que tengo que decirles es amargo y venenoso como las hierbas que crecen junto al Arabá, el mar de las penas. Se los diré, y que Dios me perdone, a mí y a otros. Un griego llamado Nicanor, que es el alcaide principal de Demetrio, el nuevo rey de reyes...

—Hemos visto a Nicanor —dije yo.

—Pues entonces lo conocen —prosiguió el mercader—, y saben que no es como Apolonio, sino un hombre astuto y sin escrúpulos que no se arredra ante nada para conseguir lo que quiere. Fue a Jerusalén, sin ejército, sin mercenarios, acompañado solamente de su escudero; es un hombre sobrio, de actitudes modestas, como sus ropas, y habla con sencillez, directamente, sin rodeos. No, Demetrio no es Antíoco; encara las cosas de otro modo. Pero les aseguro, hijos míos, que sus objetivos son los mismos, ¡los mismos! La boca de Nicanor estaba llena de paz, como un panal de miel, pero cuando hacía falta dejaba ver el aguijón. Se presentó ante la asamblea de dignatarios, de la que yo soy miembro. Judas, sí, hijo mío, mi Macabeo, yo soy miembro de la asamblea porque en Damasco fui algo así como adón. Pues bien; estábamos yo, Ragesh y otros, y Nicanor nos habló.

»—Es preciso que haya paz —dijo—. Los judíos cultivarán en paz su tierra y practicarán en paz su culto en las sinagogas y en el Templo. Pero deberán reconocer ampliamente la suprema potestad de Demetrio; deberán aumentar el tributo anual a cin-

cuenta talentos de oro y diez de plata; deberán permitir que los helenistas abandonen la ciudadela y se reinstalen en sus grandes residencias de Jerusalén; deberán acceder a que haya cinco mil mercenarios de guarnición en Jerusalén y Bet Zur; y finalmente (y que se me pudra la lengua de la boca), deberían entregar al Macabeo a Demetrio.

Hubo un silencio entonces, mientras Moisés ben Daniel paseaba su mirada de rostro en rostro. Previendo lo que había llevado al mercader con tanta prisa a Modín, la ira y el furor comenzaron a quemarme en las entrañas, lo mismo que a Jonatán; pero Judas no se inmutó. La expresión de su rostro no cambió. Llenando otro vaso de vino, dijo:

— Bebe, padre, y luego nos dirás el resto. Ni una sola de tus palabras será puesta en duda, porque el lazo que nos une es más grande ahora.

— Habló Ragesh, y preguntó a Nicanor:

» — ¿Para qué quieren al Macabeo? No hay guerra en Israel, y el Macabeo cultiva en paz su tierra en Modín.

» Nicanor le respondió muy suavemente.

» — Es cierto — le dijo — que el Macabeo cultiva pacíficamente la tierra, pero mientras el estandarte de Judas Macabeo pueda ser enarbolado de nuevo, la paz no será de larga duración. Supongamos — añadió —, que ese mismo Macabeo quisiera ser rey, ¿no habría miles de judíos que seguirían su bandera? ¿La ambición no es una característica natural de los hombres? ¿Dicen que Judas no es ambicioso? Sin embargo, en el transcurso de la guerra, ¿no era Judas, y siempre Judas, el que prolongaba la lucha? ¿No era Judas el que se negaba a aceptar la paz y la conciliación? ¿No reclamó Judas el mando para sí y para sus hermanos, estipulando que aunque se dividiera el ejército cada una de sus partes debía estar a las órdenes de un hijo de Matatías? ¿Van a negarlo?

»Enoch de Alejandría observó entonces que Judas era sumo sacerdote. A lo que replicó Nicanor:

»— ¿Eso no prueba que es ambicioso?

»No les guarden rencor, hijos míos. Son ancianos. Han visto demasiadas luchas y demasiados sufrimientos. Quieren la paz.

— ¡Paz! — gritó Jonatán —. ¡Que Dios los maldiga por la deshonra!

— Continúa, Moisés — murmuró Judas —. Dime lo que respondió Ragesh.

— Ragesh... ¡Ah, Ragesh!

El mercader meneó la cabeza con gesto fatigado.

— Ragesh resistió más que los otros; sí, más, mucho más. Dijo que prefería morir antes que enviar al Macabeo a la muerte. Pero Nicanor lo negó indignado. Demetrio no proyectaba matar al Macabeo. En Antioquía le darían un palacio y sería tratado como un huésped de honor. O si lo prefería podría vivir en Damasco, en un palacio, teniendo a su disposición esclavos y todo lo que se le antojara. Pero con la condición de que abandonara Judea para siempre. ¿Y con qué garantía?, preguntó Ragesh: ¿Qué garantía? Nicanor empeñó entonces su sacrosanta palabra...

— La palabra de un griego — ironicé sonriendo —. La sacrosanta palabra de los *nokrim*.

— Pero la aceptaron — dijo Judas suspirando, súbitamente envejecido y agotado —. Palabra de griego o palabra de *nokrim*, lo cierto es que la aceptaron, y compraron la paz a Nicanor. Pagaron bien poco, después de todo. Yo mismo le dije a Nicanor que después de concluida la lucha el Macabeo era igual que todos...

— La lucha no ha concluido, Judas — interrumpí yo.

— Para mí ha concluido, Simón, hermano mío.

Me levanté, ya completamente dominado por la ira, y pegué un puñetazo en la mesa.

— ¡No! Por el Dios de Israel, Judas, ¿qué te propones? ¿Entregarte?

Hizo un gesto afirmativo.

— ¡Tendrán que pasar por encima de mi cadáver! — grité.

— ¡Y del mío! — dijo Jonatán.

— ¡Judas! — exclamé, aferrándolo de un brazo —. ¡Escúchame, Judas! ¡Yo te he seguido durante años, te he obedecido, porque eras el Macabeo, porque tenías razón! ¡Ahora te equivocas! ¡Ellos no te han traicionado, no han podido traicionarte, esos viejos asustados! ¡Adones, se hacen llamar! He conocido a un solo adón en Israel, mi padre Matatías, que en paz descansa. ¡Pero no habrá paz para él, Judas, si tú te traicionas a ti mismo, y traicionas a tus hermanos y a tu pueblo! ¿Qué dijo el viejo cuando murió? ¿Lo recuerdas, Judas? En la lucha tú serías el primero. Pero fue a mí a quien transfirió la carga, diciéndome: «Simón, tú eres el guardián de tu hermano, tú y nadie más». ¿Me oyes, Judas?

— Te oigo — respondió, abatido —. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer?

— Lo que hicimos antes. Irnos al desierto. ¿Te fiarás de la palabra de un griego?

— ¿Solos?

— Solos. Tú y yo. Hasta que este asunto se resuelva. ¿Hubo alguna vez un alcaide que se declarara satisfecho? ¿O cuya codicia estuviera satisfecha?

— Yo iré con ustedes — dijo Jonatán.

— No. Tú irás a Jerusalén, Jonatán. Ve y dile a Ragesh que el Macabeo está en Efraín, el Macabeo y su hermano Simón. Dile que hay dos hombres en Efraín y que mientras haya dos hombres libres en el suelo de Judea, proseguirá la lucha. ¡Dile que continuará hasta que todo el mundo sepa que en Judea hay un pueblo que no se arrodilla ni ante los hombres ni ante Dios! Fui-

mos esclavos en Egipto y no volveremos a ser esclavos de nuevo. ¡Dile eso a Ragesh!

Juan quiso ir con nosotros. Juan, el amable, el erudito, que no tenía ni voluntad para odiar ni fuerzas para golpear, pero cuya lealtad jamás había tambaleado y cuyo valor jamás había vacilado. Un capricho de nacimiento lo había hecho integrar un conjunto de cinco hermanos extraños que estaban unidos como nunca lo estuvieron otros hermanos en Israel; un espíritu indomable le había hecho aprender a luchar, a dirigir, a hacer todo lo que era ajeno a su temperamento; y ahora, cuando nos habíamos quedado solos, cuando éramos nosotros cuatro contra todo el mundo, su corazón también estaba con nosotros. Si hubiésemos dicho una sola palabra, Judas o yo, lo habría abandonado todo, a su mujer, a sus hijos, su hogar, su sinagoga, sus preciosos rollos, para irse con nosotros, a ser un proscrito, un fugitivo, un hombre sin esperanza ni porvenir.

Pero eso, al menos, no lo hicimos. Después de dar las gracias a Moisés ben Daniel, y de besarlo como a un padre, cogimos nuestras armas y todo el pan y la harina que podíamos llevar, y nos fuimos de Modín. Salimos al anochecer, sin despedirnos de nadie, para que no tuvieran que buscar respuestas en su corazón los que no sabían, y partimos con destino a Efraín. Viajamos de noche, evitando las aldeas y atravesando las montañas por los viejos senderos que conocíamos tan bien y que conservábamos en la memoria señalados casi pie por pie con algún atisbo de gloria.

Llegamos a Efraín sin incidentes y nos instalamos en una cueva que en un tiempo había cobijado a muchas familias judías. Jonatán y Juan la conocían y, cuando llegase el momento, cualquiera de ellos podría encontrarnos. Cuándo o cómo llega-

ría ese momento, no lo sabíamos; pero hasta entonces permaneceríamos allí, perspectiva que no era, por cierto, como para alegrarnos mucho. Habíamos pasado por muchas vicisitudes, y muchas más nos esperaban, pero ninguna de ellas me marcó en la memoria un recuerdo tan doloroso y terrible como aquel destierro solitario de Efraín. Nunca estuvimos tan postrados de ánimo, jamás nos pareció el porvenir tan yermo y desesperado. Y yo muy a menudo presentía lo que Judas había dicho explícitamente, que aquello era realmente el fin.

Pero nada me hizo sufrir tanto como ver declinar a mi hermano, ver extinguirse esa gloriosa llama de su espíritu, ver ensancharse las franjas grises de su cabello castaño rojizo, ver profundizarse las arrugas de su rostro joven. Yo sabía muy bien que la traición de Ragesh le carcomía las entrañas, y precisamente porque se trataba de Ragesh; de Ragesh, que había estado con él desde el principio; de Ragesh, que conocía tan poco el miedo y daba tan poca importancia a la muerte que casi estaba dispuesto a abrazarla por pura curiosidad intelectual; de Ragesh, cuyo ingenio dominaba siempre a la adversidad, cualquiera que fuese; de Ragesh, a quien todos nosotros, no solamente por los hijos de Matatías, sino por millares de judíos, considerábamos un padre. Pero Judas nunca hablaba de eso, y nunca reveló, ni de palabra ni de hecho, el dolor que lo consumía.

¿Cómo podría comprender a mi hermano Judas, y conocer al pueblo que me dio vida y sustento? Los dos son uno, y el espíritu de Judas era como la esencia de la vida, la fragancia y la poderosa fuerza de la vida.

Y él, lo mismo que la vida, perduró; su vigor era mayor, mucho mayor que el mío...

No eran muchas nuestras actividades de aquel destierro. Cazábamos un poco, caza menor, para que durara más nuestra

provisión de harina; porque considerábamos preferible no entrar en ninguna aldea, ni siquiera en las pocas que se habían establecido en Efraín. Hablábamos poco. Nos acostábamos temprano y nos levantábamos con el alba. Rezábamos, como rezan los judíos, porque éramos judíos y porque no podíamos abandonar a nuestro Dios como no podíamos abandonar la vida misma; y nos hicimos muy íntimos. ¿Cómo podría expresar esa intimidad, que sólo es otorgada a los que son hermanos? Es como la existencia de una sola alma en varios cuerpos, como la promesa de una época en que todos los hombres, judíos y *nokrim*, se acostarán juntos y se levantarán juntos, como dijo el dulce profeta del destierro.

¿Qué más puedo decir? Una vez hablamos de Ruth y de cómo había sido; sin vehemencia, sin pesar. Pero los muertos descansan tranquilamente, tranquilamente...

Pasaron treinta y dos días antes de que llegara Jonatán; llegó una mañana, temprano, y nos encontró sentados a la entrada de la cueva.

Lo abrazamos y besamos y Judas, tomándolo de ambos brazos y sonriendo por primera vez después de mucho tiempo, lo contempló de arriba abajo; contempló a aquel muchacho delgado y flexible que, como Benjamín, era nuestra juventud y nuestro tesoro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Pero come antes, y descansa.

—Han pasado muchas cosas —dijo Jonatán que, por su parte, había pasado a ser todo un hombre—. Vengo de Jerusalén, donde he visto cosas terribles. Ragesh murió, lo mismo que Moisés ben Daniel, Samuel ben Zabulón, el patriarca Enoch de Alejandría, y otros, muchos otros...

Estaba fatigado; no lo habíamos advertido al principio, por la alegría de verlo; pero ahora lo veíamos cabecear y fruncir el rostro con gestos de dolor.

— Muchos otros — repitió con un hilo de voz —. Compramos la paz a bajo precio, muy bajo, pero la vendieron a un precio... a un precio...

Las lágrimas le corrieron por las mejillas.

— ¡Jonatán! — dijo vivamente Judas —. ¡Jonatán!

— No es nada — replicó el muchacho —. Estando aquí, con el Macabeo, ya me siento bien. Pero en Judea dicen que el Macabeo ha muerto. Yo estoy bien, sólo que tengo hambre y no he dormido.

Judas le dio de comer, y yo le lavé los pies y se los froté con bálsamo.

— Cuéntanoslo todo — insistió Judas.

— No hay mucho que contar. Fui a ver a Ragesh, como tú me dijiste, Simón, y le transmití tu mensaje. ¡Ah, Simón, que Dios me libre de sufrir todo lo que sufrió Ragesh! Luego llegó Nicanor y le dijo:

» — Entrégame a Judas.

» — Judas se ha ido — le contestó Ragesh —. Está en el desierto. Nadie sabe dónde habita el Macabeo.

» Nicanor se enfureció.

» — ¡Un judío no se puede ocultar de otro judío! — gritó.

» Llamó al viejo pérfido y malvado y juró por todos sus dioses que si no le entregaban a Judas sufrirían las consecuencias. Ragesh fue luego a verme y me lo contó.

» — ¿Sabes dónde está tu hermano? — me preguntó.

» Le dije que sí.

» — ¿Irás a verle? — preguntó Ragesh.

» — Sí — respondí —. Iré cuando llegue el momento.

»—Sé mi mensajero, Jonatán, hijo mío —dijo entonces Ragesh llorando—; ve a buscar a Judas Macabeo, dondequiera que se encuentre, cógelo de las manos y bésalo con mis labios, y pídele perdón con mis propias palabras, con las palabras de Ragesh, que son éstas...

Jonatán hizo una pausa.

—Éstas son sus palabras, Judas —prosiguió luego—: «Dile que sólo le pido perdón a él, y no a Dios. Estoy maldito y estaré maldito, pero el corazón de Judas Macabeo debe ser bastante grande para ofrecerme algún pequeño sustento». Ésas fueron sus palabras, Judas...

—¿Y luego? —murmuró Judas, llorando.

—Luego Ragesh bebió veneno y murió, y cuando Nicanor lo supo se volvió loco de rabia, completamente, furiosamente loco. Dio rienda suelta a la horda salvaje de los mercenarios, que mataron a los ancianos y saquearon la ciudad. Asesinaron a Moisés ben Daniel y violaron a su hija, a la que dejaron luego moribunda en la calle. Fui de noche con dos levitas a recogerla; la llevamos al Templo, que todavía no habían asaltado, y allí murió en mis brazos, creyendo que yo era Eleazar que había vuelto. Luego vine aquí. Nada más, Judas, eso fue todo. Ahora estoy con el Macabeo, y estoy cansado, y quiero dormir...

A la mañana siguiente, con la primera claridad grisácea del alba, salimos los tres de Efraín. Esta vez ya no marchamos por los senderos de las montañas, sino por los caminos. Nos dirigimos primeramente a Leboná, luego a Shiló, luego a Gilgal, Dan, Levín, Horal, Gumad, y así seguimos por el valle, de aldea en aldea, hasta llegar a Modín.

Y ya no viajábamos de noche, sino a plena luz del día, y en todas partes por donde pasábamos enarbolábamos el estandarte de Judas Macabeo.

Y en todas partes los hombres se congregaban, nos salían al encuentro, abrazaban a Judas con los rostros llenos de lágrimas, cogían las lanzas, los arcos y los cuchillos y se incorporaban a nuestras filas. En Shiló y en Gilgal había mercenarios: los matamos con terrible e implacable furia; pero a las demás aldeas llegó la noticia de nuestra marcha antes que nosotros, y los mercenarios huyeron.

Habíamos partido al alba, y a medianoche nos hallábamos en Modín con novecientos hombres; luego fueron llegando más, durante toda la noche, a medida que se difundía por el campo la nueva de que el Macabeo vivía.

Aquella primera noche nadie durmió. Emergiendo de la desesperación en que había estado sumida, primero por la desaparición de Judas, y luego por las terribles noticias que llegaban de Jerusalén, Modín se transformó de pronto en el lugar más salvajemente alegre y más caótico de todo Israel. Todas las casas, todos los graneros, hasta la misma sinagoga, se transformaron en cuarteles; pero eran pocos, y hubo que vivaquear al pie de las colinas y en los terraplenes. Rubén el herrero, agitado, completamente loco de alegría, riendo y llorando alternativamente, instaló una armería en la plaza de la aldea. Todas las piedras de afilar fueron requisadas y durante toda la noche brillaron en la plaza las chispas que arrancaba el metal aguzado a las muelas que giraban. Entretanto, los capitanes de los grupos de ataque buscaban a sus viejos veteranos, llenando el aire de gritos y órdenes, y aumentando la confusión en medio de la cual se iba formando el ejército.

Disponíamos de bastante poco tiempo, porque Jerusalén estaba a un paso, al otro lado de las colinas, y allí estaba Nicanor con sus mercenarios. Sin duda ya tenía noticias del levantamiento, y a menos que fuera completamente idiota, trataría de aplastarlo

antes de que tomara cuerpo. Esta suposición nuestra fue acertada; lo que nos salvó, y nos dio las valiosas veinticuatro horas que necesitábamos, fue la poca disposición de Nicanor —prudente, por otra parte, porque Judas ya había comenzado a despachar partidas de arqueros—, a marchar de noche por los desfiladeros de Judea con los mercenarios pesadamente armados.

Instalamos el cuartel general en la vieja casa de Matatías, y allí Judas y yo trabajamos toda la noche a la luz de la lámpara, creando en pocas horas un nuevo ejército. Constantemente nos traían informes. Juan y Jonatán, como también Adán ben Lázaro, que se había unido a nosotros no bien se enteró del movimiento. En un gran pliego de pergamino trazamos el cuadro de dirección y organización. No bien quedaba formado un grupo de veinte y asignado su oficial, entregábamos la lista a Lebel, el maestro, que recorría las casas y los graneros gritando los nombres; luego transfería la unidad organizada a Rubén, que se ocupaba de las armas, los pertrechos y las provisiones. Para complicar más la situación, los niños de Modín, como también los de Gumad, que había quedado prácticamente despoblada, corrían de un lado para otro por el pueblo, imitando las actividades de los mayores, y llenando la noche con sus chillidos espeluznantes...

Pero lo milagroso era el cambio que se había operado en Judas. Había revivido. Era de nuevo el Judas de antes, paciente, amable, vehemente, indulgente o severo, según las circunstancias. Era el Macabeo, y Macabeo le llamaban, y la palabra Macabeo resonó durante toda la noche.

— ¿Dónde está el Macabeo?

— Traigo noticias para el Macabeo.

— Vengo de Shmoal con veinte hombres para el Macabeo.

— Yo luché con el Macabeo durante cinco años. El Macabeo me necesita.

Sí, los necesitábamos, y los recibíamos complacidos; aquella noche se pronunció muchas veces la bendición del vino, repitiéndose cada vez que llegaba un capitán, fatigado del viaje, y se presentaba en la casa de Matatías a rendir su voto de fidelidad. Y al despuntar la aurora, la segunda desde que Jonatán había llevado las noticias a Efraín, teníamos un ejército en Modín y doscientos arqueros adicionales en las lomas, apostados para darle la bienvenida a Nicanor si iniciaba su marcha de noche. Y nuestro ejército de Modín se componía de dos mil trescientos hombres, recios veteranos heridos en cien batallas...

Obligué a Judas a que se acostara a dormir, cerré la puerta de la casa y aposté a dos hombres para que la guardaran y evitaran que fuera molestado. Ya comenzaba a teñir el aire la primera claridad rosada de la aurora. La franja de luz rosácea que venía del este, donde estaba la ciudad santa, encontraba su réplica en la coloración rosada de los altos y feraces terraplenes. Caminando por la hierba húmeda de rocío nocturno, subí hasta el pequeño olivar donde Ruth había estado entre mis brazos, extendí la capa y dejé reposar en el suelo mi cuerpo fatigado.

Me sentía feliz. Yo, Simón; el de la mano de hierro y el corazón de hierro; el último, el más indigno de todos mis gloriosos hermanos; el hijo menos brillante de Matatías, simple, estólido y afanoso. Pero me sentía feliz, como jamás había soñado que pudiera volver a serlo. Por primera vez después de muchos años gozaba mi corazón de paz y se expurgaba mi alma de su acerbo rencor. Mis recuerdos eran gratos, y tendido allí en la hierba, sentía la proximidad de vivos y muertos, y unos y otros me confortaban. No había demonios que me importunasen ni odios que me royesen. El viejo imperioso y colérico, el adón, dormía apaciblemente, como también la alta y esbelta mujer que se había apoderado de mi corazón, como no podría hacerlo ninguna otra mu-

jer, y que me había besado en los labios y me había dado toda su alma. Probablemente me había quedado adormilado, acariciado por la fresca brisa matutina, porque tuve la impresión de que estaba mezclando los sueños con los recuerdos, extrayendo el material de mis ensoñaciones de esta antiquísima tierra de Israel que crió a un pueblo tan extraño como el nuestro. Vibraban en mi mente, como una bendición, las palabras de la oración matinal: «¡Qué hermosas son tus tiendas, oh, Jacob, tus tabernáculos, oh, Israel!». Palabras que se repitieron hasta que me adormecí más profundamente; o me dormí quizá. Y desperté con el cálido sol de la mañana en los ojos.

Nicanor tomó por el valle que conducía directamente a Modín; era el mismo camino que seguíamos nosotros cuando íbamos con el adón al Templo. Salió de Jerusalén de madrugada al frente de nueve mil hombres con armadura pesada, y aunque nuestros grupos de veinte hombres los hostilizaron en todos los pasos y todos los desfiladeros, siguieron avanzando protegiéndose con los escudos levantados e imbricados. De Jerusalén a Gibeón, y de Gibeón a Bet Horón marcharon en medio de una lluvia de nuestras delgadas y mortíferas saetas de cedro; Nicanor supo de una vez por todas a qué se referían los griegos cuando hablaban de la fatal y serpenteante «lluvia de Judea», y sus hombres sembraron de muertos el soleado trayecto que recorrían. Pero Nicanor no se apartó de su ruta y continuó avanzando, quemando entretanto las aldeas vacías que encontraba a su paso. Acamparon en Bet Horón para pasar la noche, pero dormir no pudieron, porque toda la noche silbaron y granizaron las flechas en sus tiendas; a la mañana siguiente, con los nervios tensos y cegados por el odio, prosiguieron la marcha por el valle, en dirección a Modín. Y a tres millas de Modín, en un lugar donde corría un apacible arroyo en el fondo del valle, paralelo al

camino, donde las colinas y los terraplenes eran casi verticales, levantamos una barricada para bloquearles el camino.

Nuestras tácticas ya no eran nuevas, pero Nicanor no las había experimentado aún. Toda una generación de mercenarios yacía enterrada en el suelo de Judea debido a que todos los desfileros del país eran trampas de muerte para los invasores. Pero Nicanor entró en el paso, en la trampa, porque no podía hacer otra cosa. Nosotros le cortábamos el camino, y él tenía que apartarnos o regresar a Jerusalén, si podía. Optó por apartarnos.

Detrás de la barricada apostamos a ochocientos de nuestros mejores hombres, armados de lanzas, espadas y martillos. A los restantes los desplegamos en las lomas armados de arcos y cuchillos y de paquetes con millares de fechas cortas, rectas y puntiagudas como agujas. La barricada estaba hecha de rocas, tierra y arbustos, y tenía ocho pies de alto y veinte de espesor; no proporcionaba la protección de una muralla, pero constituía un estorbo para una falange. Nuestros hombres la guarnecían y delante de ella, a varios metros de distancia, nos encontrábamos Rubén, Judas y yo, observando la gran masa metálica de los mercenarios que se desplazaban sinuosamente por el camino, protegidos por la capa de los escudos sobrepuestos y la espinosa valla de las largas y pesadas lanzas, que abarcaban íntegramente los ochocientos pies de ancho del valle. Los mercenarios marchaban vadeando el arroyo y rozaban con los hombros la vertiente de la montaña; y de tanto en tanto alguno de ellos se inclinaba hacia adelante, con una mejilla, un ojo o el cerebro atravesado por una de nuestras flechas, quedaba sostenido un instante por la misma masa de la falange, y luego caía al suelo para ser pisoteado por los demás.

Ya estaban bastante cerca de nosotros; tanto que alcanzábamos a ver sus rostros furiosos, sucios, relucientes de sudor, y a

percibir lo que significaba marchar horas enteras bajo el ardiente sol de Judea, llevando encima ochenta libras de metal recalentado; y casi alcanzábamos a sentir, traído por el viento de la mañana, el cálido y repugnante hedor de sus cuerpos mugrientos, y el del cuero de sus arneses. El estrépito del metal llenaba el desfiladero, mezclándose con el furioso vocerío de nuestros arqueros, con el estruendo más intenso de las rocas que eran despeñadas desde los cerros, con los gritos de los heridos y los sollozos de los moribundos, y con la inmundicia que vomitaban los labios de los mercenarios, en su arameo corrompido y restallante.

A menos de doscientos pies de donde estábamos nosotros se detuvieron. Cinco hombres los conducían, y uno de ellos era Nicanor, que se adelantó con un brazo en alto; el estruendo y el griterío se extinguieron, y cesó la lluvia de flechas.

— ¿Quieres hablar, Macabeo? — gritó Nicanor.

— No tengo nada que decir — respondió Judas, con voz fría y cortante.

— Tú mataste a Apolonio, que era mi amigo, Macabeo. ¡Lo mataste, con tus inmundas trampas y trucos judíos! ¿Vas a negarlo, Macabeo?

— Yo lo maté — confirmó Judas.

— ¡Te juro entonces, judío, que hoy te mataré con mis propias manos, abriré este paso y lo limpiaré de esa escoria judía! ¡Y haré colgar a un judío en cada olivo de Judea, y matar un cerdo en cada sinagoga!

Mientras hablaba avanzaba hacia nosotros; Judas le salió al encuentro. Nicanor llevaba escudo, pero tenía la espada envainada; Judas no llevaba escudo ni armadura, sólo la larga espada de Apolonio, colgada del cuello sobre el pecho. Judas caminaba como un tigre; desnudo hasta la cintura, vestido solamente con el pantalón de lino blanco y las sandalias, sus músculos largos y

elásticos se movían bajo la piel al compás de su paso. Y lo mismo que un tigre se acurrucó y saltó. Pocos hombres conocían su fuerza como yo.

Nicanor trató de rechazarlo con el escudo mientras desenvainaba la espada, pero Judas se lo arrancó y por encima del estruendo de voces que estalló de pronto oímos el crujido del brazo de Nicanor que se quebraba. Judas mató al griego con las manos vacías, de dos terribles golpes que le asestó en la cabeza; luego alzó en vilo el cuerpo, lo balanceó por encima de la cabeza y lo arrojó contra las lanzas de la falange que había iniciado la embestida.

El estruendo de voces borraba todos los demás ruidos. Judas corrió hacia atrás y cien manos se tendieron para ayudarnos a pasar la barricada. La falange cargó y los mercenarios comenzaron a trepar por la barricada; vi entonces a los arqueros judíos que se precipitaban como enloquecidos cuesta abajo, descendiendo de los cerros e irrumpiendo en el valle, donde acometieron al enemigo luchando con piedras y cuchillos y hasta con las manos desnudas, llenos de un odio furioso, salvaje, terrible; llenos del tormento acumulado en diez años de invasiones crueles e insensatas; llenos del recuerdo de incontables crímenes, de innumerables torturas y violaciones, de interminables incendios y destrucciones; llenos del furor de hombres libres que nunca pidieron nada más que su libertad; llenos del recuerdo de profanaciones, insultos y calamidades.

Si los mercenarios hubiesen tenido jefe, si se hubiesen mantenido firmes, si no hubiesen estado tan amontonados en el fondo del valle, habrían podido lograr su propósito; pero la muerte de Nicanor y la salvaje decisión de la carga judía les quebrantaron la moral. Las filas delanteras trataron de retirarse de la barricada, y las filas posteriores empujaron a las anteriores para arrollar a

la barricada; y en la barricada nuestros lanceros se inflamaron y se lanzaron al valle...

Ellos eran nueve mil y nosotros menos de tres mil; durante cinco horas, largas y tremendas, combatimos en aquel fondo del valle, Judas y Jonatán a mi lado. Fue una carnicería espantosa e infernal. Muchas partes de aquella batalla se han borrado de mi memoria; la mente no podría retenerlas y seguir existiendo, porque jamás, ni antes ni después, se libró una lucha como aquélla, ni siquiera cuando llegó el fin. Pero recuerdo algunas cosas. Recuerdo que me detuve un momento, una de esas pausas obligadas que deben hacer los combatientes para descansar; yo estaba en el arroyo y sentía correr entre las piernas un líquido rojo, espeso, pesado, en el que la sangre superaba al agua en cantidad. Recuerdo haber caminado entre pilas de muertos más altas que yo, y haber quedado apresado en un amontonamiento de hombres en el que había mercenarios y judíos, cara a cara, hombro con hombro, sin que nadie pudiera levantar un brazo. Y recuerdo cuando nos quedamos finalmente inmóviles durante mucho rato, rodeados de enormes pilas de cadáveres, sin ver un solo ser viviente a diez yardas de distancia...

Por último terminó; habíamos triunfado. Luchando hombro con hombro y cara a cara, habíamos eliminado a un gran ejército de mercenarios, ¡pero a qué costo! En aquel terrible valle de la muerte habían quedado en pie menos de mil judíos, todos ellos cubiertos de sangre de la cabeza a los pies; desnudos a causa del combate, con solamente un trozo de tela empapado en sangre colgando de los hombros o de la cintura, la sangre de las heridas les corría por el cuerpo y gota a gota se hundía en el suelo, reblandecido y teñido de rojo.

Busqué a mis hermanos, pero en aquel lugar de pesadilla todos los hombres eran iguales. Gimiendo, sollozando de exte-

nuación y temor, los llamé y acudieron: Judas, Jonatán y Juan. Juan estaba muy herido, tanto que tuvo que arrastrarse por entre los cadáveres; pero haciendo un esfuerzo se levantó para estar en pie junto con nosotros...

Obtuvimos una victoria; pero, como dijo Judas cuando nos dirigimos a Jerusalén con el cuerpo dolorido transportando a los quejumbrosos heridos, fue una victoria sin triunfo, sin regocijo. La noche anterior, en Modín, aquella jubilosa expectación de los preparativos había sido nuestra última alegría. ¿Cuántos eran ahora en Modín, o en Gumad, o en Shiló, los que no habían perdido al padre, a un hermano o al marido? Quedaban más hombres en Israel, pero en aquel valle del odio había caído la flor de nuestro ejército, los leales veteranos de las primeras horas. De los hombres de Gumad sólo quedaron veintidós, y de los hombres de Modín sólo doce, aparte de mis hermanos y yo. ¿Qué consuelo podía darnos el hecho de que los mercenarios hubiesen muerto todos, hasta el último, incluso los que se despojaron de la armadura y huyeron del valle, para ser acribillados por arqueros, y hasta por niños, en las vecinas aldeas de Gibeón y Gezer? Lo mismo había sucedido al principio, y volvió a suceder otra vez, y otra vez, y volvería a suceder nuevamente, porque los mercenarios, suministrados por el mundo entero, eran inagotables. ¿Acaso toda la vida tendría que ser únicamente eso, la pesadilla de una interminable, una incontable sucesión de invasores derramándose en nuestra pequeña patria? ¿No habría fin, ni término, ni respiro? ¿Qué consuelo podía darnos aquel hecho si Lebel, el maestro, había muerto en el valle; si Natán ben Borak, que a los trece años de edad nos acompañó en nuestra primera batalla, había dejado los huesos en el valle, y si también los habían dejado, para que se pudrieran con los huesos de los

mercenarios, Melek, Daniel, Esdras, Samuel, David, Gedeón y Ajab, hombres a quienes conocí toda la vida, compañeros de mi infancia o padres de otros compañeros? ¿Qué consuelo...? ¿Pero cuándo terminaría aquello, y cómo?

Fuimos a Jerusalén y descansamos tres días antes de que los judíos y los griegos del acra conociesen nuestras pérdidas. Pero aguardaron demasiado, porque al final del tercer día recibimos un refuerzo de doscientos hombres, doscientos de los bravos judíos del sur, y cuando los judíos ricos salieron de la fortaleza con sus mercenarios les salimos al encuentro en las calles, los golpeamos cruelmente y los obligamos a refugiarse de nuevo en su conejera. Pero nosotros sufrimos nuevas pérdidas. A mí, por mi parte, no me abandonaba nunca el lacerante aguijón de la fatiga y mis heridas me daban la impresión de que no curarían jamás. Rubén ben Tubel había perdido la mitad de los dedos de una mano y a pesar de los vendajes los muñones se habían ulcerado y sangraban. Mi hermano Juan, cuyas heridas supuraban, yacía en Modín presa de una ardiente fiebre. Y en cuanto a Jonatán, había perdido, para no recuperarla jamás, la alegría de su maravillosa y chispeante juventud. Era demasiado joven y había visto demasiadas cosas; se volvió taciturno, y su incipiente barba creció salpicada de gris.

El único que era superior a la derrota e inmune a la desesperación era Judas. Una sola vez lo había atraído y poseído la desesperación; pero no volvería a sucederle. No una, sino muchas veces, me dijo:

—Un pueblo libre, Simón, no puede ser conquistado, no puede ser destruido. Para nosotros debe ser siempre el comienzo, siempre el comienzo.

Luego, en Jerusalén, él fue el Macabeo, amplia y cabalmente.

Él fue quien reunió los cuerpos de los ancianos y les dio sepultura.

Fue él quien purificó de nuevo el Templo y quien, revisitándose con los blancos e inmaculados ropajes del sumo sacerdote, dirigió las oraciones. Fue él quien consoló a las viudas y transfundió su ilimitado valor a los que preguntaban, pedían o alegaban. Y fue él quien nos convenció de que debíamos luchar cuando, antes de que nuestras heridas hubieran cicatrizado, recibimos la información de que se acercaba a las fronteras de Judea un nuevo ejército de mercenarios.

Nunca se había producido una nueva invasión a tan poco tiempo de la anterior, y entonces ya no contábamos con amigos, como Moisés ben Daniel, que en paz descansa, que vinieran a comunicarnos anticipadamente lo que trascendía en la corte del rey de reyes. Antíoco, el rey loco, hubiera tardado un año o dos en reponer los nueve mil hombres perdidos; pero ahora recibíamos la noticia de la nueva invasión de labios de los judíos que habían huido ante la proximidad de los mercenarios, cuando todavía nos resonaba en los oídos el terrible estruendo de aquel valle de horrores. La noticia confirmó a Demetrio, el nuevo rey de reyes, los contornos de un verdadero demonio. Ninguno de nuestros hombres lo había visto jamás, pero eran numerosas las historias que circulaban sobre él.

¿Obtendría mercenarios del aire, con conjuros mágicos? Éstas y otras cosas se decían, y entonces ¿para qué resistir si las hordas del enemigo serían interminables? En Israel cundió el desaliento.

Y del exterior de Judea, de los judíos establecidos en otros países, sólo llegaba el silencio, como si se hubiesen cansado de la continua agitación que reinaba en Palestina, de esos derramamientos de sangre que sólo traían nuevos episodios sangrientos.

Y en cierto modo era comprensible, porque nosotros perseguíamos un espejismo de libertad al que ellos habían renunciado hacía varias generaciones, y habían sobrevivido a pesar de todo. Al principio habían visto una gloria extraña, espléndida, singular, en aquel joven alto, de cabello rojizo, que arrebató las armas al enemigo y transformó en soldados a sencillos y pacíficos labradores. Pero la gloria empalaga.

— Quizá — dije a Judas, cuando supimos que se acercaba un nuevo ejército a las órdenes de un nuevo alcaide llamado Báquides —, sería mejor que aguardáramos, que regresáramos a nuestras casas.

— ¿Y Báquides, entretanto, qué hará? — preguntó Judas amablemente, con una ligera sonrisa —. ¿El también esperará a que descansemos y nos curemos las heridas? Nicanor era amigo de Apolonio, y me han dicho que Báquides era amigo de Nicanor. Probablemente irá al valle donde están los cuerpos de Nicanor y sus nueve mil mercenarios, ¿y tú crees que después aumentará el cariño que nos tiene? No, Simón, es preciso que luchemos; sólo luchando podremos sobrevivir; en cuanto les volvamos la espalda habrá terminado todo. No les volveremos la espalda...

Juan, desde su lecho de enfermo, nos envió un mensaje, instándonos a que no saliéramos a combatir a Báquides y a que defendiéramos en cambio el Templo desde las murallas, tratando de arrancarle al griego condiciones favorables que por lo menos nos darían tiempo para reclutar un nuevo ejército y recuperar las fuerzas. Rubén, Adán ben Lázaro y yo estuvimos de acuerdo, y discutimos con Judas larga y acaloradamente. Pero él se mantuvo firme; y hasta se volvió colérico.

— ¡No, no! — gritó —. ¡No lo acepto! ¿Qué podemos hacer desde las murallas? ¡Las murallas no son para nosotros! ¡Las murallas son trampas para los tontos que confían en ellas!

— ¡Pero no tenemos hombres! — exclamó Adán —. ¿Vamos a levantar a los muertos?

— Podemos levantar a los vivos — dijo Judas.

— ¿Qué estás diciendo, Judas? — argumenté —. Báquides está a un día marcha de Jerusalén, y aquí en la ciudad no tenemos más que mil cien hombres. ¿Dónde conseguiremos hombres en un solo día, o en dos días? ¿Adónde iremos a buscarlos, a Modín? Ya no quedan hombres allí. Ni en Gumad, ni en Shiló.

— ¡No! — gritó Judas —. ¡No me dejaré atrapar aquí, en esta trampa! Me dirigiría a la asamblea de dignatarios, como hice otras veces. Pero están todos muertos, porque compraron la libertad a precio vil. Yo no negocio con hombres que pelean por una paga, por oro, por botín; con *nokrim* que nos asaltan como lobos. ¡Mientras haya hombres que luchen conmigo, lucharé, lucharé como yo sé hacerlo, a cielo abierto, en las colinas y los desfiladeros, como luchan los judíos!

— Escúchame, Judas...

— ¡No! ¡Atiéndeme tú, Simón, porque, como dijo el viejo, a ti te correspondía en la paz y a mí en la guerra! ¿Qué fue lo que le mandaste decir a Ragesh con Jonatán? ¿Que mientras hubiera dos hombres libres en la tierra de Judea continuaría la lucha? ¿Fueron ésas tus palabras?

— Ésas fueron — murmuré.

— Pues si quieres puedes irte, lo mismo que Rubén, lo mismo que Adán ben Lázaro con sus doscientos hombres del sur, y todos los que quieran tasar la libertad con el precio de una victoria regateada. ¡Márchense si quieren! Jonatán irá conmigo.

Y se volvió a mirar interrogativamente a Jonatán. El muchacho sonrió, con una sonrisa triste y melancólica, y movió afirmativamente la cabeza.

— Hasta el fin, Judas, soy judío.

— Ven, entonces, y dejémoslos deliberar — dijo Judas, y poniéndole un brazo en los hombros salió con Jonatán de la habitación.

Los tres nos miramos en silencio, un silencio largo y desesperado, y luego, uno por uno, asentimos con la cabeza...

Aquella tarde Judas reunió a los hombres en el patio del Templo. Habló como no había hablado nunca. No aumentó ni disminuyó la perspectiva de lo que nos aguardaba; presentó los hechos tal como eran, tal como él los veía. Y yo sólo sé que los veía correcta y acertadamente.

— Debemos volver a luchar — dijo —, y no sé si será la última vez; creo que volverán a invadirnos sin cesar. Pero debemos seguir luchando, y algún día seremos libres. Si hubiera tiempo recorreríamos el país y el pueblo acudiría a nuestras filas, como lo hizo anteriormente; nosotros lo armaríamos y adiestraríamos. Pero no hay tiempo, y no podemos refugiarnos de nuevo en el desierto y dejar el país a merced de los mercenarios. Antes teníamos una deuda menos con el pueblo, pero confiaron en nosotros y regresaron a sus hogares y a sus campos, y no podemos dejar que Báquides irrumpa en el país como un lobo en un rebaño. Aunque seamos pocos debemos combatir, no aquí desde los muros del Templo, sino en nuestras colinas, como hemos combatido siempre.

Se detuvo y aguardó, pero nadie dijo ni una sola palabra. Aquellos hombres eran los viejos, eran el puñado que había quedado de los hombres de Efraín, y los pocos de Modín, Gumad, Hadid y Bet Horón; muchos de ellos habían combatido primero a las órdenes del viejo, el adón, y luego a las órdenes del joven, el Macabeo. Les bastaba mirar a Judas para saber cuál sería la respuesta a su pregunta.

De espaldas al Templo, la figura de Judas se recortaba sobre las altas piedras blancas iluminadas por los últimos rayos

del sol, que brillaban también en su cabello y en las hermosas facciones morenas del Macabeo. Y como siempre, Judas les dijo amablemente:

—No quiero a nadie que tenga una deuda impagada, una mujer recién desposada, una casa nueva, un campo nuevo o un hijo recién nacido. Los que estén en esas condiciones pueden retirarse, su renuncia no es deshonrosa. Volverán a luchar en otra oportunidad. Somos todos judíos y no debe haber afrentas en nuestros corazones...

Fueron saliendo hombres, que se alejaban llorando. Los grupos ralearon, pero se comprimieron, y los hombres que quedaban permanecieron firmes y silenciosos; eran ochocientos. Luego Judas recorrió las filas, llamando a cada uno por su nombre, abrazando a unos, besando a otros; ellos lo tocaban y le hablaban con tanto amor como nunca he visto que fuera amado ningún hombre. Él era de ellos, era el Macabeo, y ellos eran de él. El lazo iba a ser sellado y firmado con sangre; pero creo que aunque ellos lo hubiesen sabido anticipadamente, tampoco habrían cambiado de actitud.

Luego, al anoecer, se cubrieron la cabeza con las capas, y Judas, con voz suave pero penetrante, dijo en el antiguo hebreo:

—¿Por qué braman los gentiles, y el pueblo se imagina lo que es vano? Los reyes de la tierra se reunieron, y los gobernantes deliberaron, contra el Señor, y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus lazos, y arrojemos sus ataduras. El que está en los cielos reirá; el Señor los escarnecerá. Luego les hablará con cólera, y los vejará con enconado disgusto.

—Amén, así sea —respondieron las filas apretadas de los hombres.

Aquella misma noche salimos de Jerusalén y nos dirigimos hacia el Oeste, porque sabíamos que el griego venía por el no-

roeste, y el plan de Judas era el de situarnos en la zaga del enemigo y atacarlo por la retaguardia o en algún punto de su flanco. Nuestra fuerza era demasiado reducida para salirle al encuentro de frente en algún valle, obstruirle el paso y hostigarlo desde los cerros, pero Judas tenía la impresión de que con un poco de buena suerte podríamos segreggar un sector del ejército e infligirle un daño tan serio que pudiese detener el avance e incluso transformarlo en retirada.

Marchamos, por lo tanto, rápidamente, hasta bien pasada la medianoche, y recorrimos más de veinte millas de camino; luego, seguros de que estábamos bien por detrás de Báquides, apostamos centinelas y vivaqueamos en una ancha pradera en las inmediaciones de Bet Shemesh. Dormimos como troncos toda la noche, nos despertamos al alba, con nuevos bríos, y proseguimos nuestra marcha hacia el Oeste.

El estado de ánimo de los hombres era excelente. En parte por el magnífico día, el cielo azul, el aire puro del Mediterráneo y el hermoso espectáculo verde de las vertientes terraplenadas; y en parte porque marchaban de nuevo con el Macabeo y tenían la confianza, profundamente arraigada, de que dirigidos por él no podían sufrir ningún mal irreparable. Cuando doblamos hacia el norte, bordeando la llanura costera, para volver luego a las colinas, a la zaga del griego, elevaron de pronto las voces con las estrofas de una vieja canción guerrera de Judea..., y casi enseguida se interrumpieron, tan de improviso como habían comenzado. Porque allí, en el amplio valle de la costa, estaban los mercenarios, millares y millares de mercenarios, formando un ancho frente y un extenso flanco que nos cortaba la retirada a las lomas.

Comprendí que había llegado el fin; y creo que todos debieron de haber comprendido lo mismo. Incluso Judas; no obstante, su voz vibró con tono jubiloso cuando nos gritó que lo siguiéramos y echó a correr hacia el extenso flanco.

Nosotros pasamos de la sorpresa a la indignación. De algún modo, ya fuera con el concurso de traidores o de espías, o de alguna otra manera, Báquides había previsto nuestra táctica, y aquella vez fue el griego el que tendió una trampa a los judíos; pero nosotros le estropeamos el plan. Estábamos desesperados, y con la fuerza de la desesperación quebramos la falange en su punto más débil; lanzando nuestros cuerpos sin corazas contra la masa de escudos, separamos las filas, abrimos primero una pequeña grieta y luego una abertura más grande a través de la cual nos infiltramos; luchamos cuerpo a cuerpo con los mercenarios y los obligamos a desbandarse gracias a la violencia furiosa y desenfrenada de nuestro ataque. Ya nos parecía haber obtenido una victoria, y con gritos de triunfo perseguimos a los grupos fugitivos cercenándolos y destrozándolos, cuando, por encima del estruendo, oímos la voz de Judas que nos ordenaba detenernos. Suspendimos la persecución y vimos entonces que de los dos extremos del vasto flanco se habían rehecho y avanzaban contra nosotros, y detrás de ellos las apretadas filas del grueso del ejército.

Retrocedimos hasta una zona de grandes peñascos y estrechas cañadas, donde no se podía emplear la falange, pero Judas no quiso ordenar la retirada por temor a que se transformara en derrota, por temor a que nos destrozaran como nosotros habíamos hecho momentos antes. Ya estábamos cercados; nos rodeaban por todos lados. Judas hizo lo único que podía hacer: nos reunió formando un círculo entre rocas y peñascos, y desde allí luchamos.

Jamás olvidaré el rugido salvaje, bestial, que emitieron los mercenarios cuando vieron por fin a un ejército judío acorralado en una posición de la que no podía retirarse, de la que no podía escapar. Para ver eso habían estado aguardando tantos años;

para ver eso habían alfombrado de muertos el suelo de Judea; lo habían soñado, lo habían planeado, ¡y por fin lo conseguían!

Pero los hostigamos. No éramos ovejas de redil, sino los mejores combatientes, los más viejos y más recios de toda la tierra de Judea, y no les cedimos la jornada sin retener un poco de gloria. Sí, Judas, tú dejaste tu sello; lo dejaste.

Al principio, cuando iniciaron el movimiento envolvente para rodearnos, disparamos las flechas que teníamos, no como acostumbrábamos hacer en los desfiladeros, llenando con ellas el aire para que cayeran como una lluvia, sino pausada y cuidadosamente, tratando de que cada astilla de cedro diera en un blanco; porque sabíamos que cuando disparáramos las dos veintenas de flechas que cada uno de nosotros llevaba consigo, no podríamos reponerlas.

Les erizamos de flechas todos los resquicios de las armaduras; se las clavamos en los ojos, en la frente, en los brazos, y les hicimos pagar caro aquel primer ataque. Ya no gritaban tanto, y avanzaban más lentamente. Pero seguían avanzando.

Hasta mediodía luchamos con las lanzas, y cuando éstas se rompieron, con las espadas, los cuchillos y los martillos; en ese lapso repelimos todas las cargas, una tras otra; no sé cuántas, pero fueron muchas, muchísimas, tantas que su solo recuerdo me agobia con su bagaje de dolor y de fatiga. Después se retiraron a descansar, a reagrupar las fuerzas, y a contar los muertos de su bando, que yacían amontonados alrededor de nosotros formando una muralla.

Ellos pagaban su precio, pero también lo pagábamos nosotros; de nuestros ochocientos hombres quedaban menos de la mitad. Las viejas heridas se habían abierto, y otras nuevas las cauterizaron. Dejé caer la espada pensando que para levantarla de nuevo tendría que hacer un esfuerzo superior a mi humana voluntad.

Tenía la boca seca como un pergamino, y cuando traté de hablar sólo pude emitir unos cuantos graznidos roncós. Mezclados con los supervivientes yacían en el suelo los heridos, que pedían agua, y los muertos, que ya no pedirían nada. Busqué a Judas y a Jonatán y mi corazón latió con menos furia cuando vi que seguían vivos y en pie, como también Rubén y Adán ben Lázaro; pero Judas sangraba de un largo tajo que le cruzaba el pecho, y el bravío y vengativo sureño tenía la cara aplastada, y la boca convertida en un agujero sanguinolento.

Judas se acercó, pasando sobre cuerpos muertos, y me tendió un frasco de agua.

—Dásela a los heridos —logré articular.

—No, Simón, es mejor que la beban los sanos; de lo contrario esta noche no habrá heridos.

Me humedecí los labios; no pude hacer otra cosa. Rubén se aproximó y me besó.

—Adiós, Simón, amigo mío.

Sacudí la cabeza.

—No —repitió él—, adiós, y que la paz sea contigo. Estoy contento. Así es como lo hubiera querido. Me alegro de haber vivido con ustedes; no ha de ser difícil morir con los hijos de Matatías.

Yo no podía pensar en los muertos, ni en el fin, ni en el pasado, ni en el futuro; sólo podía pensar en los benditos minutos de descanso y desear que pasara otro minuto, y otro minuto, antes de que volvieran al ataque.

Volvieron de nuevo. Nuestro círculo se apretó. Volvieron otra vez; y luego otra vez. Llegué a estar a pocos pies de mis hermanos, que antes se encontraban al otro lado del círculo. Atacaron; los rechazamos; volvieron a atacar; volvimos a rechazarlos. Finalmente formamos un semicírculo protegido por una gran roca. Allí nos quedaríamos y allí moriríamos.

Cada movimiento llegó a ser un suplicio insufrible. Ya no me dolían las heridas; ya no oía ni sentía nada; tenía conciencia únicamente del peso aterrador de mi espada; sin embargo, y no sé cómo, volvía a levantarla y a bajarla, asestando golpes y cuchilladas, lo mismo que mis hermanos, que también golpeaban y acuchillaban, lo mismo que Judas, que luchaba con su largo hierro afilado, el mismo que le había quitado a Apolonio hacía tanto tiempo. Y el enemigo seguía atacando, y yo sabía que lo seguiría haciendo indefinidamente, hasta que yo muriera, hasta que murieran todos los judíos. El tiempo detuvo su marcha; todo se detuvo, excepto el movimiento de los mercenarios que trepaban por las pilas de muertos para acometernos. De vez en cuando se producía una pausa, pero su dulzura sublime se esfumaba casi instantáneamente, y aparecían de nuevo los mercenarios.

Y entonces hubo una pausa que no terminó, y de improviso me di cuenta de que era de noche; que la noche cerrada, y no el anochecer, ese lento tránsito del día a la noche, nos envolvía; y que una lluvia impetuosa me azotaba la cara. Me pareció de pronto que estaba solo en aquel espectral paraje de muerte. Me humedecí la boca con la lluvia y grité; pero no fueron palabras lo que salió de mis labios, sino ruidos, frenéticos y sollozantes sonidos. Seguí vociferando de ese modo hasta que sentí que unas manos se posaban en mi rostro y me encontré tendido en el suelo. Una voz, la voz de mi hermano Jonatán, me hablaba al oído, preguntándome a mí, al guardián de mi hermano:

— ¡Simón!, ¡Simón! ¿Dónde está Judas?

— No lo sé... no lo sé

Juntos nos fuimos arrastrando de cadáver en cadáver; nadie más vivía, ni uno solo. Nos arrastramos de cuerpo en cuerpo, y encontramos a Judas. La noche era oscura como boca de lobo, pero cuando nuestras manos lo tocaron lo reconocimos, y de al-

gún modo hallamos fuerzas para levantarlo y sacarlo de aquel sitio infernal.

Caminamos lentamente, muy lentamente; cada paso que dábamos era una dolorosa tortura. A veces estábamos tan cerca de los mercenarios que oíamos claramente sus voces. Luego dejamos de oírlas; pero seguimos andando. Cuánto tiempo no lo sé; aquella noche no tuvo principio ni fin, mas en cierto momento hallamos una pequeña abertura entre las rocas y allí nos tumbamos. Pese a la lluvia torrencial caímos inmediatamente en el profundo sueño del agotamiento.

No sé a qué hora despertamos al día siguiente. El cielo estaba gris y la lluvia seguía cayendo. No vimos en ninguna parte a los mercenarios ni podíamos distinguir el lugar donde habíamos combatido.

No dijimos ni una sola palabra; no derramamos ni una sola lágrima. Todo había concluido; Judas, nuestro hermano Judas, el Macabeo sin par y sin reproche, estaba muerto. Jonatán y yo conducimos tiernamente su cuerpo en nuestros brazos. Todo había terminado, pero nosotros seguíamos andando, hacia el interior del país, hacia Modín, hacia el viejo techo de Matatías.

No encuentro palabras que puedan expresar lo que sentía en aquel momento, o lo que pensaba; como tampoco hubo nada que pudiéramos decirnos Jonatán y yo. Judas estaba muerto... Y así lo escribo; yo, un hombre viejo, un anciano judío que sondea el pasado, que explora ese extraño y perturbador país de los recuerdos. Lo he escrito, pero ya no puedo seguir haciéndolo, porque ahora me parece que mi relato es poco útil y poco ilustrativo.

La noche es una fracción sombría de tiempo, y aunque todo el país goza de paz, yo, Simón, el último de mis gloriosos hermanos, no conozco la paz.

QUINTA PARTE

EL INFORME DEL LEGADO LÉNTULO SILANIO

JERUSALÉN DE JUDEA

Pláceme informar al noble Senado que he concluido mi misión.

De acuerdo con las instrucciones recibidas me trasladé al país de los judíos —o *iehudim*, como ellos se denominan— y permanecí en él tres meses, cumpliendo con mis obligaciones. Mantuve en ese lapso varias conversaciones con el jefe de los judíos, el Macabeo, como ellos lo llaman, y que se hace llamar también Simón, el etnarca. En esas conversaciones abordamos diversos temas, incluso el de las futuras relaciones entre Judea y Roma. A este punto me referiré en el transcurso de mi informe, y en las recomendaciones que me he permitido añadir humildemente al final. El resto del tiempo lo invertí en estudiar el país y las costumbres de sus habitantes y en preparar el presente informe.

Siguiendo las órdenes, viajé en barco hasta Tiro, y desembarqué.

Como no sabía nada de los judíos, a los que no había visto nunca, decidí quedarme varios días en esa ciudad para adquirir algún conocimiento que me facilitara mi viaje a Judea. Me dirigí, pues, al barrio judío, que es bastante grande en Tiro, y conocí por primera vez a esa gente extraña.

Por fortuna no tuve dificultades de lenguaje. Casi todos los residentes de esa parte del mundo hablan el arameo, un idio-

ma muy parecido al dialecto de los habitantes de Cartago, que aprendí durante las guerras púnicas, y muy pronto pude hablarlo tan bien como los nativos. Me permito recomendar al Senado que envíe a esa región a legados y embajadores versados en el arameo, para mayor gloria de Roma y de su largo brazo y para facilitar el intercambio de ideas.

El arameo es la lengua común de los judíos, los fenicios, los samaritanos, los sirios, los filisteos y los restantes y numerosos pueblos que habitan esa zona; y también de los griegos. Los judíos, en ciertas ocasiones, utilizan el hebreo, el antiguo idioma de lo que ellos llaman sus «sagradas escrituras», lengua emparentada con el arameo, pero poco inteligible para mí. Hasta los niños parecen conocer ambas lenguas allí, pero para los asuntos corrientes de la conversación diaria es suficiente el arameo.

Con los judíos de Tiro no tuve tantas dificultades como con los amos locales. Estos últimos estaban inclinados al principio a limitar mis actividades, pero fui a ver a Malthus, el príncipe, y le previne claramente que en mi informe oficial al Senado incluiría detalladamente el trato que recibiera en la ciudad, cualquiera que fuese, y después de mi advertencia no volvieron a ponerme obstáculos.

Los judíos, por su parte, tienen una norma de conducta hacia los extranjeros claramente definida, y aunque la mayoría sólo conocía Roma de oídas y apenas si había visto alguna vez a un ciudadano romano, fui recibido con gran cortesía y no se me prohibió el acceso a ningún lugar de su pequeña comunidad, ni siquiera a sus locales sagrados, que ellos llaman «sinagogas». Esta actitud me asombró, tanto más porque yo ya me había percatado, durante las pocas horas de mi permanencia en Tiro, del odio, la desconfianza y el desdén con que miran a los judíos todos los demás habitantes de la ciudad. Pero ese odio no es exclusivo de Tiro; lo

hallé en todas partes, como característica constante, durante mi viaje por tierra a Judea; hasta los esclavos, cuyo estado escapa a toda descripción, encontraban tiempo y disposición para odiar a los judíos. El que esas manifestaciones fueran tan generalizadas me intrigó profundamente, y creo haber descubierto los factores que contribuyen a sostenerla; algunos de ellos los voy a enumerar y precisar en el curso de mi informe.

De los judíos de Tiro diré poco; me parece más conveniente describir las impresiones que me produjeron los judíos en su tierra natal, Judea. Debo apuntar, sin embargo, que se mantienen totalmente distanciados de los demás habitantes; no comen los mismos alimentos ni beben el mismo vino. Presentan, además, una peculiaridad que, aunque caracteriza también a los judíos de Judea, es más visible en un país no judío; me refiero a esa altiva superioridad, feroz e irreductible, que aparece mezclada inexplicablemente con una increíble humanidad. Es una peculiaridad que atrae e irrita al mismo tiempo, tanto que desde el primer momento, y pese a su cortesía, tuve que reprimir mis deseos de mostrarles una clara hostilidad.

Encontré y tomé a mi servicio en Tiro a un viejo judío llamado Aarón ben Leví, o sea Aarón hijo de Leví. Anotaré aquí de paso que esta gente no usa apellido, pero el más humilde de los judíos puede establecer prolija y detalladamente su genealogía hasta la quinta, décima o decimoquinta generación de antepasados. Son un pueblo muy antiguo, quizá el más antiguo de toda esta región; eso nadie lo puede negar; y poseen además un sentido del pasado que es a la vez sorprendente e inquietante.

El tal Aarón ben Leví me resultó muy útil como guía y como informante, porque fue toda su vida camellero y caravanista, salvo durante los años en que dejó su oficio para combatir bajo el estandarte del Macabeo; fue muy valioso para mí no solamente

por su conocimiento de todos los caminos y senderos de Palestina, sino también por los recuerdos que conservaba de las guerras judías.

Compré un caballo con su silla, por dieciséis *siclos*, que están anotados y atestados en la cuenta general de gastos, así como también un burro para el viejo; y nos pusimos en marcha hacia el sur, en dirección a Judea, por la carretera principal de la costa.

Voy a añadir unas cuantas líneas acerca del citado camelleiro, porque muchas de sus peculiaridades son típicas de los judíos y servirán para apreciar la capacidad potencial de esa gente y el gran peligro que representan. Debía de tener el viejo unos sesenta años de edad. Era seco, duro y castaño como una nuez; tenía una nariz alta, casi todos los dientes y los ojos grises, chispeantes e insolentes. A diferencia de la mayoría de los judíos, que son generalmente más altos que los demás pobladores de esta parte del mundo, y hasta que los de Roma, el viejo era menudo y encorvado, pero su actitud y su porte eran ultrajantemente patricios. Aunque había estado más de un año sin trabajo antes de que yo lo contratara, y representaba por lo tanto una carga para la comunidad, siendo literalmente un mendigo, daba la impresión de que me hacía un gran favor al aceptar mi comida y mi dinero. Si bien no había una verdadera ofensa en ninguna de sus palabras o gestos, se las ingeniaba para infiltrar en todas sus palabras y en todos sus ademanes una especie de desprecio compasivo, con el que daba a entender claramente que aunque yo era menos que basura, se debía a un accidente de nacimiento del que no tenía la culpa.

Reconozco que no es muy propio de un ciudadano romano y legado del Senado registrar esa clase de impresiones; pero son tan peculiares de este pueblo — aunque con sutiles variantes en los diversos individuos —, que no he podido menos que anotarlas.

Al principio tuve la intención de ponerlo en su lugar y de tratarlo como trataría a cualquier guía occidental, pero pronto advertí la futilidad de esa medida, y comprendí el significado de un proverbio que es muy común en estas tierras y que dice: «Si tomas a un judío como esclavo, no tardará en ser tu amo». El Senado reconocerá que no carezco de experiencia en ese terreno, y que como centurión aprendí a manejar a los hombres y a hacerme respetar; pero con esta gente es imposible. Ese Aarón ben Leví no dejaba de dispensarme sus consejos sobre todas las cuestiones imaginables, y siempre con un tono protector que no admitía réplica. Y consecuentemente me prodigaba los principios de su filosofía judía, esa filosofía rígida, un tanto nauseabunda, orgullosa y humilde a la vez, compuesta de la historia de los judíos y de sus creencias religiosas, bárbaras y viles, y contenida en lo que ellos llaman los «rollos sagrados», o la Torá. Una vez le pregunté, por ejemplo, por qué insistía, como todos los de su pueblo, en cargarse con esa larga capa de lana, una prenda a rayas blancas y negras que los cubre de la cabeza a los pies. En lugar de contestarme, me preguntó a su vez:

— ¿Y tú, romano, por qué usas ese peto que este sol nuestro recalienta tanto que probablemente debe de estar quemándote la piel?

— Mi peto no tiene nada que ver con tu capa.

— Por el contrario, tiene mucho que ver con mi capa.

— ¿Qué tiene que ver?

El viejo suspiró.

— Un falso equilibrio — dijo — es una abominación para el Señor, pero un peso justo lo deleita.

— ¿Y eso qué tiene que ver? — pregunté.

— Todo o nada, como tú quieras — respondió con cierta tristeza.

Y de ahí no pasó. Podía haberlo matado o despedido, pero ninguna de las dos medidas hubiera favorecido mi propósito, que era el de ir a Judea a entrar en negociaciones con el Macabeo. Me tragué la indignación y me refugié en el silencio; es lo que uno se ve obligado a hacer con esa gente. Otra vez le hice una pregunta acerca del Macabeo, el primer Macabeo, el que se llamaba Judas hijo de Matatías y que fue muerto al comienzo de las recientes guerras con los griegos.

— ¿Qué clase de hombre era? — pregunté.

Y aquel miserable y desventurado camellero me miró compasivamente, y respondió:

— Tú no lo entenderías, aunque te lo explicara con los menores detalles.

— Haz la prueba, al menos.

— La vida es corta y la muerte eterna — repuso riendo—. ¿Qué objetivo tiene intentar lo que es inútil?

Fue entonces cuando utilicé por primera vez una expresión que tarde o temprano, de una forma u otra, acude a los labios de todos los que entran en contacto con esa gente:

— ¡Judío roñoso!

La reacción fue muy distinta de lo que había esperado. El viejo se irguió; sus ojos relampaguearon de odio e ira.

— El Señor Dios es uno, romano — dijo con mucha suavidad —, y yo soy un hombre viejo, pero comandé a una veintena de hombres a las órdenes del Macabeo; yo tengo mi cuchillo y tú tienes tu espada, y si no puedo decirte qué clase de hombre era el Macabeo, puedo hacerte ver qué clase de hombre es uno de sus combatientes.

Resolví la controversia sin tener que matarlo, porque no vi en qué podía favorecer a la causa de Roma la muerte de un viejo y endeble camellero. Pero fue una lección para mí; aprendí a

conocer a esa gente y a saber de qué manera debe ser abordada. Lo diferente está incrustado en el alma misma de los judíos; lo que para nosotros es sagrado para ellos es profano, y lo que para nosotros es digno, para ellos es despreciable. Lo que nosotros consideramos deseable ellos lo encuentran aborrecible, y toda la tolerancia que nosotros tenemos para las costumbres y los dioses de los demás, ellos la convierten en una furiosa intolerancia. Vituperan nuestros placeres, y blasfeman contra nuestros dioses y contra los dioses de todos los pueblos. Carecen de moralidad y no tienen Dios, porque adoran lo inexistente, y en las sinagogas y en el santo Templo de Jerusalén no hay imágenes de ningún tipo. Su dios, si es que es un dios lo que adoran, no se encuentra en ninguna parte, y hasta su nombre, aunque está escrito, les está prohibido pronunciarlo. Ese nombre es «Jehová», pero ni siquiera lo susurran; en cambio se dirigen a ese misterioso personaje diciéndole *Adonái*, que significa «mi señor», o *Melek Haolom*, que significa «rey de todos los países», o veinte otras expresiones semejantes.

Todo ello tiene su base en lo que ellos llaman la *brith*, que puede traducirse libremente como «alianza o convenio» entre ellos y su Jehová. En cierto modo es más a la alianza a la que rinden culto que al mismo Dios, y para cumplirla poseen un código de setenta y siete reglas que llaman «la Ley», aunque no es una ley judicial como las que nosotros conocemos, sino más bien el fundamento de la tal *brith*. Muchas de ellas son sumamente horrendas y repugnantes, como por ejemplo la ley que impone la circuncisión de todos los niños varones; otras son insensatas, como la ley que los obliga a descansar el séptimo día de la semana, a dejar la tierra en barbecho cada séptimo año, y a libertar a todos los esclavos después de siete años de servidumbre. Otras leyes convierten la limpieza en un fetiche, tanto que viven la-

vándose eternamente; y como la ley prohíbe afeitarse, todos los hombres del país llevan el cabello largo y espesas barbas.

Todo eso no lo supe inmediatamente, como tampoco los demás puntos similares a que me referiré en este informe, pero creo más conveniente exponerlos aquí, donde hablo del camelleiro, porque, como ya he señalado anteriormente, las acciones de este hombre pueden ser consideradas como una representación esquemática exagerada del pueblo que fui a conocer. Podría decir también que la ropa que llevaba es la vestimenta de todos los hombres de Judea: sandalias, pantalón blanco, de lino, chaqueta corta, faja, y encima la larga y pesada capa de lana que se suben hasta cubrirse la cabeza cuando entran en una sinagoga o en el Templo. Los judíos abominan la desnudez, aunque son bastante bien formados, los hombres de gran fuerza física y las mujeres de sorprendente encanto y atracción. Estas últimas intervienen en la vida de la comunidad de una forma completamente extraña a nuestras costumbres; no parecen prestar respeto u obediencia especial a los hombres, sino que participan con ellos, y en mayor grado aún, de la misma objetable arrogancia judía. El vestido de las mujeres consiste en una simple bata larga, de mangas cortas, que les llega casi hasta los tobillos y que se ajustan en la cintura con una faja de brillantes colores.

Se cubren frecuentemente, como los hombres, con una larga capa de lana, pero sin rayas, y llevan habitualmente el cabello recogido en dos gruesas trenzas.

Doy tantos detalles sobre este y otros puntos por dos razones: primero, porque considero que, siendo éste el primer informe oficial que se presenta al Senado acerca de los judíos, le corresponde asumir la responsabilidad especial de ser tanto general como específico; segundo, porque veo en los judíos un problema grave que Roma deberá indudablemente encarar. Por

la misma razón trataré de ser todo lo objetivo que pueda y de dominar la profunda aversión a esa gente que poco a poco me fue posesionando.

Hice el viaje de Tiro a Judea sin incidentes, porque en todo el camino de la costa impera la mano de hierro del etnarca Simón, que no tolera el bandolerismo ni las incursiones extrañas. En la llanura de Sharón, frente a Apolonia, vi a la primera patrulla militar judía; diez hombres de a pie, que es la manera habitual de viajar de esa gente, porque el país es pequeño y montañoso. Esa patrulla puede servir como ejemplo para conocer los armamentos y las prácticas judías de guerra. Los soldados, que, a diferencia de lo que ocurre en todos los pueblos civilizados, no son profesionales ni mercenarios, sino campesinos voluntarios, no llevan armadura. Para esto, como para muchas otras cosas, los judíos tienen dos explicaciones: en primer lugar, ultraja a Jehová depositar la confianza en el metal, en lugar de confiar en lo que ellos llaman, con su invariable estilo contradictorio, su terrible bondad; en segundo lugar, la armadura les estorbaría en las montañas, anulando cualquier beneficio que pudiera reportarles.

En lugar de espada llevan un cuchillo de hoja larga y pesada y ligeramente curva, que utilizan con terrible eficacia en los combates cuerpo a cuerpo; los oficiales, sin embargo, suelen llevar espadas griegas, como signo de la victoria sobre los invasores y para imitar al primer Macabeo, Judas ben Matatías, que desde el primer momento usó la espada como única arma. Pero el arma principal de los soldados es el arco judío, un instrumento corto, mortal, hecho de cuerno de carnero laminado. Los judíos poseen un proceso secreto para ablandar el cuerno; luego lo cortan en tiras delgadas que unen y encolan, dándole al conjunto la forma deseada. Las flechas, que tienen dos pies de largo, son de cedro, delgadas y con punta de hierro; son pródigos con estas flechas,

que disparan una tras otra en tan rápida sucesión que llenan el aire y caen como una lluvia. En los estrechos desfiladeros de las montañas de Judea es imposible, al parecer, protegerse de un ataque de esa clase.

El ejército está organizado en grupos de diez, veinte, cien o mil hombres, pero no parece haber diferencias perceptibles en la dirección, porque los capitanes de todos los grupos, de cualquier número de hombres, son todos llamados *shalish*. No hay tampoco disciplina militar, tal como se entiende en Roma. Todas las acciones se discuten con todos los hombres, y no se hace ningún movimiento, ni ofensivo ni defensivo, si no se cuenta con el consentimiento unánime de todas las tropas; el que no está de acuerdo con algún procedimiento táctico, puede abandonar las filas y volver a su casa, con lo que no incurre, al parecer, en ninguna responsabilidad especial.

En esas condiciones, parece increíble que se pueda llevar a cabo ninguna clase de acción militar; es, sin embargo, un hecho documentado que los judíos han librado hasta hace muy poco tiempo una guerra enconada y continua que se ha prolongado durante veintisiete años.

El hecho de que sus métodos parezcan tan poco bélicos y de que sean un pueblo que rinde literalmente culto a la paz, no debe inducir al Senado a desestimar su importancia; porque, como se verá en el presente informe, no hay en todo el mundo un pueblo tan peligroso y tan pérfido como el de los judíos.

La patrulla nos detuvo y nos interrogó. No había ninguna hostilidad en ese acto, pero mi guía, Aarón ben Leví, lo consideró como una ofensa personal. Cuando nos preguntaron a dónde nos dirigíamos, replicó:

—Yo no soy ningún esclavo; puedo ir a donde quiera.

—¿Con un *nokri*? —repuso el de la patrulla.

Nokri es el vocablo que usan para designar a todos los que no son judíos.

— Aunque fueran diez, joven mentecato, que todavía mamabas cuando yo ya luchaba con el Macabeo.

Y así prosiguieron, con esa insolencia peculiar que los judíos no pueden contener ni aun entre ellos mismos. Finalmente quedó todo arreglado, y la patrulla nos escoltó hasta la frontera de Judea.

Durante todo el trayecto los soldados me acosaron sin cesar haciéndome preguntas sobre Roma, todas ellas sutilmente mordaces y formuladas de manera que pusiera de relieve su propia superioridad.

De Judea, del país en sí, no puedo hacer suficientes elogios. Llegar a Judea desde las tierras bajas de Fenicia es como salir de un desierto y entrar en un jardín. En las colinas se van elevando los terraplenes, como visiones encantadas de fantásticos países colgantes. Hasta en el norte, que es la parte menos cultivada del país, la campiña tiene el aspecto de un jardín esmeradamente cuidado. En toda Judea no hay más que una sola ciudad, la de Jerusalén. La masa de la población vive en pequeñas aldeas, agrupadas en las tierras bajas o adosadas en las colinas, y el número de habitantes de cada aldea varía de veinte a cien familias. Las casas, que forman generalmente dos filas a cada lado de una calle única, están hechas de ladrillos de barro secados al sol, y revocados con cal. En este clima benigno y templado los ladrillos duran generaciones. Muy a menudo se ve en las aldeas un edificio de piedra, una especie de local de reuniones, que se llama «sinagoga», y sirve al mismo tiempo de escuela y lugar de oración. Este pueblo estima en gran medida, casi más que cualquier otra cosa, la instrucción; no he conocido a un solo judío que no supiera leer y escribir. Es muy probable que esta peculiaridad

sirva para acrecentar su arrogancia, y sin duda alguna nutre su desdén hacia los países extranjeros, donde hay tan poca gente instruida.

Abundan los olivares, y en las montañas hay bosques de cedros y abetos cuidadosamente conservados. Los terraplenes, que fueron construidos en un lapso de mil años, son rellenados con barro traído en canastas desde los ricos terrenos bajos, donde el humus tiene treinta y cuarenta pies de profundidad. En las colinas hay cisternas distribuidas por doquier, con techados de piedra para recoger la lluvia. Sorprende continuamente comprobar la prodigiosa labor humana que ha sido invertida en la formación de este país; y más aún si se recuerda que es el que tiene menos esclavos de todos los países del mundo. Nosotros, en nuestro último censo, contamos veintitrés esclavos por cada ciudadano libre; en cambio aquí, en Judea, es al revés; debe haber un esclavo por cada veinte o treinta ciudadanos. Esto es en sí mismo un peligro que no debe ser descuidado, porque esta gente libera por ley a los esclavos al cabo de un período determinado, y para ellos es un crimen golpear a un esclavo o mantenerlo en la ignorancia. Y si se considera que la libertad de poseer esclavos es la base misma de la civilización occidental, la sólida roca en la que descansa la seguridad de la república romana, se verá que el de los judíos no es un simple problema local.

Penetramos en el interior del país por un camino infame (ningún camino de Judea es comparable con los nuestros), que discurría paralelo a un agradable riachuelo que serpenteaba por las colinas, y llegamos finalmente a la población de Modín. Yo tenía un interés especial en conocer esa aldea, porque es el hogar ancestral de los Macabeos; en todo el transcurso de la rebelión fue utilizada como punto de concentración de fuerzas. Los judíos le dispensan una veneración especial. Mi guía me habló de

Modín con reverente emoción; todos los antiguos combatientes que nacieron en Modín, de los que quedan pocos, tienen derecho a recibir honores de adón, título con que distinguen a los personajes locales merecedores de dignidad y respeto. Cuando llegamos a Modín, mi guía fue a orar en la sinagoga y yo recorrí la aldea solo, durante más de una hora. Aparte de ser un poblado excepcionalmente hermoso y bien cuidado, idealmente situado al pie de onduladas laderas, no vi nada que lo diferenciara de las restantes e innumerables aldeas de Judea. Los aldeanos eran de aspecto sano, bien formados y muy atentos. Todo Judea es un país vinícola, pero Modín está ubicada en el centro de los mejores viñedos, y continuamente me ofrecían sus habitantes jarras de vino de la producción local, de la que están muy orgullosos. Aunque esta gente bebe vino como agua, no he visto un solo caso de borrachera en todo el tiempo que he permanecido en Judea. Poseen una infinita variedad de vinos, blancos y tintos, y son todos muy versados en una peculiar ciencia de las uvas. El acto de beber vino lo rodean, como muchas otras cosas, de interminables ceremonias y oraciones, y cuando yo elogiaba sus productos se mostraban muy complacidos.

De Modín seguimos por el camino a Jerusalén, atravesando el corazón, densamente poblado, del país. En el trayecto de Modín a Jerusalén, que cubrimos en un día de viaje, conté veintiún aldeas.

Todo el país estaba terraplenado y cultivado hasta el último centímetro. Los graneros rebosaban; en los campos segados pacían ovejas y cabras; en todas las puertas de las casas había quesos colgando, y abundaban las cisternas llenas de aceite de oliva. El pan se cuece en común, y en muchas aldeas nos salía al encuentro el fragante olor de grandes pilas de hogazas recién horneadas. En todas partes se veían pollos, alimento básico y

plato de carne corriente en el país; correteaban en los campos y en los caminos, y entraban y salían tranquilamente de las casas, porque esta gente raramente cierra las puertas; el robo, esa maldición que padece Roma, aquí prácticamente no existe. Los niños, que parecen ser innumerables en Judea, son mofletudos y alegres. Aunque he viajado por tres continentes y he visto por lo menos cien grandes ciudades, en ninguna parte encontré la misma expresión de vida fecunda que se advierte en este país gobernado por el etnarca Simón, ni la misma impresión de salud, riqueza y satisfacción que ofrece en su aspecto global.

Tampoco está infestado este país, como el nuestro, de esa plaga plebeya, la escoria de los hombres libres que no trabajan ni tienen medios de vida, y esquilman a sus superiores. En realidad, las diferencias de fortuna y clase social, que eran grandes al estallar la guerra, desaparecieron casi totalmente con el sufrimiento general de todo el pueblo. Los muy ricos se pusieron del lado de los invasores, y fueron muertos o desterrados, y en el transcurso de las guerras murió tanta gente que, al final, hubo escasez de hombres más que de tierra.

Enumero esas virtudes para que el cuadro quede completo; pero debo añadir que no se puede querer a los judíos por lo que admiraríamos en otros, debido a que están demasiado envanecidos de sus propiedades. No pueden dejar que nada quede implícito, ni cortesía, ni buenos modales, ni virtudes; tienen que estar recalcando continuamente que estas cualidades derivan del hecho de que son judíos. Rinden culto a la paz, pero no permiten que nadie olvide a qué precio la conquistaron. La familia pende sobre sus cabezas como un arco de piedra; ellos lo saben, pero desprecian continuamente a los *nokrim*, por no poseer la misma virtud. Odian el poder y a los que lo esgrimen; calumnian a todo dios que no sea el de ellos; y toda cultura que no sea la suya les ofende.

De modo que, aunque se admire profundamente sus cualidades, se concibe al mismo tiempo un ardiente odio a sus personas. A esto se agrega el hecho de que posean tan poco de ese donaire y esa delicada sabiduría que ennoblece a los seres humanos.

Hacia el anochecer llegamos a Jerusalén, noble y hermosa ciudad, coronada por el edificio sagrado de todos los judíos, el Templo. La mitad de la ciudad está dedicada al Templo, con sus numerosas construcciones, sus patios y sus calles, y los sólidos muros que lo rodean, tan sólidos como los de la misma ciudad. No es por razones de tamaño o de magnificencia arquitectónica por lo que es bella Jerusalén, sino más bien por su ubicación y su estilo, con los que contribuye a vivificar el fanático amor de su pueblo. Me acerqué a la ciudad precedido por mi guía cuando la rojiza claridad del crepúsculo bañaba las murallas, los edificios y el Templo.

Cuando traspusimos por las puertas de la ciudad llegaron a nuestros oídos, desde las salas del Templo, los cantos profundos y sonoros de los sacerdotes y levitas. A pesar de mí, a pesar de la oposición a este pueblo que ya se había arraigado en mi conciencia, no pude menos que sentirme conmovido e impresionado por la belleza de la música y la extraña dulzura que invadió a todos los judíos durante su transcurso. Tan pueril y simple era la actitud que observaban todos ellos entre sí, y aun conmigo, que me vi impulsado a preguntar a Aarón ben Leví el motivo de aquella conducta.

— En un tiempo fuimos esclavos, en la tierra de Egipto — me respondió enigmáticamente.

Fue la primera vez que oí esa frase, casi siempre presente en el pensamiento de este pueblo; más tarde la discutí detalladamente con Simón el Macabeo.

Cuando entramos en la ciudad nos acompañaron varios soldados de los que montaban una guardia más bien descuidada y ligera junto a las puertas, y sin estorbarnos nos siguieron en nuestra marcha cuesta arriba hacia el Templo. Ya era de noche; los cantos se extinguieron, y por las puertas abiertas de las casas pude ver a las familias reunidas junto a las mesas para cenar. Las calles, muy limpias, eran nuevas, como la mayor parte de las casas, hechas estas últimas de piedra o ladrillos de barro y pintadas de blanco o revocadas con cal. Comparada con nuestras ciudades occidentales, Jerusalén es asombrosamente limpia, pero exceptuando el Templo, parece más bien un conjunto de aldeas que una ciudad. Los habitantes viven en libre y agradable compañía; nunca cierran las puertas; y tanto las risas como las lágrimas son de propiedad común.

Pudimos subir sin ser detenidos hasta la entrada exterior del Templo, aunque tuvimos que dejar los animales en un establo, unos cien metros más abajo.

Dos hombres de túnicas blancas, servidores del Templo, que son llamados levitas y que se jactan de ser descendientes de la antigua tribu de Leví, nos interceptaron el paso cortésmente, pero con firmeza, y haciendo caso omiso de mi presencia informaron a mi guía que el extranjero no podía pasar.

—Naturalmente —asintió Aarón ben Leví, con ese repugnante tono de mudo desprecio—, naturalmente, puesto que es romano. Pero, como es un embajador que viene a ver al Macabeo, ¿dónde lo va a ver si el Macabeo no lo recibe aquí?

Nos condujeron entonces hasta el palacio de Simón, un edificio que en nuestra tierra no sería llamado precisamente palacio. Era una casa de piedra, limpia y espaciosa, recientemente construida en la ladera de la colina, junto a una profunda hondonada que la separaba del Templo. Los muebles, escasos y sencillos,

eran de cedro, y los cortinajes de gruesa lana, teñida de brillantes colores.

Me recibió una mujer de mediana edad, bastante hermosa; era la esposa del etnarca. Con los ojos y el cabello negros, siempre reservada en mi presencia, no tenía el aspecto típico de las mujeres judías.

Sólo más tarde, después de haber leído un manuscrito que agregaré a este informe, pude deducir la clase de relación que la unía con su esposo; porque si bien se profesaban un profundo respeto, no parecía haber mucho amor entre ellos. El etnarca tiene cuatro hijos, todos muchachos altos y bien formados; la familia vive una existencia tan simple que casi se podría tildar de rigurosa. La hija se casó hace varios años.

Uno de los hijos, llamado Judas, me condujo a mis habitaciones, y al poco rato un esclavo trajo una bañera con agua salada y caliente.

Me quité la tierra del viaje y me tendí, satisfecho, a descansar, y mientras lo hacía trajeron vino y fruta fresca, que dejaron sobre una mesita baja junto a mi lecho. Luego me dejaron solo durante casi una hora, y pude gozar de un reposo que aprecié profundamente.

Doy todos estos detalles para señalar, una vez más, de qué manera curiosa se mezclan la virtud con la maldad en este pueblo increíble. Es muy poco probable que en Roma, en Alejandría o en Antioquía, un extranjero pueda llegar tan fácilmente hasta el primer ciudadano del país; ni tampoco sería su recepción tan inmediata ni tan atenta. Nadie me preguntó cuál era el motivo de mi visita, ni para qué quería ver al Macabeo, y ni siquiera cómo me llamaba.

Nadie me pidió documentos, ni salvoconductos, ni poderes. Me recibieron sencillamente como a un extranjero fatigado, y me

trataron con esa formalidad codificada con la que acuerdan ciertos derechos a todos los extranjeros.

Transcurrida una hora, se presentó el Macabeo, o etnarca, en persona. Era la primera vez que veía a ese hombre casi legendario, Simón, hijo de Matatías, único superviviente de los cinco hermanos Macabeos. Como indudablemente cualquier acción que resuelva seguir el Senado tendrá que ser por intermedio de él, trataré de describir minuciosamente su aspecto y su personalidad.

Es un hombre muy alto, de más de seis pies de estatura, de cuerpo bien proporcionado, y de inmensa fuerza física. Debe de tener algo menos de sesenta años. Casi calvo, conserva en el cabello y la barba restos de ese color rojo que es una peculiaridad de su familia, y también de muchos de los llamados *kohanim*, que son descendientes de la tribu de Leví. Es de rostro ancho y enérgico y nariz curva, que recuerda al pico de un halcón. Tiene unos ojos incisivos, de color azul claro, cejas hirsutas y pobladas y una boca de labios llenos y fuertes, casi gruesos. Su barba es bastante canosa y a diferencia de la mayoría de los judíos, que se recortan la barba no muy larga, él la lleva en toda su longitud natural, como un enorme abanico que le cubre el pecho y que, aunque parezca extraño, realza su majestuosa dignidad. Sus manos también llaman la atención, porque son grandes y bien formadas, lo mismo que sus hombros, de un ancho imponente. En conjunto es uno de los hombres más notables e impresionantes que he conocido; y basta verlo para comprender la devoción y el respeto increíbles que le dispensan los judíos.

Aquella tarde llevaba una sencilla túnica blanca, sandalias y un gorrito azul. Se presentó sin hacerse anunciar, y sin escolta; descorrió el cortinaje de lana que separaba mi aposento del resto de la casa, y entró con paso vacilante, como disculpándose, como si al interrumpir mi reposo estuviese cometiendo un acto de im-

perdonable gravedad. Teniendo en cuenta tanto la condición política de aquel hombre como su apariencia física, tuve que decidir en aquel momento cuál sería la actitud a seguir que mejor conviniera a mi cometido y a los intereses de Roma. En general ese pueblo sabe muy poco de Roma. Allí no basta, como en Siria o en Egipto, nombrar al augusto Senado para obtener en respuesta respeto y obediencia. Además yo había acudido solo, sin séquito ni guardia; lo hice, desde luego, por mi propia voluntad, porque tengo la convicción de que no hay nada que acreciente tanto el prestigio de Roma en las ciudades como el hecho de que sus legados transiten por todas partes sin llevar soldados, apoyándose no en las lanzas sino en el largo, poderoso e inflexible brazo del Senado. Pero allí me era preciso destacar esta circunstancia, porque estaba en presencia de un hombre que muy probablemente la ignoraba; y habiendo comprendido esa necesidad, desafié a aquel hombre poderoso abordándolo fríamente y con sequedad.

Le informé de que el Senado me había enviado a Judea para entrevistar al Macabeo y tenderle la mano, que era la mano de Roma y del Senado, si él quería aceptarla. Hablé sin amabilidad, dejando en cambio que se infiltrara en mi tono de voz una áspera insinuación de dominio y poderío; le señalé, de paso, que Cartago y Grecia y ciertas otras naciones habían llegado a la conclusión de que era preferible estar en paz con Roma que guerrear con ella.

Era, sin discusión, la conducta más apropiada a seguir con aquel hombre, pero debo informar con toda sinceridad que el etnarca no pareció alterarse demasiado. Se mostró más interesado en averiguar si me habían tratado bien en Judea que en las relaciones entre nuestros dos países; y cuando me referí a la insolencia de mi guía, sonrió y asintió con la cabeza.

—Conozco bien a ese hombre, a Aarón ben Leví —dijo—; es un deslenguado. Espero que lo perdones, porque es un viejo

con un pasado más glorioso que su presente. Fue en su tiempo un gran arquero.

— ¿Y sin embargo la única recompensa que le das es la pobreza y la oscuridad? — inquirí.

El Macabeo alzó las cejas, como si yo hubiese dicho algo totalmente ininteligible, pero tuvo la urbanidad de no hacerme ver que estaba hablando en jerigonza.

— ¿Recompensa? ¿Por qué tengo que recompensarlo?

— Porque fue un gran soldado.

— ¿Pero por qué tengo que recompensarlo? Él no luchó por mí. Luchó por la alianza, por Judea, como lo hicieron todos los judíos. ¿Debo hacer una excepción con él?

Yo ya me había acostumbrado al callejón irracional sin salida en el que siempre desemboca toda disputa o discusión que se mantiene con esa gente sobre cualquier tema. Estaba, además, muy cansado, y al advertirlo el Macabeo, me dio las buenas noches y me invitó a acudir al día siguiente a su sala de audiencias, para verlo juzgar al pueblo, porque de ese modo podría familiarizarme más rápidamente con las costumbres y los problemas del país.

Creo conveniente exponer en este punto algunos detalles relativos al título y la posición de este Simón ben Matatías porque de esta manera se podrá comprender mejor un incidente que ocurrió al otro día en la sala de justicia. No puedo suministrar toda la claridad necesaria al efecto, porque hay algo en las relaciones tanto políticas como personales que practican los judíos entre sí, que es completamente extraño a nuestra manera de vivir y de pensar; pero presentaré algunos aspectos de la cuestión.

Simón es el Macabeo, es decir, el heredero de un título raro y curioso que le fue conferido primeramente al hermano menor, Judas, y que actualmente ha recaído en toda la familia, de tal

manera, que el padre, Matatías, y los cinco hermanos, son todos conocidos familiarmente como «los Macabeos». El significado exacto de este título es muy oscuro. Simón afirma que se otorga a los conductores surgidos del pueblo y que permanecen fieles al pueblo; es decir, fieles desde el punto de vista judío, desde el punto de vista de un pueblo que aborrece el orden y desprecia la autoridad. Sin embargo, otros judíos con quienes discutí el punto no están de acuerdo, y en definitiva la palabra recibe tantas explicaciones que pierde todo significado. Lo cual no implica que no imponga respeto. Hay un solo Macabeo, que es el etnarca Simón, pero el mendigo más bajo puede detenerlo en la calle, discutir con él, y hablarle de igual a igual. Yo puedo atestiguarlo, lo he visto con mis propios ojos. En este país, donde todos los hombres leen, charlan y filosofan, no puede formarse una capa superior y culta de seres humanos, un grupo como el que es riqueza y gloria de Roma; esta extraña y escandalosa democracia judía es tan persistente y diabólica que debe ser mirada como una enfermedad contra la que ningún país es inmune.

En cuanto al gobierno que encabeza Simón, es tan débil que casi no existe. Simón parece ser la más alta autoridad, ya que a él le someten, para que los juzgue, todos los casos de disputa, grandes y leves. Sin embargo, él responde, humilde y servilmente, a un cuerpo de ancianos, adones y rabíes, como se llaman ellos, que constituyen la gran asamblea. A diferencia del cuerpo que forman ustedes, augustos personajes, esta asamblea no puede legislar, ya que la ley se considera un contrato celebrado entre los hombres y Jehová. Tampoco puede declarar la guerra, lo que se hace reuniendo a millares de judíos y exponiendo directamente ante ellos la cuestión. Por insensato que parezca este procedimiento, es el que usan frecuentemente.

Al día siguiente, Simón ocupó su sitio para impartir justicia, y yo presencié la sesión desde un extremo de la sala, tranquilamente sentado pero observando cuidadosamente todo lo que acontecía.

Lo hice cumpliendo mi deber de delegado, porque considero que la descripción de un pueblo debe hacerse lo más detalladamente posible e incluyendo abundantes aspectos contradictorios; y más aún cuando se trata de una raza tan astuta y complicada como la de los judíos. En el transcurso de la sesión ocurrió un incidente de tanto interés que me siento inducido a reproducirlo. Se presentó ante el Macabeo un curtidor que traía consigo a un muchacho asustado, un pillete beduino de las tantas tribus bárbaras que vagan por el desierto del sur. El muchacho había huido cinco veces, y otras tantas el curtidor había recuperado su legítima propiedad, varias de ellas a costa de considerables sumas de dinero. Como es muy natural, el curtidor estaba agraviado; pero la ley le prohibía hacer lo que en Roma hubiera sido una medida normal para la tranquilidad pública, o sea, desollar al muchacho y colgar el pellejo en un lugar público, para que sirviera de lección y de advertencia a otras propiedades.

En lugar de eso el curtidor acudió al etnarca pidiéndole permiso para marcar al muchacho, de modo que llevara la señal del esclavo toda la vida, aun después de haber concluido su término de servidumbre. A mí me pareció aquella petición justa y moderada, y yo esperaba que Simón lo concediera sin más trámite. Pero el Macabeo parecía incapaz de tomar una decisión tan simple, y se rebajó a iniciar una conversación con el esclavo, preguntándole por qué se fugaba.

—Para ser libre —respondió el muchacho.

Entonces el Macabeo guardó silencio durante mucho rato, como si aquellas obvias palabras contuvieran algún significado

profundo y misterioso. Cuando por fin habló, dando su fallo, su voz estaba impregnada de la más tremenda melancolía. Estas son sus palabras, que anoté:

—Quedará en libertad dentro de dos años, como dice la ley. No lo marques.

El curtidor reclamó, indignado, con ese tono insolente que cualquier judío se siente autorizado a emplear contra cualquier otro, sin reparar en diferencias de nacimiento o de posición social.

—¿Y el dinero que pagué a la caravana?

—Cárgalo en la cuenta de tu propia libertad, curtidor —dijo fríamente el Macabeo.

El curtidor comenzó a protestar, llamando al Macabeo por su nombre, Simón ben Matatías; de pronto Simón se puso en pie de un salto, tendió el brazo señalando acusadoramente al curtidor, y gritó:

—¡Te he juzgado, curtidor! ¿Cuánto hace que tú mismo dormías en una sucia tienda de piel de cabra? ¿Tan flaca es tu memoria? ¿La libertad es algo que se puede poner y quitar, como una chaqueta?

Fue la única vez que vi enojado al etnarca, la única vez que vi brotar de su alma una honda y corrosiva amargura; pero me proporcionó el mejor indicio de cómo era el verdadero Simón ben Matatías.

Aquella noche cenamos juntos, y en la mesa no pude menos que sonreír al recordar la curiosa y primitiva escena que había presenciado por la tarde.

—¿Lo encontraste divertido? —preguntó el Macabeo.

Algo parecía estar abrasándome el alma. Charlé un rato superficialmente, para limar las asperezas y le hice varias preguntas sobre la esclavitud y sobre la curiosa religión de los judíos. Cuando estuvo de mejor humor y nos quedamos solos en la

mesa, después de haberse ido los hijos a dormir y la esposa a tomar el aire en el balcón, pretextando un dolor de cabeza, le dije:

— ¿Qué quisiste decir, Simón Macabeo, cuando le preguntaste al curtidor si la libertad era algo que se podía poner o quitar como una chaqueta?

El viejo tenía en la mano un racimo de esa maravillosa uva dulce de Judea; dejó el racimo y me miró fijamente durante un rato, como si lo hubiese despertado de un sueño.

— ¿Por qué me lo preguntas? — quiso saber.

— Tengo la función de preguntar, averiguar, comprender, Simón ben Matatías; si no lo hiciera, no cumpliría con Roma ni conmigo mismo.

— Y para ti ¿qué es la libertad, romano? — inquirió el Macabeo.

— ¿Por qué será que no se puede hacer una pregunta a un judío sin que responda a su vez con otra pregunta?

— Tal vez porque las dudas de los judíos son iguales a las que tienen los demás, romano — contestó el etnarca, sonriendo con tristeza.

— Los judíos no tienen dudas. Tú mismo me dijiste que érais el pueblo elegido.

— ¿Elegido? Sí, pero ¿para qué? En los rollos sagrados, que tú seguramente desprecias, romano, dice: «Y te daré como luz a los gentiles...».

— ¡Qué egocentrismo sorprendente e increíble! — no pude menos que exclamar.

— Tal vez. En cuanto a lo que me preguntabas sobre la libertad, romano, para nosotros es distinto que para otros, porque en un tiempo fuimos esclavos en Egipto.

— Ya me lo has dicho otra vez — le recordé —, como si fuera una frase mágica. ¿Es una frase mágica, o un encantamiento?

—Nosotros no practicamos la magia ni los encantamientos —repuso el viejo desdeñosamente—. Lo que he dicho es sólo eso. En un tiempo fuimos esclavos en Egipto; hace mucho tiempo, en el concepto de los *nokrim*; pero para nosotros el pasado sigue viviendo, nosotros no lo destruimos. Fuimos esclavos y trabajábamos mañana, tarde y noche, bajo el látigo del capataz; nos ordenaban hacer ladrillos sin darnos la paja; nos quitaban a nuestros hijos; nos separaban de nuestras esposas. Todo el pueblo lloraba y clamaba angustiosamente a Dios. De ese modo nos quedó grabado en el alma con letras de fuego el concepto de que la libertad es un gran don, profundamente arraigado en la vida misma. Todo tiene su precio, pero la libertad sólo se puede tasar en sangre de valientes.

—Muy emocionante —respondí, creo que con bastante sequedad—, pero con eso no contestas a mi pregunta. ¿La libertad es Dios para ustedes?

Simón sacudió la cabeza con un gesto de resignación, y en ese momento era un verdadero judío, un judío cabal, igual que el seco y despreciable camellero; porque aquel rudo jefe montañés me compadecía, concediéndome al mismo tiempo toda su paciencia.

—Todas las cosas son para nosotros Dios —dijo meditabundo—, porque Dios es todo, y es uno e indivisible, y no sé de qué otro modo te lo podría explicar mejor, romano.

—¿Y los otros dioses? —repuse sonriendo.

—¿Hay otros dioses, romano?

—¿Tú qué opinas, judío? —pregunté, con tono despectivo, porque ya estaba harto de su insolencia revestida de humildad.

—Yo sólo conozco al Dios de Israel, al Dios de mis antepasados —dijo el Macabeo imperturbable.

—¿Con quien tú hablaste?

— Nunca hablé con él — respondió el viejo pacientemente.

— ¿A quien has visto, entonces?

— No.

— ¿Lo conoces, entonces, por el testimonio de otros?

— Únicamente por el de las colinas y los campos de mi tierra natal.

— ¿Por los que él anda?

— En los que reside, entre otros lugares — dijo sonriendo el viejo.

— ¿Pero tú sabes que no hay otros dioses?

— Eso lo sé — afirmó el Macabeo.

— Me parece — dije — que con un poco de decoroso respeto a los dioses de los demás, o al menos a los sentimientos de los demás, se podría evitar esa eliminación lisa y llana.

— La verdad es la verdad — replicó con auténtica extrañeza.

— ¿Y tú conoces tan bien la verdad, judío? ¿Puedes resolver todos los problemas, todas las dudas, todas las vacilaciones, todas las perplejidades? ¿Dios les dio a ustedes la verdad cuando los eligió, cuando seleccionó a ese puñado de campesinos montañeses entre todos los seres que pueblan el mundo, tan grande, infinito y civilizado?

Yo creí que montaría en cólera, pero no vi el menor signo de enojo en sus extrañados ojos azules. Me miró durante largo rato, escrutándome, como si quisiera encontrar en mi rostro algo que aquietara su perplejidad. Luego se levantó y dijo:

— Perdóname, estoy fatigado.

Y salió, dejándome solo.

Me quedé un instante sentado, luego me levanté y salí al balcón, que es lo mejor que tiene la casa; amplia y espaciosa galería equipada con canapés, domina una profunda y estrecha garganta y tiene a sus pies la ciudad y las onduladas colinas de Judea;

su magnífica ubicación compensa lo que le falta de perfección arquitectónica.

Allí, en la terraza, estaba la esposa del etnarca. Cuando advertí su presencia quise retirarme; pero ella me llamó.

— No te vayas, romano, a menos que la conversación con el etnarca te haya fatigado demasiado para seguir hablando.

— Estaba admirando este sitio. Pero no debo estar aquí contigo, solo.

— ¿Por qué? ¿En Roma sería inconveniente?

— Muy inconveniente.

— Pero aquí, en Judea, hacemos las cosas de distinto modo. Me llamo Ester, y soy una vieja, Léntulo Silanio; siéntate aquí, que nadie pensará mal. Y hálbame de Roma, si es que no te aburre conversar con una vieja. ¿O prefieres que yo te hable de Judea?

— O de...

— ¿O de Simón el Macabeo?

Asentí.

— Simón Macabeo... Pero pudiera ser que yo lo conozca menos que tú, romano, porque, como probablemente habrás advertido, es un hombre extraño y voluntarioso, y salvo su hermano Judas, no sé si habrá existido otro hombre como él en todo el mundo. Lo llaman Simón el de la mano de hierro, pero interiormente tiene bastante poco hierro.

Permanecí callado, aguardando. Yo ya conocía bastante bien a los judíos, y dudaba de que pudiera hacer un comentario adecuado. Lo que a otros les agrada, a ellos les ofende, y lo que a otros les ofende a ellos les agrada. Mientras estuviera en Judea, era Roma; y Roma siempre demuestra interés y curiosidad, y siempre indaga. Aquella mujer necesitaba hablar y quería hacerlo, sentía una curiosa satisfacción por hablarle a un romano; me recosté, pues, en el canapé y la escuché en silencio.

— Simón es mi esposo, Léntulo Silanio, y no hay actualmente en todo Israel ningún otro hombre como él. ¿Te parece raro? ¿O es que este país es tan pequeño, tan insignificante que mis palabras no hacen más que divertirte? Sí, sé que muchas te divierten; y quizá no; tal vez esa sonrisa tuya, cínica y altanera, forme parte de tu uniforme de legado. La he estado observando. Y tal vez te esté juzgando mal; tal vez realmente te divierten estos judíos, toscos y estrafalarios. ¿A qué has venido? ¿Para qué te enviaron? No te molestes en contestarle a esta vieja charlatana; de todos modos, yo estaba hablando de Simón Macabeo. Simón tuvo cuatro hermanos, como tú sabes; eran, pues, cinco los que llamamos Macabeos; pero los cuatro hermanos han muerto, y algo ha muerto en el alma de Simón. Sus hermanos eran los únicos seres que pudo amar, los únicos que supo amar. Uno de ellos se llamaba Judas, y después de la muerte de Judas, fue cuando Simón se casó conmigo. No porque me amara. Yo me crié en Modín junto con él, y él me veía todos los días, desde que yo era una niña; pero no podía amarme, ni a mí ni a ninguna mujer, ni siquiera a una mujer llamada Ruth, la más bella que haya conocido jamás Modín. Pero te estoy aburriendo con estos chismes, porque tú quieres conocerlo a él y no a mí.

— A ti, sin duda — aventuré yo —, porque tú eres parte de él.

— Hermosas palabras, por cierto — dijo la mujer, sonriendo por primera vez —, pero no son ciertas, Léntulo Silanio. Nadie es parte del Macabeo; ninguna mujer que haya existido jamás. Él es un hombre apesadumbrado y triste, y así fue siempre; apesadumbrado por la vida que perdió, la vida que es propia de todos los hombres pero que nunca han conocido los Macabeos. Imagínate, romano, lo que es vivir sin alma, sin poder encontrarse uno mismo, dedicándose únicamente a algo externo al propio ser. Piensa en esos cinco hermanos... Y pregunta por ellos en to-

das partes, en Jerusalén, en toda Judea; no hallarás en la boca de nadie ni una sola palabra que los censure, ni una sola tacha que los mancille; sólo te dirán que fueron sin par y sin reproche...

Se detuvo de golpe, fijando la vista en el hermoso valle iluminado por la luna que se extendía ante nosotros. Luego dijo:

— ¡Pero qué precio pagaron! ¡Qué caro les costó!

— No obstante, la victoria fue de ellos.

La mujer me miró con sus ojos negros, profundos y reflexivos, en los que había un vestigio de ira, pero sumergido en una extraña mezcla de aflicción, pesar y desaliento. Luego desapareció todo, quedando solamente el pesar.

— La victoria fue de ellos — asintió —. Sin duda, romano; la victoria fue de ellos. Durante treinta años, mi esposo no conoció más que la guerra y la muerte. ¿Por qué luchas tú, romano? ¿Por tierras? ¿Por botín? ¿Por mujeres? Pero tú quieres que te ayude a comprender a un hombre que luchó, sin gloria, por la santa alianza sellada entre Dios y la humanidad, alianza que dice solamente que todos los seres humanos deben vivir libres, erguidos y puros.

Yo la miraba, consciente de que era inútil hablar, y trataba de explicarme la asombrosa conducta de este pueblo que, rechazando todo lo que es valioso y sustancial, levanta un altar a la nada.

— ¿Qué gloria hubo para Simón ben Matatías? Para sus hermanos, sí. Para todos, hasta el último de sus hermanos. Di una palabra contra Judas, Léntulo Silanio, y a pesar de todas las sagradas leyes de la hospitalidad, Simón te matará con sus propias manos. O contra Jonatán, o contra Juan, o contra Eleazar. Porque en su amor a Judas había algo más que le destrozó el corazón; yo no lo entiendo, pero lo torturaba siempre, continuamente; y sólo a ellos pudo amar, él, que no tiene igual en todo el mundo...

Yo continué recostado y sin moverme, mirando las lágrimas

que le corrían por las mejillas; y casi me sentí aliviado cuando se levantó, se disculpó apresuradamente y se fue.

Después, y durante tres semanas, no volví a ver al etnarca y vi muy pocas veces a su esposa. Yo empleé ese tiempo en tomar notas y estudiar el país y sus habitantes. Hice tres viajes con mi guía, el áspero Aarón ben Leví; uno al mar Muerto; profundo y cáustico pozo de aguas inmóviles, que debió de haber sido creado por demonios para demonios; otro a las bellas montañas de Efraín, y un tercero al sur. En dos de ellos me acompañó Judas, el hijo del Macabeo, un muchacho atento y amable.

Asistí también a una sesión de la gran asamblea de dignatarios, pero no creo que sea útil incluir en este informe las tediosas y meticulosas discusiones religioso-legales que escuché. En el transcurso de mis viajes me detuve en numerosas aldeas y conocí la vida cotidiana de los judíos; lo que hace más difícil para mí explicar al noble Senado por qué, sin poder especificar un solo hecho concreto de antagonismo, llegué a odiarlos tanto, y a percibir, aunque no a comprender, cómo y por qué son odiados por los demás pueblos.

Transcurrido ese lapso apareció de pronto Simón, un día a la hora de la cena, sin dar ninguna explicación por esas tres semanas en las que había evitado mi presencia. Me dio la impresión de haber envejecido, como si hubiese pasado por alguna prueba penosa.

Pero no dijo nada al respecto hasta después de la cena. Recitó las oraciones con que los judíos terminan todas las comidas, hundió las manos ceremoniosamente en un cuenco de agua, y me invitó a pasar al balcón a conversar con él, lo que yo estaba deseoso e impaciente de hacer, porque consideraba que había llegado el momento de entrar en discusiones políticas relativas al futuro de nuestros dos países. Debo admitir asimismo que la

personalidad de aquel hombre ejercía en mi ánimo cierto extraño encantamiento. La obligación que yo me había impuesto de despreciarlo se esfumaba cuando estaba en su presencia; pero siempre volvía después.

Cuando estuvimos en el balcón repantigados en los blandos canapés, bajo el claro y estrellado cielo de Judea, formuló una curiosa observación:

— Este terrado es lo único que me compensa del delito en que incurro habitando este palacio. Aquí encuentro un poco de paz. ¿Te parece extraño, Léntulo Silanio?

— ¿Extraño? Más extraño me parece ese delito del que hablas.

— ¿Por qué? ¿Es justo que un hombre se exalte por encima de los demás y se haga construir un palacio?

— Si es el Macabeo, sí.

Simón sacudió la cabeza.

— Menos aún, si es el Macabeo. Pero dejemos eso. Veo que continúas en Judea; ¿te gusta nuestro país?

— No se trata de que me guste o disguste el país. Tengo que presentar al Senado un informe completo sobre Judea, y no podría hacerlo en un par de días. Además, me pedirán referencias sobre el Macabeo.

— ¿Y qué les dirás? — quiso saber Simón, sonriendo.

— No lo sé. Te he visto tan poco. Tengo la impresión de que estas últimas semanas me has estado eludiendo deliberadamente.

— A ti lo mismo que a todo el mundo — dijo Simón —. El pasado me perturbaba; recorrí entonces mis recuerdos y los resumí por escrito, para que me ayudaran a comprender.

— ¿Lo conseguiste?

El viejo me miró atentamente; sus ojos claros me atravesaban como cuchillos, incisivos y escrutadores; pero no había en

ellos enojo ni resentimiento, sino curiosidad, y una vez más experimenté la extraña e inquietante sensación de ver en ellos esa superioridad implícita y compasiva, entrelazada con humildad, como si yo fuera un perro y él no fuera mi amo, sino alguien de la misma raza que mi amo. Después esa expresión desapareció y el etnarca sacudió la cabeza.

—Tienes muchos recuerdos —comenté.

—Demasiados. Pero ése es el precio que se paga por vivir, ¿no es así?

—Sí y no —repuse, encogiéndome de hombros—. En Roma no lo consideraríamos de ese modo. El placer es un recuerdo agradable, lo mismo que el amor, y también una obra bien hecha, o una misión cumplida. Y, sobre todo, el poder, la fuerza.

—Por lo que he sabido —dijo Simón, pensativo—, Roma es muy fuerte.

—Es la reina de las naciones y poseedora de medio mundo.

—¿Y pronto será dueña del resto? —preguntó suavemente el etnarca.

—Eso no lo decido yo. Yo soy un legado, un mensajero de las naciones; uno de los tantos hombres que trabajan para la república, silenciosamente, y creo que sin quejas, y que contribuyen en cierta pequeña medida a la expansión de la civilización y la paz.

—Como lo hicieron anteriormente los griegos —ironizó el etnarca.

—Creo que mejor. Pero dime qué has escrito, Simón.

—La historia de mis hermanos.

—Nunca dejaré de lamentar no haber podido conocer a tus hermanos —dije—. Fueron grandes hombres.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Simón.

—¿Se puede vivir un mes en Judea sin saberlo?

Sonrió.

— Ya has aprendido, romano, el giro de las frases a la judía. Pero no creo que se deba perder tiempo lamentando a los muertos. La vida es de los vivos.

— Me extraña que tú lo digas. No conozco a ningún pueblo tan obsesionado por el pasado como ustedes los judíos.

— Por que nuestra alianza es del pasado. Nosotros fuimos esclavos en Egipto. No podemos olvidarlo.

— Creo que no quieren olvidarlo. Pero volviendo a lo que has escrito, Simón, ¿podría leerlo?

— Si sabes leer arameo, sí — respondió despreocupadamente.

— ¿No le das importancia?

— Ninguna — respondió, encogiéndose de hombros —. No logré lo que me proponía, y cuando terminé de escribir me pareció que aquellas líneas no eran más que la exploración senil de un viejo que busca su juventud muerta y perdida. Sin embargo, si quieres leerlo, está a tu disposición. Lo he escrito para que lo lean otros, más que para mí mismo.

Seguimos hablando de diversas cosas y luego, antes de retirarse, el etnarca me trajo el largo rollo de pergamino en el que había escrito la historia de sus gloriosos hermanos. Aquella noche no dormí; tendido en el lecho, con la humeante lámpara a mi lado, la pasé leyendo lo que había escrito ese judío solitario y dominador.

Agrego el manuscrito al presente informe, porque considero que puede revelar mejor que cualquiera de mis observaciones personales la mentalidad judía y lo que ellos llaman con tanta firmeza el alma judía, o *nishmá*, en su lengua, el espíritu que mora dentro de ellos y los une con el resto de lo existente. El que adjunto es el manuscrito original que Simón, el Macabeo, me entregó, diciéndome:

—Si lo quieres, Léntulo Silanio, si crees que puede serle de alguna utilidad a tu Senado, puedes llevártelo. Para mí no tiene ningún valor.

Juzgo, sin embargo, que se equivoca; en mi opinión valdría la pena que los nobles senadores se tomaran la molestia de hacerlo traducir al latín por traductores competentes, para que puedan leerlo detenidamente todos los que tengan algo que ver con Judea y los judíos. No solamente contiene explicaciones detalladas de táctica militar, sino que especifica además esos elementos subjetivos que hacen a este pueblo tan peligroso y pérfido, y que lo convierten en una categórica amenaza para los ideales y la civilización occidentales.

Merece incluso destacarse el estilo rimbombante y sentimental del escrito, porque delata la presencia de numerosas cualidades en este viejo aparentemente frío y duro, al que llaman Simón el de la mano de hierro. Contiene también muchos indicios del ritual religioso de los judíos.

No vi al etnarca al día siguiente, aunque conversé un rato con la esposa, pero al otro día nos encontramos en la comida de la mañana, sencillo refrigerio de frutas, pan y vino que suele tomar en la terraza. Estábamos los dos solos; no habló del manuscrito y me dirigió en cambio una serie de preguntas acerca de Roma, su extensión, su riqueza, la naturaleza y condición de sus ejércitos y sus armadas y, sobre todo, de las tácticas militares que dieron por resultado la caída de los cartagineses de Aníbal. Las preguntas eran sumamente hábiles, agudas, y siempre centradas en el hecho de que Aníbal había mantenido su ejército cartaginés en Italia durante dieciséis años, resistiendo todas las arremetidas romanas.

—Lo que no entiendo —dijo pensativamente— es el estado y la condición en que se encuentra el pueblo de tu país; los italianos.

—¿Por qué? —pregunté—. El pueblo es una chusma de ignorantes esclavos de gleba. ¿Qué les importa quién gobierna, si es Cartago o Roma?

—No sé si les importa o no —manifestó Simón—, porque soy un hombre viejo, y en toda mi vida no me he alejado más de un centenar de millas de las fronteras de Judea. Pero finalmente Cartago cayó.

—Por la fuerza y la firmeza de Roma —respondí con orgullo—. Porque nos habíamos hecho el propósito en la ciudad de que Cartago debía ser destruida; y lo fue.

—Los griegos se habían hecho el propósito de que Judea debía ser destruida, y no lo fue.

—Antioquía no es Roma —dije sonriendo—. Y de todos modos, Simón, tienes una deuda que pagarme. Tu escrito me costó una noche de sueño, pero al fin sólo encontré preguntas sin respuesta. Al llegar a la muerte de Judas suspendiste el relato, como si fuera lo único que importaba; sin embargo, eso fue hace más de veinte años, y hoy Judea es libre, y hasta allá en la lejana Roma se rinde honor al Macabeo.

—No obstante... eso fue lo único que importaba —suspiró el viejo—. Probablemente todo mi escrito sea insustancial, pero cuando terminé de narrar la muerte de mi hermano, no pude escribir más.

—¿Pero hubo más? ¿Mucho más?

—Sí.

—Yo sé que después de la muerte de Judas tú y tus dos hermanos reunieron a todos los hombres valerosos y volvieron a luchar; y que luego fueron rechazados hasta el desierto, al otro lado del río Jordán; y sé que allí permanecieron durante mucho tiempo.

—Así es —asintió el viejo—. Fuimos al desierto porque habíamos perdido toda esperanza en el porvenir; pero los hijos de Matatías nos habíamos comprometido a luchar, aunque fuéramos los únicos de todo Israel que lo hiciéramos. Hasta las riberas del Jordán nunca nos rendimos, pero al llegar allí sólo quedaron

los muertos; cruzamos entonces a nado el Jordán, los tres, y nos internamos en el desierto, como habían hecho nuestros antepasados hace mucho tiempo, que se trasladaron al desierto pero jamás se doblegaron ante nadie. Allí en el desierto, sin techo ni refugio, seguimos viviendo, logramos seguir viviendo; pero cuando enviamos a Juan en misión a Judea, los salvajes beduinos lo asaltaron y lo mataron.

»Juan era amable, atento, en toda su vida no había odiado a nadie, ni cometido un acto despiadado ni levantado la voz con ira. Pero porque era hijo de Matatías se apartó de los santos rollos que amaba, de la dulce quietud de la sinagoga y de su hogar, su mujer y sus hijos, y empuñó la espada. Nosotros no somos mercenarios, romano, y para nosotros todo el tejido de la vida está construido por el semblante de Dios y las manifestaciones de Dios, y la vida entera es sagrada. No hay pecado más grave que el derramamiento de sangre, y quitarle la vida a un hombre es un acto de terrible maldad. Tal vez no comprendas, por lo tanto, lo que significaba para Juan, que era tan judío, trocarse en un hombre de guerra y de matanzas. Pero lo hizo. Lo hizo voluntariamente, y nunca, en todos los años que estuvo a mi lado, le oí pronunciar una sola palabra de queja, o de aflicción, o de temor. A diferencia de los otros cuatro, fue siempre delgado y endeble, pero ardía en su ser un espíritu incomparable.

»Nunca protestó, ni se lamentó, ni siquiera cuando estaba seriamente herido y tuvo que permanecer postrado semanas enteras, abrasado por la fiebre. Los salvajes beduinos lo mataron, y murió solo, en el desierto; quedamos solamente Jonatán y yo. Una vez envié con mi hermano Jonatán un mensaje al rabí Ragesh, a quien llamaban en aquel entonces el padre de Israel. Le mandé decir a Ragesh que mientras hubiera dos hombres libres en el suelo de Judea, nuestra tierra no sería esclavizada; y había dos hombres, Jonatán y yo, en el desierto solitario.»

Calló, fijando la mirada en la lejanía, más allá de la hondonada, más allá de las azules lomas de Judea. Sus grandes puños se abrían y cerraban y las líneas de su rostro se marcaron más profundamente.

Aquello que decía no me lo estaba contando a mí; lo estaba expulsando de sus entrañas.

—Sí —prosiguió—, había dos hombres libres, pero no fuimos nosotros los que arrancamos a Israel del pozo oscuro de la desesperación y la derrota. Fue el espíritu de Judas, del Macabeo, de aquel a quien nadie igualó ni igualará jamás. Y poco a poco el país se fue levantando. Los hombres que amaban la libertad cruzaban el Jordán e iban a reunirse con nosotros, y nos abrazaban y nos besaban en homenaje a los hijos de Matatías que habían muerto por su pueblo y por la dignidad de todos los hombres. Así creció nuestra fuerza y nuestro número, y un día cruzamos de nuevo el río y regresamos a nuestra patria. Sucedió entonces de nuevo lo que había sucedido antes; en todas partes por donde pasábamos el pueblo se levantaba y se unía a nosotros. Volvimos a enseñar una vez más a los griegos que los judíos sabemos luchar. No lo hicimos de la noche a la mañana. No se compra la libertad como una vaca o un terreno. Año tras año fuimos pagando su precio, pero finalmente ganamos, y ahora no hay amos en Judea, sólo hay un pueblo libre que vive en paz...

—Y así quedan explicados los veinte años —interviene.

—Si lees mi escrito —me recordó el judío—, encontrarás la explicación. Nosotros recogimos lo que Judas había sembrado, porque él nos enseñó lo que antes no sabíamos: que nadie muere inútilmente o fútilmente en la lucha por la libertad del hombre. Eso es lo que nos enseñó, ¿y qué más quieres que te diga? La guerra es una maldad, matar es una maldad, y el que a hierro mata a hierro debe morir. Así dicen nuestras sagradas escrituras. Nosotros luchamos por nuestra libertad y, si Dios quiere,

jamás lo haremos por ninguna otra causa. No fuimos elegidos para enseñar normas de guerra, sino normas de paz y de amor. Los muertos que descansan, y si quieres saber, Léntulo Silanio, por qué hemos luchado y cómo hemos luchado, recorre el país y observa la existencia que lleva el pueblo. Yo ya he hurgado suficientemente en mis recuerdos.

—Pero lo has hecho de manera extraña, Simón Macabeo, porque no ves el todo sino una parte. ¿Tú crees realmente que tu minúsculo estado pudo derrotar por sí mismo al imperio sirio?

—Pero lo derrotamos...

Ya no estaba tan seguro.

—¿Ustedes lo derrotaron? —pregunté—. ¿No fue Roma la que aplastó el poder de Grecia y detuvo el avance de Siria? ¿No fue un legado de Roma el que se plantó en la frontera de Egipto para decirle al ejército sirio que de allí no pasaban? Ustedes no sabían nada de Roma, pero Roma sabía mucho de Judea. ¿Podrían sobrevivir ustedes al mundo entero, Simón? Es un sueño, Simón, un sueño. Dices que lucharon por la libertad y que nunca lo harán por ninguna otra causa. Ésa es una afirmación temeraria, Simón, porque no puedo creer que los judíos sean tan diferentes de todos los demás hombres. Tu patria se encuentra en la encrucijada del mundo, y esta encrucijada debe permanecer abierta, Simón. Lo sepan ustedes o no, Roma luchó de su lado, Simón. ¿De qué lado lo hará mañana? Piénsalo, Simón Macabeo.

El judío me miró fijamente, con sus ojos claros extrañados y tristes. Estaba preocupado, pero su inquietud no la causaba el miedo, sino una intensa incertidumbre. Luego hizo un ademán como para despedirme.

—Una pregunta más —insistí—, si me permite el Macabeo.

—Hazla, Léntulo Silanio.

—¿Qué fue de Jonatán?

—¿Por qué? ¿Qué importa? Todos han muerto, mis gloriosos hermanos, ¿no podemos dejarlos descansar en paz?

Pero enseguida alzó un brazo y me puso la mano en un hombro.

—Perdóname, Léntulo Silanio; tú eres mi huésped, y que se me pudra la lengua si digo una palabra que te ofenda. Sólo que algunas cosas son más fáciles de decir que otras.

—Dejémoslo pasar —le dije.

—No, porque como tú dices, eres un mensajero, y lo que oyes pasa por tus labios. No hay mucho que decir de Jonatán; como creció sin madre, fue nuestro pequeño, nuestro amado, y los primeros años luchó siendo un niño aún. Él no conoció nunca lo que conocimos nosotros, los dulces y generosos años de nuestra infancia, que pasamos en Modín; empuñó el arco cuando todavía era un niño y lo único que conoció fue la guerra, y los únicos recuerdos que tuvo fueron recuerdos de guerras, destierros y luchas. Pero sobrevivió a todo, a la terrible matanza en la que pereció Judas, al destierro en el desierto. Lloró junto conmigo a mis hermanos y juntos luchamos, año tras año, por Judea y por Israel; y luego, casi al final, casi cuando ya habíamos triunfado, los griegos lo apresaron...

Se le ahogó la voz y guardó silencio, encorvado en su asiento y con la mirada perdida en el lejano valle.

—¿Lo apresaron? —insistí suavemente.

—Lo apresaron —repitió el Macabeo, con un áspero tono de amargura en la voz—. Se apoderaron de él y lo hicieron prisionero para cobrar rescate. Vací mis cofres para pagar lo que pedían; el pueblo contribuyó con todo el oro y todas las joyas que poseía; reunieron espontáneamente hasta los últimos fragmentos de oro y plata que había en el país, para poder rescatar con vida a un hijo de Matatías. Se lo entregamos todo a los griegos, y después de recibirlo mataron a mi hermano...

Lo que antecede es la conversación que mantuve con Simón Macabeo, reproducida con toda la fidelidad que me permite la memoria. Habría que añadir algunos detalles, por ejemplo que en el transcurso de la guerra por la libertad que sostuvieron durante veinte años después de la muerte de Judas Macabeo, libraron, de acuerdo con lo que pude averiguar, doce batallas mayores y trescientos encuentros menores. Considero este hecho de suma importancia, porque en él reside la clave de la victoria. Este país minúsculo y aparentemente indefenso, que tiene una sola ciudad amurallada de algún valor, carece de ejército permanente y se gobierna con la más débil de las administraciones, desangró literalmente hasta destruirlo al imperio sirio de los griegos. Bastaría con recorrer sus archivos calculando el precio de los miles de mercenarios que mataron en los valles y desfiladeros, para obtener una cifra que trastornaría la imaginación. Se comprende entonces el empeño de los reyes sirios que durante las tres últimas décadas se lanzaron en una búsqueda de riquezas aparentemente insana y lujuriosa, saqueando las ciudades de su propio imperio y vendiendo a sus propios ciudadanos libres como esclavos, para reunir dinero y poder proseguir la guerra contra los judíos. Y aquí se impone espontáneamente una pregunta natural y obvia: ¿por qué no abandonaron la empresa y dejaron que los judíos vivieran en paz? Esta pregunta tiene numerosas respuestas, algunas de las cuales considero que han de interesar al Senado lo suficiente como para justificar su inclusión en este informe.

En primer lugar hay que tener en cuenta la antipatía que inspira este pueblo. Su concepto de la libertad, esa noción suya de lo que podría llamarse los derechos individuales, constituye una amenaza para todos los hombres libres y para toda nuestra estructura esclavista. Los habitantes de nuestras provincias re-

conocen al igual que nosotros que la esclavitud es la base de la libertad, puesto que únicamente en las sociedades de ese tipo, que se basan en los firmes fundamentos de la esclavitud, es donde los ciudadanos libres pueden impulsar el progreso de la civilización. El concepto judío de la libertad como facultad de todos los hombres, incluso de los esclavos, es, cuando se entiende bien, una positiva amenaza. La unión de este factor con el hecho de que exaltan la desobediencia y la rebelión, al convertir en virtud primordial la oposición terca e insensata a arrodillarse ante los hombres o ante Jehová, su Dios, los hace más peligrosos aún. Ellos fueron en un tiempo, sin duda, un pueblo esclavo, al que un tal Moisés libró de la esclavitud, y este hecho les instiló un odio tan intenso e inmovible a la obediencia natural y al sometimiento que es completamente imposible considerarlos como seres civilizados, si bien es forzoso confesar que poseen ciertas virtudes saludables. Pero aun estas mismas virtudes, como ya he señalado, pasan por el filtro del peculiar método judío de aplicación. Hay que hacer notar, asimismo, y con relación a la antipatía que les dispensan los demás pueblos, su exaltación de la paz. Son casi serviles en su deseo de paz y amor. Se niegan categóricamente a reconocer que la guerra es una parte integrante del modelo de civilización, y condenan instantáneamente todo acto de fuerza u hombría como brutalidad. A diferencia de todos los demás pueblos, ellos no emplean mercenarios, y rebajan en cambio su propia ciudadanía libre en guerras que contradicen todo lo que afirman creer; pero en mi opinión este método regular de contradicción es una parte fundamental del judaísmo. No hubo en todo el mundo una guerra tan sangrienta y tan terrible por su costo en vidas como la de esos treinta años de resistencia judía; y la misma irracionalidad de esa resistencia acrecentó el odio y el empeño de los griegos. Una vez abordé el tema con el etnarca.

—¿No habría sido mejor, para ti y tus hermanos —dije—, desde varios puntos de vista, que buscaran la paz, en nombre de la ley, al orden y al bienestar general?

—¿Al precio de nuestra libertad? —preguntó.

—Pero tú presentas la libertad como algo abstracto —señalé—. Si es, como tú parece indicar, una virtud en sí misma, ¿qué podemos decir entonces a los esclavos?

—No lo sé —respondió, visiblemente perturbado.

—¿Tú admites —insistí— que la esclavitud es la base de la libertad?

—¿Cómo puedo admitir eso?

—Sin embargo, tienen ustedes esclavos.

—Tuvimos, pero en el transcurso de la guerra los esclavos desaparecieron.

—¿De qué modo?

—Los libertamos para que pudieran luchar a nuestro lado.

—¿Y lo hicieron?

—Sí. Y también murieron a nuestro lado.

Puede ver claramente el noble Senado la clase de amenaza que representa la manera de vivir y de pensar de este pueblo. Sin duda alguna, este hecho fue uno de los factores que determinaron los ataques de los griegos; pero hay otros que también deben señalarse. Durante los primeros años del levantamiento de los Macabeos, fueron tantas las pérdidas que sufrió el imperio sirio que éste sólo habría podido resarcirse conquistando Judea y procediendo a su saqueo. Con este punto se encontraba estrechamente ligado el problema de los judíos ricos, un grupo más bien reducido de personas cultas, que residían en su mayor parte en la ciudad de Jerusalén. Eran blanco del anatema de los demás judíos, que reprochaban enconadamente a los judíos cultos el que se hubiesen librado de la bárbara y despreciable señal de su judaísmo,

que hubiesen adoptado las costumbres y vestidos griegos, y que hablasen en griego en lugar de hablar en hebreo o arameo. Al comienzo de la rebelión, aquellos judíos hicieron prudentemente un pacto con los griegos, emplearon mercenarios y se encerraron en una fortaleza, dentro de la ciudad de Jerusalén; allí se mantuvieron durante más de dos décadas, hasta que Simón puso sitio a la plaza, la tomó y la arrasó hasta los cimientos.

Cada vez que el ardor de los griegos se enfriaba y proyectaban retirarse completamente de Judea, los judíos helenizados hacían todos los esfuerzos posibles y empleaban todos los recursos estratégicos de que podían echar mano para impedir esa retirada y para reavivar las llamas de la guerra. No es de extrañar, por lo tanto, que el odio entre esos pocos judíos helenizados y los judíos de las aldeas fuese más profundo que el odio entre griegos y judíos; los judíos de la ciudadela sólo podían recuperar su posición y sus propiedades con la completa destrucción de los Macabeos, y se comprende que su causa atraiga fácilmente nuestras simpatías. Debo advertir que cuando cayó finalmente la ciudadela, Simón no mató a los mencionados judíos, y les permitió que se trasladaran a Antioquía y Damasco.

Recomiendo muy especialmente al Senado que establezca contacto con ellos en esas ciudades y los conserve para el momento en que sus servicios puedan ser útiles al progreso y la prosperidad de Roma.

Otro factor que ocasionó la prolongación de la guerra fue el deseo de venganza. Judas Macabeo mató con sus propias manos a dos de los comandantes griegos más populares y meritorios, Apolonio y Nicanor. Hay otros factores, pero estos tres, la antipatía, la necesidad de dinero y la venganza son las principales razones de la extensa lucha, en la que el imperio sirio-griego fue desangrado hasta la última gota.

Es difícil de creer que un país tan pequeño como Judea, con una población tan insignificante, haya podido sostener esa guerra tan larga. Si los judíos vivieran como otros pueblos, en ciudades, y llevaran una existencia civilizada basada en la esclavitud, habrían sido indefectiblemente derrotados.

Pero el hecho de que sean un pueblo agrario, arraigado en la tierra que cultivan con sus propias manos, les da la posibilidad de desplegar una extraordinaria tenacidad en sus determinaciones.

Si se combina esta circunstancia con sus métodos bárbaros de guerra, su absoluta resistencia a trabarse en lucha abierta o cotejo de fuerzas, su táctica de trampas y celadas y, finalmente, el favorable terreno que ocupan, se verá que es difícil concebir algún método para conquistarlos que no sea desde el interior.

Éstas son mis recomendaciones, con las que me propongo concluir el informe, en cuya redacción y en cuyos detalles de preparación he tratado de ser completamente objetivo, considerando que esa objetividad es el deber supremo de un legado del Senado.

Me he tomado todo el tiempo necesario para estudiar a este pueblo, y he trabado contacto y conversado con todos los miembros de su sociedad, los agricultores, los vinateros, los artesanos, el clero y hasta los pocos comerciantes que hay entre ellos. He tratado, quizá sin lograrlo, de no consentirme odiar a los judíos. He tratado de mirar el mundo como lo hacen ellos, y debo confesar que para un romano es punto menos que imposible.

He tratado de pasar por alto su desprecio y sus insultos, estimando que mi misión está por encima de esas costumbres mundanas. He tratado, incluso, de simpatizar con ellos.

Con todo ello he llegado necesariamente a las conclusiones precedentes, que en general pueden ser enunciadas del siguiente modo:

No se puede confiar en los judíos; el pensamiento occidental no encuentra base de entendimiento. Todos nuestros conceptos de libertad, dignidad y responsabilidad les son extraños.

Los judíos son, por naturaleza, inferiores, puesto que rechazan lo mejor de la civilización y parecen incapaces de encarar los aspectos más elevados de la vida.

Los judíos son los enemigos de la humanidad, puesto que rechazan, desprecian y calumnian todo lo que es valioso para el género humano, los dioses de los hombres, las creencias de los hombres y las costumbres de los hombres.

Los judíos constituyen una amenaza fundamental para Roma misma, porque se oponen a la libertad de esclavitud, base de la cultura occidental.

Los judíos son los enemigos del orden, porque veneran el desorden y la desobediencia y rinden culto a la resistencia.

Por todas las razones precedentes y otras que han figurado en el presente informe, recomiendo decididamente al noble Senado que estudie todos los medios posibles para lograr el sometimiento de este pueblo y su posterior eliminación. Aunque es pequeño y se encuentra confinado en los límites de su minúsculo país, debe ser, no obstante, interpretado y considerado como una amenaza. En mi opinión de humilde legado, no creo que Roma y Judea puedan coexistir en un mismo mundo. Nunca hubo dos sistemas tan contradictorios, tan incapaces de encontrar una base común de asociación o de sumisión.

No obstante, no me opongo a una alianza entre Roma y Judea.

Si se considera la parte del mundo que se extiende entre Egipto y Persia, es forzoso admitir que Judea, situada como una joya entre trece reinos castrados y dos imperios moribundos, constituye un factor de equilibrio y de decisión del poder. Una

alianza con Judea, aunque temporaria, nos pondría en condiciones de manejar ese equilibrio del poder y lograr con poco gasto lo que de otro modo nos costaría innumerables legiones. Además, en estos momentos, una guerra no sería de ningún modo decisiva. Tiemblo al pensar que nuestras legiones pesadas deban marchar por los desfiladeros de Judea. El Macabeo, que se encuentra ahora en el pináculo del poder y de la gloria, podría convocar de la noche a la mañana de cincuenta a setenta y cinco mil hombres armados, veteranos respaldados por años de lucha, y no creo que contra su firme oposición haya en el mundo ninguna fuerza capaz de penetrar en Judea.

Y el etnarca, por lo que he podido apreciar, tampoco es contrario a una alianza. Hace tres días le apremié para que me diera una respuesta categórica.

—Mi misión no puede prolongarse indefinidamente —le dije—. Por más que me agrade Judea, debo regresar a Roma.

—No quiero detenerte contra tu voluntad, Léntulo Silanio, por más que me haya sido grato recibir tu visita y conversar contigo; aunque supongo que para ti mis charlas deben de haber sido tediosas divagaciones de un viejo parlanchín. ¿Qué puedo hacer?

—Envía embajadores a Roma, conmigo, para concluir la alianza.

—Si fuera tan sencillo...

—Es sencillo —le aseguré—. Nosotros no somos griegos, sino romanos. Al darte mi mano, te doy con ella la solemne garantía del Senado, una palabra que jamás se viola. Y luego, ¿qué rey, caudillo, rey de reyes o emperador se animaría a enviar a sus mercenarios contra un país que hizo un pacto solemne con Roma?

—Y Roma, ¿qué beneficios obtendría?

—Ganaría un aliado firme; un buen amigo en la paz y una afilada espada en la guerra. La estrella de Grecia declina, como

declinaron la de Cartago, la de Egipto y la de Babilonia, y la de todos los poderosos imperios de la antigüedad; pero ahora brilla en el horizonte una nueva estrella, el nuevo y pujante poder de Roma, un poder tan fuerte, tan seguro, tan constante, que durará eternamente.

—Nada dura eternamente —dijo, pensativo, el Macabeo.

—Como quiera que sea, Simón, ¿enviarás a los embajadores?

—Si tú quieres, enviaré a dos hombres a hablar con el Senado.

—O mejor aún, ve tú mismo.

—No, Léntulo Silanio, no. Yo soy viejo y sólo conozco Judea y a los judíos. ¿Qué haría yo en Roma, donde me mirarían como a una rareza, como a un campesino tonto?

Aunque insistí en que fuera personalmente, no se dejó convencer; pero convino en enviar a dos embajadores en su representación.

No puedo hacer más que informar y aconsejar, presentando esta comunicación al noble Senado. Que vivan ustedes largos años y que aumenten sus fortunas. Los saludo.

LÉNTULO SILANIO, LEGADO

EPÍLOGO

EN EL QUE YO, SIMÓN, REFIERO UN SUEÑO

Léntulo Silanio partió, acompañado de dos representantes de Judea que comparecerían ante el Senado. Pero yo no gozaba de paz y sentía mi alma más perturbada que nunca. Me puse la capa rayada de los judíos y en medio de un sol dorado que brillaba como una dulce bendición, descendí de las colinas y eché a andar por los valles en dirección a Modín. Todo el país parecía un jardín, santificado y pacífico, una verdadera ofrenda perfumada al Señor Dios de los ejércitos. ¡Que perdure y que su espíritu crezca!

Jamás, en toda su historia, vivió Israel una época como esa.

Los niños jugaban sin temor, riendo y corriendo por la hierba o chapoteando en los arroyos. En las laderas de las colinas bababan blancos corderos, llamando a las madres, y entre las rocas crecían flores rosas y blancas. No se veía un solo espacio vacío en los terraplenes; capa tras capa subían las cuestas ofreciendo el magnífico espectáculo de su rica producción. ¿Quién podría ver ese cuadro y negar que éste es el país de la leche y la miel, bendito tres veces?

Yo, sin embargo, tenía oprimido el corazón.

El aire olía a pan recién horneado, a queso fresco, al vino nuevo que llenaba las tinajas, a aceite de oliva. Pollos desplumados pendían aguardando a que los rellenaran y los asaran en los

hornos. El viento traía de las cumbres la grata fragancia de los pinos. ¡No hay nada tan dulce y tan valioso como el rincón del mundo que el hombre ha defendido con su vida!

Yo, sin embargo, no gozaba, y tenía oprimido el corazón.

Fui atravesando las aldeas; en todas partes el pueblo me reconocía y rendía homenaje a través de mí a mis gloriosos hermanos.

Me daban a probar de todo, porque la tierra había sido fértil.

— *Shalom aleikem*, Simón Macabeo — me decían todos.

— La paz sea contigo — respondía yo.

Pero el consuelo que buscaba me rehuía. Fui hasta Modín, donde la casa de Matatías se hallaba desocupada, pensando que en el apacible olor del pasado podría hallar un lenitivo. Subí por la colina, por la que tantas veces había ascendido, hacía tanto tiempo, primero cuando era un niño, después con las ovejas de mi padre, cuando era un muchacho, y luego con una mujer, cuando ya era un hombre; y me tumbé en la blanda hierba de cara al cielo, al claro cielo azul de Judea. Contemplé las blancas nubes, que flotaban con lentitud para no abandonar demasiado rápidamente este pequeño y santo país. Me sentí un tanto reanimado, porque me hallaba en el rincón donde habían vivido mi padre y mis abuelos.

Pero aun allí, en aquel bosque de olivos robustos y añejos, estaba intranquilo y acongojado, y traspasado de una profunda pena.

¡Qué poco cambian las cosas! Allí, en Modín, yo era Simón ben Matatías, y cuando bajé a la aldea, anidada en el valle, al pie de la colina, estaba de vuelta en mi casa. Me reuní con los aldeanos que se dirigían a la sinagoga a rezar las oraciones del anochecer, y recé junto a ellos, cubierta la cabeza con la capa; porque en Israel el etnarca y sumo sacerdote es igual que los demás.

Comí con Samuel ben Noé, un vinatero cuya casa no me era desconocida. Puso sobre la mesa cuatro mostos diferentes, y mientras los niños escuchaban boquiabiertos, nosotros hablamos, como suelen hacerlo los judíos, sobre la ciencia de las uvas. Más tarde se reunieron con nosotros los vecinos y la conversación se generalizó, la intrascendente conversación bucólica propia de un sitio como Modín; aquél era mi hogar, y allí no era etnarca ni Macabeo, sino el hijo de Matatías.

Finalmente les di las buenas noches y me fui a la vieja casa, donde me acosté en un jergón; pero no pude dormir...

Cuando regresaba a la ciudad, al día siguiente, me encontré con Aarón ben Leví, el viejo camellero que había sido guía del romano; caminamos juntos durante un rato, y le pregunte a qué se debía que hubiese vuelto a Judea.

— Me cansé de los *nokrim*, Simón Macabeo, y especialmente de cierto romano; estoy harto. Ya no soy joven para andar vagando; estoy viejo y me duelen todos los huesos. Cuando me acuesto a dormir, no estoy muy seguro de que el ángel de la muerte no venga a despertarme antes del alba. Yo soy de Gumad, como lo fueron mi padre y mi abuelo; y soy también levita, por parte de mi padre...

Me miró con una sonrisa de desafío y disculpa a la vez.

— Voy, por lo tanto, a Jerusalén, donde quizá me permitan emplearme como portero del Templo.

— ¿Por qué no?

— O como narrador de historias. Todavía no lo he decidido.

— Con tal de que no tengas que trabajar...

— En eso que dices, Simón Macabeo, como en todas las cosas, hay un poco de verdad. Pero no tengo por qué avergonzarme del pasado. Si no fuera por esta herida de mi brazo — el viejo se arremangó para mostrar una cruel cicatriz —, si no fuera por

este tajo, yo habría estado con ustedes en aquella última batalla de la costa, donde sólo quedaron vivos tú y Jonatán. Estoy viviendo, por lo tanto, de más, por la gracia del Todopoderoso, bendito sea. ¿Y tendré que emplear lo que me resta de vida trabajando en el campo?

—Supongo que el romano te habrá pagado bastante como para que no tengas que hacer nada durante un buen tiempo.

—Pues te equivocas, Simón Macabeo, porque ese romano es un hombre tacaño y minucioso, y pesó cada *siclo* tres veces en la palma de la mano, antes de dármelo.

—¿No te cayó bien el romano?

—A decir verdad, Simón Macabeo, yo lo odiaba, y creo que lo habría matado si no hubiese sido un forastero.

—¿Por qué, Aarón ben Leví? —pregunté con curiosidad.

—Porque era perverso.

—No —repliqué sonriendo—. Vivió tres meses en mi casa. Tiene las costumbres propias de los *nokrim*, pero nada más. Es duro y tacaño, pero así es como lo educaron.

—¿Eso es lo que crees, Simón Macabeo? —preguntó con ironía.

Asentí con la cabeza sin decir nada, preguntándome en qué estaría pensando el viejo, que marchaba a mi lado frotándose pensativamente la barbilla. Varias veces tragó saliva, como si quisiera contener las palabras que estaba a punto de pronunciar. Por último dijo con aire de modestia:

—¿Quién soy yo para dar consejos al Macabeo?

—Si mal no recuerdo —murmuré—, nunca te contuviste para dar consejos.

—Es cierto que soy un pobre hombre —dijo reflexivamente—, pero soy judío.

— Si tienes algo que decir, Aarón ben Leví, dilo; lo que sea.

— Léntulo Silanio te odiaba, y no por sí mismo, sino como representante de Roma; entre judíos y romanos no puede haber paz ni concordancia. Esto te lo dice un viejo tonto, Simón Macabeo; puedes, por lo tanto, aceptarlo o tirarlo al suelo que pisas.

Y después de estas palabras seguimos caminando sin hablar, porque el viejo temía haberme ofendido y guardó silencio.

Aquella noche, en Jerusalén, tuve un sueño y desperté presa de un terror angustioso. Soñé que las legiones habían invadido Judea. Nunca he visto una legión, pero por las referencias que tengo me puedo imaginar sus largos y sólidos escudos de madera, sus fuertes lanzas de hierro y madera, las masas de yelmos metálicos, las filas densas, apretadas. Soñé que las legiones habían invadido Judea y que nosotros las habíamos aplastado en los desfiladeros; y que volvieron de nuevo, y de nuevo, y siguieron viniendo, hasta que todo el país se llenó con el hedor de los romanos muertos. Pero ellos siguieron viniendo, continuamente, sin cesar. Nosotros los combatíamos y los destrozábamos; pero ellos eran interminables, y nosotros no lo éramos, y fuimos cayendo, fuimos muriendo uno por uno, hasta que no quedó ni un solo judío en toda Judea, hasta que Judea quedó completamente vacía. Soñé entonces que en todo el país se extendía un silencio profundo y terrible, y desperté gimiendo de miedo y de dolor. Ester también despertó; sentí el calor de su mano que me tocaba.

— Simón, Simón — dijo —. ¿Qué te pasa?

— Tuve un sueño...

— Todo el mundo sueña, pero ¿qué son los sueños? Nada, menos que nada.

— Soñé que el país estaba vacío, desierto, sin vida.

— Fue un sueño absurdo, Simón. Donde está la buena tierra, allí está el hombre, que recoge la cosecha, muele el trigo y cuece pan. Siempre, Simón, siempre.

— No, lo que soñé era cierto.

— Lo que tú soñaste era un sueño, Simón, niño mío, mi niño extraño y tonto; nada más que un sueño.

— Y no había ningún judío. Yo veía todo el país como si lo mirara desde una alta roca, y no había ni un solo judío, en ninguna parte. No había más que un murmullo de voces, de muchas voces que decían: «Nos libramos de los judíos, nos libramos de los judíos...».

— ¿Y cuándo no han dicho los *nokrim*: «Tenemos que librar-nos de los judíos»? Por favor, Simón.

— Lo sigo oyendo.

— ¿Han de ser otros los que lo decidan, Simón, siendo como somos nosotros un roble tan viejo, viejísimo, de raíces tan profundas? Los hombres siempre tienen dudas y temores, pero las mujeres sabemos.

— Y allí, en medio de todo —dije—, estaba el romano, con su rostro liso y oscuro, y su aire de superioridad; y esa forma de sonreír, levantando el labio... Perverso...

— Léntulo Silanio es un hombre como todos, Simón.

— No, no...

— Tranquilízate, esposo mío; descansa y cálmate. El pasado es muy intenso; te abrumba demasiado... Cálmate...

Me acaricié, consolándome como yo quería que me consolara, hasta que caí finalmente en este mundo intermedio entre el sueño y la vigilia, y pensé en todo el bien y todas las honras que me habían tocado, y en todos los que me habían amado, aunque yo hubiera amado a tan pocos.

Pensé en mis hermanos, y en que debía de ser realmente un roble viejo el que fuera capaz de crear ramas tan firmes y vigorosas como la de Judas Macabeo, Eleazar, Juan y Jonatán. Benditos sean y que descansen en paz, que descansen apaciblemente en paz. La vida no dura más que un día, pero dura también eternamente.

Pronto, muy pronto, yo, Simón, el último de todos mis gloriosos hermanos, emprenderé el camino que ellos siguieron, pero ni Israel ni los *nokrim* olvidarán tan pronto a los cinco hijos del viejo, del adón Matatías.

HOWARD FAST (1914-2003) es uno de los escritores más prolíficos e interesantes del siglo XX. Comprometido con la sociedad de su tiempo y con los derechos de las minorías, fue perseguido durante el maccarthismo y pasó tres meses en prisión por desacato, amén de ver cómo sus libros eran retirados de las bibliotecas públicas y su nombre aparecía en las famosas «listas negras». *Espartaco*, sin duda la más célebre de sus novelas, fue víctima de esta persecución, como explica el propio autor en el prólogo.

Su defensa de la libertad individual y colectiva se ha expresado de las formas más diversas (artículos periodísticos, obras teatrales, guiones cinematográficos y televisivos, ensayos, relatos), pero destacan en su obra una sesentena de novelas que van de la novela policíaca (a menudo con el seudónimo E.V. Cunningham) a la ciencia ficción. Entre sus más espectaculares éxitos, además de *Espartaco*, se cuentan *Rachel*, su extenso ciclo sobre la familia Lavette (*Los inmigrantes*, *Segunda generación*, *El legado*, *La hija del inmigrante...*) y su impresionante novela histórica *Mis gloriosos hermanos*. *Judea contra Antíoco IV*.

Su obra ha sido traducida a más de ochenta lenguas, de ella se han vendido decenas de millones de copias y ha sido llevada al cine y la televisión en varias ocasiones.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el
mes de mayo del año 2017.

Distribución gratuita.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.